



María acompaña a las Escuelas Pías
Maria accompagna le Scuole Pie
Mary accompanies the Pious Schools
Marie accompagne les Écoles Pies

Miguel Ángel Asiain

Miguel Ángel Asiain

**María acompaña
a las Escuelas Pías**

**Maria accompagna
le Scuole Pie**

**Mary accompanies
the Pious Schools**

**Marie accompagne
les Écoles Pies**

María acompaña a las Escuelas Pías
Autor: Miguel Ángel Asiain



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

ISBN: 978-84-7278-593-9
Depósito legal: M-841-2021

Imprime: Gramadosa

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués
publicaciones@scolopi.net

Reservados todos los derechos.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**María acompaña
a las Escuelas Pías**

Índice

Presentación	7
María del sí	9
María del encuentro	15
María de la admiración	21
María del amor	29
María de la enseñanza	35
María del despojo	41
María de la soledad	49
María del sufrimiento	55
María del gozo	61
María de Calasanz	67

Presentación

El presente texto quiere ser simplemente la manifestación de lo que es María para los escolapios. Hemos elegido algunos momentos de su vida. Y con sencillez hemos pensado cómo habría vivido María esos momentos de los que hablamos. Es lógico que lo que se dice depende de la imaginación de cada uno, pero sea como sea lo que hayamos presentado, siempre ha estado en el desarrollo del texto el amor personal a la que es Madre de todos los hombres, que acompaña siempre a las Escuelas Pías

María estuvo presente y muy presente en la vida y la acción del Fundador, José de Calasanz. Él la inculcó a sus hijos y a los niños que educaba. Recordemos que pasaba clase por clase y que aprovechaba esos ratos para hablar a los niños. Sin duda todos ellos oyeron más de una vez lo que les decía de la Madre de los cielos.

Pero el santo no dedicó sus palabras en favor de María sólo a los niños. Quiso que sus hijos le tuvieran un gran amor, una profunda devoción y que acudieran a ella en sus dificultades. Pidió, incluso en el lecho de muerte, que le recitaran todos los días el Santo Rosario, práctica que él ya desde niño realizó. Y junto al Rosario, pedía que rezaran la “*Salve*” y un estribillo que aún hoy seguimos rezando en nuestras oraciones a María y que es el “*A tu amparo y protección*”.

Con mucha sencillez ofrecemos este texto a todos los escolapios para recordarles que tenemos una Madre que nos atiende, que nos consuela en los momentos de dificultad y que intercede por nosotros ante el Señor.

Damos gracias a María por el cuidado que siempre ha manifestado por las Escuelas Pías y estamos convencidos que ha acompañado a la Orden a lo largo de su ya multisecular existencia.

Zaragoza, 2020

María del sí

Vivencia de María

Era un pueblecito pequeño. Lo habitaban pocas familias. Todas se conocían. No sólo las personas, también se conocían las historias de cada familia, los acontecimientos, las alegrías y los duelos. Familias pobres pero felices. Los que sufrían por alguna causa y los que se encontraban mejor. Todos se comunicaban. Se contaban sus problemas. Pequeños, pero problemas. Y así la alegría de una familia redundaba en la alegría del pequeño pueblo. Y el dolor de unos venía consolado por los demás. Se conocían y al mismo tiempo se respetaban. Había cosas que quedaban en la familia. Porque la alegría y el dolor merecían también respeto. La vida transcurría sin sobresaltos. Eran felices aun en medio de los problemas. Y querían a su Dios, a Yahvé. Los sábados los hombres iban a la sinagoga. Escuchaban la Palabra. Escuchaban la palabra de Yahvé. Esto les servía para la semana. No querían sino serle agradables. Él había creado y salvado al Pueblo. Bien lo sabían. Se lo repetían las escrituras. Y se lo iban transmitiendo de padres a hijos. Luego lo comentaban en casa, con las mujeres. Al fin y al cabo éstas eran las que criaban a los pequeños. Y ya desde chiquitines les enseñaban lo que era ser del Pueblo de Dios. Así pasaba el tiempo, transcurría una jornada tras otra jornada.

Entre todas las familias había una que tenía una hija que era algo especial. No se le notaba nada por fuera. Como una más de las que nosotros llamamos adolescentes y a quienes ellos ya llamaban mujeres. Era buena, obediente, amaba a sus padres, cumplía lo que le decían. Tenía un nombre hermoso, se llamaba Miriam, María. Y era especial, aunque no lo notaban, porque además de ser buena, limpia y obediente, era, ellos no lo sabían, era inmaculada. Es decir, que el pecado ni siquiera la había rozado. Sus compañeras la

debían querer de manera especial. Porque irradiaba una felicidad nada común. Porque era atenta como ninguna otra. Porque acudía a las necesidades que veía sin importarles de quién se trataba. Porque quería a todos con un amor limpio. María era el gozo de sus padres; ellos sí, ellos notaban algo especial en esa niña. ¡La habían concebido con tanto amor! ¡La iban educando con tanto empeño! Y notaban que María aprendía, estaba atenta a cuanto le decían y nunca les dio el más mínimo disgusto.

María tenía ya la edad de desposarse. Lo había visto en sus compañeras. Quizás le habían hablado de eso sus padres. Y ella lo veía como algo natural. También quería ser madre. Es cierto que por dentro notaba un cierto encogimiento, pero lo achacaba al salto que significaba dejar a sus queridos padres para formar una nueva familia. Veía que lo hacían sus compañeras, veía que lo habían hecho sus padres, lo veía como algo natural, pero, qué sé yo, algo por dentro en cierto modo se le resistía. No, era simplemente el hecho de dejar la familia. Lo haría.

Había en otra familia un joven, en edad de matrimonio, que le gustaba; se veían por las calles. Se miraban y sonreían. Era una sonrisa limpia, de cariño, vaya, de que se gustaban. Y eso lo veían los dos como el comienzo de lo que podía ser el inicio de una relación que les llevara al matrimonio. Tanto es así que con la alegría de los padres de ambos, se deposaron.

Tenían que guardar lo que mandaba la ley. El desposorio era el primer paso, pero cada uno seguía viviendo en su propia casa. Ya llegaría el momento de estrechar los vínculos. Llegaría el momento de vivir juntos y ya para siempre. Así estaban las cosas.

Y hete aquí que una mañana María estando sola siente un hecho especial. Era un hecho sobrenatural. Y como lo sobrenatural es difícil de expresar, los evangelistas nos lo han narrado como un encuentro, una aparición. María está quizás en oración, quizás a solas pensando en su matrimonio, quizás recordando a su prometido que se llamaba José, y de pronto se le aparece un ángel.

Nos podemos figurar el susto de María. Pero hay algo especial, siente en cierta manera susto, pero en su pudor no tiene miedo. Ese ángel le transmite paz. Ella intuye que no viene para mal, no sería un ángel. Que le tiene que traer algo bueno, aunque desconocido. Ella

está en paz, y espera. Ella no ha provocado el encuentro, no tiene nada que decir, tiene sólo que esperar. Ha esperado tantas veces oyendo la historia de su Pueblo y de lo que Yahvé ha hecho por él. La paz le inunda, pero la visita le supone un cierto sobresalto. No están reñidas las dos cosas. La paz la abre como una flor especial, el sobresalto la retiene en espera.

Y el ángel habló: “Alégrate, favorecida, el Señor está contigo”. María no se esperaba semejantes palabras. Ella era sencilla, amaba a Yahvé, no se consideraba nada especial. Ella se pregunta a qué viene ese saludo, qué quiere decir, qué significa. Por eso se turbó. No negó lo que escuchaba, pero el corazón le latía con más fuerza. Y entonces el ángel le saca de su turbación con estas palabras: “Tranquilízate, María, que Dios te mira con agrado. Pues, mira, vas a concebir, darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará para siempre en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin”.

María queda pasmada. Ella comprende que en eso que le sucede está metido Yahvé. Que no le podrían decir semejantes cosas si no vinieran de Yahvé. Va a ser madre y madre de un ser especial. El evangelista Lucas nos lo dice con las palabras citadas, pero ¿qué habría entendido de todo eso en ese momento María? Ya se le irían aclarando las cosas. Pero en ese momento se da cuenta de que sí, está desposada pero no vive con José. Por eso su pregunta que no es duda sino petición de aclaración: “¿Cómo sucederá esto si no vivo con un hombre?”. No convive con un hombre y va a ser madre. Comprende que no se trata de un futuro y de un hijo después de la convivencia con ese José; no, se da cuenta, Yahvé le hace ver por dentro, que va a ser ya ahora. Que sólo espera su aceptación. Espera, su vida va a ser una espera continua, espera ahora que se lo aclaren. Y el ángel lo hace, con estas palabras que nos pone de nuevo Lucas: “El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo, se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel: a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que decían que era estéril está ya de seis meses; para Dios no hay nada imposible”.

De nuevo María comprende que le están pidiendo algo grande; que Yahvé le quiere para algo. No sabemos qué habría entendido María

en ese momento de las palabras escuchadas. Pero sabe, eso sí, sabe y nota que Yahvé espera su aceptación. Que lo que va a suceder depende de lo que ella diga. San Bernardo dirá que no sólo Dios, sino toda la humanidad esperan la respuesta de María. Y ella que era la Inmaculada, la sencilla, la obediente, la que escuchaba siempre a Yahvé, la que habría hecho en su vida lo que comprendía que quería Yahvé, va a decir lo que va a ser la gran dicha del mundo. Con sencillez, con la humildad de lo mejor del mundo, María dice: “Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho”.

El mundo ha cambiado. Dios se ha encarnado. Una sencilla y joven mujer ha dicho “sí” a lo que Dios le pedía. Hasta el mismo Yahvé estaba pendiente. El plan de salvación dependía de esta sencilla muchacha. Toda la historia va a depender de este “sí”.

Gracias, María, gracias por tu “sí” a Yahvé, gracias porque nos has enseñado el camino a seguir, gracias porque el mundo va a ser redimido por el fruto de tus entrañas. María es, verdaderamente, la María del “sí”.

De la mano de María

Lo que hemos indicado nos muestra cómo María es para las Escuelas Pías y para cada uno de nosotros, los escolapios, ejemplo, consuelo, manifestación del camino de nuestra vida y acompañamiento en ese camino.

María es ejemplo para las Escuelas Pías en el “sí” que dio a Dios. Las Escuelas Pías deben dar siempre y en toda ocasión que se les presente el “sí” a Dios en lo que les pida. Desde el comienzo de la existencia de la Orden y a lo largo de los siglos, han pasado muchas cosas en la vida del Instituto. Dificultades, problemas, situaciones difíciles, tentaciones, ocasiones de peligro y en todas esas ocasiones, la Orden ha tenido que decir que “sí” a Dios en cuanto le ocurría. Dios velaba por la Orden, como lo decía el Fundador, y lo que sucedía en un momento determinado no era falta de cuidado de nuestro Dios, sino ocasión de prueba para manifestar el amor que tenía la Orden a Dios. Y eso mismo ha de suceder en nuestro tiempo. Que lleguen situaciones de peligro, pues hay que decir que “sí” a Dios, ya que la Orden está dispuesta a afrontar esas ocasiones con empeño y valentía, siempre ayudada por la gracia del Señor.

Que nos echan de un lugar o no nos dejan entrar en otro sitio, pues hay que decir que “sí” a Dios, porque eso que ocurre está en las manos de Dios y si ocurre así es porque el Señor lo permite y no hay sino que decir que “sí”, que está la Orden dispuesta a seguir adelante pase lo que pase. Que llegan momentos de dificultad por las leyes de los estados que parece que prohíben nuestro ministerio o que se nos rechaza de un lugar, pues de nuevo una y mil veces hay que decir que “sí” pues Dios no es ajeno a lo que sucede y lo permite para probar a la Orden y lograr según su designio un bien mayor aunque nosotros en ese momento no sabemos ni nos damos cuenta de cómo puede ser.

María enseña así a la Orden que Dios puede manifestarse en situaciones extrañas, que la Orden no entiende, como le ocurrió a María, pero que como ella la única manera de obrar es decir, aquí está la esclava del Señor, hágase en la Orden lo que tú quieras.

Pero no sólo en la Orden, también en cada uno de nosotros los escolapios. Mira tu vida, lo que ha sido, lo que te ha ido ocurriendo, las situaciones por las que has pasado, ¿has dicho siempre “sí” a Dios? Es la única manera de comportarse como el Señor quiere, diciendo que “sí”. Ya sé que a veces, o muchas veces, no entenderemos lo que pasa, lo que nos ocurre, lo que viene sobre nosotros, los males que sufrimos, pues bien, en todo eso, “aquí está la esclava del Señor, aquí estoy yo, Señor, hágase en mí según tu palabra”.

No será siempre fácil la vida. Tendremos que pasar por situaciones de dificultad, por pruebas que jamás hubiéramos pensado que podían venirnos, y entonces ¿cómo obrar? ¿Acaso oponiéndonos, quejándonos, huyendo de lo que viene sobre nosotros o más bien como lo hizo María? ¿Qué hizo? Pidió una explicación, no para huir de lo que se le venía encima, sino para comprender mejor lo que el Señor quería de ella. Así ha de ser en nosotros. Preguntarle al Señor, ¿por qué me viene esto, por qué sucede esto otro, por qué este dolor o esta aflicción o esta prueba? ¿Por qué Señor? No es que yo quiera huir de ella, simplemente te pido que me ayudes a comprender lo que pueda comprender, pero comprenda más o menos, mi respuesta ha de ser siempre el “sí” que Dios espera de cada uno de nosotros.

Y así hemos de ir pasando la vida. Será corta o larga, estaremos en un sitio o en otro por obediencia, nos vendrán alegrías y victorias

en nuestra labor o luchas y derrotas en lo que hacemos, podrán ocurrir y ocurrirán muchas cosas, pero nuestro corazón ha de estar pronto para dar la respuesta mariana al Señor. Por eso hemos de recurrir constantemente a María para que nos acompañe, para que nos consuele, para que vaya con nosotros, para que nos coja de la mano y nos conduzca por los caminos del Señor como ella misma lo hizo siempre.

Definitivamente María es la Virgen del “sí”, la Madre que ayuda a sus hijos a dar el “sí” a Dios, que nos manifiesta con su propia vida cómo hay que proceder para agradar en todo momento a Dios. Seamos hombres del “sí”, discípulos del “sí”. Seamos también personas que enseñen a quienes pasan por nuestras manos a decir que “sí” a Dios, y que les ayudemos a comprender en lo que se pueda lo que les ocurre y para eso llevémosles a María, y detengámonos en el pasaje del evangelio en el que María se constituyó en la Virgen del “sí”. Así aprenderán ellos que las cosas pueden ponerse difíciles en su vida pero que siempre se ha de estar con el corazón en la mano ofreciéndolo a Dios y diciéndole siempre “sí”, Señor, aquí estoy, hágase en mí según tu palabra.

Oración

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también acudo, ¡oh Madre, Virgen de las vírgenes! Y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. No desechéis, ¡oh Madre de Dios!, mis humildes súplicas, antes bien, inclinad a ellas vuestros oídos y dignaos atenderlas favorablemente (San Bernardo).

María del encuentro

Vivencia de María

En aquel pueblecito todos se conocían. Las muchachas unas eran amigas de otras. Poco a poco las adolescentes se convertían en mujeres. Se desposaban. Formaban una nueva familia. Todas sabían quién era el preferido de cada una. Quién iba a desposar a su amiga. Le había llegado la hora de desposarse a María. Y se desposó. Pero María no tenía sólo amigas, tenía parientes. Cuando lo del ángel algo le llamó la atención. Que su prima Isabel, ya mayor, estaba en cinta. Nada menos que ya de seis meses. No lo sabían en la familia. Por una parte vivían lejos. Por otra ya la creían estéril pues no había dado a luz. Lo que le llama la atención a María es que el ángel le diga que va a parir. Y se lo dice para reafirmar lo que a ella le va a suceder.

¿Por qué? Porque para Yahvé nada hay imposible. Si le va a nacer un hijo a Isabel es que Yahvé ha intervenido en su prima. Luego también es verdad que en ella ha intervenido. Lo que le había ocurrido no se lo había inventado. María tuvo que explicar lo que le había sucedido. No sabemos cómo. Tuvo que ser difícil. Primero comunicárselo a sus padres. ¿Cómo les va a explicar lo del ángel? Ellos, no sabemos cómo, pero lo aceptan. Conocían a su hija. No les mentía. Era buena. No les había dado ningún disgusto. Y ahora les viene con algo incomprensible. Pero lo aceptan. Sin duda que también Yahvé les ayudó. Pero más difícil aún contárselo a José. Comprendía que tenía que decírselo. Porque pasaba el tiempo y tenían que convivir. Es verdad que aún tenía tiempo. Apenas había concebido. Quedaban meses. Pero no quedaba tiempo para la convivencia. Se armó de fuerza. Pidió a Yahvé que la ayudara. Y Yahvé, conmovido por la petición de María, le ayuda a dar el paso. Ella se lo comunica a José. Este no comprende. Ama a María. No quiere que cuando se le note el embarazo hablen

mal de ella. No le queda otro remedio sino dejarla. Romperá el matrimonio. Y así el desposorio desaparecerá, no tiene entonces que haber convivencia. Pero Yahvé está al quite. ¡Cómo no le va a ayudar a la madre de su Hijo que lleva ya en sus entrañas! Y de nuevo un ángel. En sueños se le aparece a José. Le explica todo. No debe temer en tomar a María por esposa. Notará su embarazo, pero ha sido obra de Yahvé, dice del Espíritu Santo. José no acaba de comprender quién es ese Espíritu Santo, pero acepta. También él es bueno. También él obedece a Yahvé. También él está contento con todo lo que hace su Yahvé.

Y ocurre algo especial, que a José se le cambia la mirada. Mira a María. Sí, la mira con el mismo amor, pero sin ninguna posesión. Él es su marido, pero ella no es su esposa. Pertenece a otro. No se siente traicionado. No le han arrebatado la esposa. La ha tomado ese Espíritu Santo del que no sabe nada. Pero el ángel se lo ha dicho. A él le basta. María ha solucionado los problemas creados. Lo sabe su familia. Lo sabe José. Y ¿qué hace?

Pues quiere estar con su prima. Le quedan tres meses para el nacimiento de su hijo. Y emprende el camino. No va sola. Sin duda se une a algún grupo que iba a pasar o a quedarse en el pueblo de Isabel. Va tranquila. Es una mujer, su esposo está en su pueblo. A ella la encomiendan a unos conocidos. Va segura. Saben que se la pueden llevar acompañándola hasta su destino. Y, por fin, después de los días que duraron en recorrer el camino, llega a casa de Isabel.

¡Qué alegría! La joven muchacha y la anciana Isabel. ¡Qué abrazos! ¡Qué risas! ¡Qué felicidad! A lo mejor hacía tiempo que no se habían visto. Esto es el recibimiento. Pero ¿todo el recibimiento? ¡No!

Resulta que Isabel en cuanto ve a su prima María, el niño que lleva en su seno da saltos de gozo. No es sólo Isabel la contenta. También su hijo. El precursor está delante del que anunciará: este “es el cordero de Dios”. Isabel está santificada por la presencia de María, su hijo viene santificado por la presencia de quien habita las entrañas de María. Así se da el encuentro. Era lo que deseaba María. Había soñado con el encuentro estando en su pueblo. Cuando le nació la idea de ir a visitar. Había soñado con el encuentro durante el viaje. Cuando le preguntaban a dónde iba, respondía que a encontrar a su prima. ¿Por qué? Porque iba a dar a luz, iba a tener un hijo, don de Yahvé porque era anciana. Y por fin, después de tanto soñar,

llega la realidad. María es la María del encuentro. La que quiere encontrar a su prima a quien añoraba hacía tiempo.

Estaba allí e iba a permanecer tres meses. Qué menos si había hecho el viaje, qué menos que esperar a ayudarla en el parto. A ella aún no se le notaba nada y podía estar tranquila ante la gente. Y podía estar tranquila aún durante el retorno a casa. Ella sí que notaba que le iba creciendo su hijo. Notaba lo que nota toda mujer. Por una parte la alegría de saberse madre. Por otra que se le iba ensanchando un poquitín el vientre. Pero además y a medida que pasaba el tiempo, quizás aún estando con Isabel, notaría las pataditas de su hijo en su vientre. Y si no, lo tuvo que notar en el viaje de vuelta.

¡Qué serían aquellos tres meses de encuentro de las dos mujeres! ¡Qué pensaría Isabel de María! ¡Cómo la miraría! ¡Qué alegría de tenerla en casa! ¡Y qué sorpresa al mismo tiempo, qué admiración y alegría cuando notó el salto del pequeño en su vientre! Su prima era bendita. Y Lucas nos lo dice con estas palabras que salen de la boca de Isabel: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”. No sólo eso, está admirada de que haya ido a visitarla y por eso prorrumpe con estas palabras: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y ¡dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”. Lucas señala que dice todo esto llena del Espíritu Santo.

Tres meses vividos entre la alegría de una y la admiración de la otra. Cada una vivía lo que tenían en ellas con gozo inmenso. Dos mujeres bendecidas. Una la madre del Hijo de Yahvé. La otra, la madre del que iba a ser el precursor y que en el futuro iba a dar la sangre por defender la verdad que es defender al Hijo de Dios.

Eran mujeres, por muy bendecidas que fuesen. Eran primas y el amor no faltaba en medio de lo que cada una sentía por la otra. ¡Qué conversaciones tendrían! ¡De qué hablarían! ¿Explicó María a Isabel cómo había nacido todo? La quería mucho, pero aquello, lo que le sucedió al principio lo tenía guardado en su corazón porque le pertenecía como el gran tesoro que le había hecho Yahvé. Quería mucho a Isabel, pero quería más a Yahvé.

Y llegó el momento de la despedida. Habría alegría con algunas lágrimas. Isabel dejaba a la madre de su Señor. María dejaba a la que

tenía en su seno quien iba a ser el anunciador de su hijo. Se abrazaron, se besaron, y María se fue. Ya le pesaba un poco más el vientre. Ya notaba más a aquel que estaba creciendo en su seno. Y el viaje de vuelta con qué amor lo habría hecho María. ¡Qué no le diría a su hijo, qué palabras no le dirigiría!

Estaba contenta había ido al encuentro de su prima, la había saludado, había convivido con ella, le había dado una gran alegría y se volvía. María había realizado otra de sus virtudes, saber encontrar a quien le necesita. Sí, María, es la María del encuentro.

De la mano de María

María del encuentro es también consuelo, ayuda y dirección de nuestra vida. Por eso a ella hemos de pedir protección en todo momento.

Cuando hablamos de “encuentro” podemos referirnos a diversas posibilidades ya que existen distintas clases de encuentro. Está el “encuentro” que es el simple tropiezo de una persona con otra. Así cuando llegando a casa decimos, por ejemplo, me he encontrado con fulanito de tal. Es simplemente que nos hemos tropezado en la calle con él. Está el “encuentro” que se puede dar entre dos amigos, que van de paseo y de repente se encuentran entre sí; encuentro muy distinto al anterior. Está el “encuentro” de dos personas que se ven después de mucho tiempo que no se habían visto, es decir, se han encontrado después de mucho tiempo sin verse, lo que les produce una inmensa alegría. O está el “encuentro” entre dos personas enemigas, que no se pueden ver y en una ocasión se dan de bruces por la calle, causando acaso afrentas entre ellos al verse de nuevo. Quiero decir que existen distintos encuentros.

Cuando nos referimos al “encuentro” de María y que este se debe dar en nosotros, nos referimos a un encuentro que tiene ciertas características. Primero, es un encuentro que produce alegría porque existe un verdadero afecto entre las dos personas, como hemos visto entre María e Isabel. Segundo, es un encuentro que había sido muchas veces soñado, en cuanto que las personas habían pensado muchas veces poderse ver entre ellas dos. Tercero, es un encuentro que trae algo de bueno para las dos personas, por ejemplo las muchas ganas que tenían de comunicarse y no lo habían podido hacer hasta entonces. Cuarto, es un encuentro que a poder ser no

es momentáneo, sino que tiene una cierta duración porque lo buscaban desde hace tiempo y por fin lo han conseguido. Quinto, es un encuentro que al separarse, por una parte produce la alegría de haberse visto y hablado y contado tantas cosas entre los dos, pero al mismo tiempo causa una cierta tristeza porque se dejan de ver y acaso por mucho tiempo.

El “encuentro” ha de estar presente en nuestra vida. Y de hecho con muchas personas. Por una parte con hermanos nuestros que acaso hemos estado en otro tiempo con ellos en comunidad y puede ser que hacía tiempo que no los veíamos. Encontrarnos con ellos tiene que producirnos la alegría de verlos de nuevo y poder charlar y contarnos cosas que no nos habíamos dicho. El “encuentro” con amigos a los que no veíamos hace tiempo y este encuentro nos causa felicidad, porque los amigos siempre son felices cuando están juntos. El “encuentro” con personas que queremos y con quienes no es fácil estar con ellos, sea porque estamos lejos unos de otros o por cualquier otro motivo. El “encuentro” con nuestros parientes a los que queremos de verdad y ya el estar con ellos nos causa una gran felicidad. El “encuentro” con ex alumnos que hemos tenido y que les causa una inmensa alegría el vernos y poder comentar muchas cosas del pasado.

Muchas veces hemos de provocar este encuentro, sea porque nos llamamos para vernos, sea porque sabemos que yendo a un sitio los vamos a encontrar, sea porque la vida nos lleva a estar en un mismo lugar.

Está el “encuentro” que procuramos porque deseamos hacer el bien a una persona. Conocemos su vida, sabemos lo que necesita, vemos que podemos ayudarla y el afecto que le tenemos nos hace ir hacia ella. Es un “encuentro” de verdad porque es desinteresado y por hacer un bien.

Pero hemos de hacer lo posible también por encontrarnos con todos aquellos que nos necesitan. Sabemos que nos buscan, que les es difícil acaso vernos y nosotros podemos facilitarles esa posibilidad del encuentro porque tienen algo que decirnos o porque de verdad necesitan de nosotros.

El verdadero “encuentro” ha de ser como hemos dicho desinteresado. No vamos con segundas intenciones, no queremos aprovecharnos de la otra persona, no queremos mangonearla, no buscamos un

simple beneficio nuestro. El verdadero “encuentro” ha de ser gratuito, porque no queremos obtener ningún beneficio para nosotros, sino que pensamos más en la otra persona que en nosotros mismos. El “encuentro” como el de María ha de buscar el bien del otro, ir en su ayuda si nos necesita, si sabemos que lo desea y que lo está esperando. El “encuentro” verdadero ha de producir alegría en la otra persona, o quizás sorpresa porque nunca hubiera pensado que la buscábamos para estar con ella.

Está el “encuentro” para pedir perdón si alguna vez hemos fallado en algo o hemos ofendido a alguien. Así nos reconciamos con esa persona. Existe el “encuentro” que uno busca para decir al otro lo que nunca le ha dicho y quizás siempre ha huido de él porque nunca quería manifestar lo que le tenía que decir. Está el “encuentro” que ayuda a la otra persona a que se desfogue con nosotros, sea hablando de los dos, sea contándonos cosas que necesita decirnos y en las que nosotros le podemos orientar, haciéndoles así bien porque pacificamos su vida o les orientamos en lo que les ocurre o somos capaces de manifestarles cuál es la verdad del hecho que nos cuentan.

Son muchos los “encuentros” que se pueden dar en nuestra vida, muchos los “encuentros” que hemos de favorecer, los que hemos de lograr una veces por el bien de la otra persona, otras por nuestro propio bien. En todo “encuentro” María nos ha de ayudar con su ejemplo, nos ha de animar a realizarlo como ella lo hizo, nos ha de enseñar el camino que sea para bien de otras personas o de nosotros mismos. María del encuentro, ayúdanos en nuestra vida y haz que nuestros encuentros con las distintas personas sirvan para bien de ellos y nos sirvan también a nosotros.

Oración

*Madre mía: Desde que amanece el día, bendíceme;
en lo rudo del trabajo, ayúdame;
si vacilo en mis buenas decisiones, fortaléceme;
en las tentaciones y peligros, defiéndeme;
si desfallezco, sálvame y al cielo llévame.
Amén.*

María de la admiración

Vivencia de María

Era emperador Augusto. Quirino gobernador de Siria. Al emperador se le ocurrió hacer un censo. Eso del censo no les gustaba a los israelitas. Recordaban cuando lo mandó hacer David. Luego pidió perdón, pero Yahvé lo castigó. En el censo de Augusto todos debían ir a la ciudad de cada uno a inscribirse en ella. Era un problema para la pareja de José y María. Esta estaba muy embarazada. Esperaba pronto el parto. Pero tuvieron que desplazarse a Belén. Vivían en Nazaret y tuvieron que hacer un viaje. No era apetecible. Pero obedecieron a la ley dada. Y cuando llegan a Belén, María se pone de parto. No encuentran dónde hospedarse. Todo estaba lleno. Había mucha gente. Y no tienen más remedio que cobijarse en una cueva. Había un establo porque la cueva era para animales. Y María dio a luz allí a Jesús.

¿Cómo ocurrió? No sabemos. María permanece intacta y no obstante nace el niño. José y María quedaron admirados. Ahí tenían al hijo de María. ¿Cómo lo miraría la Virgen! ¡Y cómo estaría admirado José! La admiración les llenaba el corazón. Era algo prodigioso. Nadie de los alrededores supo nada. El parto era un hecho normal. Pero semejante parto... María envuelve al niño en pañales y lo acuesta en el pesebre. No habían encontrado posada. Estaban solos. Pero sabían que aquel que había nacido era alguien especial. Sí, especial debía ser recordando todo lo pasado por ese niño.

¿Qué hicieron? No sabemos. Pero empiezan a ocurrir cosas extrañas. Resulta que se les acercan unos pastores. Estaban cerca del lugar donde había nacido Jesús. Y a estos pastores se les presenta el ángel del Señor. ¡Menudo susto! ¿Cómo fue? Sólo podemos narrar lo que dice Lucas. Que el ángel se les manifestó y les habló. No sabemos cómo fue. El ángel quiso tranquilizarlos y les dijo: “Estad tranquilos,

mirad que os traigo una buena noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo; hoy os ha nacido un salvador y os doy esta señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.

Y a la cueva empiezan a llegar estos pastores. Miran a las tres personas. Una mujer, un hombre y un bebé. Creen lo que les ha dicho el ángel. Admiran lo que tienen delante. En sus corazones brilla una gran alegría. Es muy importante ese niño. Y ellos con sencillez le manifiestan su cariño. Son rudos, pero son buenos. Y de la forma que se les ocurre le manifiestan su amor. Y recuerdan lo que les había ocurrido un poco antes de salir del cuidado de sus ovejas. Cuando el ángel les habló. Resulta que entorno al ángel apareció una legión del ejército celestial que alababa a Yahvé diciendo: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que Dios quiere tanto”. Es una forma que tiene Lucas de expresar la gran admiración de aquellos pastores. Les inunda la alegría; sienten que no están solos; saben que algo importante está ocurriendo; se sienten acompañados y protegidos; no saben por quién ni cómo, pero así es. Es la legión de ángeles de la que habla Lucas.

¿Cómo habrían vivido María y José aquella situación, al ver a esos pobres pastores que se les acercan para rendir homenaje al Niño? También a ellos les llena la admiración. Nunca hubieran pensado que podía ocurrir lo que está sucediendo. María iba conservando en su corazón todo lo que iba viviendo. No se le olvidaría. Algún día podría contarlo, aunque en ese momento no lo pensaba.

Pero ocurre aún más. Están en la cueva, aún no se han ido ni saben cuándo, cómo y a dónde se irán, y llegan unos grandes señores. Antes unos pobres pastores, ahora unos grandes señores. Parece que vienen de lejos. No son reyes, pero algo así parecen. Vienen porque a ellos se les ha revelado lo acontecido en un lugar lejano donde ellos vivían. Caminan siguiendo una estrella. La estrella de repente, en un momento desaparece. Están ya en Jerusalén. Preguntan. Al escuchar el rey Herodes lo que les cuentan estos señores se informa dónde va a nacer el Mesías. Le dicen que en Belén de Judá. Y allí les encamina. Con una petición, que de vuelta pasen de nuevo por Jerusalén y le cuenten todo lo que han visto. También él quiere ir a rendirle homenaje. Esos señores, magos los llamará Mateo, llegan a la cueva de Belén. Y ofrecen su admiración, su amor, su alegría a ese niño recién nacido. ¿Cómo habría admirado esto a José y a María! La admiración crece y crece en el corazón de la joven pareja. Aunque lo sabían, se

van dando cuenta de la importancia del Niño nacido tan pobremente. María también conserva esto en su corazón. No lo olvidará tampoco.

Pero no todo acaba ahí. Pasan ocho días. Tienen que cumplir la Ley y circuncidar al Niño en el Templo y ponerle el nombre que les había dicho el ángel antes de la concepción, “se llamará Jesús”. Van a Jerusalén, al Templo. Y al entrar se les acercan dos personas, ancianas, un hombre y una mujer. Uno se llama Simeón. Hombre justo que vivía esperando que llegara el consuelo de Israel. Porque había recibido el anuncio de que no moriría sin haber visto al Mesías del Señor. Y cuando entra María, José y el Niño, comprende que tiene delante de sí al Mesías que se le había prometido conocer. Y prorrumpe, lleno de admiración, con esta oración: “Ahora, Señor, según tu promesa, despide a tu siervo en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador; lo has colocado ante todos los pueblos como luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel”.

¡Qué pensaría la joven pareja! De nuevo la admiración ante ese anciano y las palabras que ha dicho inspirado por Yahvé. Y además se les acerca una anciana. Era una profetisa, Ana, hija de Fanuel. Era muy anciana. De jovencita había estado casada siete años y llevaba ya viuda hasta los ochenta y cuatro que tenía. Ella ante el Niño daba gracias a Dios. Y, más, hablaba del Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

Los dos ancianos admiran a la joven pareja. ¡Han ocurrido tantas cosas en el poco tiempo del nacimiento del Niño! Nace en una cueva; van primero unos pastores rudos pero buenos y les cuentan lo que les ha pasado. Luego llegan unos grandes señores que también les cuentan las cosas admirables que han vivido hasta llegar a la cueva de Belén; después en el Templo los dos ancianos, alabando a Dios y ensalzando al Niño. Para ellos el Niño se llama ya Jesús. Así lo había dicho el ángel cuando se le apareció a María antes de que lo concibiera.

María es ya la Virgen de la admiración. Todo en su vida es algo que le admira. Vive una vida llena de sucesos que le admiran y todos por causa de ese Niño que ha llevado en su seno y que ya nacido ha sido causa de tantos acontecimientos.

María de la admiración, ruega por nosotros para que vivamos la experiencia de admiración, alegría y amor que hemos visto en todos los que han llegado hasta tu Hijo Jesús.

De la mano de María

La admiración es una realidad importante en nuestra vida. ¿Es que no nos admiramos de tantas cosas en nuestra existencia? Dice el Génesis que después de la creación vio Dios todo lo que había creado y era muy bueno, muy hermoso, muy maravilloso. ¿Cómo no nos vamos a admirar nosotros ante la creación de Yahvé cuando él mismo dice que es algo bueno y hermoso? Pero pensemos en algunas de las cosas de las que nos admiramos.

¿No nos admiramos de nuestro Dios? Tener un Dios, que es nuestro Padre, y que sea como es. ¿Podemos pensar en alguien que haya hecho por nosotros lo que ha hecho Dios? ¿Sabemos lo que es que haya entregado a su Hijo, Dios como él, que lo haya entregado por nosotros? Y que lo haya entregado nada menos que para que viviera con nosotros y como nosotros. En todo como cada uno de nosotros, menos en el pecado. Que Dios nos lo haya dado es algo incomprendible. Que lo haya mandado a nuestra tierra para que viva en ella, trabaje para que sea un mundo mejor, y que lo haya entregado nada menos que hasta la muerte, también es incomprendible. ¿Nos podemos creer esto? ¡Claro que lo creemos! Pero es que nos sobrepasa de tal manera que nos llega a parecer imposible. Que Dios se haya preocupado de cada uno de nosotros, digo de cada uno de nosotros, y que por cada uno haya dado a su Hijo. Porque lo entregó por cada uno. No vale el plural, “por nosotros”, hay que llegar al singular, “por mí”. Pablo lo había comprendido muy bien cuando decía “me amó y se entregó por mí”. ¿Existe alguna religión en la que tengan un ser supremo como el nuestro? Todas las religiones piensan en su ser supremo, lo llamen como lo llamen, pero que sea como el nuestro, no hay ninguna religión. Uno queda pasmado al pensar en lo que ha hecho nada menos que Dios Padre por cada uno de nosotros que no somos nada, y si somos algo es porque él nos ha amado. Eso es lo que nos tiene que tenernos también admirados, que nos haya amado, mejor que nos ame constantemente y nada menos que desde hace una eternidad. Sí, nos admiramos de Dios Padre con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y le damos gracias. ¿Cómo no íbamos a estar admirados ante este Dios?

Nos admiramos ante Jesús. Él que es Dios, el Hijo de Dios, Dios como el Padre menos en que él es el Hijo y no el Padre pero en todo igual al Padre, resulta que se ha encarnado. Decir esto es decir que

ha tomado carne para siempre. El “para siempre” quiere decir que por toda la eternidad será ya Jesús, es decir, el Verbo encarnado. ¿Cómo ha sido capaz de llegar a semejante situación? Por amor y obediencia al Padre: “aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. ¿No nos deja admirados esto? Pensemos: se encarnó, y vivió como los demás hombres de su tiempo. Por fuera así era, no por dentro, es decir, por lo que le venía de dentro. De hecho ¿qué hizo en su vida? Adorar al Padre, estar en comunicación con él por la oración y dedicarse completamente a los hombres. Nos predicó la Buena Noticia, es decir que teníamos un Padre que era todo bondad para nosotros. Jesús lo que hizo fue curar enfermos, perdonar pecados, limpiar leprosos, resucitar algunos muertos, hacer el bien a todos los que se le acercaban ¿No es esto para estar admirados? Incluso se dejó llevar a la Cruz. Es decir, que murió por nosotros, no por nosotros, digámoslo mejor, por ti y por mí. Por cada uno en particular porque cada uno le importábamos. Y de cada uno quería borrar el pecado, lo que le desagradaba al Padre porque quería que todos fuésemos hijos queridos del Padre. ¿No es para quedar pasmados por todo lo que fue e hizo Jesús? Y nuestra alegría ahora es que está con el Padre para siempre. Y creemos que nos espera. Creemos que nos recibirá en el seno de Dios donde está él. Ya lo dijo, me voy a prepararos un lugar para que donde yo estoy estéis también vosotros. Se lo decía a sus discípulos, pero en ellos nos sentimos representados cada uno de nosotros. Ese Jesús es nuestro hermano, porque él es Hijo del Padre y a nosotros nos ha hecho hijos también aunque de otra manera del Padre; somos hijos de Dios, hijos en el Hijo. Y esperamos que un día estemos con él para siempre, por toda la eternidad. ¡No digamos que no nos admiramos de esto! Nos admiramos de tal manera que hasta nos parece imposible que sea así. Y, sin embargo, lo es. Gracias Jesús por todo lo que has hecho y haces constantemente por nosotros.

Y nos admiramos de tener también al Espíritu Santo. No lo conocemos bien. Sabemos que es Dios como el Padre y el Hijo, aunque no sea ni el Padre ni el Hijo. Son tres personas pero de una misma naturaleza. Ya sé que nos resulta difícil comprenderlo, mejor, que no lo comprendemos, pero lo aceptamos de corazón. El Espíritu Santo es el amor entre el Padre y el Hijo. Es la persona que Jesús, estando ya en el seno del Padre, nos lo envió para que nos ayudara, nos acompañara, defendiera a la Iglesia y la llevara poco a poco a lo que el Padre quería que fuera. Y los cristianos bautizados, confir-

mados y los que han recibido el ministerio sacerdotal han recibido sacramentalmente el Espíritu Santo en sus vidas, en su corazón. Él es quien nos tiene que ayudar a todos en los momentos difíciles de la vida, nos tiene que ayudar a superar las tentaciones, a ofrecer nuestro socorro a los necesitados y pobres, a amar a todos los que pasan por nuestra vida. El Espíritu Santo es el gran don en nuestra vida. Por eso nos admira que esté con nosotros, que nos acompañe en todo momento que sea la fuerza en nuestra debilidad, la limpieza en nuestro pecado, la alegría que nos da en los momentos de dificultad. ¡Claro que nos admiramos de la existencia del Espíritu Santo! Y nos sentimos felices de que exista y de que nos hayan enseñado que existe. Ven Espíritu Santo a nuestras vidas y haz que no nos dejemos separar del amor a Dios. Más aún, aumenta tú ese amor cada uno de los días de nuestra existencia.

Y después de lo que hemos visto antes, ¿cómo no nos vamos a sentir admirados de tener a María en nuestra vida? Hemos visto lo que fue el principio de su existencia cuando le fue anunciada su concepción y los primeros días del nacimiento de su hijo. No nos queda sino darle gracias por lo que fue su vida y porque nos dio al Hijo de Dios por la fuerza del Espíritu Santo. María de la admiración, gracias por todo lo que viviste y aceptaste y haz que vivamos nosotros en esa admiración que tú supiste vivir ante lo que ocurría en tu vida. Gracias, Madre.

Oración

*El ángel vino de los Cielos
y a María anunció
el gran misterio de Dios-Hombre
que a los Cielos admiró.*

*Virgen Madre, Señora nuestra
recordando la Encarnación
te cantamos tus hijos, todos
como Estrella de Salvación.*

*Yo soy la esclava del Señor, mi Dios
la Virgen dijo al contestar
que se haga en mí según Tú has dicho
que se haga en mí Tu Voluntad*

*Virgen Madre, Señora nuestra
recordando la Encarnación
te cantamos tus hijos, todos
como Estrella de Salvación.*

*El Verbo, para redimirnos
tomó su sangre virginal
vivió hecho Hombre entre nosotros
librándonos de todo mal.*

*Virgen Madre, Señora nuestra
recordando la Encarnación
te cantamos tus hijos, todos
como Estrella de Salvación.*

María del amor

Vivencia de María

El pequeño que ha nacido es un bebé, como todos los recién nacidos. Y seguirá siendo bebé durante bastante tiempo. Y ¿cómo se comporta María con él? Como lo hacen todas las madres con sus recién nacidos. Lo cubre de besos porque una madre ama con un corazón tierno a su pequeño hijo. Besos de amor, besos de cariño, besos porque lo siente carne de su carne. Para toda madre el ser madre resulta un gozo. Y ese gozo es el bebé que tiene en sus manos. Le acaricia. Hay que ver cómo tratan las madres a los pequeños, cómo los acarician, cómo no se cansan de hacerles sonreír y alegrarse. Pues así obra María con el pequeño Jesús, que es un bebé nacido hace pocas semanas o pocos meses. También hace como las madres, le dice palabras que no tienen sentido para ese pequeño que mira a su madre con unos grandes ojos. Ojos que enternecen a la madre. Ojos en los que ve el amor que ya recibe de su hijo. ¡Qué contenta tenía que sentirse María ante su pequeñín!

Tiene que acunarlo. No sé cómo sería la cuna en la que puso al niño cuando ya pudo descansar de viajes que le hicieron ir de un lado a otro. Le acuna porque el pequeño a veces llora. Y Jesús como todo chiquitín llora a veces. María quiere que calle, quiere que se encuentre bien, quiere que no tenga ningún mal. Y tiene que limpiarlo muchas veces. Toda madre tiene que hacer eso con su pequeño. Así María. Las madres además buscan juguetes para los pequeños. ¿Qué buscaría María? No sabemos, pero sin duda que algo buscaría. Las madres hasta con las cosas más mínimas hacen reír a sus pequeñuelos. Y una sonrisa del niño produce una inmensa alegría en la madre. Todo esto y más cosas que veremos hace María con el pequeño Jesús. Y si pensamos que está haciéndolo al mismo Hijo de Yahvé quedamos sorprendidos y admirados.

Luego tiene que enseñarle poco a poco a andar. Primero arrastrándose, apoyándose en manos y pies. Va avanzando. La madre se aleja y el niño camina para alcanzarla. Y cuando llega a las manos de la madre recibe un inmenso abrazo, un fuerte beso. Lo acoge, lo estrecha contra su corazón. Así hace María. Va viendo que poco a poco el niño se va desarrollando. Qué hermoso es el momento en que María da el pecho a Jesús para que se alimente. Varios pintores han plasmado este hecho en sus cuadros porque es un momento precioso de María con el niño Jesús. Luego le tiene que enseñar que poco a poco hay que dejar de mamar y quiere que vaya aprendiendo a comer pequeñas cosas, las propias de los niños pequeños. Y así obra María.

Todo esto nos hace proclamar que María es la María del amor. La madre que ama intensamente a su pequeño y que hace todo lo que puede para que sea feliz. Es lo único que quiere, que sea feliz. Que lo pase bien. Que no tenga ningún mal. Y si en alguna ocasión el niño llora porque se ha hecho mal, la madre corre, lo coge, lo besa, besa donde se ha hecho mal, le canta, lo arrulla, hace cuanto puede hasta que el pequeño cesa en su llanto. Y qué hermoso sería el momento en que María teniendo a su hijo en brazos hace que poco a poco se duerma. El niño duerme en paz porque está en brazos de quien siente que le quiere.

Tuvo que ser un período de la vida de gran alegría para María, también de preocupación porque quería que todo fuese para bien de su hijo.

¿Y cómo era el amor de María al niño Jesús? Era un amor delicado, con la delicadeza que tienen las madres con sus pequeños. Les quieren y por eso la delicadeza está siempre presente en la relación con ellos. Saben hacerles ver cuando obran bien y cuando hacen algo que no está bien, porque los pequeños no entienden y el niño Jesús era un peque que podía hacer lo que hacen los peques que no entienden.

Es un amor cariñoso. El cariño es lo que más notan los pequeños. Porque el cariño de una madre aparece en sus gestos, en sus palabras, en lo que le dice aunque el niño no entienda aún el lenguaje. Pero sí entiende los gestos, la cara que pone la madre, la sonrisa que aparece en sus labios. ¡Cómo entendería el niño Jesús lo que le decía María!

Es un amor que está siempre atento a las necesidades del niño. Se preocupa constantemente de él, nota las necesidades que tiene, se

da cuenta de si le pasa algo raro. Las madres tienen un fino sentido para notar todas esas cosas, y María lo tenía. Y por eso estaba atenta a cualquier necesidad que notara en el niño pequeño que andaría a gatas junto a ella y que le echaría de menos cuando estaba en otra habitación. Gritaría, chillaría, es decir, pediría de esa forma a su madre que la quería junto a él. Y María iría corriendo a ver al niño.

Es un amor que está siempre preocupado por lo que le pueda suceder al hijo. Y así estaría María, preocupada para que nada malo le sucediera a su hijo. Con qué tacto lo cogería, con qué amor lo recibiría en su regazo. Tenía que ser muy tierno ver a los dos abrazados. Y cómo besaría el niño a María. Y qué gozo produciría esto a su madre.

Es un amor que está atento a que sea feliz el hijo. Hace todo lo que sea necesario para lograr este fin. Al fin y al cabo es lo que más importa a una madre que tiene un niño pequeño, que sea feliz y que nada le suceda porque la madre no ha tenido el cuidado que debía tener. Esto le ocurriría a María. Ella estaría siempre atenta a su hijo.

Es un amor que se empeña en no dejar solo al niño. Las madres tienen siempre a sus pequeños junto a ellas, o estando a gatas o en sus brazos o en la cuna o como sea, pero siempre con ellas, no los dejan solos, más si ese dejarlos solos puede acarrearles algún daño.

Es un amor que cura enseguida si el pequeño se ha hecho mal. Los pequeños no saben algunas cosas, pueden no darse cuenta de lo que les puede hacer mal, y a veces se lo hacen. Lloran. Las madres corren enseguida y los acarician, les besan donde se han hecho “pupa”, y así sucedería en María con el niño Jesús.

Este era el amor de María con Jesús, con el pequeño niño al principio bebé, pero que poco a poco iba creciendo, pero no por eso le amaba menos su madre.

Nada hemos dicho de José, que también estaba presente en casa cuando no trabajaba. Y también él quería y amaba al pequeño. Y el pequeño le cogía cariño y le gustaba estar con él y que le cogiera en sus brazos. ¡Y qué gozo produciría eso a José! Así fue la vida durante los primeros años del niño Jesús. Sintiendo el amor de sus padres que estaban constantemente pendientes de él y que no lo dejaban ni a sol ni a sombra, porque se sentían responsables de él.

De la mano de María

María del amor es también ejemplo para nosotros. Nos enseña a amar. ¿Y qué podemos decir de cómo ha de ser nuestro amor? Indiquemos algunos elementos de ese amor que también tenía María con el pequeño Jesús.

Hemos de amar a todos. En la familia de María todos se querían. Lo hemos visto en María con Jesús, también le quería al niño José, y cómo no, se querían los dos esposos, porque Dios respetaba también el amor y cariño que debía sentir María hacia José. No podemos excluir a nadie de nuestro amor. El Padre de los cielos nos quiere a todos, ya dijo Jesús que hace salir el sol para buenos y malos. Todos son sus hijos y a todos quiere. Por lo tanto nosotros debemos imitarlo en este amor. Hemos de amar a todos.

Nuestro amor hacia los demás ha de ser delicado. No zalamero, no buscando que nos quieran, no tratando de obtener algún beneficio de nuestro amor a los demás. Respetamos a los otros y les hacemos el bien que podemos. La delicadeza engrandece el amor. La indeclicadeza hace que el amor no sea verdadero; le falta algo o le sobra algo. Tiene que ser de verdad delicado.

Nuestro amor a los otros ha de ser pacífico. Es decir que produzca en el otro paz. No ha de ser bullanguero, no ha de trastornar al otro, sino que le ha de causar paz en su vida, en su corazón y en la relación que mantenemos con él. Así nos ama Dios, produciendo en nosotros paz. Mi paz os dejo, dijo Jesús, mi paz os doy, pero no como la da el mundo. Su amor nos llena el corazón y nos llena de paz.

Hemos de amar perdonando a los que han podido hacernos algún mal. Si no perdonamos es que no amamos. Si amamos no tenemos ningún derecho a estar enojados por algo que nos hayan hecho. ¿Es que nosotros no hemos pecado tantas veces y sin embargo Jesús nos ha perdonado siempre, una vez y otra? Cuando el amor es verdadero perdona aunque haya sufrido algo. Como el Señor se ha comportado tantas veces con nosotros hemos de portarnos nosotros con los demás.

Hemos de amar estando atentos a las necesidades de los otros. Quien ama cuida del otro. Recordemos al samaritano. No conocía a la persona que encuentra en el camino, pero la ama puesto que hace todo lo que puede por ella. La cuida, la lleva a la posada, paga lo que tiene que pagar y le dice al posadero que a la vuelta si ha gastado más se lo pa-

gará. Amar es estar atento a las necesidades de los otros. El verdadero amor así se manifiesta. Y así se manifiesta el amor de Dios con nosotros, está atento a las necesidades que tenemos. Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Ha sido bien claro el Señor.

El auténtico amor no hace mal a nadie. Ofender es no amar. Perdonar es amar. No podemos decir que amamos si resulta que hemos ofendido a alguien. No hizo así el samaritano. Y Jesús alabó su comportamiento. Si queremos que alabe el nuestro ya sabemos cómo nos hemos de comportar.

Amar es preocuparse por los demás, por sus situaciones difíciles y acudir a ayudarles en ellas en lo que podamos como el Señor acude en nuestra ayuda cuando sufrimos. La preocupación llevada a la práctica es una manera hermosa de amar, de estar junto al otro, de no darle la espalda por la razón que sea.

Amar es también pedir perdón a quien hemos ofendido a lo largo de nuestra vida. Quien pide perdón, ama. Quien ama, pide perdón. Pedro amaba a Jesús y después de negarlo por tres veces, pidió perdón porque lloró amargamente. Es cierto que esta petición de perdón nos viene ayudada por Dios. Si Jesús no hubiera mirado a Pedro cuando este acababa de negarlo no hubiera llorado amargamente, no hubiera manifestado el amor que tenía en su corazón. Lo primero es siempre el amor que Dios nos tiene.

Amar es no hacer mal a nadie. Haya sucedido lo que sea entre una persona y nosotros, no tenemos que responder con una ofensa. Ofender por haber sido ofendido es no amar. No hacer mal al que nos ha ofendido es amar de verdad. Así lo vivimos en nuestra vida cristiana. Nosotros hemos ofendido repetidamente a nuestro Dios, pero él no nos ha castigado, no se ha quejado, lo que ha hecho es sencillamente perdonar. Lo vemos en el evangelio, por ejemplo, en la mujer adúltera perdonada por el Señor. Perdonada por puro amor del Señor. Perdonada porque eso es lo que le sale del corazón a Jesús.

Amar es ayudar a los demás en todo lo que podemos y en todo lo que necesitan si podemos echarles una mano. La ayuda es manifestación de amor. Quien ayuda ama, quien ama ayuda. Lo hemos aprendido de nuestro Señor. Nosotros hemos pecado pero él nos ha ayudado, sigue ayudándonos y no nos dejará de ayudar por muy mal que nos comportemos.

Amar es sacar lo mejor de los otros. Con nuestras palabras, con nuestros comportamientos, con nuestra manera de obrar con el otro, hemos de procurar sacar lo mejor que hay en su corazón. Cuando amamos sin pedir nada, cuando amamos por pura entrega sincera de donación, el otro puede sentirse animado a obrar bien y a comportarse de mejor manera que hasta entonces. Sale lo bueno que hay en su corazón.

Amar es no olvidar el bien que hemos recibido. ¡Y ha sido tanto! Hemos sido amados por Dios como nunca hubiéramos pensado que era posible. Amados siempre, amados sin que nosotros dejáramos de ofenderle. Le hemos ofendido repetidamente y él nos ha perdonado repetidamente.

Sí, hay que amar de corazón y siempre a todos, sean amigos o enemigos, nos hayan hecho bien o nos hayan ofendido. Dios hace salir su sol sobre buenos y malos, nosotros tenemos que amar a todos sean como sean porque así imitamos a nuestro Padre de los cielos.

Oración

*Dios te salve, Anunciación,
morena de maravilla,
tendrás un hijo más bello
que los tallos de la brisa.*

*Mensaje de Dios te traigo.
Él te saluda, María,
pues Dios se prendó de ti,
y Dios es Dios de alegría.*

*Llena de gracia te llamo
porque la gracia te llena;
si más te pudiera dar,
mucho más gracia te diera.*

*El Señor está contigo,
aún más que tú estás con Dios;
tu carne ya no es tu carne,
tu sangre ya es para dos.*

*Y bendita vas a ser
entre todas las mujeres,
pues, si eres madre de todos,
¿quién podrá no quererte?*

María de la enseñanza

Vivencia de María

El niño ya no era tan niño. Iba creciendo. Se iba haciendo hombre. Y estaba en su casa con sus padres. En un momento empezó también, lo diremos más adelante, a estar en el trabajo con José. Ahora queremos ver lo que hemos llamado María de la enseñanza.

Es decir, todo el tiempo que Jesús iba creciendo y estaba en casa y luego fuera en sus trabajos, ¿qué hizo María y también José? Pues le iban enseñando. Constatemos qué le enseñaban.

María por su parte enseñaba a su hijo cosas sencillas pero importantes, virtudes domésticas y virtudes hacia fuera. Indiquemos algunas de ellas.

Le enseñaba lo que es la delicadeza. Que había que ser delicado con todos. Que la delicadeza ensalza a la persona. Que la delicadeza es lo que se merecen los demás. Que la delicadeza nunca debe faltar en una vida. La delicadeza es obrar con los demás como quisiéramos que obrasen con nosotros. La delicadeza es como nos trata a nosotros nuestro Yahvé. Lo hace con esa delicadeza que nace de su corazón.

Le enseñaba el respeto a los otros, y en primer lugar a su padre José. Hay que respetar a todas las personas. A nadie hay que hacer mal. A nadie hay que ofender. Quien ofende a una persona, ofende a Yahvé porque Yahvé está en todas las personas. Y el niño iba comprendiendo que debía respetar a todos y lo hacía cada uno de los días. Miraba con respeto, que no es falta de amor, a José. Al revés, el respeto es otra forma del amor.

Le enseñaba cómo hay que echar una mano cuando vemos a alguien que lo necesita y que nosotros podemos ayudar a esa perso-

na. La ayuda a los demás es una virtud importante. Ayudar es amar, el amor se manifiesta en la ayuda. Y María le enseñaba al niño que cuando viera por el pueblo a alguien que lo necesitaba, que le ayudara, que no pasara de largo, porque eso no agradaba a Yahvé.

Le enseñaba que había que atender a los demás. Estar atento a los otros cuando se dirigen a nosotros. La atención al otro es una manera de mostrarle que se le quiere, que se le respeta, que se le tiene en cuenta. La atención acompaña siempre a las buenas personas. Hay que ser atentos con todos y esto le enseñaba María a su hijo. No podemos desentendernos de los demás. Quien se desentiende del otro le ofende y eso es algo que Yahvé no quiere.

Le enseñaba que hay que saludar cuando uno se encuentra con otra persona. El saludo es la manera de indicar que te importa la otra persona. Los que no saludan es que a veces se creen más que los demás o bien que no les interesan los otros. Y esto no está bien. El saludo cariñoso, atento, preocupado es algo que hace bien a la persona saludada y estrecha los lazos entre las personas.

Le enseñaba cómo hay que estar con los amigos. Los amigos son siempre una ayuda en cualquier momento que se los necesite y le enseñaba también que hay que ayudar a los amigos si nos necesitan. Los amigos endulzan la vida, la hacen más agradable. Los amigos entretienen muchos ratos del día y con ellos se aprende lo que es la ayuda, el compañerismo, la solidaridad.

Le enseñaba que no hay que aprovecharse de nadie. Quien se aprovecha de otro lo está ofendiendo, lo está minusvalorando y, sin embargo, Yahvé nos ha hecho a todos personas iguales que debemos cuidarnos unos a otros. Quien se aprovecha no se cuida del otro.

Le enseñaba que no hay que abusar de nadie, no ensañarse con nadie, al revés defender a una persona cuando vemos que alguien le hace mal. Por eso no hay que reclamar nada cuando no se tiene derecho, y aún teniéndolo si se puede pues no reclamar. Quizás esto hará pensar a la otra persona y le servirá de enseñanza para su vida y le hará bien.

Le enseñaba que hay que saber perdonar. Eso, perdonar, siempre perdonar. Aunque nos hayan ofendido, aunque se hayan portado mal con nosotros. El perdón es lo que nos acerca a Yahvé de forma especial. Y Jesús bien que aprendió esto de su Madre pues en su

vida no hizo otra cosa sino perdonar, incluso en el momento supremo de su muerte, “Padre perdónales”.

Estas virtudes y otras le iba enseñando María a su hijo. Y el niño o adolescente iba aprendiendo de su Madre, estaba atento a cuanto le decía, no se le escapaba tampoco el comportamiento que veía en su madre e iba aprendiendo tanto de su comportamiento como de las palabras que le decía. Aprendió tanto de verla obrar como de escuchar lo que le decía.

Pero también en la familia José enseñó al niño cuando ya se hizo mayor. José le enseñó lo que es el trabajo. José era carpintero o como dicen el “chapuzas” del pueblo, es decir, el que echa una mano en cualquier necesidad porque es un manitas que sabe algo de todo. Y le mostró a Jesús el oficio de carpintero que era lo que más le ocupaba la vida, y así Jesús aprendió de él la carpintería pero también aprendió a ayudar a las personas en las pequeñas cosas que necesitaban y para las que también él se daba maña.

Le enseñó la honestidad en el trabajo. Que no hay que aprovecharse de lo que los demás necesitan cuando piden ayuda. La honestidad en el trabajo es muy importante y así se lo enseñó José a su hijo.

Le enseñó que hay que ayudar a quien lo necesita, sin hacer acepción de personas, en todo caso ayudar más a quien más lo necesita y quizás puede devolver menos porque tiene muy poco. Por eso José sin duda si veía a una persona que no podía pagarle, él lo dejaba pasar porque conocía la necesidad de esa persona y lo mal que lo pasaba.

Le enseñó cómo ha de ser el trato con otros trabajadores del pueblo. Llevarse bien con ellos. No discutir. Saber respetar a cada uno en lo que es de su incumbencia y no quitar nunca el trabajo a quien le pertenece porque quizás es la manera que tiene de ganarse la vida suya y de su familia. Por eso no hay que discutir por cosas de trabajo. Ser amigos en el trabajo es una gran virtud que no siempre se logra pero por la que hay que luchar.

De la mano de María

Esta manera de ser y de comportarse María también tiene que sernos de enseñanza para nosotros. ¿Cómo hemos de comportarnos en este campo en nuestra vida de escolapios, de hombres que de profe-

sión se han entregado a la enseñanza y que ésta debe ser una de las realidades que más estiman y en la que más se empeñan?

Hay que ser trabajadores. Ahora lo decimos de manera general, trabajadores. Es decir el trabajo es algo que debe estar presente siempre en nuestra vida. Trabajar como lo vemos en nuestro Fundador. Si repasamos su vida nos damos cuenta de que su vida estuvo llena de trabajo. Llevar adelante la Orden con todos los problemas que nacían en ella; animar a sus hijos con las miles de cartas que llegó a escribir; estar atento a cuanto sucedía en cada una de las casas; preocuparse de cada uno de los religiosos y de los problemas que tenían; cuidar las nuevas fundaciones atendiendo a lo que le pedían quienes deseaban tener un colegio en su ciudad. Y tantas y tantas cosas que hizo en su vida. Además este trabajo no desmejoró su oración. Fue un hombre de oración y trabajo, de trabajo y oración, entregado a Dios y a los demás.

Esto significa que no hay que ser “vagos”, es decir, personas que se preocupan poco por el trabajo, por ser útiles a la comunidad en la que están. A veces se ven religiosos que no echan mano en las necesidades del colegio o de la comunidad mientras que quizás están deseosos de que nada les falte a ellos, y buscan tener de todo.

Hay que ser honestos en el trabajo. Nuestro trabajo es con personas y en este campo hay que ser muy delicados. Las personas, más siendo niños, requieren toda la atención posible. Hay que tratarlos bien, que recuerden siempre en su vida lo bien que fueron tratados durante su estancia en el colegio de escolapios y que no tengan que criticar de ningún religioso porque no les trató bien o no se preocupó de sus necesidades.

Hay que darse a lo que esperan de nosotros. Los niños esperan siempre mucho. No hay que defraudarles. Hay que responder a sus expectativas. Pero hay que enseñarles también a ser comedidos. Que sueñen mucho y en lo que quieren ser el día de mañana, pero que al mismo tiempo tengan los pies en el suelo para no desesperarse cuando no logran lo soñado.

Hay que enseñarles a ser honestos en su comportamiento, en sus actitudes, en todo lo que hacen, piensan y quieren. Honestidad, y no nos referimos a un contexto sexual, sino a un contexto humano porque todas estas cosas se requieren en el ámbito humano. La honestidad les hará buenas personas y les ayudará a conseguir lo que

quieren. Honestidad con los demás, con los compañeros para no aprovecharse de ninguno. Que no abusen de los más débiles o de los que sufren alguna dificultad personal. No hay cosa mejor que encontrar un amigo que ayude a quien lo necesita porque se encuentra en peores condiciones humanas, físicas o psíquicas.

Hay que enseñarles cómo debe ser la relación entre ellos. Atenta, noble, dispuesta a ayudar, y saber defender a quien viene dejado a parte por los demás. Salir en favor de los que vienen acusados por los otros sin razón porque son más débiles o no tienen las cualidades que les hacen ser admirados por los demás.

Hay que enseñarles a estar a favor de los pobres, de los que tienen menos que ellos, de los que pasan por pruebas que les humillan o no les dejan ser como los demás.

Hay que educarles en las virtudes humanas, religiosas y sociales. Que sean hombres respetados y que respeten, que deseen que se les ayude si lo necesitan y que ayuden ellos a los necesitados. Que sepan ayudar a los más negados de la clase porque tienen menos facultades intelectuales o porque vienen insultados por algunos o vienen aislados de muchos de la clase.

Hay que enseñarles a no fiarse de ciertas personas mayores que les pueden hacer mal, que tratan de engañarles, de llevarlos a lugares poco recomendables. Insistir en que deben hacer caso en este tema a lo que les dicen sus padres y a saber denunciar cuando se encuentran con personas en las que hay algo oscuro, sucio o peligroso.

Hay que enseñarles que sepan aceptar el afecto, el cariño y la preocupación de los religiosos o maestros que les dan clase, pero al mismo tiempo que éstos sean cuidadosos en el trato con ellos y que no permitan que pase con ellos nada que sea escabroso o algo que los niños no se atreverían a contar a sus padres porque les avergonzaría y porque saben en su interior que no está bien.

Si se trata de los profesores, religiosos o laicos, hay que preparar bien lo que les enseñamos a los niños o a los alumnos de forma que exista una auténtica dedicación a la misión educadora que es sin duda una de las más preciosas que existen.

Hay que dedicarse a todos los alumnos sin excepción, pero sobre todo a los más pobres, a los más necesitados, aquellos a los que na-

die quiere en sus colegios porque no son alumnos aplicados o son en cierta manera gamberros o no obran como deberían hacerlo, sino que son causa de preocupación para los educadores. El verdadero educador no desecha a nadie porque es una persona difícil en clase.

Hay que querer a todos los alumnos sean como fueren, lo que no quita que haya que corregirles cuando sea necesario y en alguna ocasión a lo mejor es necesario obligarles a que dejen el colegio por su propio bien y el bien de los restantes compañeros. Han de ser casos muy raros porque precisamente educar es enseñar a comportarse bien, a cuidar de las cosas y de las personas.

Oración

*¡Oh virginal doncella
de tu nombre purísimo, María,
cuando la blanca estrella
renace con el día,
las aves cantarán la letanía!*

*Cumpliendo la promesa
resplandeció tu integridad suave,
y todo el cielo pesa,
con indulgencia grave,
sobre la fiel salutación del "Ave".*

*Si en tu virtud sencilla
la Trinidad perfecta se gozaba,
hincando la rodilla,
el arcángel mostraba
la gracia del Amor que le enviaba.*

*Tú, Virgen florecida,
diste el milagro de tu aroma al viento,
y el aura agradecida
que recogió tu acento
vistió de alegre luz el aposento.*

*Sube el arcángel alto
restaurando la paz amanecida,
y al tierno sobresalto
de su alabada subida
te llamarán los siglos escogida.*

María del despojo

Vivencia de María

Aquel bebé nacido en Belén, había ido creciendo. Adolescente, viviendo en casa con sus padres. Y Lucas dice que poco a poco iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres. Pasaba el tiempo y el adolescente se hizo adulto. Seguía viviendo en casa con sus padres. Y allí vivió hasta el momento en que dejó la casa y a su madre. En este período, de más o menos treinta años, hubo dos acontecimientos que marcaron la vida de la familia. El primero, la muerte de José. ¿Cuándo murió? No lo sabemos. Desde luego no podía ser mayor. Si hubiera vivido cuando Jesús dejó su casa no llegaría a los cincuenta años. Por lo tanto pongamos que muriera algunos años antes, no era mayor, aunque en aquel tiempo la vida era más corta.

No sabemos cómo, pero un día José no se sintió bien. O fue algo de repente o fue algo, algún mal que le fue creciendo por dentro. La cosa es que se dieron cuenta de que se iba. Podemos figurarnos el dolor de María y Jesús. María recordaría todo lo que había sido su vida con su esposo. Ya desde el momento en que le había visto en su tierra y le había gustado. Tanto que se había desposado con él. Y había pensado formar una familia. Y luego el apuro de contarle lo que le había pasado con el ángel. Cómo intervino Yahvé para que no dejara a María. El nacimiento del niño. Los viajes de un sitio a otro por circunstancias que tenían que ver con el niño. Había que defenderlo. Y José era el padre de la casa. Después el situarse definitivamente en un lugar. Y vivir trabajando, ganando la vida para la familia. Amando a los dos de casa y enseñando a Jesús tantas cosas como le había enseñado. ¡Y cómo lo quería Jesús! Madre e hijo están junto al lecho de José. Hay paz. Cómo no va a verla en semejante compañía.

Se va José, pero se va con paz. El dolor está presente. ¡Cómo no va a estar si se les va el padre! Ellos saben que allá donde vaya va a ser feliz, pero siempre duele que se vaya alguien a quien amamos. ¡Qué se dirían en aquellos días de enfermedad, al ver que todo terminaba! ¡Cómo se animarían! ¡Qué le expresaría María a José! ¡Cómo lo miraría y notaría en los ojos de José todo el amor que le había tenido a lo largo de tantos años! Como familia, habían sido felices. No había habido discusiones, habían cuidado del niño que ya es un adulto y que no por eso le querían menos ni le manifestaban menos el amor que le tenían. Sin duda María animaría a José a acoger con paz el momento de la partida; Jesús le cogería de la mano, le consolaría y le diría palabras que no podemos imaginar, palabras de cariño, de agradecimiento, de esperanza. Se volverían a ver.

Aquello no era sino el final de una etapa. No era el final de todo. Y poco a poco se le fueron cerrando los ojos a José. Fue dejando poco a poco de respirar. Y llegó el final. ¡Cómo besarían aquel cuerpo que tanto bien les había hecho a los dos que quedaban, madre e hijo! Y lo enterraron según la costumbre judía. Nunca sabremos dónde, pero eso es lo de menos. Murió como nadie ha muerto, en la presencia viva de María y de Jesús. Acompañado por los dos. Querido por los dos. Y los dos quedaron solos. La casa parecía un poco más grande porque faltaba una persona que también la llenaba. La vida seguía y tuvieron que acostumbrarse a vivir sin la presencia de José, viviendo la vida lo mejor que podían, acostumbrándose al principio a seguir con el trabajo y con los quehaceres de cada día.

María seguía con su trabajo en casa. Jesús con su trabajo propio. Quizás con un poco más pues tenía que cumplir con los compromisos que había adquirido José. La vida parecía normal. Pero a María por dentro le nacía una cierta aprehensión. Jesús iba a cumplir los treinta años. Le extrañaba que continuara en casa. Sin duda nunca habían hablado de este tema. María sabía que su hijo era algo especial. Fuera de cuando se quedó en el Templo en la visita que hicieron cuando era un adolescente y las palabras que les dirigió a sus padres cuando parece que le recriminaban por haberse quedado sin decirles nada, no hubo nada más extraño en su comportamiento. Pero María recordaba lo del ángel, aunque ella no lo había entendido del todo; el ángel había dicho “lo que va a nacer será santo, se llamará Hijo de Dios”. Sabía, pues, que era alguien muy especial.

Bastaba ver todo lo que habían hecho por salvar la vida del niño siendo pequeño.

Y llegó un día. Madre e hijo hablaban. Habían cenado, era al anoche-
cer. El silencio de los hogares se hacía presente. Y Jesús le dice a su
madre que tiene que decirle algo. Le cuenta que ha oído que hay un
profeta que bautiza en el Jordán. Que él quiere también bautizarse y
por lo tanto quiere ir allí. No le dijo que volvería. Se daba por enten-
dido que era una ida sin retorno. No sabía Jesús lo que haría. Su vida
era un ir cumpliendo día a día lo que le marcaba el Padre de los cie-
los. No se lo dijo así, pero así lo entendió María. Se le iba el hijo. Ha-
bían vivido con un cariño y atención inmensa los dos desde la parti-
da de José. ¿Qué iba a ser de Jesús? María no podía negarse. Ella era
la mujer del “sí”. ¡Cuántos “sies” había dicho desde el primero, aquel
al ángel! “Sí” a José que le decía una cosa, “sí” a José de nuevo por-
que tenían que partir de un sitio a otro, “sí”, siempre “sí”. Y ahora de
nuevo el “sí” que parecía que le rompía el corazón. Era un “sí” muy
consciente porque comprendía lo que quería Jesús, pero al mismo
tiempo muy doloroso porque era quedarse sola. No se opuso. No le
dijo nada en contra. No le puso dificultades. Dijo “sí”, vete hijo si ese
es tu destino. ¡Qué iban a pensar los dos que el profeta que bautizaba
en el Jordán era nada menos que el niño que había saltado de gozo
en el seno de Isabel cuando le visitó María! La madre le daría algunos
consejos; consejos de madre: que tuviera cuidado, que no le pasara
nada malo, que hiciera el bien que pudiera a quien lo necesitara, que
ella permanecía pero le gustaría saber algo de él. Consejos de madre
a un adulto. Era adulto, pero era su hijo. Siempre lo había cuidado y
ahora no podía dejarlo de cuidar. Al menos con las palabras.

También tuvo que ser duro para Jesús. Empezaba una nueva etapa
en su vida. Él se daba cuenta de que era así. Intuía que las cosas no
iban a ser fáciles. No sabía aún lo que le iba a ocurrir, ni sabía cómo
se iba a desenvolver. Pero estaba dispuesto a ser una persona de
bien, a hacer todo el bien que pudiera. Pero antes que nada quería
ser bautizado, quería que el agua que derramaba el profeta cayese
también sobre su cabeza como caía sobre la de muchos judíos que
acudían a él. Y muchos le preguntaban cómo tenían que comportar-
se. Juan se lo decía. Quizás también a él se le ocurriría decirle algo.
No sabía que iba a ser al revés, que quien iba a preguntarle algo era el
profeta a él. Él respondería como comprendiera que debía hacerlo.

Y llegó el momento de la partida. Un abrazo, un beso, unas manos que se estrechan, un sentir que la madre sostiene la mano como si quisiera que no se fuera, pero es una simple impresión. Ella sabe que debe partir. Él sabe que debe irse. Salió de casa. Se cerró la puerta. Él no volvió la vista atrás. Nadie que pone la mano al arado, vuelve atrás. Tampoco ella volvió a abrir la puerta para verlo marchar. Era su destino. Y lo aceptó de corazón. Es verdad que se le saltaron algunas lágrimas. Porque el amor se manifiesta también en las lágrimas. Se fue su hijo. Se quedó sola. La vida seguía pero era ya distinta. Estos dos acontecimientos fueron dos desgarrones en el corazón de María. Sufrió el despojo de la muerte de José y de la salida de casa de Jesús. Despojada de lo que más quería, pero abierta a la voluntad del Padre. Quizás en aquellos momentos recordó el día del “sí” al ángel y pensó que nunca supuso que aquel “sí” iba a tener consecuencias tan duras para su vida. Pero allí seguía de pie, amando a Yahvé, aceptando su voluntad, diciendo de nuevo “sí”.

De la mano de María

También en nuestra vida aparece el despojo. Nos confesamos discípulos de Jesús. Hemos adoptado la vida religiosa. El Señor dijo que quien quiere ir detrás de él, tiene que coger su cruz. Y la cruz significa e implica el despojo. Veamos desde esa perspectiva los votos que hemos emitido en nuestra vida religiosa.

El Señor se despojó de su riqueza, era Dios, y aceptó la pobreza de ser hombre. Nosotros aceptamos voluntariamente la pobreza por Cristo pobre. Así damos testimonio de que hemos puesto nuestra confianza en el Señor. Abandonamos los bienes materiales en la manera que cada uno sabe. Y es que la pobreza, el despojo que implica es distinto para cada uno. Cada cual siente la llamada a vivir de una manera la pobreza. Todos hemos de cumplir las Constituciones. Pero éstas indican el mínimo que hemos de vivir. Y de ahí en adelante, cada uno siente la llamada a vivirla de una manera más intensa o simplemente como lo indican las Constituciones.

Para el escolapio la pobreza la calificamos de “venerable” porque así lo quiso el Fundador. Es decir, que la veneramos. Que no huimos de ella. Que tenemos que aceptarla de corazón. Que tenemos que estar dispuestos a vivirla como el Señor nos lo pida. Que tenemos que tener abierto el corazón para hacer en esto su voluntad.

Por eso la pobreza la tenemos que manifestar de muchas maneras. En la austeridad de vida que llevamos sin permitirnos cosas que la contradigan, ni tenemos que vivir mejor que nuestros parientes que no han hecho voto de pobreza. La manifestamos en el sometimiento a la ley común del trabajo. El trabajo no lo podemos huir, es nuestra forma de vida y tenemos que aceptarlo de buena gana, pensando en mucha gente que sin voto de pobreza se desloma en el trabajo, cosa que a lo mejor nosotros no hacemos.

Nos despojamos de la posibilidad de adquirir y poseer. Esto tiene que ser evidente en nuestras vidas. Y debemos examinar esta realidad para ver si de verdad la cumplimos. En este sentido no hemos de permitirnos poseer todo lo que aparece en el mercado, aunque saquemos la excusa que es porque nos sirve para nuestro ministerio. Hay que examinar esta afirmación en cada caso para ver si es cierta.

Recordemos que el santo Padre decía que la pobreza era la más firme defensa de la Orden. Por eso hay que conservarla en toda su integridad. Incluso más, hemos de ser capaces de buscar y encontrar nuevas formas de pobreza. Cada uno en su corazón, en su vida y de cara a Dios.

El Fundador decía en sus Constituciones que los bienes muebles no han de ser superfluos; que han de dar testimonio de pobreza. No estaría mal que de vez en cuando examinásemos cómo vivimos la pobreza y hasta qué punto todo lo que tenemos lo necesitamos. Más aún, antes de comprar algo o conseguir algo, también examinarnos si nos es necesario o es más bien un capricho, algo que simplemente nos gusta.

También vivimos un despojo en el tema de la castidad. Hemos renunciado a tener una familia, a tener alguien que viva con nosotros como pareja y compañera de vida. Puede ser que esto no nos haya costado cuando éramos muy jóvenes. O sí. Pero al pasar los años y llegar a la media edad uno siente la necesidad de un cariño femenino. Siente el deseo de vivir lo que viven los hermanos de su familia. Y ahí viene el despojo. Nosotros somos del Señor. Es decir, pertenecemos al Señor.

No se trata tanto como algunos insisten sobre el tema sexual, se trata más del tema de la pertenencia. Se puede observar todo lo referente al tema sexual y sin embargo el corazón puede ser de otra

persona. No somos castos simplemente si observamos el tema sexual, sino principalmente si observamos la pertenencia. Es decir, pertenencia es que se es de alguien. Nosotros somos del Señor. A él pertenece todo nuestro ser. Dicen las Constituciones que la castidad por el Reino es un don eminente del amor del Padre.

A lo largo de la vida tenemos que examinar si es verdad que pertenecemos al Señor. Si nuestro corazón descansa en él. Si nuestro amor le pertenece. Esto no quita que amemos a personas, pero esto se vive en un plano distinto. Pensemos en Jesús: quería, cómo no, a sus discípulos; los amaba y se lo dijo en varias ocasiones; pero su pertenencia era del Padre. Amaba a sus discípulos pero no les pertenecía. Incluso dio su vida hasta la muerte en cruz por ellos y por todos los hombres, pero su corazón era del Padre. A él sólo pertenecía. Esto es lo que tenemos que examinar también en nuestra vida.

Este don de la castidad, se nos dice también en las Constituciones, hay que descubrirlo, adquirirlo y conservarlo. Ahí tenemos materia de examen. Muchas veces nos parecerá que se nos rompe el corazón porque nos atraen realidades a las que hemos renunciado. Pues recordemos que la castidad incluye un despojo que hacemos por amor a Dios. Él es nuestra herencia, nuestra pertenencia, nuestro todo.

El despojo tiene que manifestarse también en el tema del voto de obediencia. Nos gustaría tantas veces hacer lo que nos da la gana o lo que nos gusta. Nos gustaría que nadie tratara de decirnos lo que tenemos que hacer. Nos sentimos adultos y como tales creemos que muchas veces no se nos trata así. En las Constituciones se nos dice esto: “Por el voto de obediencia nos sometemos a lo que manden los Superiores conforme a las Constituciones”. No es siempre fácil observar esto. Creemos que nuestra autonomía está por encima de muchas cosas que nos mandan. Y tenemos que examinar, con la mirada puesta en la Cruz, si es verdad lo que pensamos o hacemos en algunas ocasiones.

Es de gran importancia leer con frecuencia y examinar nuestra vida a la luz del capítulo sobre la obediencia escrito por Calasanz. Aunque haya cosas que son del pasado, no son otras muchas que nos escribió él. Me permito copiar algunas: “Al Superior, sea quien sea, respétenle como a padre; préstenle obediencia total, animosa, en disponibilidad y humildad, sin legítima excusa ni protesta.

Lo conseguirán sin dificultad si se esfuerzan por descubrir a Cristo el Señor en todo Superior, aunque lo mandado parezca arduo y contrario al gusto. Es el Señor quien dejó dicho a los Superiores: ‘Quien os escucha a vosotros, me escucha a mí; quien os rechaza a vosotros, me rechaza a mí’”.

No cabe duda de que en nuestra vida de religiosos aparece con frecuencia el despojo. Lo hemos de vivir como lo hemos visto en María. Ella nos ha de conducir a vivirlo con un corazón que ama de verdad al Señor. Que ella nos anime en todo momento. Que cuando encontremos dificultad en despojarnos o en que nos despojen acudamos a María, recordemos lo que ella vivió y pidámosle con toda nuestra alma que nos ayude a imitarla, a ser del Señor.

Oración

*Siguiéndola, no te extravías.
Invocándola, no te desesperas.
Pensando en ella, no divagas.
Apoyado en ella, no caes.
Guiado por ella avanzas tranquilo.
Escudado con ella, no temas.
Con su favor, llegas hasta el fin.*

María de la soledad

Vivencia de María

María está en casa. Sola. ¡Qué grande se le hace la casa aunque es pequeña! Pero faltan los que la llenaban, José y Jesús. José se fue ya hace algunos años y sabe que es feliz, que está en un lugar donde no hay lágrimas y todo es bueno. Pero Jesús... ¿Qué pasará con él? ¿Cómo lo estará pasando? Y no hace sino pensar. Apenas tiene trabajo en casa. ¿Qué va a limpiar si nadie ensucia? ¿Y a quién va a hacer la comida? Resulta que ella ha perdido casi el apetito. No tiene nada que hacer. Tiene algunas amigas, pero esas amigas no rellenan el vacío que siente. El vacío es interno a pesar de las amigas. Se puede estar con alguien pero sentirse solo. Pero el vacío es también externo, le falta lo que más quería. No sabe cómo entretenerse. Es la soledad. La soledad más acuciante que nunca. Estar sola pendiente de lo que puede ocurrir en otro lugar. No saber nada. No tener ninguna noticia.

Sabe que su hijo ha hecho lo que creía que tenía que hacer y que eso es bueno. En cierta manera le consuela, pero frágil consuelo cuando falta la presencia. ¡Cómo la añora! Esa presencia que la hacía feliz. Presencia que llenaba todo. Presencia que era algo tangible aunque Jesús estuviera fuera de casa en sus trabajos. Sabía que iba a volver. A comer, a cenar. A estar con ella. Hablaban, comentaban lo que había sido el día. Pero sobre todo era el estar con él. Y ahora, nada.

Las amigas le suelen preguntar por su hijo. Había llamado la atención al estar tanto tiempo en casa. Era mayor. No había tomado esposa. Eso no lo hacían los demás. Y le preguntaban a María si pasaba algo. María, que no. Que eran felices, que su hijo tenía trabajo y que prefería vivir como lo hacía. Muchas veces había tenido que salir en su defensa. Pero ahora, ni siquiera eso. Porque al irse, las murmura-

ciones de la gente habían desaparecido. Era como si no existiese. Y si le preguntaban alguna vez por él, era por pura curiosidad. Cosa de mujeres. O de madres que pensaban cómo vivían sus hijos.

María sabía librar esas pequeñas batallas. Sonreía, decía que todo iba bien y callaba. Ya sufría su corazón. No iba a permitirse derramar ninguna lágrima. ¿Por qué iba a derramarla si sabía que su hijo había obrado bien? ¿Si sabía que había ido a hacer una cosa buena? ¿Le habrían ya bautizado? ¿Habría llegado al Jordán, al lugar donde estaba el profeta? La falta de noticias, eso sí le dolía. No es que pensase que su hijo iba a dar señales de vida. No era propio de su manera de ser. Ella lo sentía en su corazón y sabía que él la llevaba en el suyo.

Los días pasaban y a pesar de todo se encontraba en paz. Las amigas temían que fuera desgraciada. No tenía a nadie que fuera a consolarla. Y si iban a hablar con ella, sin duda que eso no la consolaba. Por fuera, muy atenta y hablando con las demás mujeres; por dentro con su pesar. Tenía pesar aunque estaba convencida de que su hijo estaba bien. ¿Cómo no iba a estarlo sabiendo cómo era? ¿Quién le podía hacer algún mal cuando era la bondad personificada?

María se pasaba muchos ratos recordando el pasado. Eso la consolaba. Recordaba las palabras que le decía Jesús. Recordaba conversaciones que habían tenido. Recordaba cómo hablaban de la historia del Pueblo, de cómo Yahvé había salvado al Pueblo, lo que había hecho por él, de los profetas que había enviado, de lo mal que muchas veces había respondido el Pueblo a Yahvé. Y Jesús que iba los sábados a la sinagoga le contaría después a su madre lo que había escuchado. Y los dos corazones se enardecían de amor a Yahvé. ¡Cuánto había aprendido ella de su hijo! ¡Cuánto bien le había hecho! Serían dignas de ser escuchadas las conversaciones de los dos. Y cuando estaba José, los tres hablaban de lo mismo, con el mismo fervor, con el mismo amor a Yahvé. Así pasaba muchos ratos María.

Quizás la nostalgia le cogiera alguna vez. La nostalgia porque el hijo faltaba. Al fin y al cabo era madre y había vivido para su hijo. Si las madres viven para sus hijos, esto sí que se puede decir de María. Lo había aceptado en aquel "sí" de los primeros tiempos y luego le había ido siguiendo paso a paso conforme iba creciendo. Jesús amaba a su madre, la respetaba, le decía las cosas que tendría que decirle y los dos se entendían muy bien.

Pero esa soledad que sentía... La soledad no la vencía. Era una soledad llena del clamor del deseo de tenerlo de nuevo. ¡Cómo le gustaría verlo aparecer por la puerta! No, no quería que dejase lo que tenía que hacer. Ella respetaba la decisión que había tomado porque sabía que su hijo no era irresponsable. Si había decidido irse, es que tenía que hacerlo. Pero eso no curaba la nostalgia. La soportaba un día y otro, desde que amanecía hasta que lograba dormirse. ¡Y tenía que aparentar tantas cosas ante las demás mujeres! Si iban a su casa con sus charlas la incomodarían, pero no lo manifestaba. Al revés procuraba que todas estuvieran bien, que pasaran un buen rato. Charlarían de las cosas que pasaban por el pueblo y de las que María se enteraba solo por medio de ellas. No creo que saliera mucho de casa. Tampoco se hacía la solitaria. No estaría bien y llamaría mucho la atención. Era una madre más, pero a la que el hijo le faltaba. Quizás hubiera más mujeres que vivían lo mismo; bueno, eso de que vivían lo mismo es un decir. Sí, lo mismo por fuera, es decir la situación de estar solas. Pero ella vivía algo por dentro que ninguna otra podía vivir.

Y así iban pasando los días, las semanas. Sin ninguna noticia. Acaso a lo mejor se sabía que el profeta seguía bautizando, pero nada se sabía de los que bautizaba o de lo que hacían después de ser bautizados. Habían oído que enseñaba a los bautizados cómo debían vivir. Muchos le preguntaban qué debían hacer y él se lo decía. Eso les llegaba, pero realidades sin nombres. Cuando a una mujer le falta el hijo porque ha ido a otra parte, espera que le hablen de él si saben algo. Quizás María también esperaba escuchar algo de Jesús. Pero nadie decía nada.

María vivió la soledad con un corazón abierto, con una aceptación total, con una disponibilidad que era la manera de estar con su hijo. Quizás se preguntaba si siempre iba a ser así. Si algún día no lo vería. Si en alguna ocasión no tendría la fortuna de estar con él o al menos verlo. Eso la animaba. Y con eso se consolaba. La soledad fue algo que tuvo que sufrir María y que lo hizo de todo corazón pensando en el bien de su hijo.

De la mano de María

¿Hemos probado nosotros la soledad? Sin duda que sí. Muchas soledades han pasado por nuestra vida. Eso ocurre a toda persona. Depende de la manera de ser de cada uno, de las circunstancias por las que pasa, de los acontecimientos que vienen sobre él.

A veces hay personas que de niños han tenido que soportar la soledad. No han tenido el amor que debían de sus padres. Se han criado muy solos. Podían quizás tener de todo, pero les faltaba el amor de sus padres. ¡Cuántos niños de estos hay! Y sabemos los resultados que ha acarreado esa soledad. Algunos incluso trágicos. En nuestra vida de educadores es posible que hayamos conocido niños de éstos. La soledad les hace estar solos; es algo que les acompaña y que entristece su vida. Si hemos encontrado estos casos, nuestra obligación ha sido siempre estar con ellos, ayudarles a procurar pasar el trago tan amargo que sufren en su niñez.

Está la soledad del autista. Esto es ya una enfermedad, pero no deja de ser soledad. Encerrados en sí mismos, sin nada ni nadie que pueda sacarles de su situación. Es más difícil que hayamos encontrado personas de éstas. Si las hemos encontrado hemos probado muchas veces la imposibilidad de ayudarles. Es cuestión de médicos y de especialistas.

Está la soledad del adolescente que se cree más que los demás. Que se hace el “matón”, el que está por encima de los demás, el que puede todo y puede contra todos. Pero en el corazón todo eso no es sino resultado de una soledad que quieren sobrellevar y superar haciéndose superiores a los otros. A éstos hay que enseñarles cómo se debe vivir y hay que animarles a pensar en lo que viven y en lo que hacen. Y qué deben hacer para ser de verdad felices.

Está la soledad del que no es aceptado por los demás. Nadie le manifiesta cariño, cercanía. No encuentra amigos que quieran estar con él. Son personas que sienten una soledad que les amarga el corazón. Soledad que a veces les puede llevar a soluciones trágicas y que hay que procurar sanar. No es difícil encontrar personas de éstas. Y el verdadero educador ha de estar atento a estos casos para tratar de buscar solución.

Está la soledad del hombre ya maduro que no encuentra la persona que puede convivir con él, porque aunque lo ha intentado, siempre le ha salido mal. Es debido al carácter que tiene y al comportamiento que lleva en su vida.

Está la soledad del separado. Vivió un tiempo feliz con su familia, pero algo ocurrió. Quizás fue la infidelidad en el matrimonio lo que le llevó a quedarse solo. Y entonces se quedó sin esposa ni amante. Trataba de superar la soledad enmascarándola con diversiones que no

hacían sino aumentar esa soledad. Y se convirtieron muchas veces en piltrafas humanas. Alejados de todos, sin amigos, sin familia y quizás hasta tuvieron que echarles del trabajo. ¡Qué soledad tan dolorosa!

Hemos hablado de soledades de personas ajenas a nosotros, pero debemos preguntarnos por nuestras soledades. ¿Las tenemos? ¿Nos hemos dado cuenta de ellas?

La soledad del religioso que tiene mal carácter, que se relaciona mal con los demás, que achaca lo que le pasa a los demás, y ve que nadie se acerca a él, se encuentra solo.

La soledad del que está metido en sus cosas, no comparte una vida común tranquila, atenta, cuidadosa. Vive quizás al margen de la vida común o no comparte casi nada de lo que es la vida con los demás. Sí, va a comer, pero apenas habla. Suele faltar a la oración porque no se encuentra a gusto en esos actos y no sabe qué hacer en ellos. Se mete en su cuarto y nadie sabe lo que allí hace; nadie entra ni ha entrado nunca en su habitación. Por lo tanto nadie sabe cómo en realidad vive. Este sí que está solo.

La soledad del que sí habla con los demás, comparte la vida común, pero tiene el corazón vacío. No pertenece a Dios. Dios no es el centro de su vida. No se encuentra a gusto en la oración y no sabe qué hacer en los momentos de plegaria. Es una persona acompañada por fuera, pero sola por dentro.

La soledad del que no sabe gozar de la alegría de la comunidad, de los momentos felices que se viven en ella, de los gozos de un hermano que ha obtenido algo que deseaba, de las alabanzas que dicen de otro hermano por lo que hace y por cómo vive. Este hermano tiene metida la soledad en su corazón. Pero una soledad que es mala, que le hace mal, que le separa de los demás, que le hace incapaz de ser feliz con los otros hermanos, porque la envidia le carcome el corazón.

La soledad del que hiere a otro hermano, o le tiene envidia o no se alegra de sus triunfos, sino que todo eso es causa de malhumor, de encontrarse solo, de no participar de lo que viven los demás hermanos de la comunidad. También éste vive en soledad, y esa soledad marca su corazón, le hace incapaz de estar con los demás y vivir con ellos esa vida religiosa que ha profesado y que tenía que ser la que le debía animar en todos los momentos de su vida. Lo que tenía que

ser causa de gozo, es motivo de desgana, lo que debía ser causa de alegría, se convierte en una especie de infierno por dentro porque no goza, no está contento, no se siente feliz. También hay personas que se encuentran en esta situación. Es la soledad del envidioso.

Por lo tanto hay como dos clases de soledad. La soledad que está con Dios, como la de María, la soledad que llena el corazón de regocijo, la soledad que no aparta de Dios sino que lo acerca, y ésta es la soledad buena. Y la soledad mala, la que separa de los demás, la que es causa de disgusto, separación y motivo de descontento, la del que nunca será feliz porque su soledad le aparta del Dios que llena la soledad de los que le quieren.

Oración

*Préstame Madre tus ojos
para con ellos mirar
porque si con ellos miro
nunca volveré a pecar.*

*Préstame Madre tus labios
para con ellos rezar
porque si con ellos rezo
Jesús me podrá escuchar.*

*Préstame Madre tu lengua
para poder comulgar
pues es tu lengua materna
de amor y de santidad.*

*Préstame Madre tus brazos
para poder trabajar
que así rendirá mi trabajo
una y mil veces más.*

*Préstame Madre tu manto
para cubrir mi maldad
pues cubierta con tu manto
al Cielo he de llegar.*

*Préstame Madre a tu Hijo
para poderlo yo amar
pues si me das a Jesús
¿qué más puedo yo desear?*

María del sufrimiento

Vivencia de María

Por fin pudo verle. Aunque un poco de lejos, pero allí estaba su hijo. Y oye que cuando le indican que están fuera su madre y hermanos y que le buscan, él responde que su madre y hermanos son los que cumplen la voluntad de Yahvé. María no se siente abandonada. Ella cumple la voluntad de Yahvé, ¡qué otra cosa ha sido toda su vida! Por lo tanto se siente doblemente madre. Por un parte porque le dio a luz; por otra porque siempre ha cumplido la voluntad de Yahvé.

En distintas ocasiones tiene ocasión de verle desde lejos, pero nada más. Eso sí, le preocupa lo que va escuchando. Los sumos sacerdotes, los escribas y los fariseos están en contra de él. Pero cómo puede ser esto; ¿es que no conocen de verdad a su hijo? Si lo conocieran no estarían en su contra. Pero aún le duele más cuando resulta que ese estar en contra es trágico, lo quieren matar. Quieren que desaparezca. Dicen que solivianta a las turbas, a la gente. Pero si no hace sino el bien. La gente le quiere, le sigue. Son solamente los poderes políticos y religiosos los que están en su contra. La gente sencilla está con él y le sigue. Y si no hay que ver lo que sucede un día. Lo ve sentado en un asnillo, con sus discípulos acompañándole y con una inmensa multitud que le aclama. ¿Cómo van a querer matar a quien la gente le sigue de esa manera? ¿Es que no se dan cuenta de cómo lo aclaman y el “Hosanna” que se oye por todas partes? Un doble sentimiento existe en su corazón de madre. Por una parte la alegría de ver cómo le quieren y le siguen. Ha escuchado el mucho bien que ha ido haciendo durante el tiempo en que ella seguía viviendo en Nazaret. Pero, por otra, un tremendo desasosiego se le introduce por dentro. ¿Lograrán lo que quieren las autoridades, es decir matarlo? Eso terrible no puede ocurrir.

Las mujeres que le siguen por todas partes tienen noticias. Ya no le pueden seguir como antes. Les está prohibido. Por otra parte Jesús no se manifiesta siempre abiertamente como antes. Parece que toma distancia, como si él mismo estuviera convencido de que las cosas no van por buen camino. Y las mujeres, llamémoslas discípulas, oyen lo que se dice por una parte y por otra. Se lo cuentan a María que permanece más apartada. No le quieren contar la extrema gravedad de la situación para no hacerle sufrir. Pero María se da cuenta de que le ocultan algo, y supone lo que es. Y esto le hace penar. Sufre por su hijo. Sufre por lo que le pueden hacer. Sufre porque ve que no le comprenden. Sufre porque a pesar de la multitud que le seguía el día del pollino, poco a poco parece que se van apartando de él.

Jesús se dedica más a sus discípulos. Está más con ellos. Casi solamente con ellos. Tiene muchas cosas que decirles. Se esconde, y cuando sube a Jerusalén, al Templo, lo hace a escondidas, no abiertamente. Pero no siempre. Otras veces está predicando sin que nadie le diga nada. Lo que enfada a las autoridades religiosas cuando les llega la noticia. ¿Cómo no lo habéis cogido y traído, preguntan a los soldados? Y éstos responden: es que nadie ha hablado como él.

Jesús reúne a los suyos. Es para cenar. Va a ser la última cena. Están solo los discípulos. No hay ninguna mujer. No está por tanto María. Ella le sigue desde lejos, le sigue con el corazón cuando va escuchando lo que le cuentan.

Y sufre inmensamente cuando le dicen que lo han apresado. Que un discípulo, uno de su entorno, lo ha traicionado. Que lo han llevado al Sumo Sacerdote. Nosotros sabemos todo lo que tuvo que sufrir aquellas horas el Maestro. ¿Lo supo María? Es muy posible que todo lo que sufría su hijo no lo supiera al menos mientras sucedía. Pero está en un vivir sin vivir. Ya sabe que lo han cogido. Que lo han llevado para juzgarlo. Que lo tienen sus enemigos. Que los discípulos lo han abandonado. Que se encuentra solo. Y eso estremece el corazón de María. Nada en la vida le había hecho sufrir como lo que ahora está acaeciendo. Escuchar lo que están haciendo a su hijo. Pensar cómo le pueden tratar. No ve lo que le hacen, pero va a ver los resultados de lo que le están haciendo.

Y las mujeres se enteran del juicio ante Pilato. Quizás estaban allí para ver qué pasa y contarle todo a María. Ven cómo la gente re-

chaza a aquel que no les ha hecho sino bien. Ven cómo Pilato lo presenta; es el hazmerreír de todos. Pero un hazmerreír doloroso, ensangrentado, coronado de espinas, vestido de púrpura como insulto. Jesús está en silencio, callado, humilde, con los ojos mirando al suelo. Se enfrenta a la muerte.

Y empieza el camino al Calvario. Va cargado con un palo de la cruz. Está débil, no puede más. Cae una, dos, tres veces. Le siguen las mujeres. Y entre ellas le sigue su madre. ¿Cómo no sufriría María al ver cómo está su hijo? Se le rompe el corazón. Camina como puede. Le ayudan las mujeres amigas y seguidoras de Jesús. La tienen que sostener. Y María está con la mirada fija en su hijo. Ve cómo sufre. Ella sufre por lo que él sufre. No comprende que puedan hacer lo que está viendo. Jesús en un momento vuelve la cabeza y mira a su madre. ¡Qué mirada la de los dos! Sus ojos se encuentran. Allí está el dolor de Jesús que lo lleva por amor a los que le hacen el mal y por amor a todos los hombres, y allí está el dolor de su madre al ver el estado en que se encuentra su hijo.

Llegan a la cima. Y algo horrible ve María. Ve cómo le quitan la ropa lo ponen sobre el palo de la cruz y lo crucifican. Luego suben el palo y lo ponen sobre el que estaba de pie y crucifican sus pies. ¿Qué pudo significar esto para María? ¿Cómo pudo resistirlo? No puede más. Desfallece y tiene que ser sostenida por las mujeres. Y allí está viendo a su hijo pendiente en la cruz. Va a estar todo el tiempo. Desde que lo crucifican hasta que muere. Oye las pocas palabras que pronuncia. Pero oye lo que es tan significativo en él, que perdona incluso lo que le están haciendo. “Padre perdónales”. Y a esto sigue una excusa, “porque no saben lo que hacen”. María reconoce de nuevo en estas palabras a su hijo. Es el de siempre. El que siempre se había comportado bien. El que nunca había hecho mal a nadie.

Al final, el grito desgarrador de Jesús, y expira. Ha muerto. Y ha muerto el corazón de María. Ha sufrido durante su estancia en Jerusalén como nunca había sufrido. Y sobre todo ese día que nunca se le olvidará. En la retina tiene marcada la figura sufriente, doliente de su hijo.

Al final ha muerto y le clavan una lanza que hiere su costado. Y sale sangre y agua. Y como va a empezar el día santo de los judíos tienen que desclavarlo de la cruz. Así lo hacen. Y ponen su cuerpo aunque sea unos momentos en el regazo de María. ¡Qué largo camino desde

aquél bebé de hace algo más de treinta años a este cuerpo sin vida que está en su regazo! María no tiene lágrimas para llorar. Le quitan el cadáver y lo llevan a enterrar. Ella viene ayudada por las mujeres y vuelve a Jerusalén desde el Calvario. Alguien la acogió en su casa, María estaba deshecha. Pero algo le decía por dentro que aquello no era el final. Y ella como siempre esperaba. Supo decir de nuevo “sí” a aquella crucifixión. Dijo de nuevo “sí” al dolor que le produjo todo lo que vivió. Y ese “sí” le mantuvo por dentro la esperanza de que el final no había llegado. Sabía que como fuera su hijo tenía que vencer al mal, no por venganza sino por amor. Y ahí dejamos a María, sufriendo, pero esperando.

De la mano de María

Ver el sufrimiento de María hace que comprendamos que todo el sufrimiento que nosotros hayamos podido pasar no es nada. Sufrir es lo que soportó ella. Sufrió con su hijo y por su hijo. Nosotros tenemos que sufrir porque queremos seguir a Jesús, y queremos que en el sufrimiento que tengamos nos ayude y consuele nuestra madre, porque también es nuestra madre, María. Es nuestra madre porque una de las palabras, de las pocas palabras que dijo Jesús estando en la cruz, fue dárnosla como madre en la persona de Juan, el discípulo predilecto. Y los evangelios dicen que Juan se la llevó a su casa.

En nuestra vida aparecerá el sufrimiento físico. Puede ser de muchas maneras. Se sufre de pequeño porque el niño quiere cosas que no se les puede dar y entonces llora, manifestación de sufrimiento. Llora cuando se pega con otra persona, y es que también entonces sufre y hace sufrir. Llora cuando no le dan lo que quiere o no consigue que le hagan caso en todo lo que desea.

Sufre el adolescente que no consigue lo que desea; que se le rompen los sueños, que no alcanza lo buscado. Sufre si fracasa en los estudios o en el incipiente amor. Sufre ya adulto por muchas cosas. Está el mal físico de una caída, de una enfermedad, de un desprecio que le han hecho. Sufren muchos porque fracasan en su matrimonio y tienen que cambiar de vida.

El dolor físico de la enfermedad, de las caídas, de los desconsuelos también está presente en la vida de los religiosos, de nosotros. El sufrir es algo normal en la persona. Nadie puede quitarnos el que

podamos sufrir, además es que incluso el sufrimiento físico muchas veces es causa de crecimiento en la persona.

Podemos repasar nuestra vida y recordar todo lo que físicamente hemos sufrido. Sufrir es propio de la naturaleza humana y nadie puede escapar a esta realidad. Algunos sufren más, otros parece que sufren menos o es que aún el sufrimiento no ha llegado a sus vidas. Pero basta hablar con un anciano y preguntarle si ha sufrido físicamente en su vida. Algunos sufrimientos son dolorosísimos, otros se pueden soportar de manera más fácil, pero nadie se libra del sufrimiento físico. Pero en María tenemos siempre una ayuda en los sufrimientos por los que pasamos porque ella comprende qué es sufrir y nos ayudará si se lo pedimos con un corazón dispuesto a aceptar lo que nos venga.

Está el sufrimiento psíquico. Peor sufrimiento. Las angustias de muchas personas; viven en una perpetua angustia, quizás desde que se levantan hasta que se acuestan. Muchas veces incluso no saben el motivo, simplemente la angustia aparece en su corazón y es lo que les hace sufrir. O es la depresión, el no encontrar sentido a su vida. Muchas quieren que les llegue la muerte porque desean que desaparezca todo por lo que están pasando. Personas a quienes se les pasa por la cabeza quitarse la vida porque les parece insostenible lo que les ocurre.

No digamos de esas personas que están imposibilitadas, en cama y ya para siempre. Quizás sin poderse mover casi, dependientes de todo, porque todo se lo tienen que hacer. Piden que les dejen morir. Prefieren morir que seguir viviendo como viven. Y mucho se ha discutido de este problema. Sabemos qué dice el creyente, pero lo cierto es que no sabemos lo que tienen que sufrir estas personas. Hay que estar junto a ellas, hay que animarlas, hay que darles esperanza, porque ellas no comprenden que su vida tenga algún sentido. Y si no tiene sentido para qué vivir. También a ellas de manera especial tenemos que encomendar a María.

Está el estrés que es un sufrimiento que se ha puesto de moda en nuestro tiempo, y valga eso de ponerse de moda. Cuando lo sufre una persona parece que no puede más. Cansada, sin ganas de nada, sin ver ningún sentido a su existencia. Este es un dolor muy agudo en las personas que pasan por estas situaciones.

Y si nos tocara a nosotros cualquiera de estos sufrimientos, tenemos que acudir a María, pedirle su ayuda porque si no estamos muy mal.

Y está el dolor moral. No sólo el físico y el psicológico, también el moral. Lo llamamos pecado. Es verdad que hay personas para quienes el pecado no significa nada. Ni hablan de él, ni piensan en él. No tienen noción de pecado y por lo tanto no les hace sufrir. Pero cuando uno es creyente y piensa en su vida de pecado, ¡cómo sufre! ¿Por qué? Porque al considerar lo que hemos visto en la primera parte de este encuentro, la muerte de Jesús y lo que sufrió, nos damos cuenta de lo que es el pecado. El pecado sólo se comprende, si puede comprenderse, mirando la Cruz. Por nosotros ha muerto. Por nosotros está pendiente de la Cruz. Por nosotros ha pasado todo lo que ha pasado. Por nosotros, es decir, por el mal comportamiento que hemos tenido en la vida, por el mal que hemos cometido. Ojalá el Señor nos haga entender lo que es el pecado. Que no lo trivialicemos. Porque se puede trivializar ya que si uno peca, se confiesa y se le perdona todo. Cuesta a veces tan poco confesarse... Y de nuevo el pecado, y de nuevo el perdón. Y resulta que Dios se cansa menos de perdonar que nosotros de pecar.

Ante el dolor del pecado pidamos a Jesús que nos ayude a amarle de corazón, y pidamos a María que no nos deje de sus manos para que no ofendamos nunca más a su hijo pendiente de la cruz.

Oración

*Tengo mil dificultades: ayúdame.
De los enemigos del alma: sálvame.
En mis desaciertos: ilumíname.
En mis dudas y penas: confórtame.
En mis enfermedades: fortaléceme.
Cuando me desprecien: anímame.
En las tentaciones: defiéndeme.
En horas difíciles: consuélame.
Con tu corazón maternal: ámame.
Con tu inmenso poder: protégeme.
Y en tus brazos al expirar: recíbeme.
Virgen del Carmen, ruega por nosotros.
Amén.*

María del gozo

Vivencia de María

Estaba sola. Todavía con el corazón roto. Es verdad que con una gran esperanza. No sabía qué pasaría. Pero estaba convencida de que el mal nunca puede vencer. Ella había pasado por muchos momentos difíciles. Parecía que iban a salir vencedores. Pero, no. Al final, el bien había salido vencedor, había podido con el mal. Yahvé nunca la había dejado en la estacada. Así debió pasar todo el tiempo desde que había muerto su hijo y lo había tenido, ya cadáver, en su regazo.

Pensaba en su hijo. No podía dejar de pasarle por la mente las imágenes que había visto. Todo lo que había sido la subida al Calvario en la que le había acompañado. Sufrió, sí, pero ahora era un sufrimiento distinto. No porque hubiera pasado un tiempo desde la muerte de su hijo, sino porque no sabía cómo pero en su corazón latía la esperanza. Sí, la esperanza de que lo volvería a ver. No sabía cómo. Sólo sabía y lo sabía muy bien, por propia experiencia, que Yahvé tiene caminos que desconocemos pero en los que manifiesta su amor por nosotros. Y ella se sabía amada por Yahvé. Recordaba aquellas palabras del anciano Simeón cuando fue al Templo con su hijo para la purificación. Una espada te traspasará el corazón. Y efectivamente no una, sino muchas espadas habían traspasado su corazón. Pero también recordaba cómo había dicho que sus ojos (los de Simeón) verían la salvación de Israel. Lo primero se había cumplido, también lo segundo se cumpliría.

María pensaba y esperaba. Y he aquí que de repente una luz inmensa en medio de la pequeña habitación. Y allí estaba él. Casi no se lo podía creer. El que había engendrado, el que había cuidado durante

su vida, el que la había acompañado durante muchos años, el que se había despedido de casa para ser bautizado, el que había hecho tanto bien a los hombres, el que había llevado la cruz camino del Calvario, el que había tenido muerto en su regazo, él, estaba allí. ¡Vivo! Radiante de luz y de gozo. Con una inmensa alegría. Con una sonrisa que le llenaba el rostro de gozo y de paz. Allí estaba. Nadie lo sabía. De hecho nadie lo había visto aún. Los demás cuando lo vean dudarán unos, lo desconocerán otros, esperarán una palabra de Jesús para reconocerlo otros, pero otras, las mujeres, correrán a anunciar a los discípulos que el sepulcro está vacío. Cada uno con una manera de reaccionar. Ella, no. Ella sabe que es su hijo. Ella siente un gozo inmenso. Ahora la esperanza ya no es esperanza es realidad. Lo sabía. El mal no puede vencer. Estaba allí y no para vengarse del mal sufrido, sino para mostrar su amor a todos, incluso a los que peor le habían tratado. Ese era su hijo.

Por lo tanto, lo primero que siente es la admiración, el gozo, la alegría. Le saltaba el corazón de gozo. No dejaba de creérselo. Lo había visto muerto, mejor, lo había tenido muerto en sus brazos, y sin embargo, ahora, ahí está, vivo, resplandeciente, lleno de vigor, de fuerza, de gozo, de amor.

Pasados los primeros momentos, Jesús se dirige a su madre. ¿Qué le diría? ¿Es que tenía que decirle algo? ¿No lo notaba todo en su corazón sin que saliera ninguna palabra de su boca? Se entendían con la mirada. Los ojos de los dos lo decían todo. La última vez que habían logrado mirarse era en la subida al Calvario. Ahora sus miradas son distintas. Miradas llenas de felicidad. Miradas que expresan el amor que siempre se han tenido. Pero resulta que ahora es diferente. ¡Cuántas veces se habían mirado a lo largo de la vida, en Belén, en Nazaret! Pero la mirada de ahora es distinta, es la mirada de reconocimiento, de paz.

¿Qué vive María? ¿Y quién puede decirlo? Sin duda vive la alegría. Es lo que la llena por completo. La alegría que no es que hubiera desaparecido de su corazón, pero estaba muy oculta porque el sufrimiento lo ocupaba todo. Ahora era al revés. Lo que predominaba era la alegría y el sufrimiento había desaparecido. Ya no tenía que llorar, a no ser que vertiera lágrimas de alegría. Porque el amor, el gozo y la alegría a veces también se manifiestan con las lágrimas. Pero ¡son tan distintas!

María sintió también gozo. El gozo de tenerlo de nuevo. Si se le había presentado preveía que no era para quedarse con ella, que tendría alguna misión que cumplir, que se iría, pero que era un irse estando al mismo tiempo con ella. Era un irse muy distinto de cuando dejó Nazaret por el famoso profeta que bautizaba. Ahora, sí, se iba a ir pero iba a permanecer en su corazón y ella en el corazón de su hijo. Gozo inmenso.

Al mismo tiempo sentía paz. Una paz inmensa, desconocida. Nunca le había faltado la paz, incluso en medio de los sufrimientos por los que había pasado. No sabría decir cómo se habían congeniado en su vida esas dos realidades, pero era verdad. Ahora ya no había sufrimiento y todo era paz. La paz la hacía feliz. La paz era la manera de estar siempre con él. La paz, iba a ser era lo primero que su hijo iba a desear a cuantos lo vieran por primera vez resucitado.

Eso, una palabra desconocida, ¡resucitado! Así estaba su hijo, resucitado. El Padre de los cielos le había mantenido en la vida porque era su Hijo, un Hijo que existía desde antes de la existencia del universo y que no podía dejar de existir. Había muerto, pero de alguna manera al mismo tiempo era un viviente. Dios había resucitado a su Hijo, le había conservado la vida, lo había guardado con él mientras pasaban aquellas horas de desconcierto para la gente.

Jesús le hablaba con los ojos a María y ésta le hablaba también con los ojos a su hijo. Ojos que se encontraban, o mejor miradas que se encontraban y que llevaban amor, gozo, alegría, felicidad. Y ¡qué cosas se dirían con la mirada entre los dos! Jesús le diría lo mucho que la quería, lo contento que estaba de que fuera su madre, lo agradecido que estaba de cómo lo había cuidado durante su vida, sin dejarlo un solo momento, y cómo le agradecería el que hubiese sabido dejarle marchar para cumplir su misión. María le diría con su mirada que le amaba, que era su madre pero al mismo tiempo discípula, que había cumplido siempre la voluntad de Yahvé y que seguiría siempre cumpliéndola porque de esta manera estaba también con él.

Ese fue el encuentro de Madre e Hijo. Y Jesús desapareció, dejó a su madre, la dejó con su presencia especial que es la que ahora tenía, pero la mantenía junto a su corazón para siempre. Alejado, pero presente. Estando con otros, pero estando especialmente con ella. ¡Qué feliz se sentía!

De la mano de María

La alegría inunda también a todo cristiano. También todos nosotros sentimos como María la felicidad de saber que Jesús ha resucitado, que el Padre lo ha salvado de la muerte y que ahora está entronizado a su derecha. ¿Por qué estamos contentos? Por lo mismo que estaba María.

Primero porque Jesús resucitado había manifestado que había vencido a la muerte. Con su muerte mató a la muerte. Con su muerte venció a la muerte. Con su muerte la vida es superior a la muerte. ¿Dónde está oh muerte tu poder? Te lo ha quitado Jesús, el Señor. Él dio la vida y con su muerte venció a la muerte. Esto ha hecho que el cristiano no tenga miedo ante la muerte. Sin duda que humanamente puede temerla porque morir es dejar este mundo y esto puede costarle a cualquier humano. Pero es un miedo pasajero porque sabe que detrás de la muerte está la vida, después de la muerte está el Señor de la vida que le espera. Y qué gozo más inmenso es saber que nos espera el Señor, el que murió por nosotros y de esa manera logró que pudiéramos mirar sin temor a la muerte. Moriremos, pero la muerte será el pasar a la vida eterna, la vida para siempre. ¿Qué tiene pues que decir la muerte? ¿De qué puede gloriarse? No ha podido con Jesús, y por medio de él no ha podido con ninguno de los humanos. No es extraño que muchos santos suspiraran por la muerte, quisieran que les llegara porque sabían que la muerte era simplemente un paso para la auténtica vida, aquella que ya no iba a dejar de existir. Vivir para siempre. Vivir para siempre con el que es la Vida. El aguijón de la muerte no puede hacer ya mal a nadie. Quien no siente así es que no ha comprendido lo que ocurrió en el Calvario y que después se reflejó en la visita de Jesús a su Madre.

Segundo, el cristiano está contento porque Jesús ha vencido al pecado. Sabemos que el Maestro sufrió mucho físicamente. Lo hemos visto flagelado, coronado de espinas, hecho el hazmerreír de los que le miraban y se burlaban de él. Y luego lo vieron morir. Pero con esos hechos lo que Jesús había logrado era vencer al pecado. Él murió por los pecados de todos los hombres, por los tuyos y los míos. Pecamos y pecamos muchas veces, pero el pecado nuestro, el de cada día, el que constantemente cometemos, ha sido vencido por la muerte de Jesús. Por lo tanto sentimos una alegría inmensa porque sabemos que pese a nuestra debilidad y fragilidad no hemos de

temer. Caeremos mil veces, pero su perdón es más grande que las muchas veces que caeremos. Su perdón no tiene final. Está siempre dispuesto a perdonarnos. Esto por otra parte nos da ánimos para procurar comportarnos mejor. No podemos aprovecharnos de su amor y perdón para no hacer caso y comportarnos mal. El amor con amor su paga. Y su amor es un amor que no tiene final. Siempre dispuesto a perdonarnos.

Estas dos realidades importantes en nuestra vida las ha vencido el Señor con su muerte. Por eso la alegría que tenía María al ver a su Hijo resucitado es la alegría que sentimos nosotros al saber que está vivo, que se preocupa de nosotros, que nos mira con amor.

¿Y qué nos ha traído la resurrección del Señor? Nos ha traído realidades importantes en nuestra vida.

Nos ha traído la paz. Él daba la paz a todos los que encontraba después de su resurrección. Era el saludo habitual. Era lo que veía que necesitaban los que se encontraban con él. Pues esa paz nos la da a nosotros. Tener paz es tener la seguridad de ser amados por el Señor. Su paz tiene que inundarnos. No podemos vivir sin paz, por eso él nos la da. Ya podemos vivir tranquilos porque la paz nos protege. Es como la coraza que tenemos frente a los males que puedan sobrevenirnos. No pueden hacernos nada porque estamos defendidos por la paz.

Nos ha traído el gozo. Sin Jesús resucitado estaríamos en perpetua tristeza porque todo estaría contra nosotros. Y no podríamos defendernos. Pero ahora el gozo es la manifestación de su compañía. Gozo porque Él vive, gozo porque ha muerto por nosotros, gozo porque así hemos sido liberados de muchos males, gozo porque nos acompaña en medio de las vicisitudes de la vida.

Nos ha traído la alegría. Basta ver en los evangelios la alegría de los discípulos cuando después de las primeras dudas se dan cuenta de que efectivamente es él, es el Señor. Y la alegría les hace saltar de felicidad. Y se lo dicen a Tomás. Que no les cree. Y Jesús, él siempre atento, a los ocho días no falta de nuevo en la habitación donde estaban los demás discípulos. Y las palabras de Jesús ante el reto que le había lanzado Tomás. Trae tu dedo toca mis llagas, trae tu mano y toca mi costado. No seas incrédulo, sino fiel. Y el grito de alegría de Tomás: "Señor mío y Dios mío". Y viene la bienaventuranza para nosotros, dichosos los que creen sin haber visto. Somos dichosos

porque creemos. Es verdad que la fe es un don que él nos da y por lo tanto no se debe tanto a nosotros, y aquí viene el gran don que nos maravilla, nos da la fe y nos llama bienaventurados porque la tenemos cuando es él el que nos la ha dado. ¡Qué Maestro más maravilloso es el que tenemos!

Nos trae el amor entre nosotros. Él nos ha amado y quiere que nosotros nos amemos. Tenemos que vivir como hermanos a los que une una misma fe en el resucitado. Si él no tiene en cuenta el mal que le hacemos nosotros y así le ofendemos, sino que lo perdona sea lo que sea lo que hayamos hecho, así nosotros tenemos que amar a los demás sin tener en cuenta lo que nos hayan hecho. El amor a los demás fue el distintivo de los primeros cristianos y ha de ser también el distintivo que nos ha de marcar en nuestro tiempo a los seguidores de Jesús.

Nos ha traído la vida. Vivimos porque nos ha amado. Vivimos porque nos perdona constantemente. Vivimos porque cuida día a día de cada uno de nosotros. Vivimos porque significamos para él. Vivimos porque está atento a las dificultades que tenemos y nos tiende la mano para que no caigamos y si caemos para ayudarnos a levantarnos. ¡Cuántas cosas nos ha traído el Señor! ¿Cómo no vamos a estar contentos y felices si vivimos con el Resucitado? Gracias, Señor por todo lo que nos amas.

Oración

*Madre, dame Tu mano y no me sueltes,
déjame apoyarme en Ti al andar,
enséñame el camino que sólo me conduzca
a Tu Hijo con quien anhelo un día estar.*

*Pídele a El que perdone mis falencias,
mi falta de paciencia, también de piedad,
que me dé fuerzas para sobrellevar el peso
de las injusticias que me hacen a menudo llorar.*

*Enjuga mis lágrimas con Tu dulzura de siempre,
cubre con Tu manto mis penas y ansiedad,
regálame la paz que de Tus ojos mana
y muéstrame las huellas del amor y la humildad.*

María de Calasanz

Vivencia de María

Desde pequeño Calasanz amaba a María. El Hermano Lorenzo Ferrari que fue su secretario mucho tiempo, que le quería y servía al santo narró “que él comenzó a estudiar desde pequeño, frecuentaba las devociones y rezaba siempre el Oficio de Nuestra Señora, con otras prácticas, sobre todo el Rosario” (Bau, BC =Biografía crítica, 84). Devoción que siempre mantuvo a lo largo de toda su vida.

Llega a Roma y hacía poco tiempo que se había descubierto una imagen en una iglesia derruida. Es la que se llamó “La Madonna dei Monti”. El santo acudía con frecuencia a venerarla. Más cuando tenía más tiempo, menos cuando empezó con las escuelas que le ocupaban gran parte del día y la noche, pero siempre con gran amor. Y de esta Virgen tenemos el siguiente testimonio del P. Castelli. El santo está en el lecho de muerte y cuenta Castelli, “... fui a visitarle y le dije: ‘Padre, me temo que queréis hacernos una mala pasada; queréis dejarnos; me da de eso mucho miedo’. Respondióme: ‘Estoy en las manos de Dios; haga S. D. M. cuanto le plazca’. Y al replicarle yo: ‘En todo caso V. P. no puede caer sino de pie’, él me respondió bajito, confidencialmente: ‘Sí, la Virgen me lo ha dicho, que esté contento y que no dude de nada’. Quedé yo suspenso ante aquella declaración, y para que la repitiese le dije: ‘¿Cómo, Padre, cómo está eso?’. Y él repitió lentamente: ‘La Virgen de los Montes me ha dicho que esté contento, que no dude de nada’. Y se lo hice repetir para que lo oyera otro Padre y lo repitió” (Bau, BC, 200).

Cuando se funda la Orden le pone el nombre de “Congregación de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías”. De nuevo, María. Toma el hábito el día de la Virgen, el 25 de marzo. Y como sobre-

nombre en la toma de hábito se llamará José de la Madre de Dios. María siempre en su vida.

Como amaba y veneraba a María quería que lo hiciesen también sus hijos. En sus cartas a los religiosos insiste en estos aspectos de cara a María:

- La devoción a ella: “La Santísima Virgen es tan gentil que acepta toda devoción por pequeña que sea, con tal que se haga con gran amor y cariño” (EP =Epistolario Picanyol, 3, 641). O este otro texto: “Procure ser devoto de la Virgen Santísima e imite, cuanto le sea posible, la pasión del Señor” (EP 5,2180).
- Quería que sus religiosos rezasen el Rosario, práctica que él hacía todos los días y hemos escuchado que ya la hacía siendo niño. “Diga al hermano Pablo que deje de estudiar la gramática y procure rezar bien el Rosario con los misterios que se suelen meditar, y ocuparse con toda el alma, por solo amor de Dios, de las cosas que le sean mandadas” (EP, 2, 127).
- Otra plegaria que quería que se recitase y que de hecho se ha conservado en la Orden hasta nuestros días es el “A tu amparo y protección”. “Hagan todas las tardes alguna devoción a la Virgen Santísima, con una *Salve* y un *A tu amparo y protección*, para que con su intercesión nos libre a todos de las malas adversidades” (EP, 4, 1459).
- Se alegra cuando se entera de la fundación de una Congregación mariana porque la Virgen está en el centro de esa práctica: “Me agrada y agrada siempre conocer vuestro fervor y provecho espiritual y aun corporal. Me parece que ha sido buena y santa la resolución de inaugurar la Congregación (Mariana). Deseo que la frecuentéis y que aprovechéis en ella, viviendo con modestia y temor de Dios, porque con Él podéis confiar en adelante también en las letras” (EP, 8, 4000).
- Recuerda a sus religiosos el nombre de la Orden para que sean consecuentes con el que llevan: “Advierta que somos pobres de la Madre de Dios y no de los hombres. Y así, la insistencia sea con nuestra Madre, y no con los hombres, pues ella no se molesta jamás con nuestras importunaciones y los hombres sí” (EP, 2, 58).

- Pide que se visite con frecuencia a la Virgen: “Viva contento y procure superar la enfermedad antes que entre el invierno. Para impetrar de Dios esta gracia, visite muchas veces a la Virgen Santísima” (EP, 2, 187). “Tiene ahí a la Virgen Santísima que es Madre de misericordia y patrona de las gracias. Haga que se le conceda una de dos: o la salud, para servir al Señor con toda perfección, o su gracia para comparecer en su presencia” (EP, 2, 315).
- Quería también que los niños rezasen a la Virgen y en muchas ocasiones pide a los padres que les hagan rezar por alguna situación concreta por la que pasa la Orden: “Estamos aquí colmados de deudas hasta los ojos y no tenemos ni sabemos cómo poder satisfacer a los acreedores. Hagan que recen ahí a la Santísima Virgen todos los alumnos y todos los de casa, para que nos encuentre remedio, en esta necesidad tan urgente” (EP, 4,1470). “Desearía que todos los hermanos se despojasen de intereses particulares, que no permiten conocer claramente el bien común, y pidiesen con devoción a la Santísima Virgen que les facilite la construcción del lugar donde ha de ser mejor alabada y venerada” (EP, 2, 363).
- Tenía una devoción especial a la Virgen de Frascati: “Quien sirva con devoción a esa imagen santísima de la Beatísima Virgen (de Frascati), será siempre protegido y favorecido por ella” (EP, 4, 1463).
- Pedía también ciertos sacrificios por devoción a María: “Si no quieren ir descalzos en la procesión, demuestran poca devoción a la Santísima Virgen. Quien quiere las gracias, necesita dar signos de devoción. Procure que vayan lo más devotamente que sea posible, sin música, ni disparos, ni otra cosa, sino con gran sencillez y piedad” (EP, 4, 1625).
- También está convencido que María cuidará de la Orden y por ello pide y dice: “Me encomiendo y encomendaré siempre al santísimo Crucifijo y a la bendita Virgen, su Madre, para que se dignen proteger esta religión” (EP, 8, 3982).
- No le gustaban demasiado ciertas fiestas que se podían hacer por la Virgen. Lo vemos en estas palabras: “He leído la gran fiesta exterior que han hecho en honor de la Santísi-

ma Virgen, y Dios sabe si no se ha perdido más que se ha ganado. Porque a ella le agrada más la devoción que semejantes fiestas” (EP, 3, 625).

- Toda esa devoción a María era porque en el fondo la Orden se fundó bajo su protección: “Es necesario que acudamos al auxilio de Dios y a la intercesión de la Santísima Virgen, bajo cuya protección se fundó la obra” (EP, 8, 4417).

He aquí cómo Calasanz ponía todo en las manos de María. Cómo quería que sus hijos le tuviesen una gran devoción y cómo esperaba que la oración de los niños a la Virgen obtuviese todo aquello por lo que rezaban.

De la mano de María

Es cierto que la devoción a María ha pasado por distintos momentos. Después de un largo pasado en el que estuvo muy presente el amor y la devoción a la Madre de Dios, vino un tiempo en que esa devoción fue decreciendo. No sé si por poner una fecha, podemos decir que a partir del Concilio Vaticano II. Dejaron de hacerse ciertas fiestas. En las casas de los religiosos ciertas prácticas que se tenían fueron desapareciendo. Es cierto que muchos religiosos conservaron la devoción a María y continuaban en particular con ciertas prácticas de devoción que venían del pasado. Pero ya no era igual. Quizás ahora estamos asistiendo a un nuevo renacer del amor, de la devoción y de la manifestación de semejante amor y devoción a María.

Pensando en lo que quería Calasanz para sus hijos delante de María, podemos citar algunas formas concretas de manifestar la devoción a la Virgen.

Quería que fuera una devoción tierna, amante, como debe ser el amor de los hijos para con su madre. María es siempre nuestra madre; es quien nos lleva a Jesús; es quien nos defiende ante las adversidades que nos pueden venir; es quien nos ayuda a levantarnos de nuestras caídas, es la que nos ayuda muchas veces a vencer la tentación para no sucumbir en ella.

La devoción a María ha de ser constante. No algo temporal o de algunos días. Con ella tenemos que comportarnos como lo hacíamos con nuestras madres. No las queríamos un día sí y otro no. El amor

hacia ellas era siempre constante. Es cierto también que ese amor se manifestaba de manera distinta siendo niños pequeños que todo lo esperaban de ella y a ella acudían en cualquier dolor o dificultad. Después, a medida que nos hicimos mayores, en general conservamos el amor a nuestra madre, lo que no quita que haya habido hijos que no han hecho caso a sus madres e incluso les hayan ofendido y hecho mal. Pero son los menos. Por eso hemos de comportarnos con nuestra Madre de los cielos con un amor constante. La manera concreta cada uno debe encontrarla en su vida, pero no debe dejar de amar a quien tanto amor le tiene. María es quien nos consuela, nos ayuda, nos ama más que la madre de la tierra.

Nuestra devoción ha de ser sincera. Que nos nazca del corazón. Que sea algo que vivimos de verdad, con toda el alma. Si hemos seguido los distintos capítulos que hemos visto y hemos atendido a la manera cómo vivía la Virgen, tenemos ejemplo para saber cómo hemos de comportarnos con ella y hemos de acudir a ella en tantos momentos de nuestra vida.

Nuestro amor a ella ha de ir dirigido a pedir también por los demás, para que atienda, cuide y proteja a otras personas, alguna de las que ahora citamos.

Pedimos que tenga cuidado de los niños. Son tan frágiles... Pueden ser engañados de tantas maneras y estamos asistiendo al aprovechamiento de muchos mayores de cara a los niños. Siendo educadores hemos de enseñar cómo no se han de fiar de cualquier persona, cómo han de obedecer a lo que les enseñan en casa sobre su comportamiento con las personas mayores.

Hemos de pedir a María por los enfermos. Ella puede ser el consuelo que tienen muchos enfermos. Muchos de ellos acuden a María en las diversas advocaciones que existen. Cada uno reza a una advocación concreta, quizás porque así le enseñaron de pequeño, o quizás porque se la han manifestado estando ya en la enfermedad. Sea como fuere, María ha de ser siempre ayuda en la enfermedad. Hemos de ayudar a los enfermos a que acudan con confianza y esperanza a la Virgen. Que María les ayudará de la manera que crea necesario hacerlo. O bien llevando a la persona a través de los medios humanos a la salud o bien a prepararse con confianza y esperanza al momento en el que Dios les espera cuando cierren los ojos a este mundo.

Calasanz pedía que se rezase por las diversas naciones. En su tiempo existían guerras y las diversas religiones estaban duramente enfrentadas. Él pedía por la superación de las guerras y dado el tiempo en que vivía pedía por la victoria de los católicos. Nosotros hoy rezamos por todas las naciones, sin que existan distinciones, porque todos los hombres somos hijos del mismo Padre que quiere a todos. El ecumenismo ha hecho mucho en favor del cambio de mentalidad en las religiones y en los que las practicamos. Pidamos de corazón a María por todos los gobernantes para que trabajen por el bien de sus ciudadanos.

Y hemos de pedir por los hermanos escolapios, es decir por todos los que conformamos la Orden de las Escuelas Pías. Por los que sufren, por los que están vacilantes en su vocación, por los que han caído en el mal y son incapaces de salir de él, por los que se encuentran enfrentados con otros por diversos motivos, por los superiores en su tarea difícil y que llevan con ánimo y valentía, por los que se sienten apartados de sus hermanos, sin darse cuenta de que eso no es cierto. Por todos ellos oremos de corazón al Señor.

Padre atiende las oraciones que te dirigimos por todos los hombres, cuida de cada uno de ellos y dales fuerza para mantenerse en la fe que recibieron como don de lo alto. No dejes que ninguno perezca por desidia. Manifiesta tu gloria en la salvación de todos y que la vida, pasión y muerte de tu Hijo, que acabó en resurrección, sea la gran alegría del corazón de todos nosotros.

Oración

*Quién podrá tanto alabarte
según es tu merecer;
quién sabrá tan bien loarte
que no le falte saber;
pues que para nos valer
tanto vales,
da remedio a nuestros males.*

*¡Oh Madre de Dios y hombre!
¡Oh concierto de concordia!
Tú que tienes por renombre
Madre de Misericordia;
pues para quitar discordia
tanto vales,
da remedio a nuestros males.*

*Tú que estabas ya criada
cuando el mundo se crió;
tú que estabas muy guardada
para quien de ti nació;
pues por ti nos conoció,
si nos vales,
fenecerán nuestros males.*

*Tú que eres flor de las flores,
tú que del cielo eres puerta,
tú que eres olor de olores,
tú que das gloria muy cierta;
si de la muerte muy muerta
no nos vales,
no hay remedio a nuestros males.
Amén.*

***A tu amparo y protección,
Madre de Dios acudimos,
no desoigas nuestros ruegos,
y de todos los peligros,
Virgen gloriosa y bendita,
defiende siempre a tus hijos.***

**Maria accompagna
le Scuole Pie**

Contenuto

Presentazione	79
Maria del sì	81
Maria dell'incontro	87
Maria dello stupore	93
Maria dell'amore	101
Maria dell'insegnamento	107
Maria della privazione	113
Maria della solitudine	121
Maria della sofferenza	127
Maria della gioia	133
Maria del Calasanzio	139

Presentazione

Il presente testo vuole essere semplicemente la manifestazione di ciò che Maria è per gli scolopi. Abbiamo scelto alcuni momenti della sua vita. E con semplicità abbiamo pensato come Maria avrebbe vissuto questi momenti. È logico che quel che si dice dipende dalla fantasia di ciascuno, ma qualunque cosa abbiamo presentato, l'amore personale verso colei che è la Madre di tutti gli uomini è sempre stato presente nello sviluppo del testo. Maria accompagna da sempre le Scuole Pie.

Maria è stata presente e molto presente nella vita e nell'azione del Fondatore, Giuseppe Calasanzio. Questa presenza l'ha inculcata nei suoi figli e nei bambini che ha educato. Ricordiamoci che è passato di classe in classe e che ha approfittato di quei momenti per parlare con i bambini. Senza dubbio tutti hanno sentito più di una volta quello che ha detto loro sulla Madre del Cielo.

Ma il Santo non ha dedicato le sue parole a Maria solo ai bambini. Voleva che i suoi figli avessero un grande amore, una profonda devozione per lei, e che a lei si rivolgessero nelle loro difficoltà. Chiese, anche sul letto di morte, di far recitare ogni giorno il Santo Rosario, pratica che eseguiva fin da bambino. E insieme al Rosario, ha chiesto loro di recitare l' "Ave" e di rivolgere a Maria la preghiera che oggi ancora recitiamo: *"Sotto la tua protezione cerchiamo rifugio..."*.

Con grande semplicità offriamo questo testo a tutti gli scolopi per ricordare loro che abbiamo una Madre che si prende cura di noi, che ci consola nei momenti di difficoltà e che intercede per noi presso il Signore.

Ringraziamo Maria per la cura che ha sempre dimostrato per le Scuole Pie e siamo convinti che abbia accompagnato l'Ordine per tutta la sua già plurisecolare esistenza.

Saragozza, 2020

Maria del sì

L'esperienza di Maria

Era una piccola città. Poche famiglie vivevano lì. Si conoscevano tutti: non solo le persone, ma anche le storie di ogni famiglia, gli eventi, le gioie e i dolori. Famiglie povere ma felici. Quelli che hanno sofferto per una qualche ragione e quelli che stavano meglio. Tutti hanno comunicato. Si sono raccontati i loro problemi. Piccoli, ma difficili. E così la gioia di una famiglia si ridestava se ne aggiungeva alla gioia della piccola città. E il dolore di alcuni è stato consolato dagli altri. Si conoscevano e si rispettavano allo stesso tempo. C'erano cose che rimanevano in famiglia. Perché anche la gioia e il dolore meritavano rispetto. La vita passava senza scosse. Erano felici anche in mezzo ai problemi. E loro amavano il loro Dio, Yahweh. Il sabato gli uomini andavano in sinagoga. Ascoltavano la Parola. Avevano ascoltato la parola di Yahweh. Questo serviva loro per la settimana. Non volevano nient'altro che piacere a lui. Aveva creato e salvato il popolo. Lo sapevano bene. Le Scritture lo ripetevano. E la storia era stata tramandata di padre in figlio. Poi ne parlavano a casa, con le donne. Dopotutto, erano state loro a crescere i piccoli. E fin da quando erano piccoli, avevano insegnato loro cosa vuol dire far parte del Popolo di Dio. Così il tempo passava, giorno dopo giorno.

Tra tutte le famiglie ce n'era una che aveva una figlia che aveva qualcosa di unico, di particolare. Non si capiva niente dall'esterno. Era una di quelle che chiamiamo adolescenti, ma che in realtà era già donna. Era buona, obbediente, amava i suoi genitori, faceva quello che le dicevano. Aveva un bel nome, si chiamava Miriam, Maria. Ed era speciale, anche se non se ne erano accorti, perché oltre ad essere buona, pulita e obbediente, era, e non lo sapevano, immacolata. Cioè il peccato non l'aveva mai nemmeno sfiorata. I suoi compagni

devono averla amata in modo speciale. Perché irradiava una felicità non comune. Perché era attenta come nessun altro. Perché rispondeva ai bisogni che vedeva, non importa di chi fossero. Perché amava tutti con un amore pulito. Maria era la gioia dei suoi genitori; loro, sì, avevano notato qualcosa di speciale in questa bambina, l'avevano concepita con tanto amore, l'avevano educata con tanto impegno! E si accorsero che Maria aveva imparato, era stata attenta a ciò che le dicevano e non diede mai loro il minimo dolore.

Maria era già abbastanza grande per sposarsi. L'aveva visto nei suoi compagni. Forse i suoi genitori gliene avevano parlato. E lei lo vedeva come qualcosa di naturale. Voleva anche essere madre. È vero che aveva sentito un certa chiusura dentro di sé, ma diede la colpa al salto che per lei significava lasciare i suoi amati genitori per formare una nuova famiglia. Aveva visto che lo facevano i suoi compagni di classe, che lo facevano i suoi genitori, lo vedeva come qualcosa di naturale, ma, non si sa, qualcosa dentro di lei in qualche modo le resisteva. No, era semplicemente il fatto di lasciare la famiglia. Ma lo fece.

C'era un giovane in un'altra famiglia, in età da matrimonio, a cui lei piaceva, si vedevano per strada. Si guardavano e sorridevano. Era un sorriso pulito, di affetto, la dimostrazione che si piacevano. Ed entrambi vedevano questo come l'avvio di quello che poteva essere l'inizio di una relazione che li avrebbe portati al matrimonio. Tanto che, con la gioia di entrambi i genitori, si 'sistemarono'.

Dovevano attenersi a ciò che diceva la legge. Il fidanzamento era stato il primo passo, ma ognuno aveva continuato a vivere nella propria casa. Sarebbe venuto il momento di rafforzare i legami. Sarebbe arrivato il momento di vivere insieme per sempre. Le cose stavano così.

Ed ecco, una mattina Maria mentre era sola avverte qualcosa di insolito. Un evento speciale, un evento soprannaturale. E siccome il soprannaturale è difficile da esprimere, gli evangelisti ce ne hanno parlato come un incontro, un'apparizione. Maria era forse in preghiera, forse sola a pensare al suo matrimonio, forse a ricordare il suo fidanzato che si chiamava Giuseppe, e all'improvviso le apparve un angelo.

Possiamo immaginare lo spavento di Maria. Ma c'è qualcosa di speciale, in un certo senso provava paura, ma nella sua modestia non

aveva paura. Quell'angelo trasmetteva la pace. Lei intuì che non veniva per farle del male, non sarebbe stato un angelo. Intuì che sarebbe stato portatore di qualcosa di buono, ma sconosciuto. Lei era in pace e rimaneva in attesa. Non aveva causato l'incontro, non aveva niente da dire, doveva solo attendere. Ha aspettato così tante volte di sentire la storia del suo popolo e di ciò che Yahweh ha fatto per lui. La pace la inondò, ma la visita le causò un certo shock. Le due cose non sono in contrasto. La pace la aprì come un fiore speciale, lo shock la invitò ad aspettare.

E l'angelo parla: "Ti saluto, o piena di grazia, il Signore è con te". Maria non si aspettava queste parole. Era semplice, amava Yahweh, non si considerava niente di speciale. Si chiedeva cosa fosse quel saluto, cosa significasse, cosa volesse dire. Per questo rimase turbata. Non negava ciò che sentiva, ma il suo cuore batteva più forte. E poi l'angelo la portò fuori dalla confusione con queste parole: "Non temere, Maria, perché hai trovato grazia presso Dio. Ecco concepirai un figlio, lo darai alla luce e lo chiamerai Gesù. Sarà grande e chiamato Figlio dell'Altissimo; il Signore Dio gli darà il trono di Davide suo padre e regnerà per sempre sulla casa di Giacobbe e il suo regno non avrà fine".

Maria era sbalordita. Comprendeva che Yahweh era coinvolto in quello che le stava accadendo. Non potevano dirle cose del genere se non venivano da Yahweh. Sarebbe stata una madre e la madre di un essere speciale. L'evangelista Luca ce lo dice con le parole citate, ma cosa avrà capito Maria di tutto questo in quel momento? Le cose le sarebbero diventate più chiare. Ma in quel momento si rese conto che sì, era sposata, ma non viveva con Giuseppe. Quindi la sua domanda, che non è un dubbio ma una richiesta di chiarimento, fu: "Come può accadere questo se non conosco uomo?" Non viveva con un uomo e sarebbe divenuta madre. Compresa che non si trattava di un futuro e di un figlio dopo aver vissuto con Giuseppe; no, si rese conto, che lo sarebbe stata già adesso, solo dopo la sua accettazione, per opera di Yahweh. Attendeva; la sua vita sarebbe stata un'attesa continua, aspettava ora di essere chiarita. E l'angelo lo fece, con queste parole che Luca ci ripropone: "Lo Spirito Santo scenderà su di te, su te stenderà la sua ombra la potenza dell'Altissimo. Colui che nascerà sarà dunque santo e chiamato Figlio di Dio. Vedi: anche Elisabetta, tua parente, nella sua vecchiaia, ha concepito un figlio

e questo è il sesto mese per lei, che tutti dicevano sterile: nulla è impossibile a Dio”.

Ancora una volta Maria comprese che le veniva chiesto qualcosa di grande; che Yahweh la voleva per qualcosa. Non sappiamo cosa avrà capito Maria in quel momento delle parole che ha sentito. Ma seppe comunque, seppe e si accorse che Yahweh stava aspettando la sua accettazione. Che ciò che sarebbe accaduto sarebbe dipeso da ciò che Ella avrebbe detto. San Bernardo dirà che non solo Dio, ma tutta l'umanità attende la risposta di Maria. E colei che era l'Immacolata, la semplice, l'obbediente, colei che ascoltava sempre Yahweh, colei che avrebbe fatto nella sua vita ciò che capiva che Yahweh voleva, dirà quella che sarà la grande felicità del mondo. Con semplicità, con l'umiltà dei migliori del mondo, Maria disse: “Eccomi sono la serva del Signore, avvenga di me secondo la tua parola”.

Il mondo è cambiato. Dio si è incarnato. Una semplice giovane donna ha detto “sì” a ciò che Dio le chiedeva. Yahweh stesso era alla ricerca. Il piano di salvezza dipendeva da questa semplice ragazza. Tutta la storia dipenderà da questo “sì”.

Grazie, Maria, grazie per il tuo “sì” a Yahweh, grazie perché ci hai indicato la strada da seguire, grazie perché il mondo sarà redento dal frutto del tuo seno. Maria è veramente la Maria del “sì”.

Maria ci prende per mano

Quello che abbiamo descritto mostra chi è Maria per le Scuole Pie e per ciascuno di noi scolopi: un esempio, una consolazione, una manifestazione del nostro modo di vivere e un accompagnamento in questo cammino.

Maria è un esempio per le Scuole Pie nel “sì” dato a Dio. Le Scuole Pie devono sempre e in ogni occasione dire il loro “sì” a Dio in ciò che Egli chiede. Dall'inizio dell'esistenza dell'Ordine e nel corso dei secoli, molte cose sono accadute nella vita dell'Istituto. Difficoltà, problemi, situazioni difficili, tentazioni, occasioni di pericolo e in tutte queste occasioni l'Ordine ha dovuto dire “sì” a Dio per quanto succedeva. Dio vegliava sull'Ordine, come diceva il Fondatore, e ciò che è accaduto in un certo momento non è stata una mancanza di attenzione da parte del nostro Dio, ma un'occasione per mettere alla prova l'amore

che l'Ordine aveva per Dio. E questo può accadere nel nostro tempo. Si presentano situazioni di pericolo, ebbene dobbiamo dire "sì" a Dio, perché l'Ordine è pronto ad affrontare questi frangenti con impegno e coraggio, sempre aiutato dalla grazia del Signore. Siamo espulsi da un luogo o ci viene impedito di entrare ebbene dobbiamo dire di "sì" a Dio, perché quello che accade è nelle mani di Dio e se avviene è perché il Signore lo permette e noi dobbiamo solo dire "sì", perché l'Ordine è pronto ad andare avanti qualunque cosa accada. Quei momenti di difficoltà arrivano o a causa delle leggi degli stati che sembrano proibire il nostro ministero o quando siamo respinti da un luogo, ebbene ancora una volta e mille ancora dobbiamo dire "sì" perché Dio non è estraneo a ciò che si verifica e permette di porre alla prova l'Ordine e di realizzare secondo il suo disegno un bene maggiore anche se non sappiamo o non ci rendiamo conto di come possa essere.

In questo modo Maria insegna all'Ordine che Dio può manifestarsi in situazioni strane, che l'Ordine non comprende, come è successo a Maria, ma che, come le, l'unico modo di agire è dire: "Ecco la serva del Signore, sia fatto nell'Ordine come Dio vuole".

Ma non solo nell'Ordine, anche in ognuno di noi scolopi. Guarda la tua vita, cosa è stato, cosa ti è successo, le situazioni che hai vissuto: hai sempre detto "sì" a Dio? È l'unico modo di comportarsi come vuole il Signore, dicendo "sì". So che a volte, o molte volte, non capiremo cosa sta accadendo, cosa potrà avvenire, i mali che stiamo soffrendo, ebbene, in tutto questo: "Ecco la serva del Signore, eccomi, Signore, sia fatto di me secondo la tua parola".

La vita non sarà sempre facile. Dovremo passare attraverso situazioni difficili, attraverso prove che non avremmo mai pensato potessero essere le nostre, e poi come comportarci, magari opponendoci, lamentandoci, fuggendo da ciò che ci sta venendo addosso, o piuttosto come ha fatto Maria? Che cosa ha fatto? Chiedeva una spiegazione, non per fuggire da ciò che le stava accadendo, ma per capire meglio ciò che il Signore voleva da lei. E' così che deve essere in noi. Chiedi al Signore, perché mi sento bene per questo, perché succede quest'altra cosa, perché questo dolore o questa afflizione o questa prova? Perché Signore? Non è che voglio fuggire dalla situazione, ti chiedo semplicemente di aiutarmi a capire quello che posso capire, ma capire o meno, la mia risposta deve essere sempre il "sì" che Dio si aspetta da ognuno di noi.

E così dobbiamo passare attraverso la vita. Sarà breve o lunga, saremo in un posto o in un altro per obbedienza, la gioia e le vittorie ci arriveranno nel nostro lavoro o nelle lotte e le sconfitte in quello che facciamo, molte cose possono accadere e accadranno, ma il nostro cuore deve essere pronto a dare la risposta mariana al Signore. Per questo dobbiamo ricorrere costantemente a Maria perché ci accompagni, perché ci consoli, perché venga con noi, perché ci prenda per mano e ci conduca per le vie del Signore come ha sempre fatto.

Maria è sicuramente la Vergine del “sì”, la Madre che aiuta i suoi figli a dire il loro “sì” a Dio, e mostra con la sua stessa vita come dobbiamo procedere per piacere a Dio in ogni momento. Siamo uomini del “sì”, discepoli del “sì”. Siamo anche persone che insegnano a coloro che passano attraverso le nostre mani a dire “sì” a Dio, e che li aiutano a capire, per quanto possibile, ciò che accade loro, e a tal fine li portiamo a Maria, e ci fermiamo al passaggio del Vangelo in cui Maria è diventata la Vergine del “sì”. In questo modo impareranno che le cose possono diventare difficili nella loro vita, ma che bisogna sempre avere il cuore in mano, offrirlo a Dio e dire sempre “sì”, Signore, eccomi qui, sia fatto di me secondo la tua parola.

Preghiera

Ricordati, o piissima Vergine Maria, che non si è mai inteso al mondo che qualcuno sia ricorso alla tua protezione, abbia implorato il tuo aiuto, chiesto il tuo patrocinio e sia stato da te abbandonato. Animato da tale confidenza, a te ricorro, o Madre, Vergine delle vergini, a te vengo, e, peccatore come sono, mi prostro ai tuoi piedi a domandare pietà. Non volere, o Madre del divin Verbo, disprezzare le mie preghiere, ma benigna ascoltale ed esaudiscile. Amen. (San Bernardo).

Maria dell'incontro

L'esperienza di Maria

Tutti in quella piccola città si conoscevano. Le ragazze erano amiche l'una dell'altra. A poco a poco, le ragazze adolescenti erano diventate donne. Si erano sposate. Avevano formato una nuova famiglia. Tutti sapevano chi era il loro preferito. Che avrebbe sposato il loro amico. Era giunto il momento di sposare Maria. Ed è stato fatto. Ma Maria non aveva solo amico, aveva dei parenti. Quando l'angelo le parlò, lei si stupì ascoltandole dire che sua cugina maggiore Elisabetta era incinta, e di sei mesi. La famiglia non lo sapeva. Vivevano lontano. D'altra parte, pensavano che fosse sterile perché non aveva partorito. Ciò che Maria notò è che l'angelo le disse che stava per partorire. E lo disse per riaffermare quel che le sarebbe accaduto.

Perché? Perché per Yahweh niente è impossibile. Se Elisabetta stava per partorire un figlio, è perché Yahweh era intervenuto su sua cugina. Allora era anche vero che era intervenuto su di lei. Quello che le era successo non era stato inventato. Maria doveva spiegare cosa le era successo. Non sappiamo come. Deve essere stato difficile. Prima doveva dirlo ai suoi genitori, come poteva spiegare loro l'intervento dell'angelo? Loro, non sappiamo come, ma lo accettano. Conoscevano la loro figlia. Non stava mentendo. Era brava. Non aveva dato loro alcun dispiacere. E ora si presentava con qualcosa di incomprensibile. Ma lo accettarono. Senza dubbio anche Yahweh li ha aiutati. Ma era ancora più difficile dirlo a Giuseppe. Capì che doveva dirglielo. Perché il tempo passava e dovevano vivere insieme. È vero che aveva ancora tempo. Aveva appena concepito. Rimanevano mesi. Ma non c'era più tempo per vivere insieme. Costruì la sua forza. Chiese a Yahweh di aiutarla. E Yahweh, commosso dalla richiesta di Maria, l'aiutò a fare il passo. Lo disse a Joseph.

Giuseppe non capiva. Egli amava Maria. Non voleva che quando la gravidanza venisse notata, si parlasse male di lei. Non aveva altra scelta che lasciarla. Avrebbe rotto la promessa di matrimonio. E così il matrimonio sarebbe scomparso, non ci sarebbe stata alcuna convivenza. Ma Yahweh è vicino, come può non aiutare la madre di suo figlio che è già nel suo grembo! E ancora un angelo. In sogno apparve a Giuseppe. Gli spiegò tutto. Non doveva avere paura di prendere Maria come moglie. La sua gravidanza, era stata opera di Yahweh, disse, dello Spirito Santo. Giuseppe non comprese bene chi fosse questo Spirito Santo, ma accettò. E' bravo. Anche lui obbedì a Yahweh. Anche lui è contento di tutto ciò che fa il suo Yahweh.

E si verificò qualcosa di speciale, gli occhi di Giuseppe cambiarono. Guardò Maria. Sì, la guardò con lo stesso amore, ma senza alcun possesso. Lui era suo marito, ma lei non era sua moglie. Lei apparteneva ad un altro. Non si sentì tradito. Sua moglie non gli era stata portata via. Era stata presa da quello Spirito Santo di cui non sapeva nulla. Ma l'angelo glielo aveva detto. Per lui fu sufficiente. Maria aveva risolto i problemi creati. La sua famiglia lo sapeva. Giuseppe lo sapeva. E cosa fece?

Beh, volle stare con sua cugina. Le mancavano tre mesi alla nascita di suo figlio. E partì. Non era sola. Senza dubbio si unì a qualche gruppo che doveva passare o rimanere nel villaggio di Elisabetta. Se ne andò in silenzio. Lei era una donna, suo marito era nel suo villaggio. Venne affidata ad alcuni conoscenti. Era al sicuro. Sapevano di poterla portare con loro a destinazione. E, infine, dopo i giorni di viaggio, arrivò a casa di Elisabetta.

Che gioia! La giovane ragazza e l'anziana Elisabetta, che abbracci, che risate, che felicità! Forse è da un po' che non si vedevano. Questo è l'accoglienza. Ma tutta l'accoglienza? No!

Si scopre che appena Elisabetta, vide sua cugina Maria, il bimbo che portava in grembo, saltò di gioia. Non era solo Elisabetta ad essere felice, bensì anche suo figlio. Il precursore aveva davanti colui che annuncerà: questo "è l'Agnello di Dio". Elisabetta è santificata dalla presenza di Maria, suo figlio è santificato dalla presenza di colui che abita nel grembo di Maria. Ecco come avvenne l'incontro. Era quello che voleva Maria. Aveva sognato l'incontro mentre era nel suo villaggio, quando era nata l'idea di andare a trovare Elisabetta.

Aveva sognato di incontrarla durante il viaggio. Quando le era stato chiesto dove andava, aveva risposto che andava a incontrare sua cugina. Perché? Perché stava per partorire, stava per avere un figlio, un regalo di Yahweh perché era già anziana. E finalmente, dopo tanto sognare, era arrivata la realtà. Maria è la Maria dell'incontro. Colei che vuole conoscere la cugina che le è mancata da tempo.

Lei era lì e vi sarebbe rimasta per tre mesi. Il lungo viaggio ne valeva la pena, ed inoltre rimanendo con Elisabetta per tre mesi, l'avrebbe potuta aiutare al momento del parto. A lei non si notava ancora nulla e poteva stare tranquilla davanti alla gente. E poteva essere tranquilla anche durante il ritorno a casa. Poteva vedere che il suo bambino stava crescendo. Si era accorta di ciò che ogni donna nota. Da un lato, la gioia di essere madre, dall'altro che le s'ingrandiva un po' la pancia. Ma anche, col passare del tempo, forse anche mentre era con Elisabetta, avvertiva i calci in pancia del figlio. E se non lo faceva, avrebbe potuto notarlo sulla via del ritorno.

Come saranno stati quei tre mesi di incontro tra le due donne! Cosa avrà pensato Elisabetta di Maria! Come l'avrà guardata! Che gioia averla in casa! E che sorpresa e allo stesso tempo, che ammirazione e gioia quando si è resa conto che il bambino saltava nel suo grembo! Sua cugina è stata benedetta. E Luca ce lo dice con queste parole che escono dalla bocca di Elisabetta: "Benedetta sei tu tra le donne e benedetto il frutto del tuo seno!" Non solo, si stupisce che lei sia venuta a farle visita e così lei irrompe con queste parole: "Chi sono io perché la madre del mio Signore mi faccia visita? Appena il tuo saluto è arrivato alle mie orecchie, il bambino è saltato per la gioia nel mio grembo. E benedetta tu che hai creduto! Perché ciò che il Signore ti ha detto sarà compiuto". Luca fa notare che dice tutto questo piena di Spirito Santo.

Tre mesi vissuti tra la gioia dell'una e lo stupore dell'altra. Ognuna ha vissuto ciò che aveva in sé con immensa gioia. Due donne benedette. Una era la madre del Figlio di Yahweh. L'altra, la madre di colui che doveva essere il precursore e che, in futuro, avrebbe dato il suo sangue per difendere la verità che vuol dire difendere il Figlio di Dio.

Erano donne, per quanto fossero benedette. Erano cugine e l'amore non mancava in quel che ognuna sentiva per l'altra. Che conversazioni avranno avuto! Di cosa avranno parlato! Maria ha spiegato a

Elisabetta come tutto è nato? Le voleva molto bene, ma quello che le era successo all'inizio è rimasto nel suo cuore perché le apparteneva come il grande tesoro che Yahweh aveva creato per lei. Voleva molto bene a Elisabetta, ma amava ancor più Yahweh.

E venne il momento di dirle addio. Ci sarà stata gioia, con qualche lacrima. Elisabetta stava lasciando la madre del suo Signore. Maria lasciava nel suo grembo quello che sarebbe stato l'araldo di suo figlio. Si abbracciarono, si baciaron e Maria se ne andò. La sua pancia era già un po' più pesante. Aveva già notato di più quello che cresceva nel suo grembo. E il viaggio di ritorno con quale amore Maria lo avrà fatto, cosa non avrà detto a suo figlio, quali parole non gli avrà rivolto!

Era felice di essere andata a trovare sua cugina, l'aveva accolta, aveva vissuto con lei, le aveva dato grande gioia ed era tornata. Maria si era resa conto di un'altra delle sue virtù, saper incontrare chi ha bisogno di lei. Sì, Maria, è la Maria dell'incontro.

Maria ci prende per mano

Maria dell'incontro è anche consolazione, aiuto e direzione per la nostra vita. Per questo dobbiamo chiederle protezione in ogni momento.

Quando parliamo di "incontro" possiamo riferirci a varie possibilità, poiché esistono diversi tipi di incontro. C'è l'"incontro" che è il semplice ritrovarsi di una persona con un'altra. Così quando torniamo a casa diciamo, per esempio, ho incontrato una tale persona. Semplicemente ci siamo imbattuti per la strada con questa persona. C'è l'"incontro" che può avvenire tra due amici, che vanno a fare una passeggiata e all'improvviso comunicano; un incontro molto diverso dal precedente. C'è l'"incontro" di due persone che si vedono dopo tanto tempo che non si erano più viste, questo dà loro una gioia immensa. Oppure c'è l'"incontro" tra due persone fra loro nemiche, che non si possono vedere, si incontrano per strada, e nel rivedersi forse si scambiano ingiurie. Voglio dire: ci sono diversi tipi di incontro.

Quando ci riferiamo all' "incontro" di Maria e al fatto che così deve essere per noi, allora ci riferiamo ad un incontro che ha alcune caratteristiche. Innanzitutto è un incontro che produce gioia perché

c'è vero affetto tra le due persone, come tra Maria ed Elisabetta. Un secondo tipo può essere un incontro spesso sognato, in quanto le persone hanno molte volte pensato di potersi vedere. Un terzo è un incontro che porta qualcosa di buono ad entrambe le persone, per esempio le molte aspirazioni che volevano comunicarsi e che fino ad allora non erano state in grado di fare. Quarto tipo: un incontro non momentaneo, ma di una certa durata, perché a lungo cercato e finalmente realizzato. Infine il quinto: un incontro che quando termina ha prodotto sia la gioia di aver visto e parlato e raccontato tante cose all'altro, sia una certa tristezza perché forse, per molto tempo, non potranno più incontrarsi.

L' "incontro" deve essere presente nella nostra vita e avvenire con molte persone. Da un lato con i nostri fratelli con i quali forse siamo stati in altri tempi in comunità e probabilmente è passato molto tempo da quando li abbiamo visti. L'incontro con loro deve produrre in noi la gioia di rivederli e di poter parlare e raccontare cose che non si erano dette. L'incontro con gli amici che non vediamo da molto tempo e questo incontro ci rende felici, perché gli amici sono sempre felici quando sono insieme. L' "incontro" con le persone cui vogliamo bene, con le quali non è facile stare, sia perché siamo lontani sia per qualche altro motivo. L' "incontro" con i nostri parenti che amiamo veramente e già essere con loro ci rende molto felici. L' "incontro" con gli ex-allievi provoca in loro un'immensa gioia nel vederci e nel poter rievocare molte cose del passato.

Molte volte dobbiamo accettare l'incontro, o perché chiamati a incontrarsi, o perché consapevoli che andando in un posto troveremo l'altro, o perché la vita ci porta a stare nello stesso posto.

C'è l'"incontro" che cerchiamo di avere perché vogliamo fare del bene a una persona. Conosciamo la sua vita, sappiamo di cosa ha bisogno, vediamo che possiamo aiutarla e l'affetto che abbiamo per lei ci fa andare verso di lei. È un vero e proprio "incontro" perché altruistico e per fare del bene.

Ma dobbiamo anche fare del nostro meglio per incontrare tutti coloro che hanno bisogno di noi. Sappiamo che ci cercano e forse è difficile per loro vederci, noi possiamo facilitare questa possibilità di incontro perché hanno qualcosa da dirci o perché hanno davvero bisogno di noi.

Il vero “incontro” deve essere, come abbiamo detto, disinteressato. Non andiamo con secondi fini, non vogliamo approfittare dell’altro, non vogliamo manipolarlo, non cerchiamo un semplice beneficio di noi stessi. Il vero “incontro” deve essere libero, perché non si vuole ottenere alcun beneficio, ma si pensa più all’altro che a noi stessi. L’ “incontro”, come quello di Maria, deve cercare il bene dell’altro, per andare in suo aiuto se ha bisogno di noi, se sappiamo che lo desidera e che lo sta aspettando. Il vero “incontro” deve produrre gioia nell’altra persona, o forse sorpresa, perché non avrebbe mai pensato che lo stessi cercando per stare con lei.

C’è l’ “incontro” per chiedere perdono se abbiamo commesso un errore o offeso qualcuno. È così che ci possiamo riconciliare. C’è l’ “incontro” durante il quale una persona cerca di dire all’altro cose che non ha mai detto e forse si è sempre allontanata perché non aveva mai voluto rivelare ciò che aveva da dire. C’è l’ “incontro” che aiuta l’altro a sfogarsi con noi, sia parlando di entrambi, sia raccontandoci cose che ha bisogno di dirci e in cui possiamo guidarlo, facendogli del bene perché lo pacifichiamo o lo guidiamo in ciò che gli sta accadendo o siamo in grado di manifestargli qual è la verità del fatto che ci sta raccontando.

Ci sono molti “incontri” che possono avvenire nella nostra vita, molti “incontri” che dobbiamo incoraggiare, quelli che dobbiamo fare a volte per il bene dell’altro, altre volte per il nostro bene. In ogni “incontro” Maria deve aiutarci con il suo esempio, deve incoraggiarci a realizzarlo come ha fatto lei, deve indicarci la via che è per il bene degli altri o di noi stessi. Maria dell’incontro, aiutaci nella nostra vita e fa’ che il nostro incontro con le diverse persone serva al loro bene e sia utile anche a noi.

Preghiera

*Madre di Dio: Fin dall'alba dei tempi, benedicimi;
nel duro lavoro, aiutami;
se vacillo nelle mie buone decisioni, rafforzami;
nelle tentazioni e nei pericoli, difendimi;
se sbaglio, salvami e portami in paradiso.
Amen.*

Maria dello stupore

L'esperienza di Maria

Era imperatore Augusto. Quirinius, governatore della Siria. L'imperatore pensò di fare un censimento. Agli israeliti non piacque la storia del censimento. Ricordarono quando lo fece Davide. Poi chiese perdono, ma Yahweh lo punì. Nel censimento di Augusto, ognuno doveva andare nella propria città per essere registrato. Fu un problema per la coppia di Giuseppe e Maria molto avanti nella gravidanza. Aspettava la nascita a breve. Ma dovevano andare a Betlemme. Vivevano a Nazareth e dovevano mettersi in viaggio. Non era auspicabile, ma obbedirono alla legge. E quando arrivarono a Betlemme, Maria iniziò ad avere le doglie. Non trovarono un posto dove stare. Era tutto pieno. C'erano così tante persone. E non ebbero altra scelta se non quella di rifugiarsi in una grotta. C'era una stalla perché la grotta era per gli animali. E Maria vi partorì Gesù.

Come è successo? Non lo sappiamo. Maria rimase intatta eppure il bambino nacque. Giuseppe e Maria erano stupiti. Lì c'era il figlio di Maria. Come lo guardava la Vergine e come si meravigliava Giuseppe! Lo stupore riempì i loro cuori. Era stato qualcosa di prodigioso. Nessuno in giro sapeva nulla. La nascita era stato un evento normale. Ma una tale nascita... Maria avvolse il bambino in fasce e lo depose nella mangiatoia. Non avevano trovato una locanda. Erano soli. Ma sapevano che chi era nato era una persona speciale. Sì, speciale deve essere ricordare tutto quello che è successo a quel bambino.

Che cosa hanno fatto? Non lo sappiamo. Ma cominciano ad accadere cose strane. Si scopre che sono stati avvicinati da pastori. Erano vicini al luogo dove era nato Gesù. E a questi pastori si presentò l'angelo del Signore: che spavento! Come è successo? Possiamo dirvi

solo quello che dice Luca. Che l'angelo apparve loro e parlò loro. Non sappiamo come sia andata. L'angelo volle rassicurarli e disse: "State tranquilli, vi porto una buona notizia, una grande gioia, che sarà per tutto il popolo; oggi vi è nato un salvatore e vi do questo segno: troverete un bambino avvolto in fasce e sdraiato in una mangiatoia".

E questi pastori cominciarono ad andare alla grotta. Guardarono le tre persone. Una donna, un uomo e un bambino. Credettero a ciò che l'angelo aveva detto loro. Ammirarono ciò che stava loro davanti. Una grande gioia risplendeva nei loro cuori. Era molto importante, quel bambino. E mostrarono semplicemente il loro amore per lui. Erano rozzi, ma buoni. E nel modo in cui lo percepirono, gli manifestarono il loro amore. E ricordarono quello che era successo loro un po' prima di lasciare la cura delle loro pecore. Quando l'angelo parlò loro apparve una legione di angeli celestiali che lodava Yahweh dicendo: "Gloria a Dio nel cielo e pace in terra agli uomini che Dio ama tanto". Questo è il modo di Luca di esprimere il grande stupore di quei pastori. Erano pieni di gioia; sentirono di non essere soli; seppero che qualcosa di importante stava accadendo; si sentirono accompagnati e protetti; non sapevano da chi o come, ma era così. È la legione di angeli di cui parla Luca.

Come avranno vissuto Maria e Giuseppe, vedendo quei poveri pastori venire da loro per rendere omaggio al Bambino? Anche loro erano pieni di stupore. Non avrebbero mai pensato che quello che stava accadendo potesse avvenire. Maria conservava nel suo cuore tutto ciò che stava vivendo. Non lo dimenticherebbe mai. Un giorno sarebbe stata in grado di raccontarlo, anche se a quel tempo non ci pensava.

Ma succede anche di più. Mentre erano nella grotta, non ancora partiti, non sapendo quando, come e dove sarebbero andati, alcuni grandi signori arrivarono. Prima poveri pastori, ora grandi signori. Sembra che vengano da lontano. Non erano re, ma qualcosa del genere sembra essere il caso. Erano venuti perché era stato loro rivelato ciò che era accaduto in un luogo lontano da dove vivevano. Camminarono seguendo una stella. La stella scomparve improvvisamente, in un attimo. Erano già a Gerusalemme. Chiesero. Quando il re Erode sentì ciò che questi signori avevano da dire, comprese dove sarebbe nato il Messia. Gli dissero: a Betlemme di Giuda. E lì li indirizzò, con una richiesta, quella di tornare a Gerusalemme e riferirgli tutto quello che avrebbero visto. Anche lui voleva anda-

re a rendergli omaggio. Quei signori, così li chiamerà Matteo, arrivarono alla grotta di Betlemme. E offrirono la loro ammirazione, il loro amore, la loro gioia a quel bambino appena nato. Come questo avrà stupito Giuseppe e Maria! Lo stupore crebbe sempre di più nel cuore della giovane coppia. Pur avendolo già intuito, cominciarono a rendersi conto dell'importanza del Bambino nato in così misere condizioni. Maria tenne anche questo nel suo cuore. Neanche lei dimenticherà.

Ma non tutto finisce qui. Passarono otto giorni. Dovevano adempiere la Legge e circoncidere il Bambino nel Tempio e dargli il nome che l'angelo aveva detto loro prima del concepimento: "Si chiamerà Gesù". Andarono a Gerusalemme, al Tempio. E mentre stavano entrando, due anziane persone si avvicinarono a loro, un uomo e una donna. L'uomo si chiamava Simeone. Era un uomo giusto che viveva in attesa della consolazione di Israele, perché aveva ricevuto l'annuncio che non sarebbe morto senza aver visto il Messia del Signore. E quando Maria, Giuseppe e il Bambino entrarono, capì che aveva davanti a sé il Messia che gli era stato promesso di incontrare. Ed egli irruppe, pieno di esultanza, con questa preghiera: "Ora, Signore, secondo la tua promessa, manda in pace il tuo servo; perché i miei occhi hanno visto il tuo Salvatore; tu lo hai posto davanti a tutti i popoli come luce per illuminare le nazioni, e gloria al tuo popolo Israele".

Cosa avrà pensato la giovane coppia? Ancora una volta, lo stupore davanti a quell'uomo anziano, e le parole da lui pronunciate e ispirate da Yahweh. E poi una donna anziana si avvicinò. Era la profetessa, Anna, figlia di Fanuele. Era molto anziana. Da giovane era stata sposata per sette anni, vedova aveva allora ottantaquattro anni. Ringraziava Dio davanti al Bambino. E, inoltre, parlava del Bambino a tutti coloro che aspettavano la liberazione di Gerusalemme.

I due anziani contemplarono la giovane coppia. Tante cose erano successe nel breve tempo trascorso dalla nascita del Bambino! Era nato in una grotta; prima erano andati alcuni pastori, rozzi ma brava gente, e raccontarono loro cosa era successo. Poi arrivarono alcuni grandi signori e raccontarono loro le cose meravigliose che avevano vissuto fino a raggiungere la grotta di Betlemme; poi nel Tempio i due anziani, lodando Dio e lodando il Bambino. Per loro il Bambino si chiamava già Gesù. Questo è quanto ha detto l'angelo quando è apparso a Maria prima che lei lo concepisse.

Maria è già la Vergine dello stupore. La sua è una vita di stupore. Vive una vita piena di eventi che la stupiscono e tutto per il Bambino che ha portato in grembo e che è già nato ed è stato la causa di tanti eventi.

Maria dello stupore, prega per noi affinché possiamo vivere l'esperienza della meraviglia, della gioia e dell'amore che abbiamo visto in tutti coloro che sono venuti ad adorare tuo Figlio Gesù!

Maria ci prende per mano

Lo stupore è una realtà importante nella nostra vita, non ci stupiamo forse per tante cose della nostra esistenza? La Genesi dice che dopo la creazione Dio vide tutto ciò che aveva creato ed era molto buono, molto bello, molto meraviglioso. Come non stupirci quando alla creazione Yahweh dice che tutto quel che ha fatto è qualcosa di buono e di bello? Ma pensiamo ad alcune delle cose che ammiriamo.

Non ammiriamo il nostro Dio? Avere un Dio, che è nostro Padre e che è come è. Possiamo pensare a qualcuno che ha fatto per noi quello che Dio ha fatto? Sappiamo cosa significa che ha rinunciato a suo Figlio, Dio come lui, che ha rinunciato a lui per noi? E che Egli ha rinunciato a Lui per vivere con noi e come noi. In tutto come ognuno di noi, tranne che nel peccato. Che Dio ce lo abbia dato è incomprendibile. Che lo abbia mandato nella nostra terra per viverci, per lavorare per un mondo migliore, e che tuttavia lo abbia consegnato alla morte, è anche incomprendibile. Possiamo crederci? Certo che ci crediamo! Ma è così lontano da noi che sembra impossibile. Che Dio si è preso cura di ognuno di noi, dico di ognuno di noi, e che per ognuno di noi ha dato il suo Figlio, perché ha rinunciato a lui per ognuno di noi. Non vale il plurale, "per noi", dobbiamo arrivare al singolare, "per me". Paolo lo aveva capito molto bene quando disse "mi amò e si sacrificò per me". C'è una religione nella quale vi sia un essere supremo come il nostro? Tutte le religioni pensano al loro essere supremo, comunque lo chiamino, ma come la nostra, non c'è altra religione. Ci si stupisce a pensare a quello che Dio Padre ha fatto per ognuno di noi che non siamo niente, e se siamo qualcosa è perché ci ha amati. Questo è ciò che deve farci ammirare anche noi, che ci ha amato, meglio che ci ama costantemente e non meno che per un'eternità. Sì, ammiriamo Dio Padre con tutto il cuore, con tutta l'anima e lo ringraziamo, come potremmo non essere in ammirazione davanti a questo Dio?

Siamo stupiti davanti a Gesù, che è Dio, il Figlio di Dio, Dio come il Padre, tranne che è il Figlio e non il Padre, ma in tutto è uguale al Padre. Dire questo è dire che si è fatto carne per sempre. “Per sempre” significa che per tutta l’eternità egli è Gesù, cioè il Verbo fatto carne. Come è riuscito a raggiungere una tale situazione? Per amore e obbedienza al Padre: “Eccomi, Signore, per fare la tua volontà”. Questo non ci lascia in ammirazione? Pensiamo: si è incarnato, e ha vissuto come gli altri uomini del suo tempo. Era così all’esterno, non all’interno, cioè a causa di ciò che veniva da dentro di lui. In effetti, cosa ha fatto nella sua vita? Adorare il Padre, essere in comunicazione con lui con la preghiera e dedicarsi completamente agli uomini. Ha predicato la Buona Novella, cioè che avevamo un Padre che era sempre buono con noi. Ciò che Gesù ha fatto è stato guarire i malati, perdonare i peccatori, purificare i lebbrosi, risuscitare i morti, fare del bene a tutti coloro che sono venuti a lui. Si è lasciato persino condurre alla Croce. Cioè, è morto per noi, non per noi, diciamo meglio, per te e per me. Per ognuno in particolare perché si è preso cura di ognuno di noi. E per ognuno di noi ha voluto cancellare il peccato, che dispiaceva al Padre perché voleva che tutti noi fossimo figli prediletti del Padre. Non è stupirsi di tutto ciò che Gesù era e ha fatto? E la nostra gioia ora è che egli è con il Padre per sempre. E crediamo che ci stia aspettando. Crediamo che Egli ci accoglierà nel seno di Dio dove si trova. L’ha già detto: “Io vado a prepararvi un posto, perché dove sono io siate anche voi”. Lo disse ai suoi discepoli, ma in loro ci sentiamo rappresentati, ognuno di noi. Gesù è nostro fratello, perché è il Figlio del Padre e ha fatto anche noi figli, anche se in modo diverso dal Padre; siamo figli di Dio, figli nel Figlio. E speriamo che un giorno saremo con lui per sempre, per tutta l’eternità. Non diciamo che non lo ammiriamo! Ci stupiamo a tal punto che ci sembra impossibile. Eppure è così. Grazie Gesù per tutto quello che hai fatto e che fai costantemente per noi.

E celebriamo anche di avere lo Spirito Santo. Non lo conosciamo bene. Sappiamo che Egli è Dio come il Padre e il Figlio, anche se non è né il Padre né il Figlio. Sono tre persone ma della stessa natura. So che è difficile per noi capirlo, o meglio, non lo capiamo, ma lo accettiamo con tutto il cuore. Lo Spirito Santo è l’amore tra il Padre e il Figlio. È la persona che Gesù, essendo già nel seno del Padre, ci ha mandato per aiutarci, per accompagnarci, per difendere la Chiesa e per portarla a poco a poco a ciò che il Padre voleva

che fosse. E i cristiani battezzati e confermati e coloro che hanno ricevuto il ministero sacerdotale hanno ricevuto lo Spirito Santo sacramentalmente nella loro vita, nel loro cuore. È lui che deve aiutare tutti noi nei momenti difficili della vita, deve aiutarci a superare le tentazioni, a saper offrire il nostro aiuto ai bisognosi e ai poveri, amare tutti coloro che passano nella nostra vita. Lo Spirito Santo è il grande dono della nostra vita. Per questo rendiamo grazie perché Egli è con noi, ci accompagna in ogni momento, è la forza nella nostra debolezza, il candore nel nostro peccato, la gioia che ci dà nei momenti di difficoltà. Certo che veneriamo l'esistenza dello Spirito Santo! E siamo felici che Lui esista come ci è stato insegnato. Entra Spirito Santo nella nostra vita, non permetterci di separarci dall'amore di Dio e aumenta quell'amore ogni giorno della nostra esistenza!

E dopo quello che abbiamo visto prima, come non stupirci di avere Maria nella nostra vita? Abbiamo visto quello che è stato l'inizio della sua esistenza quando è stato annunciato il suo concepimento e i primi giorni della nascita del suo bambino. Possiamo solo ringraziarla per ciò che è stata la sua vita e per averci dato il Figlio di Dio con la forza dello Spirito Santo. Maria dello stupore grazie per tutto ciò che hai vissuto e accettato e ci fai vivere in quell'ammirazione, in quello stupore che hai saputo vivere di fronte a ciò che stava accadendo nella tua vita. Grazie, Madre!

Preghiera

*L'angelo è venuto dal cielo
e ha annunciato a Maria
il grande mistero di Dio-Uomo
che il cielo ammirava.*

*Vergine Madre, Nostra Signora
ricordando l'Incarnazione
noi tuoi figli ti cantiamo, tutti
come la Stella della Salvezza.*

*Sono la serva del Signore, mio Dio.
La Madonna ha risposto:
si faccia in me secondo la tua parola
La tua volontà sia fatta in me.*

*Vergine Madre, Nostra Signora
ricordando l'Incarnazione
noi tuoi figli ti cantiamo, tutti
come la Stella della Salvezza.*

*Il Verbo, per redimerci
ha preso il suo sangue vergine
ha vissuto come un uomo in mezzo a noi
liberandoci da ogni male.*

*Vergine Madre, Nostra Signora
ricordando l'Incarnazione
noi tuoi figli ti cantiamo, tutti,
come la Stella della Salvezza.*

Maria dell'amore

L'esperienza di Maria

Il piccolo era un bambino, come tutti i neonati. E rimarrà un bambino per un bel po' di tempo. E come si comportava Maria con lui? Come tutte le madri fanno con i loro neonati. Lo copriva di baci perché una madre ama il suo bambino con un cuore tenero. Baci d'amore, baci d'affetto, baci perché lo sente nella sua carne. Per ogni madre, essere madre è una gioia. E quella gioia è il bambino che teneva in mano e accarezzava. Bisogna vedere come le madri trattano i loro piccoli, come li accarezzano, come non si stancano di coccolarli. Così Maria faceva con il piccolo Gesù, bambino nato qualche settimana o qualche mese prima. Anche lei come tutte le madri, diceva parole prive di significato a quel piccolo che guardava la madre con grandi occhi. Occhi che toccavano la madre. Quanto deve essere stata felice Maria per il suo piccolo!

Lei doveva cullarlo. Non so come sia stata la culla del bambino quando ha potuto riposarsi dai viaggi che lo avevano fatto andare da un posto all'altro. Lo cullava perché il piccolo a volte piangeva. E Gesù, come ogni bambino, a volte piangeva. Maria voleva che stesse tranquillo, che stesse bene, che non si sentisse male. E lei doveva pulirlo molte volte. Ogni madre deve farlo con il suo piccolo e così Maria. Anche le mamme cercano giocattoli per i loro piccoli, cosa avrà cercato Maria? Non lo sappiamo, ma avrà sicuramente cercato qualcosa. Le madri fanno ridere i loro piccoli anche con piccole cose. E il sorriso di un bambino produce una gioia immensa nella madre. Tutto questo e altre cose vedremo fare a Maria con il piccolo Gesù. E se pensiamo che lo stia facendo al Figlio di Yahweh in persona, siamo sorpresi e rimaniamo stupiti.

Poi dovette insegnargli poco a poco a camminare. Prima strisciando, appoggiandosi alle mani e ai piedi. Va avanti. La madre si allontana e il bambino cammina per raggiungerla. E quando raggiunge le mani della madre, riceve un grande abbraccio, un grande bacio. Lei lo accoglie, tenendolo stretto al cuore. È così che faceva Maria. Vide che a poco a poco il bambino cresceva. Com'è bello il momento in cui Maria dà il suo seno a Gesù per allattarlo. Diversi pittori hanno raffigurato questo episodio, momento prezioso di Maria con il Bambino Gesù. Poi a poco a poco smise di allattare e gli insegnò a mangiare piccole cose, le cose dei bambini piccoli. Ed è così che Maria agiva.

Tutto questo ci fa proclamare che Maria è la Maria dell'amore. La madre che ama intensamente il suo piccolo e che fa di tutto per renderlo felice. Questo è tutto ciò che vuole, che lui sia felice. Lasciatelo divertire; che non si faccia alcun male. E se in qualsiasi momento il bambino piange perché ha sbagliato, la madre corre, lo prende, lo prende in braccio, lo bacia, bacia dove lui ha sbagliato, canta per lui, fa del suo meglio finché il bambino non smette di piangere. E quanto sarà stato bello il momento in cui Maria, tenendo tra le braccia il figlio, lo fa addormentare a poco a poco. Il bambino dorme in pace perché è tra le braccia di colei che sente che lo ama.

Deve essere stato un periodo di grande gioia per Maria, anche di preoccupazione perché voleva che tutto fosse per il bene del suo bambino.

E com'era l'amore di Maria per il bambino Gesù? È stato un amore delicato, con la delicatezza che le madri hanno con i loro piccoli. Li amano ed è per questo che la delicatezza è sempre presente nel loro rapporto con loro. Sanno come far loro comprendere quando si comportano bene e quando fanno qualcosa che non va bene, perché i piccoli non sanno e il bambino Gesù era un piccolo che poteva fare quello che fanno i piccoli.

È un amore amorevole. L'affetto è ciò che i più piccoli avvertono di più. Perché l'affetto di una madre si manifesta nei suoi gesti, nelle sue parole, in quello che dice anche se il bambino non capisce ancora il linguaggio. Ma comprende i gesti, l'espressione del volto della madre, il sorriso che appare sulle sue labbra. Come avrà fatto il bambino Gesù a capire quello che Maria gli diceva!

È un amore sempre attento alle esigenze del bambino. Lei era costantemente preoccupata per lui, si accorgeva dei suoi bisogni, e di quel che poteva turbarlo. Le madri hanno la capacità di notare tutte queste cose, e Maria l'aveva. Ed è per questo che era attenta a qualsiasi bisogno del bambino che le girava intorno e sentiva la sua mancanza quando era in un'altra stanza. Gridava, gridava, cioè chiedeva a sua madre di stare con lui. E Maria correva verso il bambino.

È un amore che si preoccupa sempre di ciò che potrebbe accadere al proprio bambino. E anche Maria si preoccupava che non accadesse nulla di male a suo figlio. Con quanta dolcezza lo prendeva, con quanto amore lo accoglieva in grembo. Doveva essere così dolce vederli abbracciarsi. E come il bambino baciava Maria. E che gioia avrebbe portato a sua madre.

È un amore attento alla felicità del bambino. Fa tutto il necessario per raggiungere questo scopo. Dopotutto, ciò che conta di più per una madre di un figlio piccolo, che sia felice e che non gli accada nulla per averlo trascurato. Questo è quel che provava Maria. Sarebbe sempre stata attenta a suo figlio.

È un amore che non lascia il bambino da solo. Le madri hanno sempre i loro piccoli accanto a loro, a quattro zampe o in braccio o nella culla o in qualsiasi altra cosa, ma sempre con loro, non li lasciano soli, tanto più se questo lasciarli soli può essere pericoloso.

È un amore che guarisce immediatamente se il bambino si è fatto male. I piccoli non sanno alcune cose, non si rendono conto di ciò che può far loro male, e così a volte lo fanno. Piangono. Le madri corrono subito ad accarezzare, a baciare le piccole ferite, e questo è ciò che sarebbe accaduto a Maria e a Gesù bambino.

Questo era l'amore di Maria per Gesù, con il bimbo piccolo e poi mentre cresceva, ma non per questo sua madre lo amava meno.

Non abbiamo detto nulla di Giuseppe, presente a casa quando non lavorava. E anche egli amava il piccolo. E il bimbo gli era affezionato, gli piaceva stare con lui ed essere tenuto in braccio. E che gioia avrà avvertito Giuseppe! Così era la vita durante i primi anni di Gesù Bambino. Sentire l'amore dei suoi genitori costantemente consapevoli di lui e che non lo lasciavano al sole o all'ombra, perché si sentivano responsabili per lui.

Maria ci prende per mano

Maria dell'amore è anche un esempio per noi. Lei ci insegna ad amare, e cosa possiamo dire di come dovrebbe essere il nostro amore? Indichiamo alcuni elementi di quell'amore che Maria aveva anche con il piccolo Gesù.

Dobbiamo amare tutti. Nella famiglia di Maria tutti si amavano. L'abbiamo visto in Maria con Gesù, lei amava il bambino, naturalmente i due sposi si amavano, perché Dio rispettava anche l'amore e l'affetto che Maria doveva provare per Giuseppe. Non possiamo escludere nessuno dal nostro amore. Il Padre del cielo ci ama tutti, Gesù ha già detto che fa sorgere il sole nel bene e nel male. Tutti sono suoi figli e lui ama tutti. Quindi dovremmo imitarlo in questo amore. Dobbiamo amare tutti.

Il nostro amore per gli altri deve essere delicato. Non dobbiamo essere avidi, non dobbiamo cercare di essere amati, non dobbiamo cercare di ottenere qualche beneficio dal nostro amore per gli altri. Noi rispettiamo gli altri facendo loro il bene che possiamo. La dolcezza rende grande l'amore. L'indelicatezza rende l'amore falso; manca qualcosa o ha qualcosa in eccesso.

Il nostro amore per gli altri deve essere pacifico. Vale a dire che deve produrre pace nell'altro. Non deve essere esuberante, non deve turbare l'altro, ma deve causare pace nella loro vita, nel loro cuore e nel rapporto che abbiamo con loro. È così che Dio ci ama, producendo in noi la pace. "Vi lascio la pace" disse Gesù, "vi do la mia pace, ma non come la dà il mondo". Il suo amore riempie i nostri cuori e ci riempie di pace.

Dobbiamo amare perdonando coloro che ci hanno fatto del male. Se non perdoniamo è perché non amiamo. Se amiamo non abbiamo il diritto di essere adirati per qualcosa che ci è stato fatto, non abbiamo forse peccato così tante volte eppure Gesù ci ha sempre perdonato, più e più volte? Quando l'amore è vero, perdona anche se ha sofferto qualcosa. Come il Signore si è comportato così spesso con noi, noi dobbiamo comportarci con gli altri.

Dobbiamo amare attenti alle esigenze degli altri. Chi ama si prende cura dell'altro. Ricordiamoci del Samaritano. Non conosceva la persona incontrata per strada, ma l'amava facendo tutto quello che poteva per lui. Si prese cura di lui, portandolo alla locanda, pagando quello che deve pagare e dicendo al locandiere che al suo ritor-

no, se ha speso di più, verrà rimborsato. Amare è essere attenti alle esigenze degli altri. Il vero amore si manifesta in questo modo. Ed è così che si manifesta l'amore di Dio per noi, attento alle nostre necessità. Chiedete e riceverete, cercate e troverete, bussate e vi sarà aperto. Il Signore l'ha detto molto chiaramente.

Il vero amore non fa male a nessuno. Offendere non è amare. Perdonare è amare. Non possiamo dire di amare se abbiamo offeso qualcuno. Non è così che ha fatto il samaritano. E Gesù lodò il suo comportamento. Se vogliamo essere lodati per i nostri comportamenti, sappiamo come dobbiamo comportarci.

Amare è prendersi cura degli altri, delle loro situazioni difficili e soccorrerli in qualsiasi modo possibile, perché il Signore viene in nostro aiuto quando soffriamo. La preoccupazione messa in pratica è un bel modo di amare, di stare con gli altri, di non voltare loro le spalle per qualsiasi motivo.

Amare è anche chiedere perdono a coloro che abbiamo offeso per tutta la vita. Chi chiede perdono, ama. Chi ama, chiede perdono. Pietro ha amato Gesù e dopo averlo rinnegato tre volte, ha chiesto perdono piangendo amaramente. È vero che questa richiesta di perdono è aiutata da Dio. Se Gesù non avesse guardato Pietro quando lo aveva appena rinnegato, non avrebbe pianto amaramente, non avrebbe mostrato l'amore che aveva nel cuore. La prima cosa è sempre l'amore che Dio ha per noi.

Amare è non fare del male a nessuno. Qualunque cosa sia avvenuta tra una persona e noi, non dobbiamo rispondere con un'offesa. Offendere per essere stati offesi non è amare. Non fare del male a chi ci ha offeso è amare davvero. È così che viviamo la nostra vita cristiana. Abbiamo ripetutamente offeso il nostro Dio, ma egli non ci ha punito, non si è lamentato, quello che ha fatto è semplicemente perdonare. Lo vediamo nel Vangelo, per esempio, nella donna adultera perdonata dal Signore. Perdonata per il puro amore del Signore. Perdonata perché questo è ciò che viene dal cuore di Gesù.

Amare è aiutare gli altri in tutto ciò che possiamo e in tutto ciò di cui hanno bisogno se possiamo dare loro una mano. L'aiuto è una manifestazione d'amore. Chi aiuta ama, chi ama aiuta. Questo lo abbiamo imparato da nostro Signore. Noi abbiamo peccato ma Lui ci ha aiutato, Lui continua ad aiutarci e non smetterà di aiutarci, non importa quanto male ci comportiamo.

Amare è far emergere il meglio dagli altri. Con le nostre parole, con il nostro comportamento, con il nostro modo di agire con l'altro, dobbiamo cercare di far scaturire il meglio che c'è nel suo cuore. Quando amiamo senza chiedere nulla, quando amiamo con una sincera donazione di noi stessi, l'altro può sentirsi incoraggiato a fare bene e a migliorare il suo comportamento. Il bene che è nel suo cuore viene fuori.

Amare non significa dimenticare il bene che abbiamo ricevuto, ed è stato così tanto! Siamo stati amati da Dio come non avremmo mai creduto possibile. Ha amato sempre, amato senza che noi cessassimo di offenderlo. Lo abbiamo più volte offeso e lui ci ha più volte perdonato.

Sì, dobbiamo amare di cuore e amare sempre tutti, che siano amici o nemici, che ci abbiano fatto del bene o che ci abbiano offeso. Dio fa sorgere il suo sole sul bene e sul male, noi dobbiamo amare tutti, non importa come, perché in questo modo imitiamo il Padre nostro che è nei cieli.

Preghiera

*Ave, Annunciazione,
bruna di meraviglia,
avrà un bambino più bello
che gli steli della brezza.*

*Messaggio di Dio ti porto.
Ti saluto, Maria,
perché Dio si è innamorato di te,
e Dio è un Dio di gioia.*

*Piena di grazia ti chiamo
perché la grazia ti riempie;
se potessi darti di più,
ti darei molta più grazia.*

*Il Signore è con te,
anche più di quanto tu lo sia con Dio;
la tua carne non è più la tua carne,
il tuo sangue è già per due.*

*E benedetta sarai
tra tutte le donne,
Beh, se sei una madre per tutti,
chi potrà non amarti?*

Maria dell'insegnamento

L'esperienza di Maria

Il bambino non era più così bambino. Stava crescendo. Stava diventando un uomo. E lui era a casa con i suoi genitori. A un certo momento aveva anche iniziato a lavorare con Giuseppe. Ora vogliamo vedere quella che abbiamo chiamato Maria dell'insegnamento.

Per tutto il tempo nel quale Gesù cresceva e stava a casa e poi fuori al lavoro, cosa facevano Maria e Giuseppe? Gli stavano insegnando. Vediamo ora cosa gli hanno insegnato.

Maria, da parte sua, ha insegnato al figlio cose semplici ma importanti, virtù domestiche e virtù esteriori. Indichiamo alcune di loro.

Gli ha insegnato cos'è la delicatezza. Doveva essere delicato con tutti. E gli diceva che la delicatezza esalta la persona. La delicatezza è ciò che gli altri meritano. Questa dolcezza non dovrebbe mai mancare in una vita. La gentilezza è agire verso gli altri come vorremmo che loro agissero verso di noi. La gentilezza è il modo in cui il nostro Yahweh ci tratta. Lo fa con quella dolcezza che gli viene dal cuore.

Gli ha insegnato il rispetto per gli altri, e prima di tutto per suo padre Giuseppe. Dobbiamo rispettare tutte le persone. Nessuno deve subire un torto. Nessuno dovrebbe essere offeso. Chi offende una persona, offende Yahweh perché Yahweh è in tutte le persone. E il ragazzo capì che doveva rispettare tutti e lo faceva ogni giorno. Guardò Giuseppe con rispetto, il che non è una mancanza di amore. Al contrario, il rispetto è un'altra forma di amore.

Gli ha insegnato come dare una mano quando vediamo qualcuno che ne ha bisogno e che possiamo aiutare. Aiutare gli altri è una virtù importante. Aiutare è amare, l'amore si manifesta nell'aiutare.

E Maria insegnò al bambino che quando vedeva qualcuno in difficoltà nel villaggio, doveva aiutarlo e non passare al largo, perché questo non piaceva a Yahweh.

Gli ha insegnato che deve prendersi cura degli altri. Essere attenti agli altri quando vengono da noi. L'attenzione è un modo per dimostrare agli altri che sono amati, che sono rispettati, che sono considerati. L'attenzione accompagna sempre le brave persone. Dobbiamo essere attenti a tutti, e questo è ciò che Maria ha insegnato a suo figlio. Non possiamo ignorare gli altri. Chi ignora l'altro lo offende e questo è qualcosa che Yahweh non vuole.

Gli ha insegnato che bisogna salutare gli altri quando li si incontra. Il saluto è il modo per indicare che ci si preoccupa dell'altra persona. Coloro che non salutano a volte pensano di essere più importanti degli altri o che non si preoccupano di loro. E questo non è giusto. Il saluto affettuoso, attento, preoccupato è qualcosa che fa bene alla persona salutata e che avvicina le persone.

Gli stava insegnando a stare con gli amici. Gli amici sono sempre un aiuto quando se ne ha bisogno e gli ha anche insegnato che si devono aiutare gli amici se hanno bisogno di te. Gli amici addolciscono la vita, la rendono più piacevole. Con gli amici si trascorrono molti momenti della giornata e con loro si impara cos'è l'aiuto, la compagnia, la solidarietà.

Gli ha insegnato che non bisognava approfittarsi di nessuno. Chi si approfitta di un altro lo offende, lo sottovaluta. Yahweh ha fatto di noi tutti persone uguali che dovrebbero prendersi cura l'uno dell'altro. Chi si approfitta degli altri non si prende cura di loro.

Gli ha insegnato a non abusare di nessuno, a non essere crudele con nessuno, anzi, a difendere una persona quando vediamo che gli viene fatto un torto. Per questo motivo non dovrebbe rivendicare nulla quando non se ne ha il diritto, e anche quando lo si ha non si dovrebbe rivendicare nulla. Forse questo potrà far pensare l'altro e potrà servire da insegnamento per la sua vita e potrà fargli del bene.

Gli stava insegnando che si deve saper perdonare. Sì, perdonare, perdonare sempre. Anche se ci hanno offeso, anche se si sono comportati male nei nostri confronti. Il perdono è ciò che ci avvicina a Yahweh in modo speciale. E Gesù lo ha imparato molto bene da sua

Madre, perché nella sua vita non ha fatto altro che perdonare, anche nel momento supremo della sua morte: “Padre perdona loro”.

Queste virtù e altre sono state insegnate da Maria a suo figlio. E il bambino o l'adolescente imparava dalla madre, era attento a ciò che lei diceva, e il comportamento che vedeva nella madre non gli sfuggiva, e imparava tanto dal suo comportamento quanto dalle sue parole. Ha imparato tanto dalle sue azioni quanto dall'ascolto di ciò che diceva.

Ma anche Giuseppe insegnava al ragazzo ormai cresciuto. Giuseppe gli ha insegnato cos'è il lavoro. Giuseppe era un falegname o, come si dice, il “tutto fare” del villaggio, cioè colui che dà una mano in qualsiasi necessità perché un tuttofare sa qualcosa di tutto. E spiegò a Gesù il mestiere di falegname la cosa più importante della sua vita, e così Gesù imparò da lui la falegnameria, ma apprese anche ad aiutare le persone nelle loro piccole necessità di cui era capace.

Gli ha insegnato l'onestà sul lavoro. Che non bisogna approfittarsi degli altri nel bisogno quando chiedono aiuto. L'onestà sul lavoro è molto importante e questo è ciò che Giuseppe ha insegnato a suo figlio.

Gli ha insegnato che bisogna aiutare chi ne ha bisogno, senza fare distinzioni di persone, in ogni caso aiutare di più chi è nel bisogno e forse non può restituire perché ha molto poco. Giuseppe, certamente, se vedeva una persona che non poteva pagare, non chiedeva un compenso perché conosceva la condizione di quella persona e di quanto stesse soffrendo.

Gli ha insegnato a trattare con gli altri lavoratori del villaggio. Per andare d'accordo con loro. Non per discutere. Saper rispettare tutti nel loro lavoro e non sottrarglielo mai perché con questo devono guadagnarsi da vivere per loro stessi e per la loro famiglia. Ecco perché non si dovrebbe discutere di lavoro. Essere amici sul lavoro è una grande virtù che non sempre si raggiunge, ma per la quale bisogna lottare.

Maria ci prende per mano

Questo modo di essere e di comportarsi di Maria deve essere anche un insegnamento per noi. Come dobbiamo comportarci in questo campo nella nostra vita di scolopi, come uomini che di professione

si sono dati all'insegnamento e questa deve essere una delle realtà che più apprezzano e in cui si impegnano di più?

Dobbiamo essere lavoratori. Ora lo diciamo in modo generale, lavoratori. In altre parole, il lavoro è qualcosa che deve essere sempre presente nella nostra vita. Lavorare come lo vediamo nel nostro Fondatore. Se esaminiamo la sua vita ci rendiamo conto che era piena di lavoro. Portare avanti l'Ordine con tutti i suoi problemi; incoraggiare i suoi figli con le migliaia di lettere scritte; essere attento a ciò che accadeva in ciascuna delle case; preoccuparsi di ogni religioso e dei loro problemi; occuparsi delle nuove fondazioni curando le richieste di coloro che volevano avere una scuola nella loro città. E le tante cose che ha fatto nella sua vita. Inoltre, questo lavoro non ha ridotto la sua preghiera. Era un uomo di preghiera e di lavoro, di lavoro e di preghiera, dedicato a Dio e agli altri.

Ciò significa che non bisogna essere "pigri", cioè persone che non si preoccupano del lavoro, e che bisogna essere utili alla loro comunità. A volte si vedono religiosi che non si prendono cura delle necessità della scuola o della comunità, mentre forse sono ansiosi del loro benessere e cercano di avere tutto.

Nel lavoro bisogna essere onesti. Il nostro lavoro è con le persone e in questo campo dobbiamo essere molto delicati. Le persone, soprattutto i bambini è richiedono tutta l'attenzione possibile. Dobbiamo trattarli bene, che ricordino sempre nella loro vita come sono stati trattati bene durante la loro permanenza nelle Scuole Pie e non abbiano a criticare nessun religioso perché non li ha trattati bene o non si è preso cura delle loro esigenze.

Dobbiamo essere disponibili alle loro aspettative. I bambini si attendono sempre molto. Non dobbiamo deluderli. Dobbiamo rispondere alle loro attese. Ma dobbiamo anche insegnare loro ad essere sobri. Lasciateli sognare molto a quello che vogliono essere domani, ma allo stesso tempo lasciate che abbiano i piedi per terra cosicché non si disperino se non realizzano i loro sogni.

Bisogna insegnare loro ad essere onesti nel loro comportamento, nei loro atteggiamenti, in tutto ciò che fanno, pensano e vogliono. Onestà, e non intendiamo il contesto sessuale, ma il contesto umano, perché questa è nell'ambito della sfera umana. L'onestà li renderà brave persone e li aiuterà ad ottenere ciò che vogliono.

Onestà con gli altri, con i colleghi per non approfittare di nessuno. Non abusare dei più deboli o di coloro che soffrono di difficoltà personali. Non c'è niente di meglio del trovare un amico che aiuti nel bisogno, in condizioni umane, fisiche o psicologiche peggiori.

Bisogna insegnare a relazionarsi tra loro. Attenti, nobili, disposti ad aiutare e capaci di difendere chi viene lasciato indietro dagli altri. Siano di sostegno a coloro che vengono accusati senza motivo perché sono più deboli o non hanno le qualità che li fanno apprezzare.

Dobbiamo insegnare loro ad essere a favore dei poveri, di quelli che hanno meno di loro, che passano attraverso prove che li umiliano o non permettono loro di essere come gli altri.

Devono essere educati alle virtù umane, religiose e sociali. Che siano uomini rispettabili, che accettino di essere aiutati se ne hanno bisogno e che a loro volta aiutino i bisognosi. Dovrebbero sapere come aiutare coloro che sono più carenti perché hanno meno facoltà intellettuali sono insultati da alcuni o isolati da molti nella classe.

Bisogna insegnare loro a non fidarsi di quelle persone anziane che possono far loro del male, che cercano di ingannarle, di condurli in posti non raccomandabili. Insistere affinché ascoltino quello che dicono i loro genitori e sappiano comunicare l'incontro con persone oscure, sporche o pericolose.

Bisogna insegnar loro ad accettare l'affetto, l'amore e la preoccupazione dei religiosi o degli insegnanti, ma allo stesso tempo devono essere prudenti nel trattare con loro e non permettere nulla di ambiguo o di equivoco che i bambini non oserebbero raccontare ai loro genitori perché li metterebbe in imbarazzo consapevoli nel loro cuore che certi comportamenti non sono accettabili.

Che si tratti di insegnanti, religiosi o laici, dobbiamo preparare bene ciò che insegniamo ai bambini o agli alunni, secondo una vera dedizione alla missione educativa, senza dubbio una delle più preziose che esistono.

Dobbiamo dedicarci a tutti gli studenti senza eccezioni, ma in particolare ai più poveri, ai più bisognosi, a quelli che scartati nelle scuole perché studenti indolenti o teppisti o caratteriali sono motivo di preoccupazione per gli educatori. Il vero educatore non espelle nessuno dalla classe anche se persona difficile.

Dobbiamo amare tutti gli studenti così come sono, ma dobbiamo correggerli quando è necessario e a volte dobbiamo costringerli a lasciare la scuola per il loro bene e per il bene dei loro compagni. Questi devono essere casi molto rari, perché l'educazione è proprio insegnare a comportarsi bene, a prendersi cura delle cose e delle persone.

Preghiera

*Acqua di fonte cristallina e pura,
sei l'innocenza ed il candore, o Madre:
fertile terra, tutta aperta al sole,
posa su te lo sguardo del Signore.*

*In te dimora, chiuso nel tuo grembo,
il Verbo immenso che distende i cieli,
a cui le stelle rispondono per nome,
e regge nella mano l'universo.*

*In lui sei madre di tutti i viventi:
verso di te la Chiesa si rivolge
e nel tuo amore, nella tua obbedienza,
trova il sentiero per tornare a Dio.*

*Presente in mezzo a noi per sempre è il Figlio
e fa da ponte tra il tempo e l'eterno:
per lui sia gloria al Padre nei cieli,
nel Santo Spirito, fonte di vita. Amen.*

Maria della privazione

L'esperienza di Maria

Quel bambino nato a Betlemme era cresciuto. Un adolescente, che viveva a casa con i suoi genitori. E Luca dice che a poco a poco cresceva nella conoscenza, nella statura e nel favore di Dio e degli uomini. Il tempo passava e l'adolescente diventava adulto. Viveva ancora a casa con i suoi genitori fino al momento in cui lasciò e la casa e sua madre. In questo periodo di circa trent'anni, due eventi segnarono la vita della famiglia. La prima, la morte di Giuseppe. Quando è morto? Non lo sappiamo. Di certo non poteva essere anziano. Se fosse vissuto quando Gesù se ne andò di casa, non avrebbe avuto cinquant'anni. Diciamo che è morto qualche anno prima, non era anziano; inoltre, la vita era più breve a quel tempo.

Non sappiamo come, ma un giorno Giuseppe non si sentì bene. O era accaduto qualcosa di improvviso o, qualche male cresceva dentro di lui. E si resero conto che se ne stava andando. Possiamo immaginare il dolore di Maria e di Gesù. Maria avrà ricordato tutto ciò che era stata la sua vita con suo marito. Dal momento in cui l'aveva visto nella sua terra e le era piaciuto tanto da sposarlo. E aveva pensato di formare una famiglia. E poi la fretta di dirgli cosa era successo con l'angelo. Abbiamo visto l'intervento di Yahweh affinché non lasciasse Maria. La nascita del bambino. I viaggi da un luogo all'altro per circostanze legate al bambino. Doveva essere difeso. E Giuseppe era il padre. In seguito, la sistemazione definitiva in un luogo e la sua vita fatta di lavoro, per guadagnare per sostenere la famiglia, volendo bene ai due e insegnando a Gesù tante cose questa era stata la sua vita! E come gli voleva bene Gesù! Madre e figlio erano al capezzale di Giuseppe. C'era pace. Come avrebbe potuto non sentirla in loro compagnia! Giuseppe se ne va, ma se ne va in

pace. Il dolore è presente, come può non esserlo se il padre se ne va! Sanno che ovunque andrà sarà felice, ma è sempre doloroso il distacco da coloro che amiamo. Cosa si saranno detti in quei giorni di malattia, quando avranno percepito che tutto finiva? Come si saranno incoraggiati a vicenda? Cosa avrà detto Maria a Giuseppe? Come lo avrà guardato e come avrà letto negli occhi di Giuseppe tutto l'amore che ha avuto per lei in tanti anni? Come famiglia, erano stati felici. Non c'erano state discussioni, si erano presi cura del bambino che ora adulto e questo non significava che lo amassero meno o che mostrassero meno amore per lui. Senza dubbio Maria avrà incoraggiato Giuseppe ad accogliere con pace il momento della partenza; Gesù lo avrà preso per mano, lo avrà consolato e gli avrà detto parole che non possiamo immaginare, parole d'amore, di gratitudine, di speranza. Si sarebbero incontrati di nuovo.

Quella era solo la fine di una tappa. Non era la fine di tutto. E a poco a poco avrà chiuso gli occhi a Giuseppe. Respirava sempre più debolmente e così se ne andava...E la fine è arrivata: come avranno baciato quel corpo che aveva fatto tanto per la madre e il figlio! E lo seppellirono secondo l'usanza ebraica. Non sapremo mai dove, ma questo non è importante. È morto come nessun altro è mai morto, alla presenza viva di Maria e di Gesù. Accompagnato da entrambi. Amato da entrambi. E i due sono rimasti soli. La casa sembrava un po' più grande perché mancava una persona a riempirla. La vita andava avanti e dovevano abituarsi a vivere senza la presenza di Giuseppe, a vivere la vita come meglio potevano, abituandosi ad andare avanti con il lavoro e le faccende quotidiane.

Maria continuava il suo lavoro a casa, Gesù il suo lavoro. Forse un po' di più perché doveva rispettare gli impegni che Giuseppe aveva preso. La vita sembrava normale. Ma Maria internamente avvertiva una certa apprensione. Gesù stava per compiere trent'anni. Era sorpresa che lui fosse ancora a casa. Senza dubbio non avevano mai parlato di questo argomento. Maria sapeva che suo figlio era qualcosa di speciale. Al di fuori di quando adolescente aveva soggiornato al Tempio e delle parole dette ai suoi genitori quando sembravano rimproverarlo, non c'era stato nulla di strano nel suo comportamento. Ma Maria si ricordava dell'angelo, anche se non l'aveva compreso appieno; l'angelo aveva detto: "Colui che nascerà sarà santo, sarà chiamato Figlio di Dio". Sapeva, quindi, che lui era

una persona molto speciale. Bastava vedere tutto quello che avevano fatto per salvare la vita del bambino quando era piccolo.

E poi venne il giorno: Madre e figlio si parlarono. Avevano cenato, era giunta la sera, nelle case era silenzio. Gesù disse a sua madre che doveva annunciarle qualcosa. Le disse di aver sentito di un profeta che battezzava nel Giordano, anche lui voleva essere battezzato e quindi voleva recarsi lì. Non le disse che sarebbe tornato, era una strada a senso unico. Gesù non sapeva cosa avrebbe fatto. La sua vita era il compimento di ciò che il Padre celeste gli stava insegnando. Lui non lo disse, ma Maria comprese. Stava perdendo suo figlio. Avevano vissuto con immenso amore e attenzione anche dopo la morte di Giuseppe. Che ne sarebbe stato di Gesù? Maria non poteva rifiutare. Era la donna del “sì” Quanti “sì” aveva detto dal primo, quello all’angelo! “Sì” a Giuseppe che diceva una cosa, “sì” di nuovo a Giuseppe perché dovevano andare da un posto all’altro, “sì”, sempre “sì”. E ora di nuovo il “sì” che sembrava spezzar il cuore. Era un “sì” molto consapevole perché capiva quello che voleva Gesù, ma allo stesso tempo molto doloroso perché doveva rimanere solo. Non pose obiezioni. Non disse nulla in contrario. Non rese le cose difficili. Disse “sì”, “vai, figliolo, se questo è il tuo destino”. Come potevano pensare che il profeta che stava battezzando nel Giordano fosse il bambino che aveva fatto un salto di gioia nel grembo di Elisabetta quando Maria le aveva fatto visita! La madre forse gli avrà dato dei consigli, consigli materni: di stare attento, che non gli accadesse nulla di male, fare il più possibile il bene a chi ne aveva bisogno, lei sarebbe rimasta ma le avrebbe fatto piacere sapere qualcosa di lui. Il consiglio della madre ad un adulto. Era un adulto, ma era suo figlio. Si era sempre presa cura di lui e ora non riusciva a smettere di farlo. Almeno con le parole.

Deve essere stata dura anche per Gesù. Stava iniziando una nuova fase della sua vita. Non si rendeva conto di come sarebbero andate le cose. Aveva la sensazione che nulla sarebbe stato facile Non sapeva ancora cosa gli sarebbe accaduto e come avrebbe reagito. Ma era disposto ad accettare quel che il Padre celeste gli riservava compiendo il bene.

Ma prima di tutto voleva essere battezzato, che l’acqua versata dal profeta gli cadesse sulla testa, come ai molti ebrei che erano venuti. E ai molti che gli chiedevano come comportarsi Giovanni lo disse.

Forse anche lui gli avrebbe dato qualcosa. Non sapeva che sarebbe stato il contrario, che il profeta avrebbe chiesto qualcosa a lui. E lui avrebbe risposto come pensava di doverlo fare.

E poi arrivò il momento di andarsene. Un abbraccio, un bacio, le mani tremanti, la sensazione che la madre tenesse la sua mano quasi volesse che lui non se ne andasse, ma è una semplice impressione. Sapeva di dover andare. Aveva lasciato la casa. La porta si era chiusa. Non aveva guardato indietro. Nessuno che mette mano all'aratro, si volta indietro. Neppure Ella aprì la porta per vederlo uscire. Era il suo destino. E lo accettò con tutto il cuore. È vero che ha versato qualche lacrima, perché l'amore si manifesta anche nelle lacrime. Suo figlio era andato via. Era rimasta sola. La vita andava avanti, ma era già diverso. Questi due eventi sono state due lacrime nel cuore di Maria. Ha sofferto la perdita della morte di Giuseppe e la partenza di Gesù. Privata di ciò che più amava, ma aperta alla volontà del Padre. Forse in quei momenti ricordava il giorno del "sì" all'angelo e pensava di non aver mai pensato che quel "sì" avrebbe avuto conseguenze così dure per la sua vita. Ma lei stava lì, amando Yahweh, accettando la sua volontà, dicendo di nuovo "sì".

Maria ci prende per mano

La privazione appare anche nella nostra vita. Ci confessiamo come discepoli di Gesù. Abbiamo adottato la vita religiosa. Il Signore ha detto che chi vuole andare dietro a lui deve prendere la sua croce. E la croce significa e implica la privazione. Consideriamo i voti che abbiamo fatto nella nostra vita religiosa da questa prospettiva.

Il Signore si è svuotato delle sue ricchezze, era Dio, e ha accettato la povertà dell'essere uomo. Abbiamo accettato volontariamente la povertà per amore di Cristo povero. In questo modo testimoniamo di aver riposto la nostra fiducia nel Signore. Abbandoniamo i beni materiali nel modo che ciascuno intende. Perché la povertà, la privazione che essa implica, è diversa per ciascuno, e chi si sente chiamato a vivere la povertà lo farà a suo modo. Dobbiamo tutti rispettare le Costituzioni, ma esse indicano il minimo che dobbiamo vivere. E da quel minimo, si può sentire la chiamata a vivere la povertà in modo più intenso o semplicemente come indicato dalle Costituzioni.

Per lo scolopio la povertà è descritta come “venerabile” perché questo è ciò che il Fondatore voleva, vale a dire che fosse venerata. Noi ne fuggiamo, dobbiamo invece accettarla con il cuore, dobbiamo essere pronti a viverla come il Signore ci chiede, dobbiamo avere il cuore aperto per fare la sua volontà in questo.

Ecco perché dobbiamo manifestare la povertà in molti modi. Nell’austerità della nostra vita senza permetterci cose che la contraddicono, non dobbiamo vivere meglio dei nostri parenti che non hanno fatto voto di povertà. La manifestiamo nella nostra sottomissione al diritto comune del lavoro. Non possiamo sfuggire al lavoro, è il nostro modo di vivere e dobbiamo accettarlo volentieri, pensando a molte persone che, senza il voto di povertà, lavorano intensamente, cosa che forse noi non facciamo.

Ci priviamo della possibilità di acquisire e possedere. Questo deve essere evidente nella nostra vita. E dobbiamo esaminare questa realtà per vedere se la stiamo davvero soddisfacendo. In questo senso, non dobbiamo permetterci di possedere tutto ciò che appare sul mercato, anche se troviamo la scusa che sia al servizio del nostro ministero. Dobbiamo esaminare questa affermazione in ogni caso per vedere se è vera.

Ricordiamoci che il nostro Santo Fondatore ha detto che la povertà è la difesa più forte dell’Ordine. Per questo deve essere preservata in tutta la sua integrità. A maggior ragione, dobbiamo essere in grado di cercare e trovare nuove forme di povertà. Ognuno nel suo cuore, nella sua vita e di fronte a Dio.

Il Fondatore ha detto nelle sue Costituzioni che i beni mobili non devono essere superflui, ma devono testimoniare la povertà. Non sarebbe sbagliato per noi esaminare di tanto in tanto come viviamo la povertà e fino a che punto abbiamo bisogno di tutto ciò che abbiamo. Inoltre, prima di acquistare qualcosa o di ottenere qualcosa, dovremmo anche esaminare in noi stessi se è necessaria o piuttosto un capriccio, qualcosa che semplicemente ci piace.

Viviamo anche una privazione in materia di castità. Abbiamo rinunciato ad avere una famiglia, ad avere qualcuno che viva con noi come partner e compagna di vita. Può darsi che questo non ci sia costato molto quando eravamo molto giovani. Oppure sì’. Ma con il passare degli anni e il raggiungimento della mezza età, si sente il

bisogno dell'affetto di una donna, si avverte il desiderio di vivere ciò che vivono i nostri fratelli e le nostre sorelle, nella nostra famiglia. Ed ecco che arriva la privazione. Noi siamo del Signore, cioè noi apparteniamo al Signore.

Non si tratta tanto della questione sessuale quanto di quella dell'appartenenza. Si può osservare tutto ciò che si riferisce al tema sessuale eppure il cuore può appartenere ad un'altra persona. Non siamo casti semplicemente se osserviamo la castità a livello sessuale, ma soprattutto se l'osserviamo in materia di appartenenza. In altre parole, l'appartenenza è appartenere a qualcuno. Noi apparteniamo al Signore. A Lui appartiene tutto il nostro essere. Le Costituzioni dicono che la castità per il Regno è un dono eminente dell'amore del Padre.

Per tutta la vita dobbiamo esaminare se è vero che apparteniamo al Signore, se il nostro cuore riposa in lui, se il nostro amore gli appartiene. Ciò non toglie che vogliamo bene alle persone, ma questo è vissuto su un piano diverso. Pensiamo a Gesù: egli amava i suoi discepoli, naturalmente; voleva loro bene e glielo ha detto più volte; ma la sua appartenenza era al Padre. Gesù voleva bene ai suoi discepoli, ma non apparteneva a loro. Ha dato la sua vita fino alla morte sulla croce per loro e per tutti gli uomini, ma il suo cuore apparteneva al Padre. Solo a lui apparteneva. Questo è ciò che dobbiamo esaminare anche nella nostra vita.

Questo dono della castità, ci viene detto anche nelle Costituzioni, deve essere scoperto, acquisito e conservato. Qui abbiamo la questione dell'esame. Molte volte ci sembrerà che il nostro cuore sia spezzato perché siamo attratti da realtà alle quali abbiamo rinunciato. Ricordiamoci che la castità comprende una privazione per amore di Dio: Egli è la nostra eredità, la nostra appartenenza, il nostro tutto.

La privazione deve manifestarsi anche nel tema del voto di obbedienza. Vorremmo fare tante volte quello che vogliamo o che ci piacerebbe di fare. Vorremmo che nessuno cercasse di dirci cosa fare. Ci sentiamo adulti e come tali crediamo che molte volte non siamo trattati in questo modo. Nelle Costituzioni ci viene detto questo: "Pertanto in virtù del voto di obbedienza, ci sottomettiamo agli ordini dati dai Superiori, a norma delle Costituzioni". Non è sempre

facile osservare questa regola. Crediamo che la nostra autonomia sia al di sopra di molte delle cose comandate. E dobbiamo esaminare, con gli occhi fissi sulla Croce, se è vero quello che pensiamo o facciamo in alcune occasioni.

È di grande importanza leggere spesso ed esaminare la nostra vita alla luce del capitolo sull'obbedienza scritto dal Calasanzio. Anche se ci sono enunciazioni che appartengono al passato, molte possiamo ancora applicarle oggi. Mi prendo la libertà di copiarne alcune: "All Superiore, chiunque egli sia, rispettatelo come padre; dategli un'obbedienza totale, coraggiosa, nella disponibilità e nell'umiltà, senza scuse o proteste legittime".

"Ce la farete senza difficoltà se vi sforzerete di scoprire Cristo Signore in ogni Superiore, anche se ciò che vi viene comandato sembra arduo e contrario al giusto. È il Signore che ha lasciato i Superiori dicendo: Chi ascolta te ascolta me; chi rifiuta te rifiuta me".

Non c'è dubbio che nella nostra vita di religiosi, la privazione appare spesso. Dobbiamo viverla come abbiamo visto averla vissuta Maria. Lei deve condurci a viverla con un cuore che ama veramente il Signore. Chiediamo di darci coraggio in ogni momento. Quando abbiamo difficoltà ad accogliere la privazione andiamo da Maria, ricordiamoci ciò che ha vissuto e chiediamo con tutta l'anima di aiutarci ad imitarla, ad essere del Signore, ad appartenergli.

Preghiera

*Seguendola, non ci si perde.
Invocandola, non si dispera.
Pensando a lei, non si divaga.
Appoggiandosi a lei, non si cade.
Guidati da lei, si va avanti con calma.
Protetti da lei, non si ha paura.
Con il suo favore, si va fino in fondo.*

Maria della solitudine

L'esperienza di Maria

Maria era a casa. Da sola, quanto era grande la sua casa, anche se piccola! Ma mancavano coloro che l'avevano riempita: Giuseppe e Gesù. Giuseppe era andato via da qualche anno e lei sapeva che era felice, che si trovava in un luogo dove non ci sono lacrime e tutto va bene. Ma Gesù... Cosa gli sarebbe successo? Come stava? E non faceva altro che pensare. A malapena aveva del lavoro a casa, se nessuno metteva in disordine la casa? E per chi preparare il cibo? Forse aveva quasi perso l'appetito. Non aveva niente da fare. Aveva delle amiche, ma queste amiche non riempivano il vuoto che avvertiva. Il vuoto era interiore, nonostante le amiche. Puoi stare con qualcuno ma sentirti solo. Ma il vuoto era anche esterno, gli mancava ciò che desiderava di più. Non sapeva come trascorrere le giornate. Era la solitudine. La solitudine più pressante che mai. Essere soli, essere consapevoli di ciò che può accadere altrove. Non sapendo nulla. Non avendo nessuna notizia.

Lei sapeva che suo figlio aveva fatto quello che riteneva di dover fare e questo era un bene. In un certo senso la confortava, ma era un conforto fragile nell'assenza. Come le mancava quella presenza che la rendeva felice. Presenza che riempiva tutto. Una presenza che era qualcosa di tangibile anche quando Gesù era lontano da casa, al lavoro. Sapeva che sarebbe tornato. Per il pranzo, per la cena e sarebbe stato con lei. Avrebbero parlato, commentato l'andamento del giorno, ma soprattutto sarebbero stati insieme. E ora, niente.

Le amiche le chiedevano spesso di suo figlio. Aveva attirato l'attenzione rimanendo a casa così a lungo. Era già adulto. Non si era sposato, gli altri sì. E le amiche chiedevano a Maria se c'era qualcosa che non andava. E Maria rispondeva di no, rispondeva che erano felici e che suo figlio amava ciò che faceva, aveva un lavoro e preferiva

vivere facendo così. Molte volte aveva dovuto difenderlo, ma ora, nemmeno quello. Perché quando era andato via, i mormorii della gente erano scomparsi. Era come se non esistesse. E se qualche volta chiedevano di lui era per pura curiosità, un modo di fare da donne, o da madri che pensavano a come vivevano i loro figli.

Maria sapeva come combattere quelle piccole battaglie. Sorrideva, diceva che tutto andava bene e taceva. Il suo cuore stava già soffrendo. Non si sarebbe permessa di versare lacrime, perché avrebbe dovuto versarle se avesse saputo che suo figlio stava facendo del bene? Se sapeva che era andato a fare qualcosa di buono? Sarà già stato battezzato? Avrà raggiunto il Giordano, il luogo dove si trovava il profeta? La mancanza di notizie la feriva. Non che pensasse che suo figlio avrebbe mostrato segni di vita, non era da lui. Lo sentiva nel suo cuore e sapeva che lui la portava nel suo.

Passarono i giorni e lei era ancora in pace. Le sue amiche temevano che sarebbe stata infelice. Non aveva nessuno a confortarla. E se volevano parlare con lei, questo non era certo consolante. All'esterno era molto attenta e parlava con le altre donne; all'interno era molto triste. Aveva dolore anche se era convinta che suo figlio stesse bene, come poteva non esserlo, sapendo com'era fatto? Chi poteva fargli del male quando era la bontà personificata?

Maria passava molto tempo a ricordare il passato. La confortava. Ricordava le parole che Gesù le aveva detto. Ricordava le conversazioni che avevano avuto. Ricordava come parlavano della storia del Popolo, di come Yahweh è aveva salvato il Popolo, di quello che aveva fatto per loro, dei profeti che aveva mandato, di come il Popolo aveva spesso risposto male a Yahweh. E Gesù, che andava alla sinagoga il sabato, più tardi avrebbe detto a sua madre quello che aveva sentito. Ed entrambi i cuori erano infiammati dall'amore per Yahweh. Quanto aveva imparato da suo figlio! Quanto bene le aveva fatto! Varrebbe la pena di ascoltare le loro conversazioni. E quando Giuseppe era lì, i tre parlavano della stesse cose, con lo stesso fervore, con lo stesso amore per Yahweh. Così Maria trascorse il suo tempo.

Forse la nostalgia l'avrebbe raggiunta prima o poi, nostalgia perché il figlio era scomparso. Dopotutto, era una madre e aveva vissuto per suo figlio. Se le madri vivono per i loro figli, questo certamente si può dire di Maria. Lei lo aveva accettato in quel "sì" dei pri-

mi giorni e poi lo aveva seguito passo dopo passo mentre cresceva. Gesù amava sua madre, la rispettava, le diceva le cose che avrebbe dovuto dirle e i due si capivano molto bene.

Ma quella solitudine che sentiva... La solitudine non riusciva a superarla. Era una solitudine piena del clamore del desiderio di averlo di nuovo. Come vorrebbe vederlo apparire alla porta! No, non voleva che rinunciassse a ciò che doveva fare. Rispettava la decisione che aveva preso perché sapeva che suo figlio non era un irresponsabile. Se aveva deciso di andarsene, doveva farlo, ma questo non aveva attutito la nostalgia. L'ha sopportata giorno dopo giorno, dall'alba fino a quando non riusciva ad addormentarsi, e davanti alle altre donne doveva presentarsi in un modo diverso! Se venivano a casa sua con i loro discorsi la mettevano a disagio, ma lei non lo mostrava. Al contrario, cercava di fare in modo che tutte stessero bene, che passassero un momento piacevole con lei. Parlavano delle cose che accadevano in città e che Maria conosceva solo attraverso di loro. Non credo che abbia lasciato molto la casa. Neanche lei giocava a fare la solitaria. Non sarebbe giusto e avrebbe attratto troppa attenzione. Era solo un'altra madre, ma le mancava suo figlio. Forse c'erano altre donne che hanno vissuto la stessa cosa; beh, che abbiano vissuto la stessa cosa è un eufemismo. Sì, lo stesso all'esterno, cioè la situazione di essere soli. Ma dentro di lei viveva qualcosa che nessun'altra donna poteva vivere.

E così passarono i giorni e le settimane. Senza alcuna notizia. Forse si sapeva che il profeta continuava a battezzare, ma non si sapeva nulla di coloro che battezzava o di ciò che facevano dopo essere stati battezzati. Avevano sentito dire che egli insegnava ai battezzati come dovevano vivere. Molti gli chiedevano cosa dovevano fare e lui rispondeva. Questo sapeva, ma erano tutte realtà senza nomi. Quando una donna sente la mancanza di suo figlio perché è andato da qualche altra parte, si aspetta di essere informata di quel che gli accade. Forse anche Maria si aspettava di sentire qualcosa su Gesù. Ma nessuno le diceva nulla.

Maria ha vissuto la solitudine con un cuore aperto, con una totale accettazione, con una disponibilità che era il modo di stare con suo figlio. Forse si chiedeva se sarebbe stato sempre così. Se un giorno lei l'avrebbe visto. Se un giorno non avesse avuto la fortuna di stare con lui o almeno di vederlo. Questo l'ha incoraggiata. E questo la confortava. La solitudine era qualcosa che Maria doveva soffrire e lo ha fatto con tutto il cuore pensando al bene di suo figlio.

Maria ci prende per mano

Abbiamo mai assaporato la solitudine? Certamente. Molte solitudini sono passate attraverso le nostre vite. Succede a tutti. Dipende dal proprio modo di essere, dalle circostanze che si vivono, dagli eventi che si verificano.

A volte ci sono persone che da bambini hanno dovuto sopportare la solitudine. Non hanno avuto l'amore che avrebbero dovuto avere dai loro genitori. Sono cresciuti molto soli. Forse pur avendo potuto avere tutto, è mancato loro l'amore dei genitori. Quanti sono questi bambini! E conosciamo i risultati che la solitudine ha portato. Alcuni anche tragici. Nella nostra vita di educatori possiamo aver incontrato alcuni di questi bambini. La solitudine li rende solitari; è qualcosa che li accompagna e rende triste la loro vita. Se ci siamo imbattuti in questi casi, il nostro obbligo è sempre stato quello di stare con loro, di aiutarli a superare l'amarezza che hanno patito nella loro infanzia.

C'è la solitudine dell'autistico. Questa è già una malattia, ma è comunque solitudine. Chiusi in se stessi, senza niente e nessuno che li tiri fuori dalla loro situazione. Per noi è più difficile trovare persone di questo tipo. Se li abbiamo trovati, abbiamo sperimentato molte volte l'impossibilità di aiutarli. E' una questione di medici e specialisti.

C'è la solitudine dell'adolescente che crede in se stesso più degli altri. Diventa il "prepotente", quello che è al di sopra degli altri, che può fare tutto e che può combattere contro tutti. Ma nel cuore questo è solo il risultato di una solitudine che vogliono superare facendosi superiori agli altri. A queste persone va insegnato come vivere e vanno incoraggiato a riflettere su quel che stanno vivendo e facendo.

C'è la solitudine di chi non è accettato dagli altri. Nessuno gli mostra affetto, vicinanza. Non trova amici che vogliono stare con lui. Sono persone che avvertono una solitudine che amareggia il loro cuore. Questa solitudine a volte può portarli a esiti tragici e devono cercare di guarire. Non è difficile trovare persone del genere. E il vero educatore deve essere attento a questi casi per cercare di trovare una soluzione.

C'è la solitudine dell'uomo maturo che non riesce a trovare la persona che possa vivere con lui, perché, nonostante ci abbia provato, è sempre andata male. È dovuto al suo carattere e al suo comportamento di vita.

C'è la solitudine dei separati. Ha vissuto un periodo felice con la sua famiglia, ma è successo qualcosa. Forse è stata l'infedeltà nel matri-

monio che lo ha portato a stare da solo. E poi è rimasto senza moglie e senza amante. Cercava di superare la sua solitudine mascherandola con divertimenti che non facevano che aumentare quella solitudine. E sono diventati molte volte un rottame umano. Tagliato fuori da tutti, senza amici, senza famiglia e forse anche costretto ad abbandonare il lavoro. Che dolorosa solitudine!

Abbiamo parlato della solitudine delle persone al di fuori di noi, ma dobbiamo interrogarci sulla nostra solitudine, ce l'abbiamo? L'abbiamo notata?

La solitudine del religioso con un brutto carattere, che si relaziona male con gli altri, che dà la colpa agli altri di ciò che succede e vede che nessuno viene da lui. E' un solitario.

La solitudine della persona coinvolta nei propri affari, a tal punto da non condividere una vita comune tranquilla, attenta. Vive forse ai margini della vita ordinaria, o non partecipa a quasi nulla di ciò che è la vita con gli altri. Sì, va a mangiare, ma parla a malapena. Spesso le manca la preghiera perché non si sente a suo agio in questi atti e non sa cosa fare. Entra nella sua stanza e nessuno sa cosa fa lì; nessuno entra o è mai entrato nella sua stanza. Quindi nessuno sa come vive veramente. Costui sì che è veramente solo.

La solitudine di chi parla con gli altri, condivide la vita comune, ma ha il cuore vuoto. Non appartiene a Dio. Dio non è il centro della sua vita. Non si sente a suo agio nella preghiera e non sa cosa fare nei momenti di preghiera. È una persona non solitaria all'esterno, ma sola all'interno.

La solitudine di chi non sa godere della gioia della comunità, i momenti felici che vi si vivono, le gioie di un fratello che ha ottenuto qualcosa che desiderava, le lodi che si dicono di un altro fratello per quello che fa e per come vive. Questo fratello ha la solitudine nel cuore. Ma una solitudine che è male, che gli fa male, che lo separa dagli altri, che lo rende incapace di essere felice con gli altri fratelli, perché l'invidia gli divora il cuore.

La solitudine di chi fa del male a un altro fratello, o lo invidia, o non gioisce dei suoi trionfi, ma tutto questo è causa di malumore, di solitudine, non partecipando a ciò che vivono gli altri fratelli della comunità. Anche lui vive in solitudine, e quella solitudine segna il suo cuore, lo rende incapace di stare con gli altri e di vivere con loro quel-

la vita religiosa che ha professato e che avrebbe dovuto incoraggiarlo in ogni momento della sua vita. Quello che avrebbe dovuto essere motivo di gioia, è motivo di scoraggiamento, quello che avrebbe dovuto essere motivo di felicità, diventa una specie di inferno interiore perché non gode, non è felice, non si sente felice. Ci sono persone che si trovano in questa situazione. È la solitudine degli invidiosi.

Quindi ci sono circa due tipi di solitudine. La solitudine positiva di chi è con Dio, come quella di Maria, la solitudine che riempie il cuore di gioia, la solitudine che non si allontana da Dio ma lo avvicina. E la solitudine negativa, quella che lo separa dagli altri, quella che è causa di amarezza, di separazione, di malcontento, quella che non renderà mai felici perché è solitudine che separa da Dio che riempie la solitudine di chi lo ama.

Preghiera

*Prestami madre i tuoi occhi
per poter guardare con essi
perché se con essi guardo
non peccherò mai più.*

*Prestami le tue labbra, Madre.
per pregare con esse
perché se con esse prego
Gesù potrà ascoltarmi.*

*Prestami la tua lingua, Madre.
per ricevere la comunione
perché è la tua lingua madre
di amore e di santità.*

*Prestami le tue braccia, Madre.
per poter lavorare
così il mio lavoro sarà
una e mille volte più fruttuoso.*

*Prestami il tuo mantello, Madre.
per coprire la mia malvagità
perché coperta con il tuo mantello
al Cielo giungerò.*

*Prestami Madre tuo Figlio
così che io possa amarlo
perché se mi dai Gesù
cosa potrei volere di più?*

Maria della sofferenza

L'esperienza di Maria

Finalmente era riuscita a vederlo. Anche se un po' da lontano, ma suo figlio era lì. E sentì che quando gli dicevano che sua madre e i suoi fratelli e sorelle erano fuori e che lo stavano cercando, lui rispondeva che sua madre e i suoi fratelli erano coloro che fanno la volontà di Yahweh. Maria non si sentì abbandonata. Compiva la volontà di Yahweh, cos'altro era stata per tutta la sua vita! Per questo si sentì doppiamente madre. Da un lato perché l'aveva partorito lei, dall'altro perché aveva sempre fatto la volontà di Yahweh.

In diverse occasioni ebbe l'opportunità di vederlo da lontano, ma niente di più. Tuttavia, era preoccupata per quello che sentiva. I sommi sacerdoti, gli scribi e i farisei erano contro di lui. Ma come poteva essere possibile? Non conoscevano davvero suo figlio? Se lo avessero conosciuto, non sarebbero stati contro di lui. Ma le fece ancora più male quando scoprì che essere contro di lui era funesto, che volevano ucciderlo. Volevano che sparisse. Dicevano che fosse un piantagrane per il potere, per la gente. Ma se non faceva altro che bene! La gente lo amava, lo seguiva. Erano solo i potenti, politici e religiosi, ad essere contro di lui. Le persone semplici erano con lui e lo seguivano. E se non dovesse vedere cosa succederà un giorno. Lo vide seduto su un asino, con i suoi discepoli che lo accompagnavano e con una folla enorme che lo acclamava. Come si poteva voler uccidere qualcuno che era seguito in quel modo? Non si rendevano conto di come lo acclamavano e dell'"Osanna" che risuonava ovunque? Nel cuore di sua madre esisteva un doppio sentimento. Da un lato la gioia di vedere come lo amavano e lo seguivano. Sentì quanto bene aveva fatto durante il periodo in cui lei viveva ancora a Nazareth. Ma d'altra parte, un tremendo senso di disagio si insinuò in lei: otterranno ciò che le autorità volevano, cioè ucciderlo? Questa cosa terribile non può accadere.

Le donne che lo seguivano ovunque avevano delle notizie. Non potevano più seguirlo come una volta, era stato loro proibito. D'altra parte, Gesù non sempre si manifestava apertamente come prima. Sembrava prendere le distanze, come se lui stesso fosse convinto che le cose non andassero bene. E le donne, chiamiamole discepole, ascoltavano ciò che si diceva in giro. Lo dissero a Maria che rimaneva più distante. Non volevano raccontarle l'estrema gravità della situazione per non farla soffrire. Ma Maria si rese conto che le nascondevano qualcosa, e suppose che si trattasse di qualcosa di serio. E per questo soffriva. Soffriva per suo figlio. Soffriva per quello che potevano fargli. Soffriva perché vedeva che non era compreso. Soffriva perché la folla che lo aveva seguito il giorno dell'asino, a poco a poco sembrava allontanarsi da lui.

Gesù si dedicava di più ai suoi discepoli, passava più tempo con loro: quasi solo con loro ai quali aveva ancora molte cose da dire. Si nascondeva, e quando saliva a Gerusalemme, al Tempio, lo faceva in segreto, non apertamente. Ma non sempre. Altre volte predicava senza che nessuno glielo chiedesse. Questo fece infuriare le autorità religiose quando lo seppero. Come mai non l'avete preso e portato con voi, chiesero ai soldati? E loro risposero: nessuno parlava come lui.

Gesù radunò solo i suoi discepoli per la cena. Sarà l'ultima cena. Non c'era nessuna donna. Quindi non c'era nemmeno Maria. Lo seguiva da lontano, lo seguiva con il cuore quando senti quello che si diceva.

E soffrì immensamente quando le venne detto che era stato imprigionato. Che un discepolo, uno del suo entourage, lo aveva tradito. Che era stato portato al Sommo Sacerdote. Sappiamo quanto il Maestro ha dovuto soffrire in quelle ore. Maria lo sapeva? È molto probabile che delle sofferenze di suo figlio non ebbe cognizione almeno mentre accadevano. Ma lei viveva, senza vivere. Maria sapeva che era stato preso per giudicarlo. Sapeva che i suoi nemici lo avevano in pugno, che i discepoli lo avevano abbandonato, che era solo. E questo fa tremare il cuore di Maria. Niente nella vita l'aveva fatta soffrire come quello che sta succedendo ora. Sentire cosa stanno facendo a suo figlio, pensare a come possono trattarlo. Lei non vede quello che gli stanno facendo, ma vedrà i risultati di quanto accaduto.

E le donne sentirono parlare del processo davanti a Pilato. Forse erano lì per vedere cosa sarebbe successo e per dire tutto a Maria.

Videro come la gente rifiutava chi non aveva fatto altro che bene. Videro come Pilato lo presentò; lo zimbello di tutti. Ma uno zimbello doloroso, sanguinante, coronato di spine, vestito di viola come un insulto. Gesù silenzioso, non proferì parola, umile, lo sguardo verso il basso. Stava affrontando la morte.

E la strada per il Calvario iniziò. Portava un tronco, quello della croce. Debole, non ce la faceva più. Cadde una, due, tre volte. Le donne lo seguivano. E sua madre lo seguiva in mezzo a loro. Come può Maria non soffrire nel vedere come sta suo figlio? Le si spezzava il cuore. Camminava come poteva. Ella era aiutata da donne che erano amiche e seguaci di Gesù. Dovevano sostenerla. E Maria fissava suo figlio. Vide come soffriva. Lei soffrì per quello che soffriva lui. Non capiva come potessero fare quello che lei vedeva. Gesù un attimo girò la testa e guardò sua madre. Che sguardo nei loro occhi! I loro occhi si incontrarono. In quello sguardo c'era il dolore di Gesù motivato dall'amore per coloro che lo perseguitano e per tutti gli uomini, e c'era il dolore di sua madre che vedeva lo stato in cui si trovava suo figlio.

Arrivarono in cima. E successe qualcosa di orribile a Maria. Vide come lo spogliarono, lo misero sulla croce e lo crocifissero. Poi alzato il tronco lo eressero e gli inchiodarono i piedi. Cosa poteva significare questo per Maria? Come poteva resistere? Non ce la faceva più. Stava morendo e le donne la sorressero. Ed eccola lì a vedere suo figlio appeso alla croce. Lei ci sarà sempre. Dal momento in cui venne crocifisso fino alla morte. Ascoltò le poche parole che pronunciò. Ma ascoltò le sue parole dense di significato, di perdono per quello che gli stanno facendo: "Padre perdonali". Preghiera seguita da una scusa: "perché non sanno quello che fanno". Maria riconobbe ancora una volta in queste parole suo figlio. È lo stesso di sempre. Quello che si era sempre comportato bene. Quello che non aveva mai fatto del male a nessuno.

Alla fine, il grido straziante, Gesù esalò l'ultimo respiro. Era morto. E il cuore di Maria morì con lui. Durante il suo soggiorno a Gerusalemme soffrì come non aveva mai sofferto prima. E soprattutto quel giorno che non sarà mai dimenticato. Negli occhi aveva la figura sofferente e dolente di suo figlio.

Alla fine morì e gli conficcarono una lancia nel fianco, da dove uscì sangue e acqua. E poiché il giorno santo ebraico stava per iniziare, dovevano liberarlo dalla croce. E così fecero. E misero il suo corpo,

anche solo per pochi istanti, in grembo a Maria. Che lunga strada da quel bambino di poco più di trent'anni ha fatto questo corpo senza vita nel suo grembo! Maria non aveva più lacrime da versare. Le portarono via il corpo per essere sepolto. Aiutata dalle donne e tornò a Gerusalemme dal Calvario. Qualcuno la portò a casa sua, Maria era devastata. Ma qualcosa dentro di sé le disse che questa non era la fine. E lei, come sempre, sperò. Sapeva dire di nuovo "sì" a quella crocifissione. Disse di nuovo "sì" al dolore provato. E quel "sì" le conservò la speranza che la fine non fosse arrivata. Sapeva che suo figlio doveva sconfiggere il male, non per vendetta ma per amore. E lì lasciamo Maria, sofferente, ma in attesa.

Maria ci prende per mano

Vedere la sofferenza di Maria ci fa capire che tutta la sofferenza che abbiamo passato è nulla. La sofferenza è ciò che ha sopportato. Ha sofferto con suo figlio e per suo figlio. Dobbiamo soffrire se vogliamo seguire Gesù, e vogliamo che la nostra madre ci aiuti e ci consoli nella nostra sofferenza, perché è anche nostra madre, Maria. Lei è nostra madre perché una delle parole, delle poche parole che Gesù ha detto mentre era sulla croce, è stata quella di darla a noi come nostra madre nella persona di Giovanni, il discepolo amato. E i vangeli dicono che Giovanni la portò a casa sua.

La sofferenza fisica apparirà nella nostra vita. Si presenterà in molti modi. Si soffre da bambini perché il bambino vuole cose che non può avere e piange, una manifestazione di sofferenza. Piange quando colpisce un'altra persona, ed è anche allora che soffre e fa soffrire. Piange quando non gli viene dato ciò che vuole o non riceve attenzione per tutto ciò che vuole.

L'adolescente soffre quando non ottiene ciò che vuole; quando i suoi sogni sono infranti, quando non raggiunge ciò che cerca. Soffre se fallisce nei suoi studi o nel suo amore incipiente. Soffre come un adulto per molte cose. C'è il male fisico di una caduta, di una malattia, di un'offesa ricevuta. Molti soffrono perché falliscono nel matrimonio e devono cambiare la loro vita.

Il dolore fisico della malattia, delle cadute, dello scoraggiamento è presente anche nella nostra vita di religiosi. La sofferenza è qualcosa di normale in una persona. Nessuno può togliere il fatto che pos-

siamo soffrire, e anche la sofferenza fisica è spesso causa di crescita della persona.

Possiamo rivedere la nostra vita e ricordare tutto ciò che abbiamo sofferto fisicamente. La sofferenza è insita nella natura umana e nessuno può sfuggire a questa realtà. Alcuni soffrono di più, altri sembrano soffrire meno, o la sofferenza non ha ancora raggiunto la loro vita. Ma basta parlare con una persona anziana e chiederle se ha sofferto fisicamente nella sua vita. Alcune sofferenze sono molto dolorose, altre possono essere sopportate più facilmente, ma nessuno è libero da sofferenze fisiche. Ma in Maria abbiamo sempre un aiuto nelle sofferenze che attraversiamo, perché lei capisce cos'è la sofferenza e ci aiuterà se glielo chiediamo con un cuore pronto ad accettare ciò che ci arriva.

C'è la sofferenza psichica. La sofferenza peggiore. L'angoscia di molte persone; vivono nell'angoscia perenne forse dal momento in cui si alzano fino a quando vanno a letto. Molte volte non ne conoscono nemmeno il motivo, l'angoscia appare semplicemente nel loro cuore ed è di questo che soffrono. Oppure è la depressione, non trovare un senso alla loro vita. Molti desiderano la morte perché vogliono che la loro sofferenza scompaia. Persone che pensano di togliersi la vita perché trovano insopportabile la loro vita.

Per non parlare delle persone disabili, costrette a letto, per sempre. Forse senza potersi muovere quasi, dipendenti e tutto, perché hanno bisogno di tutto. Chiedono di essere lasciate morire. Preferiscono morire piuttosto che continuare a vivere in quel modo. Si è parlato molto di questo problema. Sappiamo quello che dice il credente, ma la verità è che non conosciamo a che punto arrivi le loro sofferenze. Dobbiamo stare con loro, dobbiamo incoraggiarle, dobbiamo dar loro speranza, perché non riescono a concepire che la loro vita ha ancora senso, non ha più una ragione per vivere. Dobbiamo affidarle in modo speciale a Maria.

C'è lo stress, una sofferenza oggi di moda e possiamo capire che si voglia essere alla moda. Quando una persona ne soffre, sembra che non riesca più a sopportarlo. Stanchezza, senza volere nulla, senza vedere alcun senso nella loro esistenza. E' un dolore molto forte nelle persone che vivono queste situazioni.

E se una di queste sofferenze ci tocca, dobbiamo andare da Maria, per chiedere il suo aiuto, perché altrimenti staremmo troppo male.

E poi c'è il dolore morale. Non solo dolore fisico e psicologico, ma anche morale. Noi lo chiamiamo peccato. È vero che ci sono persone per le quali il peccato non significa nulla. Non ne parlano, né ci pensano. Non hanno nozione di peccato e quindi non soffrono. Ma se uno è credente e pensa alla sua vita di peccato, come soffre! Perché? Perché quando consideriamo ciò che abbiamo visto nella prima parte di questo incontro, la morte di Gesù e ciò che ha sofferto, ci rendiamo conto di cosa sia il peccato. Il peccato può essere compreso, se può essere compreso, solo guardando la Croce: Gesù è morto per noi. Per noi Egli è appeso alla Croce. Tutto quello che è avvenuto è stato per noi. Per noi, cioè per la nostra cattiva condotta nella vita, per il male che abbiamo commesso. Preghiamo il Signore affinché ci faccia capire ciò che è il peccato e non lo si banalizzi. Perché può essere banalizzato, pensando: se pecco, mi confesso e tutto mi viene perdonato. A volte è così difficile confessarsi... E di nuovo il peccato, e di nuovo il perdono. E si scopre che Dio si stanca meno di perdonare che noi di peccare.

Di fronte al dolore del peccato, chiediamo a Gesù di aiutarci ad amarlo con tutto il nostro cuore e chiediamo a Maria di prenderci sempre per mano, di non lasciarci mai, per non offendere mai più suo figlio che è appeso alla croce.

Preghiera

*Ho mille difficoltà: aiutami.
Dai nemici dell'anima: salvami.
Dai miei errori: illuminami.
Nei miei dubbi e nei miei dolori: confortami.
Nella mia malattia: rafforzami.
Quando sono disprezzato: incoraggiami.
Nelle tentazioni: difendimi.
Nei momenti di difficoltà: confortami.
Con il tuo cuore materno: amami.
Con il tuo immenso potere: proteggimi.
E tra le tue braccia quando espiro: ricevimi.
Vergine del Carmelo, prega per noi.
Amen.*

Maria della gioia

La esperienza di Maria

Era sola. Ancora con il cuore spezzato. È vero che con grande speranza. Non sapeva cosa sarebbe successo, ma era convinta che il male non potrà mai vincere. Aveva attraversato molti momenti difficili. Sembrava che gli altri sarebbero usciti vincitori. Ma, no; alla fine, il bene aveva vinto, aveva battuto il male. Yahweh non l'aveva mai lasciata nelle difficoltà. Così deve essere stato per tutto il tempo, da quando suo figlio era morto e lei lo aveva avuto in grembo, cadavere.

Pensava a suo figlio. Non riusciva a smettere di pensare alle immagini che aveva visto. Tutto ciò che era stata la salita al Calvario in cui lo aveva accompagnato. Soffriva, sì, ma ora era un tipo diverso di sofferenza. Non perché fosse passato un po' di tempo dalla morte del figlio, ma pur non sapendo come, ora nel suo cuore batteva la speranza. Sì, la speranza di rivederlo, pur non sapendo come. Sapeva e sapeva molto bene, per esperienza personale, che Yahweh ha modi che noi non conosciamo, ma nei quali manifesta il suo amore per noi. E sapeva di essere amata da Yahweh. Ricordava quelle parole del vecchio Simeone quando andò al Tempio con suo figlio per la purificazione: "una spada ti trafiggerà il cuore". E in effetti non una, ma molte spade le avevano trafitto il cuore. Ma ricordava anche che Simeone aveva detto che i suoi occhi (cioè quelli di Simeone stesso) avrebbero visto la salvezza di Israele. La prima 'profezia' si era compiuta e si sarebbe compiuta anche la seconda.

Maria pensò e aspettò. E all'improvviso una luce immensa apparve al centro della piccola stanza. Ed eccolo lì non riusciva a crederci. Colui che aveva generato, colui che si era preso cura di lei durante la sua vita, colui che l'aveva accompagnata per molti anni, colui che aveva lasciato casa per essere battezzato, colui che aveva fatto

tanto bene agli uomini, colui che aveva portato la croce sulla via del Calvario, colui che era morto nel suo grembo, lui, era lì. Vivo! Radiante di luce e di gioia, di immensa gioia. Con un sorriso che gli riempiva il volto di gioia e di pace. Eccolo lì. Nessuno lo sapeva. In realtà nessuno l'aveva ancora visto. Quando gli altri lo vedranno, alcuni dubiteranno, altri non lo conosceranno, altri aspetteranno una parola di Gesù per riconoscerlo, ma altri, le donne, correranno ad annunciare ai discepoli che il sepolcro è vuoto. Ognuno con un modo diverso di reagire. Non lei, lei sa che lui è suo figlio. Provò una gioia immensa. Ora la speranza non era più speranza, ma realtà. Lo sapeva. Il male non può vincere. Era lì, e non per vendicarsi del male che aveva sofferto, ma per mostrare il suo amore a tutti, anche a coloro che lo avevano maltrattato. Quello era suo figlio.

Quindi, la prima cosa che provò fu stupore, gioia, felicità. Il suo cuore saltava di gioia. Continuava a crederci. Lei lo aveva visto morto, meglio, lo aveva tenuto morto tra le sue braccia, eppure ora, eccolo lì, vivo, risplendente, pieno di vigore, forza, gioia, amore.

Dopo i primi istanti, Gesù si rivolse a sua madre: cosa le avrà detto? Non avrà sentito tutto nel suo cuore a senza che gli uscisse una parola dalla bocca? Si capivano l'un l'altra con gli occhi. I loro occhi dicevano tutto. Un'ultima volta erano riusciti a guardarsi l'un l'altro ed era stato sulla salita del Calvario. Ora i loro sguardi erano diversi. Sguardi pieni di felicità. Sguardi che esprimevano l'amore di sempre. Quante volte si erano guardati nel corso della loro vita, a Betlemme, a Nazareth! Ma lo sguardo di oggi è diverso, è lo sguardo del riconoscimento, della pace.

Cosa stava provando, sentendo Maria? E chi può dirlo? Senza dubbio, vive la gioia, che la riempie completamente. La gioia non era scomparsa dal suo cuore, ma era molto nascosta perché la sofferenza occupava tutto. Ora avveniva il contrario. Ciò che predominava era la gioia e la sofferenza era scomparsa. Non doveva più piangere, a meno di non versare lacrime di gioia. Perché l'amore, la gioia e la felicità a volte si manifestano anche in lacrime. Ma sono così diverse!

Maria provava anche gioia. La gioia di averlo di nuovo. Si era presentato a lei, ma lei aveva previsto che non sarebbe rimasto con lei, avrebbe avuto qualche missione da compiere, se ne sarebbe andato, ma sarebbe stata una partenza mentre era con lei. Fu una partenza

molto diversa da quando lasciò Nazareth per il famoso profeta che stava battezzando. Ora, sì, stava per andarsene, ma sarebbe rimasto nel suo cuore e lei nel cuore di suo figlio. Una gioia immensa.

Allo stesso tempo sentiva la pace. Una pace immensa e sconosciuta. Non le era mai mancata la pace, anche in mezzo alle sofferenze che aveva attraversato. Non poteva dire come queste due realtà si fossero unite nella sua vita, ma era vero. Ora non c'era più sofferenza e tutto era pace. La pace la rendeva felice. La pace era la via per stare sempre con lui. La pace sarebbe stata la prima cosa che suo figlio avrebbe augurato a chi lo avesse visto risuscitare dai morti per la prima volta.

Quella, parola sconosciuta, è risorto! Ecco com'era suo figlio, risorto. Il Padre del cielo lo aveva tenuto in vita perché era suo Figlio, un Figlio che esisteva prima dell'esistenza dell'universo e non poteva cessare di esistere. Era morto, ma in qualche modo, allo stesso tempo, era un essere vivente. Dio aveva risuscitato suo Figlio, lo aveva tenuto in vita, lo aveva tenuto con sé mentre passavano quelle ore di sconcerto per il popolo.

Gesù parlò con gli occhi a Maria, ed ella parlò con gli occhi a suo figlio. Occhi che si sono incontrati, o meglio, sguardi che si sono incontrati e che hanno portato amore, gioia, felicità. E cosa si direbbero con gli occhi i due! Gesù le diceva quanto l'amava, quanto era felice che lei fosse sua madre, quanto le era grato per come lei si era presa cura di lui durante la sua vita, senza lasciarlo neanche per un momento, e come la ringraziava per averlo lasciato andare a compiere la sua missione. Maria gli diceva con lo sguardo che lo amava, che era sua madre ma allo stesso tempo discepola, che aveva sempre compiuto la volontà di Yahweh, che avrebbe sempre continuato a compierla perché in questo modo era anche con lui.

Questo è stato l'incontro tra Madre e Figlio. E Gesù è scomparso, ha lasciato sua madre, l'ha lasciata con la sua presenza speciale che è ciò che aveva ora, ma l'ha tenuta per sempre vicina al suo cuore. Lontano, ma presente. Stare con gli altri, ma soprattutto con lei, com'era felice!

Maria ci prende per mano

La gioia inonda anche ogni cristiano. Come Maria, tutti noi proviamo la felicità di sapere che Gesù è risorto, che il Padre lo ha salvato

dalla morte e che ora è in trono alla sua destra. Perché siamo felici? Per lo stesso motivo per cui lo era Maria.

In primo luogo perché Gesù risorto aveva dimostrato di aver superato la morte. Con la sua morte ha annientato la morte. Con la sua morte ha conquistato la morte. Con la sua morte la vita è più grande della morte. Dov'è il tuo potere, o morte? Gesù, il Signore, te l'ha portato via. Ha dato la vita e con la sua morte ha vinto la morte. Questo ha fatto sì che il cristiano non abbia paura della morte. Non c'è dubbio che possa umanamente temerla, perché morire è lasciare questo mondo e questo può costare a qualsiasi essere umano. Ma è un timore passeggero perché sa che dietro la morte c'è la vita, dopo la morte c'è il Signore della vita che lo attende. E che gioia immensa è sapere che il Signore ci aspetta, colui che è morto per noi e che ci ha permesso di guardare senza paura la morte. Noi moriremo, ma la morte sarà il passaggio alla vita eterna, la vita per sempre. Che cosa ha da dire allora la morte? Di cosa può vantarsi? Non è stata in grado di affrontare Gesù, e attraverso di lui non è stata in grado di affrontare nessuno degli umani. Non è strano che molti santi sospirassero la morte, volevano che arrivasse perché sapevano che la morte era solo un passo verso la vera vita, la vita che non doveva più essere. Vivere per sempre. Vivere per sempre con colui che è la Vita. Il pungiglione della morte non può più nuocere a nessuno. Chi non sente così non ha capito cosa è successo sul Calvario e che si è poi riflesso nella visita di Gesù a sua Madre.

In secondo luogo, il cristiano è felice perché Gesù ha vinto il peccato. Sappiamo che il Maestro ha molto sofferto fisicamente. Lo abbiamo visto flagellato, incoronato da spine, schernito di chi lo guardava e lo prendeva in giro. E poi l'hanno visto morire. Ma con ciò Gesù aveva vinto il peccato. È morto per i peccati di tutti gli uomini, per i tuoi e i miei. Noi pecciamo e pecciamo molte volte, ma il nostro peccato, il peccato di ogni giorno, il peccato che commettiamo costantemente, è stato superato dalla morte di Gesù. Per questo proviamo una gioia immensa perché sappiamo che, nonostante la nostra debolezza e fragilità, non abbiamo nulla da temere. Cadremo mille volte, ma il suo perdono è più grande delle tante volte che cadremo. Il suo perdono non ha fine. È sempre pronto a perdonarci. Questo, d'altra parte, ci incoraggia a cercare di comportarci meglio. Non possiamo approfittare del suo amore

e del suo perdono per ignorare il male e di conseguenza. Amor con amor si paga. E il suo amore è un amore che non ha fine. Sempre pronti a perdonarci.

Queste due importanti realtà della nostra vita sono state superate dal Signore con la sua morte. Ecco perché la gioia che Maria ha avuto nel vedere suo Figlio Risorto è la gioia che proviamo nel sapere che è vivo, che si prende cura di noi, che ci guarda con amore.

E cosa ci ha portato la risurrezione del Signore? Ci ha portato realtà importanti nella nostra vita.

Ci ha portato la pace. Ha dato pace a tutti coloro che ha incontrato dopo la sua resurrezione. Era il solito saluto di cui avevano bisogno coloro che lo incontravano. Perché lui ci dà questa pace. Avere la pace è avere la certezza di essere amati dal Signore. La sua pace deve inondarci. Non possiamo vivere senza pace, così ce la dà. Ora possiamo vivere in pace perché la pace ci protegge. È come lo scudo che abbiamo contro i mali che possiamo incontrare. Non possono farci nulla perché siamo difesi dalla pace.

Ci ha portato gioia. Senza Gesù Risorto saremmo in perenne tristezza perché tutto sarebbe contro di noi. E non saremmo in grado di difenderci. Ma ora la gioia è la manifestazione della sua compagnia. Gioia perché Lui vive, gioia perché è morto per noi, gioia perché siamo stati liberati da molti mali, gioia perché ci accompagna in mezzo alle vicissitudini della vita.

Ci ha portato gioia. Basta vedere nei Vangeli la gioia dei discepoli quando dopo i primi dubbi si rendono conto che è proprio lui, è il Signore. E la gioia li fa saltare di gioia. E lo dicono a Tommaso. Non ci crede. E Gesù, che è sempre attento, dopo otto giorni ritorna nella sala dove si trovavano gli altri discepoli. E le parole di Gesù prima della sfida che Tommaso gli aveva lanciato. Metti il dito nelle mie piaghe, avvicina la tua mano e tocca il mio fianco. Non essere incredulo, ma credi! E il grido di gioia di Tommaso: "Mio Signore e mio Dio!" E la beatitudine viene a noi, felici sono coloro che credono senza aver visto. Siamo benedetti perché crediamo. È vero che la fede è un dono che ci viene donato e quindi non è tanto dovuto a noi, ed ecco che arriva il grande dono che ci stupisce, ci dona la fede e ci chiama beati perché l'abbiamo quando è lui che ce l'ha data. Che meraviglioso Maestro abbiamo!

Egli porta l'amore tra noi. Ci ha amato e vuole che ci amiamo. Dobbiamo vivere come fratelli uniti dalla stessa fede nel Risorto. Se egli non tiene conto del male e delle offese che facciamo, ma perdona qualsiasi cosa, allora dobbiamo amare gli altri indipendentemente da quello che ci hanno fatto. L'amore per gli altri era il segno distintivo dei primi cristiani dovrebbe essere anche il segno distintivo che contraddistingue noi, i seguaci di Gesù, nel nostro tempo.

Ci ha portato la vita. Viviamo perché ci ha amato. Viviamo perché ci perdona costantemente. Viviamo perché si prende cura di ognuno di noi giorno per giorno. Viviamo perché significhiamo qualcosa per lui. Viviamo perché è attento alle difficoltà che abbiamo e ci tende la mano per non cadere e se cadiamo ci aiuta ad alzarci. Quante cose ci ha portato il Signore! Come possiamo non essere felici e contenti se viviamo con il Risorto? Grazie, Signore, per tutto ciò che ci ami.

Preghiera

*Mamma, dammi la tua mano e non mi lasciare
lascia che mi appoggi a Te mentre cammino,
mostrami la via che mi porti solo
a Tuo Figlio, con il quale desidero stare un giorno.*

*Chiedigli di perdonare le mie mancanze,
la mia mancanza di pazienza, anche la mia mancanza di pietà,
di darmi la forza di sopportare il peso
delle ingiustizie che spesso mi fanno piangere.*

*Asciuga le mie lacrime con la tua solita dolcezza,
copri con il tuo manto i miei dolori e la mia ansia,
dammi la pace che sgorga dai Tuoi occhi
e mostrarmi le impronte dell'amore e dell'umiltà.*

Maria del Calasanzio

L'esperienza di Maria

Fin da piccolo il Calasanzio amava Maria. Fratel Lorenzo Ferrari, a lungo suo segretario, che ha amato e servito il santo, ha lasciato detto “ha iniziato a studiare fin da bambino, era molto devoto e recitava sempre l’Ufficio della Vergine, unendolo ad altre pratiche, soprattutto il Santo Rosario” (Bau, BC = Biografia critica, 84). Devozione sempre mantenuta lungo tutta la sua vita.

Giunse a Roma. Da poco tempo era stata scoperta un’immagine in una chiesa fatiscente, quella che poi sarà chiamata “La Madonna dei Monti”. Il santo veniva spesso a venerarla. Di più quando aveva tempo a disposizione, di meno quando iniziò le scuole che occupavano la maggior parte dei suoi giorni e delle notti, ma sempre con grande amore. E di questa Madonna abbiamo la seguente testimonianza di padre Castelli. Il santo è sul letto di morte e Castelli riferisce: “... sono andato a trovarlo e gli ho detto: ‘Padre, ho paura che lei stia cercando di farci un brutto scherzo: sta cercando di lasciarci; ne ho molta paura’. Egli rispose: ‘Sono nelle mani di Dio; che faccia la Divina Maestà ciò che Dio vuole’. E quando ho risposto: ‘In ogni caso non può essere che lei non sarà bene accolto’. E lui mi disse in confidenza: ‘Sì, me l’ha detto la Madonna, quindi sii felice e non dubitare di nulla’. Mi è rimasta una sensazione di inquietudine quando ho sentito questa affermazione, e così gli ho detto di nuovo: ‘Padre, come sta? E lentamente ripeteva: ‘La Madonna dei Monti mi ha detto di essere felice, di non dubitare di nulla. E glielo feci ripetere perché un altro Padre lo sentisse, e lui lo ripeté’” (Bau, 200 a.C., 200).

Quando l’Ordine fu fondato, si chiamava “Congregazione dei poveri della Madre di Dio delle Scuole Pie”. Di nuovo, Maria. Prende l’abito il giorno della Vergine, il 25 marzo. E come nome di Religione quan-

do prenderà l'abito sarà chiamato Giuseppe della Madre di Dio. Maria sempre nella sua vita.

Come amava e venerava Maria, voleva che i suoi figli facessero lo stesso. Nelle sue lettere ai religiosi, egli insiste su questi aspetti nei confronti di Maria:

- Devozione a lei: “La Vergine Santa è così gentile che accetta qualsiasi devozione, per quanto piccola, purché sia fatta con grande amore e affetto” (EP = Epistolario Picanyol, 3, 641). Oppure quest’altro testo: “Procurate d’esser divoto della Madonna Santissima et imitate quanto vi sia possibile la Passione del Signore, il quale vi benedica sempre” (EP 5, 2180).
- Voleva che i suoi religiosi recitassero il Rosario, una pratica che faceva ogni giorno, e sappiamo che lo faceva già da bambino. “Quanto al fratel Paolo che lasci di attendere alla grammatica che attenda a saper recitar bene il rosario con li misteri che si sogliono considerar che sarà miglior grammatica et ad occuparsi con tutto il cuore a quelle cose per solo amor di Dio che li saranno comandate”. (EP, 2, 127).
- Un’altra preghiera che avrebbe voluto dire e che di fatto è stata conservata nell’Ordine fino ad oggi è: “Sotto la tua protezione cerchiamo rifugio”. “E faccino ogni sera alcuna devotione alla Madonna Santissima con una salve Regina et un Sub tuum praesidium, acciò con l’intercessione di detta Madonna Santissima ci liberi tutti dalle mali avversità” (EP, 4, 1459).
- Si rallegra quando viene a conoscenza della fondazione di una congregazione mariana, perché la Madonna è al centro di questa pratica: “Gusto e gusterò sempre d’intendere il vostro fervore e profitto spirituale e corporale ancora. E parmi sia stata buona e santa la risoluzione di cominciare la Congregatione, e desidero che la frequentiate, e che ve ne approfittiate con mostrar modestia e timore di Dio, perché con esso potrete sperar di fare anche profitto nelle lettere.” (EP, 8, 4000).
- Egli ricorda ai suoi religiosi il nome dell’Ordine affinché siano coerenti con il nome che portano: “Et avverta che semo Poveri della Madre di Dio et non delli huomini, però

l'importunità sia con la Madre Nostra e [non]con li huomini perciò ella non s'infastidisce mai delle nostre importunità ma li huomini sì" (EP, 2, 58).

- (EP, 2, 58) Chiede frequenti visite alla Madonna: "...stia allegramente et procuri di superar il male prima che entri l'inverno et per impetrar questa gratia da Dio visiti spesse volte la Madonna Santissima." (EP, 2, 187). "Havete costì la Madonna S.ma che è la Madre di misericordia et Patrona delle gratie, fatte che ve ne conceda una di due o la sanità per servire al Signore con ogni perfezione o la sua gratia per comparire alla presenza sua." (EP, 2, 315).
- Voleva anche che i bambini pregassero la Madonna e in molte occasioni ha chiesto ai genitori di farli pregare per qualche situazione concreta che riguardava l'Ordine: "Qui estiamo pieni di debiti sin alli occhi et non havemo, né sappiamo come poter dar sodisfattione alli creditori; però faccia far costì oratione a tutti li scolari alla Madonna Santissima et a tutti di casa acciò ci trovi rimedio in questa necessità così urgente" (EP, 4.1470). "Vorrei che tutti li fratelli si spogliassero de interessi particolari, quali non lasciano ben conoscere il bene comune et con divotione pregassero la Madonna S.ma che ella facilitasse l'essequitione di quel loco dove ha di esser meglio lodata et riverita" (EP, 2, 363).
- Aveva una devozione speciale per la Madonna di Frascati: "Chi servirà con divotione cotesta Ss.ma imagine della Beattissima Vergine (di Frascati), sarà sempre protetto et favorito da lei" (EP, 4, 1463).
- Chiede anche alcuni sacrifici per la devozione a Maria: "Quanto all'andar scalzi nella processione, se non vi vogliono andar mostrano poca divotione alla Madonna santissima, et chi vuole le gratie bisogna che ne dia segno di divotione. Vederà che vadino lo più divotamente che sia possibile senza musica, né tiritiri: da intendere tiri di mortaretti, con l'accensione di fuochi artificiali..., né altro ma con gran semplicità et divotione" (EP, 4, 1625).
- E' anche convinto che Maria si prenderà cura dell'Ordine e così chiede e dice: "Non so dir altro, se non che mi racco-

mando et mi raccomandarò sempre al Ss.mo Crocifisso et alla Beata Vergine sua Madre, acciò si compiaccia di proteggere questa sua Religione” (EP, 8, 3982).

- Non gli piacevano troppo certe feste che si facevano per la Vergine. Lo vediamo in queste parole: “Ho letto la gran festa exterior che havete fatta in honore della Madonna S.ma et Dio sa se vi è perso più che guadagnato, ché la Madonna S.ma vuole più di divotione che di simili feste”. (EP, 3, 625).
- Tutta questa devozione a Maria è dovuta al fatto che, in fondo, l’Ordine è stato fondato sotto la sua protezione: “... però è necessario che ricorriamo all’aiuto di Dio benedetto et all’intercessione della B.ma Vergine sotto la protezione della quale è stata fondata questa opera” (EP, 8, 4417).

Ecco come il Calasanzio ha messo tutto nelle mani di Maria. Voleva che i suoi figli avessero una grande devozione per lei e sperava che la preghiera dei bambini alla Vergine ottenesse tutto ciò per cui pregavano.

Maria ci prende per mano

È vero che la devozione a Maria ha attraversato tempi diversi. Dopo un lungo passato in cui l’amore e la devozione alla Madre di Dio erano molto presenti, arrivò un momento in cui quella devozione stava diminuendo. Non so se possiamo dirlo dal Concilio Vaticano II, per dare una data. Non c’erano più certe feste. Nelle case dei religiosi, alcune pratiche consuete, stavano scomparendo. È vero che molti religiosi hanno mantenuto la devozione a Maria e hanno continuato in particolare alcune pratiche devozionali tradizionali. Ma non era più la stessa cosa. Forse ora stiamo assistendo ad una nuova rinascita dell’amore, della devozione e della manifestazione di tale amore e devozione a Maria.

Pensando a ciò che il Calasanzio voleva per i suoi figli nei confronti di Maria, possiamo citare alcuni modi concreti di manifestare la devozione alla Vergine.

Voleva che fosse una tenera, amorevole devozione, come dovrebbe essere l’amore dei bambini per la loro madre. Maria è sempre nostra madre; è lei che ci conduce a Gesù; è lei che ci difende di fronte alle

avversità che incontriamo; è lei che ci aiuta a rialzarci dalle nostre cadute, è lei che ci aiuta molte volte a superare le tentazioni per non soccombere ad esse.

La devozione a Maria deve essere costante. Non qualcosa di momentaneo o per qualche giorno. Con lei dobbiamo comportarci come con le nostre madri. Non volevamo loro bene un giorno sì e un giorno no. L'amore per loro è sempre stato costante. È anche vero che questo amore si è manifestato in modo diverso quando eravamo bambini piccoli, che tutto aspettavamo da lei e che da lei andavamo in qualsiasi dolore o difficoltà. Più tardi, con l'avanzare dell'età, abbiamo mantenuto l'amore per la nostra mamma, tuttavia non significa che non ci siano bambini che non prestino attenzione alle loro madri e che addirittura le offendano e facciano errori. Ma sono in numero minore. Per questo dobbiamo comportarci verso la nostra Madre Celeste con un amore costante. Ognuno deve trovare un modo concreto per farlo nella sua vita, ma non deve smettere di amare chi lo ama così tanto. Maria è colei che ci conforta, che ci aiuta, che ci ama più della madre terrena.

La nostra devozione deve essere sincera. Che nasca dal cuore. Che sia qualcosa che viviamo veramente, con tutta la nostra anima. Se abbiamo letto con attenzione i diversi capitoli e abbiamo riflettuto a come la Madonna ha vissuto, abbiamo un esempio da seguire per sapere come dobbiamo comportarci nei suoi confronti e ricorrere a lei in tanti momenti della nostra vita.

Il nostro amore per lei deve essere indirizzato a pregare anche per gli altri, affinché si prenda cura e protegga le altre persone, di cui ora parleremo.

Chiediamo che si prenda cura dei bambini. Sono così fragili... Possono essere ingannati in tanti modi e vediamo molti anziani approfittarsi dei bambini. Come educatori dobbiamo insegnare loro a non fidarsi di nessuno, a obbedire a ciò che viene loro insegnato a casa su quale deve essere il loro comportamento con gli adulti.

Dobbiamo pregare a Maria per i malati. Lei può essere il conforto necessario a molti malati. Molti di loro si rivolgono a Maria nelle varie forme di preghiera che esistono. Ognuno prega per un titolo specifico, forse perché gli è stato insegnato a farlo da bambino, o forse perché gli è stato detto di farlo già da malato. In ogni caso, Maria

deve essere sempre di aiuto nei momenti della malattia. Dobbiamo aiutare i malati a venire alla Madonna con fiducia e speranza. Maria li aiuterà in qualsiasi modo ritenga necessario. Sia portando la persona alla salute con mezzi umani, sia preparandola con fiducia e speranza per il momento in cui Dio l'attende quando chiuderà gli occhi su questo mondo.

Il Calasanzio ha chiesto che si dicano preghiere per le varie nazioni. Ai suoi tempi c'erano guerre e le varie religioni si affrontavano con violenza. Pregava per il superamento delle guerre e, dato il suo tempo pregava per la vittoria dei cattolici. Oggi preghiamo per tutte le nazioni, senza distinzione, perché tutti gli uomini sono figli dello stesso Padre che ama tutti. L'ecumenismo ha fatto molto per il cambiamento di mentalità nelle religioni e in coloro che le praticano. Affidiamo a Maria tutti coloro che governano, affinché lavorino per il bene dei loro cittadini.

E dobbiamo pregare per i fratelli scolopi, cioè per tutti noi che costituiamo l'Ordine delle Scuole Pie. Per chi soffre, per chi esita nella propria vocazione, per chi è caduto nel male e non riesce a uscirne, per chi si trova a scontrarsi con gli altri per vari motivi, per i superiori nel difficile compito che svolgono con coraggio, per chi si sente separato dai fratelli, senza rendersi conto che questo non è vero. Per tutti loro, preghiamo il Signore con il cuore.

Padre, esaudisce le preghiere che ti rivolgiamo per tutti gli uomini, prenditi cura di ciascuno di loro e dai loro la forza di rimanere nella fede che hanno ricevuto in dono dall'alto. Non lasciare che nessuno perisca per la pigrizia. Manifesta la tua gloria nella salvezza di tutti e che la vita, la passione e la morte di tuo Figlio, che si è conclusa con la risurrezione, sia la grande gioia del cuore di tutti noi.

Preghiera

*Chi potrà lodarti così tanto
come tu meriti;
che saprà così bene lodarti
che non manchi loro il sapere;
perché per noi, vali tanto,
dà rimedio ai nostri mali.*

*O Madre di Dio e dell'uomo!
O concerto di concordia!
Tu che sei chiamata
Madre di misericordia;
per rimuovere la discordia
tanto vali,
sii un rimedio ai nostri mali.*

*Tu che eri già creata
quando il mondo si stava creando;
tu che sei stata custodita
per colui che ti è nato;
perché grazie a te ci ha conosciuto,
con te,
i nostri mali scompariranno.*

*Tu che sei il fiore dei fiori,
tu che dal cielo sei porta,
tu che sei profumo dei profumi,
tu che dai una gloria molto certa;
se dalla morte già sepolta
non sei di aiuto per noi,
non c'è rimedio per i nostri mali.
Amen.*

***Sotto la tua protezione cerchiamo rifugio,
Santa Madre di Dio:
non disprezzare le suppliche
di noi che siamo nella prova,
ma liberaci da ogni pericolo,
o Vergine gloriosa e benedetta,
difendi sempre i tuoi figli.***

**Mary accompanies
the Pious Schools**

Content

Presentation	151
Mary of Saying Yes	153
Mary of Encounters	159
Mary of Admiration	165
Mary of Love	173
Mary of Teachings	179
Mary of Dispossession	185
Mary of Solitude	193
Mary of Suffering	199
Mary of Joy	205
Mary of Calasanz	211

Presentation

The present text simply wants to be the manifestation of what Mary is for the Piarists. We have chosen some moments of her life. And we simply thought about how Mary would have lived those moments we speak of. Logically speaking, what is said depends on each one's imagination, but in all of what we have presented here, the personal love for the one who is the Mother of all men, and who always accompanies the Pious Schools, has always been the center of this text.

Mary was very present in the life and actions of the Founder, Joseph Calasanz. He instilled it in his children and the children he educated. Let's remember that he visited class after class and that he used those moments to talk to the children. No doubt all of them heard what he told them about the Mother of Heaven more than once.

But the saint did not dedicate his words in favor of Mary, only to the children. He wanted the children to have a great love for her, a deep devotion and to come to her amidst their difficulties. He asked, even on his deathbed, for the Holy Rosary to be recited to him every day, a practice that he did as a child. And next to the Rosary, he asked to have the "*Hail Mary*" prayed to him, along with a refrain that we continue to keep in our prayers to Mary to this day, which is „*Beneath your shelter and protection*”.

With humbleness we offer this text to all Piarists to remind them that we have a Mother who cares for us, who comforts us in times of difficulty and who intercedes for us before the Lord.

We thank Mary for the care that she has always shown for the Pious Schools and we are convinced that she has accompanied the Order throughout its already centuries-old existence.

Zaragoza, 2020

Mary of Saying Yes

Mary's Experience

It was a small town. Few families inhabited it. They all knew each other. Not only the people, but they also knew about each family's stories, events, joys and griefs. They were poor but happy families. Those who suffered because of some reason and those who were in a better situation. They all communicated with each other. They told each other their problems. Small ones, but still problems. And so a family's joy was shared in the joy of the small town. And the pain of some was comforted by the others. They knew each other and at the same time respected each other. There were things that stayed within the family. Because joy and pain also deserved respect. Life went on smoothly. They were happy even in the midst of trouble. And they loved their God, Yahweh. Men went to the synagogue on Saturdays. They listened to the Word. They listened to the Word of Yahweh. This was enough for them for the rest of the week. They just wanted to please Him. He had created and saved their People. They knew that very well. The scriptures repeated it. And they passed this on from father to son. Then they talked about it at home with the women. After all, these were the ones who raised the little ones. And from a very young age they were taught what it was like to be part of the People of God. So time went by, day after day passed.

Among all the families there was one that had a daughter who was very special. It wasn't noticeable on the outside. She was one more of those we call teens and whom they already called women. She was good, obedient, she loved her parents and did as she was told. She had a beautiful name, her name was Miriam, Mary. And she was special, although they did not notice it, because besides being good, pure and obedient, she was immaculate. That means sin had

not even touched her. Her friends must have loved her in a special way. Because she radiated an unusual happiness. Because she was attentive like no other. Because she attended to the needs she noticed without caring who it was about. Because she loved everyone with a pure love. Mary was the joy of her parents; they did notice there was something special in that girl. They had conceived her with so much love! They educated her with so much effort! And they noticed that Mary was learning, she was attentive to what they told her and she never gave them the slightest displeasure.

Mary was old enough to marry. She had seen it happen to her friends. Maybe her parents had told her about it. And she saw it as something natural. She wanted to be a mother too. It is true that she felt a certain shrinking inside, but she attributed it to the leap that it meant to leave her beloved parents to start a new family. She saw that her friends did it, she saw that her parents had done it, she saw it as something natural. But, what do I know, maybe something inside her resisted it in a way. No, it was simply the fact of having to leave her family. She was going to do so.

In another family there was a young man of marriageable age, whom she liked; they spotted each other on the streets. They looked at each other and smiled. It was a pure smile, of affection. They really liked each other. And they both saw that as the beginning of what could be the start of a relationship that would lead to marriage. So much that with the joy of their parents, they married.

They had to obey what the law required. The betrothal was the first step, but each continued to live in their own home. The time would come to strengthen ties. The time would come to live together and forever. That was how things were done back then.

And lo and behold, one morning while being alone, Mary sensed a special event. It was a supernatural event. And since the supernatural is difficult to express, the evangelists have narrated it to us as an encounter, an apparition. Mary was perhaps praying, or perhaps alone thinking about her marriage, perhaps remembering her fiancé whose name was Joseph, when suddenly an angel appeared to her.

We can imagine Mary's fright. But there was something special. She felt somewhat frightened, but in her humbleness she was not afraid. That angel transmitted peace to her. She sensed that it did not have

an ill intent, it could have been an angel. That he must have brought her something good, although unknown. She was at peace, and waited. She had not provoked the meeting, she had nothing to say, she just waited. She had waited so many times hearing the history of her People and what Yahweh has done for them. Peace flooded her, but the visit gave her a certain shock. Both things were not at odds. Peace opened her like a special flower, shock kept her waiting.

And the angel spoke: "Rejoice, favored, the Lord is with you". Mary did not expect such words. She was simple, she loved Yahweh and she didn't consider herself anything special. She wondered what that greeting was about, what it intended to say, what it meant. That was why she was disturbed. She didn't deny what she was hearing, but her heart was pounding. And then the angel brought her out of her confusion with these words: "Do not be afraid, Mary; you have found favour with God. You will conceive and give birth to a son, and you are to call him Jesus. He will be great and will be called the Son of the Most High. The Lord God will give him the throne of his father David, and he will reign over Jacob's descendants forever; his kingdom will never end".

Mary was stunned. She understood that Yahweh had to do with what was happening. That she could not be told such things unless they came from Yahweh. She was going to be a mother, and the mother of a special being. The Evangelist Luke said so with the quoted words, but what would Mary have understood of all this at that time? Things would eventually become clear to her. But at that moment she realized that yes, she was married but did not live with Joseph. That was the reason behind her question. It was not out of doubt, but rather a request for clarification: "How will this happen if I don't live with a man?" She did not live with a man and was going to be a mother. She understood that it was not a foretelling of the future and a son after living with Joseph; no, she realized, after Yahweh made her see inside, that it will be now. That He was only awaiting for her acceptance. Waiting, her life is going to be a continuous wait, and she awaits now for it to be clarified to her. And the angel does so, with these words that Luke expressed again: "The Holy Spirit will come on you, and the power of the Most High will overshadow you. So the holy one to be born will be called the Son of God. Even Elizabeth your relative is going to have a child in her old

age, and she who was said to be unable to conceive is in her sixth month. For no word from God will ever fail.”

Again, Mary understands that she is being asked for something great; that Yahweh wants her for something. We do not know what Mary could have understood at that moment from the words she heard. But she knew. She indeed knew and noticed that Yahweh was waiting for her acceptance. That what was going to happen depending on what she answered. Saint Bernard said that not only God, but all humanity awaited for Mary’s answer. And she, who was the Immaculate, the simple, the obedient, the one who always listened to Yahweh, the one who would have done in her life what she understood Yahweh wanted, said what would turn out to be the greatest happiness of the world. With simplicity, with the humility of the best in the world, Mary said: “I am the Lord’s servant, may Your word to me be fulfilled”.

The world had changed. God had become incarnate. A simple and young woman had said “yes” to what God asked of her. Even Yahweh waited for it. The plan of salvation depended on this simple girl. The whole story will depend on this “yes”.

Thank you, Mary, thank you for your “yes” to Yahweh, thank you because you have shown us the way to follow, thank you because the world is going to be redeemed by the fruit of your womb. Mary is, truly, the Mary of “yes”.

Holding Mary’s Hand

What we have indicated shows us how Mary is for the Pious Schools and for each one of us, the Piarists, an example, a consolation, a manifestation of the path of our life and an accompaniment on that path.

Mary is an example for the Pious Schools in the “yes” she gave to God. The Pious Schools must always and on every occasion give that “yes” to God to what He asks of them. Since the beginning of the Order’s existence and through the centuries, many things have happened in the life of the Institute. Difficulties, problems, difficult situations, temptations, dangerous occasions and in all those occasions, the Order has had to say “yes” to God as soon as it happened. As the Founder said, God watched over the Order, and what

happened at a certain moment was not a lack of care from our God, but an occasion of trial to manifest the love that the Order had for God. And the same has to happen in our time. When dangerous situations come, we must say “yes” to God, since the Order is ready to face those occasions with determination and courage, always helped by the grace of the Lord. If we are forced to leave a place or we are not allowed to enter another place, we have to say “yes” to God, because whatever happens is in God’s hands, and if this happens it is because the Lord allows it to, and all there is left to say is “yes”, because the Order is ready to move forward no matter what. There may come moments of difficulty due to the laws of the states that seem to prohibit our ministry or we may be rejected from a place, we have to say “yes” a thousand times again because God is not alien to what happens and He allows it to test the Order and achieve a greater good according to his design, although we at that time do not know or realize how can that be possible.

Therefore Mary teaches the Order that God can manifest Himself in strange situations, that the Order may not understand, as it happened to Mary. But that since her only way to serve is to say: here is the slave of the Lord, let it be done to the Order according to your will.

But not only in the Order, but also in each of us Piarists. Look at your life, what it has been, what has been happening to you, the situations you have been through, have you always said “yes” to God? Saying “yes” is the only way to behave as the Lord wants. I know that sometimes, or many times, we will not understand what happens, what comes our way, what comes upon us, and the evils we suffer. But amidst all of that, “here is the Lord’s slave, here I am Lord, let it be done to me according to your word”.

Life will not always be easy. We will have to go through difficult situations, through tests that we would never have thought could come to us, and how should we act then? Perhaps opposing, complaining or fleeing from what is coming upon us? Or rather do what Mary did? What did she do? She asked for an explanation. Not to escape what was coming her way, but to better understand what the Lord wanted from her. We must do the same. Ask the Lord, why is this good for me, why is this other thing happening, why this pain or this affliction or this test happening? Why, Lord? It is not that I want to run away from it, I simply ask you to help me understand what I

can understand. But do understand that my answer must always be the “yes” that God expects from each one of us.

That is how we must go through life. It will be either short or long, we will be in one place or another out of obedience, we will receive joys and victories in our work or struggles and defeats in what we do, many things may and will happen. But our hearts must be ready to give the answer that Mary gave to the Lord. That is why we must constantly turn to Mary to accompany us, to comfort us, to go with us, to take us by the hand and lead us along the ways of the Lord as she herself always did.

Mary is definitely the Virgin of the “yes”, the Mother who helps her children to give the “yes” to God, who shows us with her own life how to proceed to please God at all times. Let us be men of the “yes”, disciples of the “yes”. Let us also be people who teach those who pass through our hands to say “yes” to God, and that we help them to understand what happens to them as much as possible and for that we take them to Mary, and let us stop at the passage of the Gospel in the one that Mary became the Virgin of the “yes”. In this way they will learn that things can get difficult in their life but that they must always have their heart in their sleeves, offering it to God and always say “yes” to Him. Lord, here I am, let it be done to me according to your word.

Prayer

Remember, oh most pious Virgin Mary! that it has never been heard that none of those who have come to your protection, implored your assistance and asked your help have been abandoned by You. Encouraged with this confidence, I also turn to You, oh Mother, Virgin of virgins! And although I groan under the weight of my sins, I dare to appear before your sovereign presence. Do not reject, oh Mother of God! my humble supplications, rather incline your ears to them and deign to attend them favorably (Saint Bernard).

Mary of Encounters

Mary's Experience

In that little town everyone knew each other. The girls were friends with each other. Little by little the teenagers became women. They married. They created a new family. They all knew who each other's favorite was. Who was going to marry their friend. The time to marry had come for Mary. And she married. But Mary didn't just have friends, she had relatives too. And something about the angel caught her attention. That her older cousin Isabel was pregnant. Nothing less than six months pregnant already. They did not know that within the family. On one hand, they lived far away. On the other, they already believed her sterile because she had not given birth before. What drew Mary's attention is that the angel told her that she was going to give birth. And he told her that to reaffirm what was going to happen to her.

Why? Because for Yahweh nothing is impossible. If a child was to be born to Elizabeth, Yahweh had intervened in her cousin. Therefore it was also true that He had intervened in her. So what had happened to her was not made up. Mary had to explain what had happened to her. We just don't know how. It had to be difficult. First having to tell her parents about it. How was she going to explain the angel? We don't know how, but they accepted it. They knew their daughter. She was not lying to them. She was good. She hadn't given them any displeasure. And now she came up with something incomprehensible. But they accepted it. Without a doubt, Yahweh also helped them. But it was even more difficult to tell Joseph. She understood that she had to tell him. Because time was passing by and they would have to live together. It is true that she still had time. She had barely conceived. There were months left. But there was no time left to cohabit. She armed herself with strength. She asked Yahweh to help her. And Yahweh, moved by Mary's request, helped her to take

the step. She told Joseph. He didn't understand. He loved Mary. He didn't want people to speak ill of her once the pregnancy would become noticeable. He had no choice but to leave her. He was going to end the marriage. And so the marriage was going end, and so they won't have to live together. But Yahweh intervened. How could He not help the mother of his Son who was already in her womb! And again an angel. He came to Joseph in dreams. He explained everything. He was not to be afraid to take Mary for his wife. He was going to notice her pregnancy, but it had been the work of Yahweh, said the Holy Spirit. Joseph didn't quite understand who that Holy Spirit was, but he accepted it. He was good too. He obeyed Yahweh too. He was happy with everything his Yahweh did too.

And then something special happened, the way Joseph looks at everything changed. He saw Mary. Yes, he saw her with the same love, but without any possessiveness. He was her husband, but she was not his wife. She belonged to another. He didn't feel betrayed. His wife had not been taken from him. She had been taken by that Holy Spirit of whom he knows nothing. But the angel told him everything. That was enough for him. Mary solved the problems that arose. Her family knew. Joseph knew. So, what did she do?

Well, she wanted to be with his cousin. She had three months to do so before the birth of her child. And she set out on the road. She didn't go alone. Without a doubt, she joined a group that was going to pass or stay in the town of Elizabeth. She went with calm. She was a woman, her husband was in her village. She was entrusted to acquaintances. She was safe. They know that she could be accompanied to her destination. And, finally, after all the days it took to travel the road, she arrived at Elizabeth's house.

What a joy! The young girl and the old Elisabeth. So many hugs! So much laughter! What a joy! Maybe they hadn't seen each other for a long time. This was the welcome. But, was it the only welcome? No!

Turns out that the child that Elizabeth carried in her womb leaped for joy as soon as she saw her cousin Mary. Elizabeth was not the only one who was happy. Her son was too. The forerunner was in front of the one he would announce one day: this "is the lamb of God". Elizabeth was sanctified by the presence of Mary, her son was sanctified by the presence of the one who inhabited Mary's womb. This was how the encounter occurred. It was what Mary wanted. She had dreamed of this

meeting at her village. When the idea of visiting her was came to her mind. She had dreamed of the meeting during the trip. When asked where she was going, she replied that she was going to see her cousin. Why? Because she was going to give birth, she was going to have a son, a gift from Yahweh because she was old. And finally, after so much dreaming, reality arrived. Mary is the Mary of encounters. The one who wanted to find her cousin whom she has missed for a long time.

She was there and was going to stay for three months. How good to have done that trip, how good to have her to help her in the delivery of the baby. The pregnancy was not noticeable yet by then and she could be at ease in front of people. And she could be at ease even during the return home. She did notice that her son had grown. She noticed what every woman notices. On one hand, the joy of knowing that she was a mother. On the other hand, her belly was expanding a little. But also, as time went by, perhaps even after being with Elizabeth, she would notice her son's kicks in her belly. And if not, she would notice them in the return trip.

What was this three month encounter between the two women like! What would Elizabeth and Mary have thought! How did she look at her! What a joy to have had her at home! And what a surprise at the same time, so much admiration and joy when she noticed the little kick on her belly! Her cousin was blessed. And Luke told us what came out of Elizabeth's mouth with these words: "Blessed are you among women, and blessed is the child you will bear!" Even more, she is amazed that she has come to visit her and that is why she bursts out with these words: "But why am I so favored, that the mother of my Lord should come to me? As soon as the sound of your greeting reached my ears, the baby in my womb leaped for joy. Blessed is she who has believed! Because the Lord will fulfill his promises to her!" Luke pointed out that she was filled with the Holy Spirit when she said all of this.

Three months lived between the joy of one and the admiration of the other. Each one lived with their hearts full of with immense joy. Two blessed women. One was the mother of the Son of Yahweh. The other, the mother of the one who was going to be the forerunner and who would give his blood to defend the truth in the future, meaning to defend the Son of God.

They were women, however blessed they were. They were cousins and love was not lacking in the midst of what each one felt for the other.

What conversations did they have! The things they talked about! Did Mary explain to Elizabeth how everything started? She loved her very much, but she kept what happened to her in deep in her heart because it belonged to her like the great treasure that Yahweh had made for her. She loved Elizabeth very much, but she loved Yahweh more.

And the moment to say goodbye arrived. There would be joy with a few tears. Elizabeth was parting from the mother of her Lord. Mary was parting from the bearer of the one who was to be the announcer of her son. They hugged, kissed, and Mary left. Her belly was a little heavier. She already noticed Him growing more in her womb. Who know with how much Mary did that return trip. What wouldn't she say to your son, what words would she not say to him!

She was happy she had gone to meet her cousin. She had greeted her, she had lived with her, she had given her great joy and she was coming back now. Mary had discovered another of her virtues, knowing how to find someone who needs her. Yes, Mary. She is the Mary of encounters.

Holding Mary's Hand

The Mary of encounters is also the consolation, help and direction of our life. That is why we must ask her for protection at all times.

When we speak of "encounter" we can refer to various possibilities since there are different kinds of encounters. There is the "encounter" which is the simply stumbling upon someone. So when we get home we say, for example, I have stumbled upon that person and so on. We simply have bumped into them on the street. There is the "encounter" that can take place between two friends, who go for a walk and suddenly meet each other; I find it very different from the previous one. There is the "encounter" of two people who see each other after a long time of not seeing each other. Meaning they have met after a long time without seeing each other, which produces an immense joy. Or there is the "encounter" between two enemies, who cannot see each other and on one occasion run face to face in the street, perhaps causing affronts between them when they meet again. What I mean is that there are different encounters.

When we refer to the "encounter" of Mary and which should also take place in us, we are referring to an encounter that has certain charac-

teristics. First, it is an encounter that produces joy because there is true affection between both of them, as we have seen between Mary and Elizabeth. Second, it is an encounter that had been dreamed of many times, and both of them had thought about being able to see each other multiple times. Third, it is an encounter that brings something good for both. For example, the great desire they had to communicate and had not been able to do so until then. Fourth, it is an encounter that is not momentary, and it has a certain duration because they have been looking for it for a long time and have finally succeeded at it. Fifth, it is an encounter that, on the one hand, produces the joy after they depart because they met, spoke and told so many things to each other, but at the same time it causes a certain sadness because they will stop seeing each other, perhaps for a long time.

The “encounter” must be present in our life. And with many people indeed. On the one hand, with our brothers who we perhaps have been in community with at one time and that maybe we have not seen them in a long time. Meeting them has to give us the joy of seeing them again and being able to chat and tell each other things that we had not said before. The “encounter” with friends that we have not seen for a long time and this meeting causes us happiness, because friends are always happy when they are together. The “encounter” with people we love and who are not easy to reach, be it because we are far from each other or for any other reason. The “encounter” with our relatives whom we really love and being with them causes us great happiness. The “encounter” with former students that we have had and it causes them an immense joy to see us and to be able to comment on many things from the past.

Many times we have to provoke this meeting, either because we call each other to see each other, or because we know that by going to a place we are going to see them, or because life leads us to be in the same place.

There is the “encounter” that we seek because we want to do good to a person. We know their life, we know what they need, we see that we can help them and the affection we have for them makes us reach out to them. It is a true “encounter” because it is selfless and is good intended.

But we must also do everything in our hands to meet all those who need us. We know that they are looking for us, that it is difficult to see

each other and we can facilitate that possibility of meeting because they have something to say to us or because they really need us.

The true “encounter” must be, as we have said, selfless. We do not go with ulterior motives, we do not want to take advantage of the other person, we do not want to boss them around, we simply do not seek a benefit of ours. The true “encounter” must be free, because we do not want to obtain any benefit for ourselves, and we care more for the other person than for ourselves. The “encounter”, like Mary’s, has to seek the good for the other, to come to their aid if they need us, if we know that they want it and that they are waiting for it. The true “encounter” must produce joy in the other person, or perhaps surprise because they would never have thought that we were looking for them to be with them.

There is the “encounter” to ask for forgiveness if we have ever failed at something or have offended someone. Thus we reconcile with that person. There is the “encounter” that one seeks to tell the other what we have never told them before and perhaps that always goes over their head because we never expressed what we wanted to. There is the “encounter” that helps the other person to vent with us, either by talking about each other, or by telling us things that they need to say to us and in which we can guide them, thus doing them good because we pacify their life or guide them in what happens to them or we are able to tell them what is the truth of the fact that they tell us.

There are many “encounters” that can occur in our lives, many “encounters” that we have to favor, those that we have to achieve sometimes for the good of the other person, sometimes for our own good. In every “encounter”, Mary has to help us by her example, she has to encourage us to do it as she did, she has to teach us the way for the good of other people or of ourselves. Mary of the encounter, help us in our lives and make our encounters with different people serve their good and serve us as well.

Prayer

*Mother: Since the beginning of the day, bless me;
in the roughness of work, help me;
if I hesitate in my good decisions, strengthen me;
in temptations and dangers, defend me;
if I faint, save me and take me to heaven.
Amen.*

Mary of Admiration

Mary's Experience

He was Emperor Augustus. Quirinus, governor of Syria. The emperor came up with the idea of carrying out a census. The Israelites did not like the idea of a census. They remembered when David carried out one. He then asked for forgiveness, but Yahweh punished him. In the census of Augustus, everyone had to go to their city to register there. As a couple, this was a problem for Joseph and Mary. She was very pregnant. She was expecting to deliver the baby soon. But they had to go to Bethlehem. They lived in Nazareth and had to take a trip. It was not an appetizing thing to do. But they obeyed the given law. And when they arrived in Bethlehem, Mary went into labor. They could not find a place to stay at. Everything was full. There were too many people. And they had no choice but to take shelter in a cave. There was a stable because that cave was for animals. And Mary gave birth to Jesus there.

How did it happen? We don't know. Mary, you remained intact and yet the child was born. Joseph and Mary were amazed. There they had Mary's son. How did the Virgin look at him! And how much would Joseph admire it! Admiration filled their hearts. It was something prodigious. No one from the surroundings knew anything. Giving birth was a normal occurrence. But such a birth... Mary wrapped the baby in swaddling clothes and put him in the manger. They had not found a place to stay at yet. They were alone. But they knew that this newborn was someone special. Yes, it must have been special remembering everything that happened to that child.

What did they do? We don't know. But strange things started to happen. It turns out that some shepherds approached them. They were near the place where Jesus had been born. And these shepherds were

visited by the angel of the Lord. What a scare! How did it go? We can only quote what Luke said about it. That the angel manifested himself and spoke to them. We don't know how it went. The angel wanted to reassure them and said: "Do not be afraid. I bring you good news that will cause great joy for all the people. Today in the town of David a Savior has been born to you; he is the Messiah, the Lord. This will be a sign to you: You will find a baby wrapped in cloths and lying in a manger".

And these shepherds began to arrive at the cave. They saw those three people. A woman, a man and a baby. They believed what the angel had told them. They admired what was in front of them. Great joy shines in their hearts. That child was very important. And with simplicity, they expressed their affection. They were tough, but were are good. And they manifested their love in the way they could think of. And they remembered what had happened to them a little before they left their sheep. When the angel spoke to them. It turns out that around the angel a legion of the heavenly army appeared, praising Yahweh saying: "Glory to God in the highest heaven, and on earth peace to those on whom his favor rests". That is a way in which Luke expressed the great admiration that he held for those shepherds. Joy flooded them; they felt they were not alone; they knew that something important was happening; they felt accompanied and protected; They didn't know by whom or how, but they did. It is the legion of angels that Luke spoke of.

How would Mary and Joseph experience that situation, when they saw those poor shepherds who approached them to pay homage to the Child? They were filled with admiration too. They would never have thought that what was happening could happen. Mary kept in her heart everything that she was living. She would not forget any of it. Someday she might tell it, although she didn't think so at the time.

But even more continued to happen. They were in the cave, they hadn't yet left nor did they know when, how and where they would go, and some great lords arrive. Before that some poor shepherds, and now great lords. They seemed to come from far away. They were not kings, but they seemed of high status. They came because of what had been revealed to them in a distant place where they lived at. They walked following a star. In a moment, the star suddenly disappeared. They were in Jerusalem already. They asked around. When King Herod heard what these gentlemen told him, he is in-

formed of where the Messiah was going to be born. They told him that in Bethlehem of Judah. And he led them there. But with a request, that they return to Jerusalem again and tell him everything they had seen. He wanted to go pay homage to Him too. Those gentlemen, which Mateo referred to as Magi, arrived at the cave in Bethlehem. And they offered their admiration, their love, their joy to that newborn child. How much admiration would Joseph and Mary have about that! The admiration grew and grew in the hearts of the young couple. Although they already knew it, they were realizing the importance of the Child born so poorly. Mary also kept this in her heart. She wouldn't forget that either.

But things did not finish there. Eight days went by. They had to obey the Law and circumcise the Child in the Temple and to give him the name that the angel had told them before the conception, "he will be called Jesus". They went to Jerusalem, to the Temple. And as they entered, they were approached by two elders. A man and a woman. One was called Simeon. A righteous man who lived waiting for the consolation of Israel to come. Because he had received the announcement that he would not die without having seen the Lord's Messiah. And when Mary, Joseph and the Child entered, he understood that the Messiah whom he had been promised to see was before him. And full of admiration, he vigorously prays: "Sovereign Lord, as you have promised, you may now dismiss your servant in peace. For my eyes have seen your salvation, which you have prepared in the sight of all nations: a light for revelation to the Gentiles, and the glory of your people Israel".

What did the young couple think! Again the admiration for that old man and the words he said had been inspired by Yahweh. And also an old woman approached them. She was a prophetess, Anna, daughter of Phanuel. She was very old. As a young girl she had been married for seven years and had already been a widow until she was eighty-four. She gave thanks to God in front of the Child. And, moreover, she spoke of the Child to all those who awaited the liberation of Jerusalem.

The two elders admired the young couple. So many things had happened in the short time since the Child's birth! He was born in a cave; Some rough but good shepherds came in and tell them what has happened to them. Then some great gentlemen arrived and told them the admirable things they have experienced until they

reached the cave of Bethlehem; later in the Temple the two elders praised God and exalted the Child. For them the Child was already called Jesus. This is what the angel had said when he appeared to Mary before she got conceived.

Mary is already the Virgin of admiration. Everything in her life left her in awe. She lived a life full of events that astonish her and all because of that Child that she has carried in her womb and who has already been born, who has been the cause of so many events.

Mary of admiration, pray for us so that we may live the experience of admiration, joy and love that we have seen in all those who have come to your Son Jesus.

Holding Mary's Hand

Admiration is an important reality in our life. Do we not admire so many things in our existence? Genesis says that after the creation, God saw everything that he had created and it was very good, very beautiful, very wonderful. How can we not marvel at the creation of Yahweh when He himself says that it is something good and beautiful? But let's think about some of the things we admire.

Do we not marvel at our God? To have a God, who is our Father, and who is the way He is. Can we think of someone who has done what God has done for us? Do we know what it means to give up his Son, God natured like Him, for us? And that He gave Him up for nothing less than to live with and like us. Living in everything like each one of us, except when it comes to sin. The fact that God gave Him to us is incomprehensible. The fact that He sent Him to our planet to live in it, work to make it a better world, and that He has given up Him to less than to die is also incomprehensible. Can we believe this? Of course we do! But it seems impossible because it surpasses us in such magnitude. The fact that God has cared for each one of us, I say of each one of us, and that for each one He has given up His Son. Because He gave Him up for every single one of us. The plural is not valid, "for us", you have to get to the singular, "for me". Paul understood it very well when he said "He loved me and gave himself up for me". Is there a religion in which they have a supreme being like ours? All religions think of their supreme being, whatever they call it. But there is no religion with a supreme being like ours. It is astonishing to

think of what none other than God the Father has done for each one of us who are nothing, and if we are something it is because He has loved us. That is what must astonish us, that He has loved us. And even better, that He loves us constantly and for nothing less than for eternity. Yes, we admire God the Father with all our heart, with all our soul and we thank Him. How could we not be in awe of this God?

We marvel at Jesus. He who is God, the Son of God, God as the Father except that He is the Son and not the Father but in everything equal to the Father, it turns out that He has become incarnate. To say this is to say that He has become flesh forever. The “forever” means that He will be Jesus for all eternity, meaning in the incarnate Word. How was He able to get in such a situation? Out of love and obedience to the Father: “I am here, Lord, to do your will”. Doesn’t this leave us in awe? Let’s think: He was incarnated, and He lived like other men of his time. On the outside it was like that, but not on the inside because of what came from within. In fact, what did He do in his life? Adore the Father, be in communication with Him through prayer and dedicate Himself completely to men. He preached the Good News to us, meaning that we had a Father who was good to us. What Jesus did was heal the sick, forgive sinners, cleanse the lepers, raise some from the dead, do good to all those who came near Him. Isn’t this to be admired? He even let Himself be carried away to the Cross. He died for us, or better said not for us. He died for you and me. For each one in particular because He cared about each one of us. And He wanted to erase the sins of each one of us which the Father disliked because He wanted us all to be dear children of the Father. Isn’t it astonishing all of what Jesus was and did? And our joy now is that He is with the Father forever. And we believe he awaits us. We believe that He will receive us into the bosom of God, where He is. He already said it, I’m going to prepare a place for you so that where I am you can also be. He told his disciples, but each one of us felt represented in them. That same Jesus is our brother, because he is the Son of the Father and He has made us children also, although in another way, as a Father; we are children of God, children in the Son. And we hope that one day we will be with Him forever, for all eternity. Let’s not say we are not amazed at this! We are so amazed about this that it even seems impossible for us to accept it that way. And yet it is. Thank you Jesus for all that you have done and do constantly for us.

And we marvel that we also have the Holy Spirit. We don't know Him too well. We know that it is God, like the Father and the Son, even though He is neither the Father nor the Son. They are three people of the same nature. I know that it is difficult for us to understand it. Or even more, that we do not understand it. But we accept it from the heart. And the Holy Spirit is the love that flows between the Father and the Son. It is the person that Jesus, while being already in the bosom of the Father, sent to help us, accompany us, defend the Church and lead her little by little to what the Father wanted her to be. And the baptized, confirmed Christians and those who have received the priestly ministry have received the Holy Spirit sacramentally in their lives, and in their hearts. He is the one who has to help us all in the difficult moments of life, He has to help us to overcome temptations, to offer our help to the needy and poor, to love all those who pass through our lives. The Holy Spirit is the great gift in our life. That is why we are amazed that He is with us, that He accompanies us at all times, that He is the strength in our weakness, the cleansing in our sin, the joy that He gives us in times of difficulty. Of course we marvel at the existence of the Holy Spirit! And we are happy that it exists and that we have been taught that it exists. Come Holy Spirit, into our lives, and make us not allow ourselves be separated from the love of God. Furthermore, increase that love every day of our existence.

And after what we have seen before, how can we not feel astonished to have Mary in our lives? We have seen what the beginning of her existence when her conception was announced was like, and the first days of the birth of her child. We can only thank her for what his life was and because she gave us the Son of God by the power of the Holy Spirit. Mary of admiration, thank you for everything you lived and accepted: Make us live following that admiration that you knew how to live with before knowing what was going to happen in your life. Thank you, Mother.

Prayer

*The angel descended from Heaven
and announced the great mystery
of the God-man to Mary,
who admired the Heavens.*

*Virgin Mother, Our Lady
as we remember the Incarnation
we your children sing to you,
as the Star of Salvation.*

*I am the slave of the Lord, my God
said the Virgin when answering
may it be done in me as You have said
may Your Will be done in me.*

*Virgin Mother, Our Lady
as we remember the Incarnation
we your children sing to you,
as the Star of Salvation.*

*The Word of God,
took her virginal blood,
lived as a man among us
to redeem us, saving us of all evil.*

*Virgin Mother, Our Lady
as we remember the Incarnation
we your children sing to you,
as the Star of Salvation.*

Mary of Love

Mary's Experience

The little one that was born was a baby, like all newborns. And remained a baby for quite some time. And how did Mary behave with him? As all mothers do with their newborns. She covered Him with kisses because a mother loves her little son with a tender heart. Kisses of love, kisses of affection, kisses because she felt He was flesh of her flesh. For every mother, being a mother is a joy. And that joy was the baby in her hands. She caressed him. You have to see how mothers treat their little ones, how they caress them, how they don't get tired of giving them sweet gestures. Well, that was how Mary treated little Jesus, who was a month or few months old. She also, like all mothers do, said words that did not make sense to that little boy who looked at His mother with big eyes. Eyes that were touching for His mother. Eyes in which she could see the love she already received from her child. How happy must Mary have felt with her little one!

She had to cradle Him. I don't know what the crib she must have put the child in was like when she was able to rest from trips that made her go from one place to another. She cradled him because the little one cried sometimes. And Jesus, like all little boys, cried sometimes. Mary wanted Him to be still, she wanted Him to be well, she wanted Him to have no evil. And she had to clean Him many times. Every mother has to do that with her little one. So did Mary. Mothers also look for toys for the little ones. What would have Mary looked for? We do not know, but she would have certainly looked for something. Mothers make their little ones laugh with even the smallest things. And a smile from the child produces immense joy in the mother. All this and more things is what we will see that Mary did with little Jesus. And we could be surprised and amazed if we realize that she was doing it to the Son of Yahweh Himself.

Then she had to slowly teach him how to walk. Crawling at first, leaning on His hands and feet. He advanced even more. The mother walked away and the child walked to catch up with her. And when He reached the mother's hands, He received a huge hug, a strong kiss. She welcomed Him, held Him close to her heart. So did Mary. She saw that little by little, the child is developed more and more. How beautiful must have been the moment when Mary breastfed Jesus to feed him. Several painters have captured this in their paintings because it is a precious moment for Mary with baby Jesus. Then she had to teach him, little by little, that he had to stop breastfeeding and she wanted him to learn to eat little things, the appropriate foods for little children. And that's how Mary worked on it.

All this makes us proclaim that Mary is the Mary of love. The mother who loved her little one intensely and who did everything she could to make him happy. That is the only thing she wants, for Him to be happy. For Him to have a good time. That no evil came to Him. And if on any occasion the child cried because he got hurt, the mother ran, picked Him up, kissed Him, kissed Him where he was hurt, sang, lulled him, and did everything she could until the little one stopped crying. And how beautiful it would be the moment when Mary, holding her son in her arms, made him fall asleep little by little. The child slept in peace because he was in the arms of someone He felt loved by.

It had to be a life period of great joy for Mary, but also of concern because she wanted everything to be good of her son.

And what was Mary's love for baby Jesus like? It was a tender love, with the delicacy that mothers have for their little ones. They love them and that is why softness is always present in the relationship with them. They know how to make them see when they do well and when they do something that is not right, because the little ones do not understand and baby Jesus was a little one who could do what the little ones who do not understand do.

It is an affectionate love. Affection is what little ones notice the most. Because the affection of a mother appears in her gestures, in her words, in what she says to her child even though the child does not yet understand the language. But they do understand the gestures, their mother's face, the smile that appears on their lips. How would have baby Jesus understood what Mary was saying to him!

It is a love that is always attentive to the needs of the child. She constantly worries about him, noticed his needs, noticed if something strange was happening to him. Mothers have a fine sense for noticing all these things, and Mary had it too. And so she was attentive to any need she noticed in the little boy who would crawl next to her, and who would miss her when she was in another room. He would scream and shout, meaning he would ask his mother that he wanted her with him in that way. And Mary would run to see the child.

It is a love that is always worried about what may happen to the child. And that's how Mary would be with Him, she worried so that nothing bad would happen to her son. Imagine her touch when she carried Him, with how much love she would welcome Him in her lap. It had to be very sweet to see the two hugging. And how the child would kiss Mary. And what a joy this would bring to his mother.

It is a love that is attentive to the child for Him to be happy. It does whatever it takes to achieve this end. After all, it is what matters most to a mother who has a small child, that the child is happy and that nothing happens to him if the mother has not as careful she should have been. This would have happened to Mary. She was always be attentive to her son.

It is a love that insists on not leaving the child alone. Mothers always have their little ones with them, or being on all fours or in their arms or in the crib or in any other way, but always with them. They do not leave them alone, especially if leaving them alone can cause them some harm.

It is a love that heals immediately if the little one has gotten hurt. The little ones don't know some things, they may not realize what can hurt them, and sometimes it happens to them. They cry. Mothers run to them and caress them, kiss them where they have gotten a "boo boo", and this must have happened to Mary with baby Jesus.

This was Mary's love with Jesus, with the little child who was at first a baby, but little by little he kept growing. But that was no a reason for his mother to love him less.

We have said nothing about Joseph, who was also present at home when he was not working. And he too cared for and loved the little boy. And the little one took a liking to him and liked being with him and being carried in his arms. And what a joy that would bring to

Joseph! That is what the life of baby Jesus during his early years was like. Feeling the love of his parents who were constantly taking care of him and who did not leave him under the sun or under the shade, because they felt responsible for him.

Holding Mary's Hand

Mary of love is also an example for us. And she teaches us how to love. And what can we say about how our love should be? Let us mention some elements of that love that Mary also had with little Jesus.

We are meant to love everyone. Everyone in Mary's family loved each other. We have seen it in Mary with Jesus, Joseph loved the child, and of course, both spouses loved each other, because God also respected the love and affection that Mary must have felt towards Joseph. We cannot exclude anyone from our love. The Father of Heaven loves us all, Jesus already said that He makes the sun rise for the good and the bad. They are all His children and He loves them all. Therefore we must imitate Him in this love. We are meant to love everyone.

Our love for others has to be delicate. Not flattering, not to be loved, not to try to get some benefit from our love for others. We respect others and do as much good as we can for them. Tenderness magnifies love. Rashness does not make love true; something is missing or something is off. It has to be really delicate.

Our love for others must be peaceful. In other words, it must produce peace in the other. It should not be boisterous, it should not upset the other, but it should cause peace in their life, in their heart and in the relationship we have with them. This is how God loves us, by producing peace in us. I give you my peace, said Jesus, I give you my peace, but not as the world gives it. His love fills our hearts and fills us with peace.

We have to love forgiving those who have done us wrong. If we do not forgive, we do not love. If we love we have no right to be angry about something that has been done to us. Have we not sinned so many times and yet Jesus has always forgiven us, over and over again? When love is true, forgive even if you have suffered. We must treat others in the same way the Lord has treated us so many times.

We have to love being attentive to the needs of others. Whoever loves others takes care of others. Let us remember the Samaritan.

He did not know the person he met on the path, but he loves him since he does everything he can for him. He takes care of him, takes him to the inn, pays its price, and tells the innkeeper that on his return, if he has spent more, he would pay for it. To love is to be attentive to the needs of others. True love manifests itself in this way. And this is how God's love is manifested to us, he is attentive to the needs that we have. Ask and you will receive, seek and you will find, knock and it will be opened to you. The Lord has been very clear.

Authentic love does harm to no one. To offend is not to love. To forgive is to love. We cannot say that we love if it turns out that we have offended someone. The Samaritan did not do so. And Jesus praised his behavior. If we want Him to praise ours, we already know how we should behave.

To love is to care for others, for their difficult situations and to go help them in what we can in the same way the Lord comes to our aid when we suffer. Concern put into practice is a beautiful way of loving, of being close to the other, of not turning your back on them for whatever reason.

To love is also to ask for forgiveness from those we have offended through our lives. Those who ask for forgiveness, love. Those who love, ask for forgiveness. Peter loved Jesus and after denying him three times, he asked for forgiveness because he wept bitterly. It is true that this request for forgiveness is helped by God. If Jesus had not looked at Peter when he had just denied him, he would not have wept bitterly, he would not have manifested the love that he had in his heart. The most important thing is always the love that God has for us.

To love is to do harm to none. Whatever happened between a person and us, we do not have to respond with an offense. To offend after having been offended is not to love. To do no harm to the one who has offended us is to truly love. This is how we live it in our Christian life. We have repeatedly offended our God, but He has not punished us, He has not complained. What He has done is simply to forgive us. We see it in the gospel, for example, the adulterous woman forgiven by the Lord. Forgiven by the Lord out of pure love. Forgiven because that's what comes from Jesus' heart.

To love is to help others in everything we can and in everything they need if we can help them. Helping is a manifestation of love. Those who help, love. And those who love, help. We have learned it from

our Lord. We have sinned but He has helped us, He continues to help us and He will not stop helping us no matter how badly we behave.

To love is to bring out the best in others. With our words, with our behaviors, with our way of acting with others, we must try to bring out the best in their heart. When we love without asking for anything, when we love by a pure sincere giving of donation, others can feel encouraged to do well and behave in a better way than before. The good that is in their heart comes out.

To love is not to forget the good that we have received. And it has been so much! We have been loved by God in a way we would have never thought possible. We have always been loved, loved without us ceasing to offend Him. We have repeatedly offended Him and He has repeatedly forgiven us.

Yes, we must always love everyone from the heart, to our friends or enemies, whether they have done us good or have offended us. God makes His sun rise for the good and the bad, we have to love everyone no matter how they are because that is how we imitate our Heavenly Father.

Prayer

*Hail the Annunciation,
wonderful woman,
you will have a child more beautiful than
the stalks of the breeze.*

*I bring you a message from God.
He greets you, Mary,
because God took hold of you,
and God is a God of joy.*

*You who are full of grace, I call you
because grace fills you;
if I could give you more,
I would give you much more grace.*

*The Lord is with you,
even more than you are with God;
your flesh is no longer your flesh,
your blood is now meant for two.*

*And blessed you are going to be
among all women,
then, if you are the mother of all,
who would not love you?*

Mary of Teachings

Mary's Experience

The child was no longer a small child. He was growing. He was becoming a man. And He was at home with His parents. At one point, as we will say later, He also began to work with Joseph. Now we want to look into what we have called the Mary of teachings.

So, during all the time that Jesus was growing up and was at home and then out at work, what did Mary and Joseph do? Well, they were teaching him. Let's find out what they taught him.

Mary taught her son simple but important things, both domestic and outward virtues. Let's name some of them.

She taught Him what delicacy is. That He had to be delicate with everyone. That delicacy makes people feel better. That delicacy is what others deserve. That delicacy should never be lacking in a life. Delicacy is to treat others the way we would like to be treated by them. Delicacy is how our Yahweh treats us. He does so with that delicacy that comes from His heart.

She taught Him to respect others, and first of all to respect Joseph, His father. Everyone must be respected. Nobody should be hurt. Nobody should be offended. Whoever offends a person, offends Yahweh because Yahweh is in all people. And the boy was understanding that He had to respect everyone and He did so every day. He looked at Joseph with respect, but also with love. Respect is actually another form of love.

She taught Him how to lend a hand when someone who needed it and that person could be helped. Helping others is an important virtue. Helping is loving, love manifests itself through helping oth-

ers. And Mary taught the child to help and not pass by anyone that He noticed needed His help, because that did not please Yahweh.

She taught Him that He had to take care of others. To be attentive to others when they address you. Attention to others is a way of showing them that they are loved, that they are respected, that they are taken into account. Attention always accompanies good people. We have to be attentive to everyone and this is what Mary taught her son. We cannot ignore others. Whoever ignores the other offends them and that is something that Yahweh does not want.

She taught Him that you have to greet people when you meet them. Greeting is a way to indicate that you care about the other person. Those who do not greet sometimes regard themselves as more important than others, or show that they are not interested in others. And this is not good. An affectionate, attentive, concerned greeting is something that makes a person feel good, and it strengthens the bond between people.

She taught Him how to treat His friends. Friends are always helpful at any time they are needed, and she also taught Him that we must help out friends if they need us. Friends make life sweeter, they make it more pleasant. Friends entertain us multiple times a day and you learn about help, companionship, and solidarity with them.

She taught him that you shouldn't take advantage of anyone. Whoever takes advantage of another is offending and underestimating them, and yet Yahweh has made us all equal, and we must take care of each other. Whoever takes advantage does not care about others.

She taught Him that you should not abuse anyone, not be cruel to anyone, and that you should actually defend a person when you see that someone is hurting them. That is why you must not claim anything when you do not have the right to do so, and even if you can, still you shouldn't. Perhaps this will make the other person think, and will be a life lesson for their own good.

She taught Him to know how to forgive. Forgive, always forgive. Even if they have offended us, even if they have mistreated us. Forgiveness is what draws us closer to Yahweh in a special way. And Jesus learned this from his Mother because in His life, He did nothing but forgive. Even in the supreme moment of his death, "Father, forgive them."

These virtues and others were taught by Mary to her son. And the child or adolescent was learning from His mother, He was attentive to what she said, He was observant of His mother's behavior, and He was learning both from her behavior and from the words she said to Him. He learned both from watching her work and from listening to what she said to Him.

But among the family, Joseph also instructed the boy when He got older. Joseph taught Him what work is. Joseph was a carpenter or, as they say, the "handy man" of the town. Meaning he lent a hand in any way because he knew something about everything. And he showed Jesus the carpenter's trade, which was what occupied his life the most. And so Jesus learned carpentry from him, but He also learned to help people with the little things they needed and for which he also had the skills.

He taught Him honesty at work. Not to take advantage of what others need when they ask for help. Honesty at work is very important and this is how Joseph taught his son.

He taught her that you have to help those who need it, without exception, to always help those who need it the most and perhaps those who can't return the favor because they have very little. That is why Joseph, without a doubt, would help a person even if he knew that they could not pay him because he knew their needs and how bad it was for them.

He taught Him how to treat other workers in the town. To get along with them. To not argue. Knowing how to respect others in what they allow you to know, and to never take away a job from whom it belongs to, because it may be the way they have to make a living for themselves and their family. That is why there is no need to argue about work issues. Being friends at work is a great virtue that is not always achieved but which you have to work for.

Holding Mary's Hand

This way of being and behaving is also a lesson for us from Mary. How are we to behave in our lives as Piarists, as men who by profession have devoted themselves to teaching, being this one of the realities that they esteem and insist on the most?

We must work hard. We say this in a general way, hard workers. In other words, work is something that must always be present in our lives. Work as our Founder did. If we review his life, we realize that his life was full of work. To carry forward the Order with all the problems that arose; encouraged his children with the thousands of letters he wrote; he was attentive to what was happening in each of the houses; he worried about each of the religious brothers and the problems they had; took care of the new foundations attending to what was asked from him from those who wanted to have a school in their city. And so many more things that he did during his life. In addition, this work did not impair his praying. He was a man of prayer and work, of work and prayer, dedicated to God and to others.

This means that we must not be “lazy”, meaning we must not be people who care little about work, and must be useful to the community we are a part of. Sometimes you see religious people who do not take part in the needs of the school or the community while they are perhaps eager to lack nothing, and seek to have everything.

We must be honest at work. Our work is with people, and in this field we must be very delicate. People, especially children, require as much attention as possible. They must be treated well. They remember how well they were treated during their stay at the Piarist school for the rest of their lives, so that they do not have to criticize any religious person for being mistreated or not taken care of.

We have to give what they expect from us. Children always expect a lot. They must not be disappointed. We have to meet their expectations. But you also have to teach them to be restrained. May they dream a lot and about what they want to be in the future, but at the same time may they be grounded, so they don't despair if they don't achieve their dreams.

They must be taught to be honest in their behavior, in their attitudes, in everything they do, think and want. Honesty, and we are not referring to it in a sexual context, but in human context because all these things are required in the human realm. Honesty will make you a good person and help you get what you want. Honesty with others, with colleagues so as not to take advantage of anyone. Not to abuse the weakest or those who suffer some personal difficul-

ty. There is nothing better than finding a helpful friend who helps when needed if you are in a worse physical or mental condition.

We must teach them how the relationship between them should be. Attentive, noble, willing to help, and to know how to defend those who are left apart by others. To go out in favor of those who are accused by others without reason because they are weaker, or because do not have the qualities that make them be admirable to others.

They must be taught to be in favor of the poor, of those who have less than they do, of those who go through trials that humiliate them or do not allow them to be like the rest

They must be educated in human, religious and social virtues. They must be respectable and respectful men who want to be helped if they need it and who help those in need. They must know how to help the most neglected ones in the class whether it is because they have less intellectual faculties, or are insulted or isolated from the rest in the class.

They must be taught not to trust certain elderly people who can harm them, who try to deceive them, or take them to undesirable places. We must insist they pay attention to what their parents tell them, and know how to report when they meet people in whom there is something dark, corrupt or dangerous.

They must be taught to know how to accept the affection, care and concern of their religious brothers or teachers who teach them. But at the same, time they must be careful in dealing with them and not allow anything evil happen to them, or something the children would not dare to tell their parents about because it would embarrass them, and because they know deep down that it is not right.

Regarding the teachers, whether religious or secular, we must prepare what we teach to the children or students well, so that there is an authentic dedication to the educational mission which is undoubtedly one of the most precious things that exist.

We must dedicate ourselves to all students without exception, but above all to the poorest, to the ones in the most need, those whom no one wants in their schools because they are not diligent students or they are, in a way, thugs; or they do not act as they should, and are rather a cause for concern for educators. A true educator does not dismiss anyone because they are a difficult person in class.

You have to love all students whatever way they are, which also means that they have to be corrected when necessary, and on some occasion it may be necessary to force them to leave school for their own good and the good of the other classmates. They must be very rare cases because precisely to educate is to teach how to behave well, to take care of things and people.

Prayer

*Oh virginal maiden
your name the purest, Mary,
when the white star
is reborn with the day,
the birds will sing the litany!*

*Fulfilling the promise
that your soft integrity shone
and the whole sky weighs,
with grave indulgence,
on the faithful salutation of the "Hail".*

*If in your simple virtue
the perfect Trinity enjoyed itself,
kneeling,
the archangel showed
the grace of the Love sent to her.*

*You, flowered Virgin,
you gave the miracle of your scent to the wind,
and the grateful aura
that picked up your accent
dressed the room with cheerful light.*

*The archangel climbed high
restoring the peace of dawn,
and the tender surprise
of his lauded climb
the chosen centuries will call to you.*

Mary of Dispossession

Mary's Experience

That baby born in Bethlehem had been growing. A teenager, living at home with her parents. And Luke said that little by little, he kept growing in knowledge, in stature and in the favor of God and men. Time passed and the adolescent became an adult. He was still living at home with his parents by then. And He lived there until the moment He left that home and His mother. During this period, around thirty years, there were two events that marked the life of this family. The first one was the death of Joseph. When did he die? We don't know. He certainly couldn't be older. He probably hadn't reached 50 years by the time Jesus left their home. Therefore, let's say that he died a few years before. He was not older, and also lifespans were shorter back then.

We don't know how, but one day Joseph did not feel well. Either it was something sudden or some evil that was growing inside him. They realized he was leaving this world soon. We can imagine the pain Mary and Jesus went through. Mary would have remembered all of her life with her husband. From the moment she had seen him in her land and she had liked him. So much that she had married him. And she had thought about starting a family. And later the rush of telling him what had happened to her with the angel. How Yahweh intervened so that he wouldn't leave Mary. The birth of the child. The travels from one place to another due to circumstances that had to do with the child. He had to be protected. And Joseph was the father of the house. Then settling down somewhere. And to live working, earning a living for the family. Loving both of them at home and teaching Jesus as many things as he had been taught. And Jesus loved him so much! Mother and son were next to Joseph's

bed. There was peace. How wouldn't there be peace in such company? Joseph left this world, but he left peacefully. Pain was present. How wouldn't there be pain if his father was leaving! They knew that wherever he was going to, he would be happy. But it always hurts when someone we love leaves. What might they have said to each other during those days of sickness, seeing that everything was over? How would they cheer up? What might have Mary said to Joseph! How must she have looked at him and notice all the love she had for Joseph for so many years in his eyes! As a family, they had been happy. There had been no discussions, they had taken care of the child who was now an adult and that did not mean that they loved him less or were reserved about showing Him how much they loved Him. Without a doubt, Mary would have encouraged Joseph to welcome the moment of departure with peace; Jesus would have taken his hand, consoled him and said words that we cannot imagine, words of affection, of gratitude, of hope. They would see each other again.

This was but the end of a stage. It was not the end of everything. And little by little, Joseph's eyes closed. Little by little he stopped breathing. And the end came. How much must they have kiss that body, which had done so much good for the two who remained, mother and Son! And they buried him according to Jewish tradition. We will never know where, but that's not what's important. He died as no one has died, in the living presence of Mary and Jesus. Accompanied by the two of them. Loved by both of them. And the two were left alone. The house seemed a little bigger because it was missing a person who had once filled it. Life went on and they had to get used to living without Joseph's presence, living life the best they could. At the beginning, they had to get used to continue to work and do their daily chores.

Mary continued with her chores at home. Jesus with his own work. Perhaps with a little more after that because he had to fulfill the commitments that Joseph had made. Life seemed normal. But on the inside, a certain apprehension was growing in Mary. Jesus was going to be thirty years old soon. She was surprised that He was still home. They had certainly never discussed this topic before. Mary knew that her son was something special. Apart from that one time He stayed in the Temple during the visit they made when He was a teenager, and the words He addressed to his parents when they

reprimanded him for not saying anything to them, there was nothing strange in his behavior. But Mary remembered the angel, even though she hadn't quite understood it; the angel had said "what will be born will be holy, it will be called the Son of God." So she knew that He was someone very special. It was enough to see how much they had done to save the child's life when He was little.

And the day came. Mother and son were talking. They had eaten, it was dusk. Silence was becoming evident in the homes at that hour. And Jesus told His mother that He had to tell her something. He tells her that He has heard that there is a prophet baptizing people in the Jordan river. That He wants to be baptized too, and therefore wants to go there. He did not tell Her if He would return. She understood it was a one-way trip. She did not know what Jesus was going to do. His life was about fulfilling what the Heavenly Father marked for Him day after day. He did not say it that way, but that is how Mary understood it. Her son was leaving. They had lived with immense affection and care since Joseph's departure. What would happen to Jesus? Mary could not refuse. She was the "yes" woman. How many "yes" had she said from the first one, that one time to the angel! "Yes" to Joseph when he said one thing, "yes" to Joseph again because they had to go from one place to another, "yes", always "yes". And now again, the "yes" that seemed to break her heart. It was a very conscious "yes" because she understood what Jesus wanted, but at the same time it was very painful because it meant being alone. She did not object. She didn't say anything against it. She did not make it difficult for Him. She said "Yes. If that is your destiny, go son". They probably had no idea that the prophet who was baptizing people in the Jordan river was nothing less than the child who had leaped out of joy in Elizabeth's womb when Mary visited her! The mother would give her some advice; mother's advice: to be careful, not to have anything bad happen to him, to do whatever good she could to whoever needed it, that she would remain but would like to know something about him. Advice from a mother to an adult. He was an adult, but He was her son. She had always cared for Him and now she couldn't stop caring for Him. At least with words.

It also had to be hard for Jesus. A new stage in His life was beginning. He realized that it was so. He sensed that things were not going to be easy. He did not yet know what was going to happen

to Him, nor did He know how it was going to unfold. But He was willing to be a good person, to do all the good He could. But first of all He wanted to be baptized, He wanted water to be poured down on His head by the prophet, as he did with many Jews who came to him. And many asked him how they had to behave. John told them. Perhaps He would tell him something too. He had no idea that it was going to be the other way around, that the one who was going to ask something to the other was the prophet to Him. He would respond as He understood He should.

And the moment of departure arrived. A hug, a kiss, hands that clasp, a feeling where the mother holds His hand as if she didn't want Him to leave, but it is only an impression. She knew He must go. He knew He must go. He left the house. And the door was shut. He didn't look back. No one who puts their hands on the plow, turns back. Nor did she open the door again to watch Him leaving. It was His destiny. And He accepted it wholeheartedly. It is true that some tears came to her eyes. Because love also manifests itself in tears. Her son had left. She was alone. Life went on but it was different already. These two events were two wounds in Mary's heart. She suffered the dispossession of Joseph's death and the departure of Jesus from their house. She was stripped from what she loved the most, but she was open to the Father's will. Perhaps in those moments she remembered the day she gave that "yes" to the angel and she thought that she had never assumed that "yes" would have such harsh consequences for her life. But there she was, still standing, loving Yahweh, accepting His will, and saying "yes" again.

Holding Mary's Hand

Dispossession appears in our life too. We call ourselves disciples of Jesus. We have adopted a religious life. The Lord said that whoever wants to follow Him must carry his cross. And the cross signifies and implies dispossession. Let us see from that perspective the vows that we have made in our religious life.

The Lord stripped himself of His wealth, He was God, and He accepted the poverty of being a man. We willingly accept Christ's poverty as our own. Thus we bear witness that we have put our trust in the Lord. We abandon material goods in the way that each one

knows how to. And that poverty, that dispossession that is implied is different for each one of us. Every one feels the call to experience poverty in their own way. We all have to comply with the Constitutions. But these indicate the minimum of how we have to live. And from then on, every one feels the call to live it in a more intense way or simply as the Constitutions indicate.

For the Piarists, we classify poverty as “venerable” because the Founder wanted it that way. Meaning that we venerate it. We do not flee from it. We have to accept it from the heart. We have to be willing to live it as the Lord asks us to. We have to have an open heart to do His will in this.

That is why we have to express poverty in many ways. In the austerity of life that we lead without allowing ourselves things that contradict it, nor do we have to live better than our relatives who have not taken a vow of poverty. We manifest it in when we submit to common labor laws. We cannot run away from work, it is our way of life and we have to accept it willingly, keeping in mind there are people who have never taken a poverty vow and still exhaust themselves working, which is something we might not do ourselves.

We divest ourselves of the possibility of acquiring and possessing. This has to be evident in our lives. And we must examine this reality to see if we have really followed it. In this sense, we must not allow ourselves to own everything that appears on the market, even if we make the excuse that it is because it serves us for our ministry. This statement must be examined in each case to see if it is true.

Let us remember that the Holy Father said that poverty was the strongest defense of the Order. That is why it must be preserved in all its integrity. Even more, we must be able to seek and find new forms of poverty. Everyone in their own heart, in their life and in the face of God.

The Founder said in his Constitutions that movable property should not be superfluous; that they have to bear witness to poverty. It would not be bad for us from time to time to examine how we live in poverty, and to what extent we need everything we have. Moreover, before buying something or getting something, we must also examine ourselves if it is necessary or if something is rather a whim, something that we simply like.

We also experience dispossession when it comes to the subject of chastity. We have given up on having a family, on having someone to live with us as a companion and life partner. This may not have been hard when we were very young. Or maybe it was. But as the years go by and we reach middle age, one feels the need for feminine affection. We feel the desire to experience what our brothers in our family experience. And there comes the dispossession. We are the Lord's. Meaning we belong to the Lord.

It is not as much about the sexual issue as some insist, it is more about the issue of belonging. You can see everything related to sexuality and yet the heart can belong to someone else. We are not chaste simply regarding the sexual matter, but we are mainly if we regard the belonging matter. Belonging means to be someone else's. We are the Lord's. Our whole being belongs to Him. The Constitutions say that chastity for the Kingdom is an eminent gift from the Father's love.

Through life we have to examine whether it is true that we belong to the Lord. If our heart rests on Him. If our love belongs to Him. This does not mean that we should not love people, but this is lived on a different plane. Let's think about Jesus: Of course He loved his disciples; He loved them and told them so on several occasions; but His belonging belonged to the Father. He loved His disciples but He did not belong to them. He even gave His life away through death on the cross for them and for all men, but His heart belonged to the Father. It only belonged to Him. This is what we also have to examine in our life.

This gift of chastity, we are also told in the Constitutions, must be discovered, acquired and preserved. That's exam material right there. Many times it will seem that our hearts are broken because we are attracted to realities that we have renounced to. Well, let's remember that chastity includes a dispossession that we do out of love for God. He is our heritage, our property, our everything.

Dispossession must also manifest itself in the matter of the vow of obedience. So many times we would like to do what we want or what we like. We would like no one to try to tell us what to do. We feel like adults, and as such we believe that we are not treated that way many times. We are told this in the Constitutions: "By the vow

of obedience we submit to what the Superiors order according to the Constitutions.” It is not always easy to observe this. We believe that our autonomy is above many things that they order us to do. And we have to examine, with our gaze fixed on the Cross, if what we think or do in so many occasions is true.

It is of great importance to read frequently and examine our lives in light of the chapter on obedience written by Calasanz. Although there are things that are from the past, he wrote many others for us. Let me quote a few: “To the Superior, whoever He is, may He be respected as a father; give Him total obedience, willingly, in availability and humility, without legitimate excuses or protests.

“You will achieve it without difficulty if you strive to discover Christ the Lord in all His Superiority, even if what is commanded may seem arduous and contrary to what you would prefer. It was the Lord who said to the Superiors: “Whoever listens to you listens to me; whoever rejects you rejects me”.

There is no doubt that, as religious men, dispossession appears frequently in our lives. We have to live it as we have seen it in Mary. We must be led by her to live it with a heart that truly loves the Lord. May she encourage us at all times. So that when we find it difficult to deprive ourselves or to be deprived, we may turn to Mary, remember what she experienced and ask her, with all of our soul, to help us to imitate her, to belong to the Lord.

Prayer

*When following her, you do not get lost.
When invoking her, you don't despair.
When thinking about her, you don't ramble.
When leaning on her, you don't fall.
When guided by her, you advance calmly.
When shielded with her, fear not.
When you have her favor, you finish the race.*

Mary of Solitude

Mary's Experience

Mary was at home. Alone. The house felt so big even though it was small! But those who used to fill it were missing, Joseph and Jesus. Joseph left some years before and she knows that he was happy, that he was in a place where there are no tears and everything is good. But Jesus... what was going to happen to Him? How was He doing? And all she did was to think about it. She hardly had any more work to do at home. What would she clean if no one was making a mess? And who was she going to cook for? It turned out that she had almost lost her appetite. There was nothing left to do. She had a few friends, but those friends didn't fill the void she felt. Despite having friends, the emptiness was internal. You can be around people, but still feel alone. But the emptiness was also external, she was missing what she loved the most. She didn't know how to entertain herself. It's the loneliness. The loneliness was more pressing than ever. She was alone fearing what might be happening somewhere else. To know nothing. To have no news.

She knew that her son had done what He had to do and that was good. That comforted her in a way, but it was a fragile comfort when she missed His presence. She missed Him so much! That presence that made her happy. The presence that filled everything. The presence that was tangible even though Jesus was away from home at work. Back then she knew He would come back. To eat, to have dinner. To be with her. They had conversations, they talked about their day. But it was all about being with Him. And then? Nothing.

Friends often asked her about her son. He had attracted attention for being at home for so long. He was older. He had not chosen a wife. That was not common among others. And they asked Mary if something was wrong. Mary answered there was nothing wrong. She said that they were happy, that her Son had a job and that He

preferred to live as He did. Many times she had had to come to His defense. But then not even that. Because when He left, the gossiping stopped. As if He never existed. And if they ever asked her about Him, it was out of sheer curiosity. Women's things. Or of mothers who thought about how their children lived.

Mary knew how to fight those small battles. She would smile, said that everything was fine and kept quiet. Her heart was suffering already. She was not going to allow herself to shed any tears. Why would he spill tears if she knew that her son had done the right thing? If she knew that he had gone to do something good? Had He been baptized already? Had He reached the Jordan, the place where the prophet was? The lack of news, that was what hurt. She didn't think her son would get back in touch. That was not his way of being. She felt it in her heart and knew that He carried her in His.

The days passed and despite everything, she was at peace. Her friends feared she was unhappy. She had no one to comfort her. And if they were going to talk to her, that certainly didn't comfort her. On the outside, she was very attentive and talked with other women; but on the inside she was carrying a heavy load. She was in pain even though she was convinced that her son was fine. How could she not if she knew what He was like? Who could do Him any harm when He was goodness personified?

Mary spent a lot of time remembering the past. That comforted her. She remembered the words that Jesus said to her. She remembered conversations they used to have. She remembered how they spoke about the history of the People, of how Yahweh had saved them, what He had done for them, of the prophets He had sent, of how badly the People had responded to Yahweh many times. And Jesus, who went to the synagogue on Saturdays, would later tell his mother what He had heard. And both hearts were on fire with love for Yahweh. She had learned so much from her Son! He had been so good for her! Their conversations would have been worth listening to. And when Joseph was there, all three spoke of the same thing, with the same fervor, with the same love for Yahweh. That's how Mary spent a lot of her time.

Perhaps nostalgia would catch her sometimes. Nostalgia because she missed her Son. After all, she was a mother and had lived for her son. If mothers live for their children, this can definitely be said about Mary. She had accepted Him with that "yes" in the early days

and then she had followed Him step by step as He grew older. Jesus loved his mother, He respected her, He told her the things He had to tell her, and both understood each other very well.

But the loneliness that she felt ... Loneliness did not defeat her. It was a loneliness filled with the clamor of wanting to have Him close again. She would have loved to see Him walk in through the door! No, she didn't want Him to stop doing what He was doing. She respected the decision He had made because she knew that her son was not irresponsible. If He had decided to leave, He had to do so. But that didn't cure the nostalgia. She endured it day after day, from dawn until she managed to fall asleep. And she had to pretend so many things to other women! If they went to her house with conversations that would make her uncomfortable, but she did not express it. On the contrary, he made sure that they were all well, that they had a good time. They would chat about the things that happened in the town and which Mary only learned through them. I don't think she went out much. Nor was she pretending to be lonely. That would not be good and it would attract a lot of attention. She was just another mother, but she missed her son. Perhaps there were more women who went through the same; well, saying "that went through the same" is just a saying. Yes, the same on the surface regarding the situation of being alone. But internally, she lived something that no one could understand.

And so the days and the weeks went by. Without any news. Perhaps it was known that the prophet continued to baptize, but nothing was known about those who were baptized or what they did after being baptized. They had heard that he taught the baptized how they should live. Many asked him what they should do and he answered them. That's what they heard about him, but it was all facts without names. When a woman misses her child because he has gone elsewhere, she expects to hear about him if anyone knows anything. Perhaps Mary was also hoping to hear something about Jesus. But nobody said anything.

Mary experienced loneliness with an open heart, with total acceptance, with an availability which was the way she had to be with her son. Perhaps she was wondering if it was always going to be that way. If she would see Him again. If she would have the fortune to be with him or at least see him one more time. That encouraged her And she comforted herself with that. Loneliness was something that Mary had to suffer and that she did with all her heart thinking of the goodness in her son.

Holding Mary's Hand

Have we tasted loneliness? We certainly have. We have gone through a lot of loneliness in life. That happens to everyone. It depends on each one's personality, on the circumstances they have gone through, on the events that have come upon them.

Sometimes people had to endure loneliness when they were children. They did not have the love they needed from their parents. They grew up lonely. Perhaps they had everything, but they lacked their parent's love. How many of these children might be out there! And we know the results that loneliness has brought. Some are even tragic. In our lives as educators, we may have met these children. Loneliness makes them isolate from the rest; it is something that accompanies them and that saddens their life. If we have encountered these cases, our obligation has always been to be with them, to help them to try to pass the bitter ordeal they suffered in their childhood.

There is the loneliness of the autistic. This is a disease, but it is still loneliness. Enclosed in themselves, with nothing or no one who can get them out of their situation. The fact that we have found such people is even more difficult. If we have found them, we have proven the impossibility of helping them many times. It is a matter for doctors and specialists.

There is the loneliness of the adolescent who believes himself better than the rest. Who becomes the "bully", the one who is above the others, the one who can do anything and can fight against anyone. But at heart all this is nothing but the result of a loneliness that they wish to overcome by trying to become superior to others. They must be taught how to live and must be encouraged to think about how they live and what they do. And what they must do to be truly happy.

There is the loneliness of the one who is not accepted by others. Nobody shows affection to them, nor closeness. They can't find friends who want to be with him. They are people who feel a loneliness that makes their hearts bitter. Loneliness that can sometimes lead to tragic solutions and you have to try to heal. It is not difficult to find such people. And the true educator has to be attentive to these cases to try to find a solution.

There is the loneliness of the mature man who cannot find a companion to live with him, because although he has tried, it has always gone wrong. It is due to the character that he has and the behavior that he carries in his life.

There is the loneliness of the divorced. He had a happy time with his family, but something happened. Perhaps it was infidelity in the marriage, which led him to stay alone. And then he was left without a wife or lover. He tried to overcome loneliness by masking it with diversions that only added to that loneliness. And they often become human wrecks. Away from everyone, without friends, without family and perhaps they were even fired from work. What a painful loneliness!

We have talked about the loneliness of others, but we must ask ourselves about our own types of loneliness. Do we have them? Have we noticed them?

The loneliness of the religious man who has a bad character, who has a bad relationship with others, who blames what happens to him to others, and who sees that no one approaches him, he is alone.

The loneliness of the one who is involved only in his own things, who does not share a quiet, attentive, careful common life. Perhaps he lives on the fringes of common life or does not share almost anything of what life is with others. Yes, he is going to have a meal, but he hardly speaks. He usually skips prayer because he is not comfortable in these acts and does not know what to do in them. He goes into his room and nobody knows what he's doing there; no one enters or has ever entered his room. Therefore no one knows how he actually lives. This one is lonely.

The loneliness of those who do speak with others, share a common life, but have an empty heart. He does not belong to God. God is not the center of his life. He is not comfortable in prayer and does not know what to do in times of prayer. He is a person who finds company on the surface, but is alone on the inside.

The loneliness of those who do not know how to enjoy the joy of the community, the happy moments that are lived in it, the joys of a brother who has obtained something he wanted, the praise another brother gets for what he does and how he lives. This brother has loneliness in his heart. But it is a loneliness that is bad, that hurts him, that separates him from others, that makes him incapable of being happy with the other brothers, because envy eats away his heart.

The loneliness of someone who hurts another brother, or is envious of him or is not happy about his triumphs. All this is a cause of bad mood, being alone, not participating in what the other brothers of the community live. He too lives in solitude, and that solitude marks his heart, makes him incapable of being with others and living that

religious life that he has professed with them and that life was what should encourage him in all the moments of his life. What should have been a cause of joy is a cause of reluctance. What should have been a cause of joy, becomes a kind of hell inside because there is no enjoyment, he is not happy, he does not feel joyful. There are also people who are in this situation. It is the loneliness of the envious.

Therefore there are two kinds of loneliness. The loneliness of being alone with God, like that of Mary, the loneliness that fills the heart with joy, the loneliness that does not turn away from God but brings Him closer, and this is the good type of loneliness. And the bad loneliness, the one that separates from others, the one that is the cause of disgust, separation and discontent. The one who will never be happy because his loneliness separates him from the God who fills the loneliness of those who love him.

Prayer

*Mother, lend me your eyes
to look with them
because if I look with them
I will never sin again.*

*Mother, lend me your lips
to pray with them
because if I pray with them
Jesus will be able to hear me.*

*Mother, lend me your language
to be able to commune
because it is your mother tongue
of love and holiness.*

*Mother, lend me your arms
to be able to work
so that my work will yield
one and a thousand times more.*

*Mother, lend me your mantle
to cover my wickedness
because if covered with your mantle
I can reach Heaven.*

*Mother, lend me your Son
so that I can love Him
because if you give me Jesus
what more could I wish for?*

Mary of Suffering

Mary's Experience

At last she could see Him. Although a bit far, but there was her Son. And she heard when they told Him that his mother and brothers were outside, and that they were looking for him. He responded that his mother and brothers were the ones who were fulfilling the will of Yahweh. Mary did not feel abandoned. She fulfilled the will of Yahweh, what else had her life been all along! Therefore she felt like even more of a mother. On the one hand because she gave birth to Him; on the other because she had always fulfilled the will of Yahweh.

On different occasions she had the opportunity to see Him from afar, but nothing more. Of course, she is worried about what she heard. The high priests, the scribes, and the Pharisees were against Him. But how could this be? Didn't they really know her son? If they knew Him they would not be against Him. But it hurt even more when it turned out that it was even more tragic, they wanted to kill Him. They wanted to get rid of Him. They said He incited the masses, the people. But He only did good. People loved Him, followed Him. It were only the political and religious powers that were against Him. Humble people were with Him and followed Him. And if not, you had to wait and see what would happen one day. She saw Him sitting on a donkey, with His disciples accompanying Him and with an immense crowd that cheered Him. How did they want to kill someone who was followed like that by the people? Didn't they realize how they hailed Him and the "Hosanna" that was heard everywhere? She had mixed feelings in her mother's heart. On the one hand, the joy of seeing how they loved and followed Him. She heard of all the good deeds He did during the time she was still living in Nazareth. But, on the other hand, she felt a tremendous unease caving inside her. Were they going to achieve what the authorities wanted? To kill him? That horror couldn't happen.

The women who followed Him everywhere had news. They could no longer follow Him as before. It was forbidden. On the other hand, Jesus did not always manifest Himself as openly as before. He seemed to be distancing himself, as if He was convinced that things were not going the right way. And the women, let's call them disciples, heard what was being said everywhere. They told Mary to stay further away. They did not want to tell her about the extreme gravity of the situation so as not to make her suffer. But Mary realized that something was being hidden from her, and she assumed what it was. And this made her suffer. She suffered for her son. She suffered for what they could do to Him. She suffered because she saw that they did not understand Him. She suffered because despite the crowd that followed Him on the day of the colt, little by little it seemed that they were moving away from Him.

Jesus dedicated Himself to his disciples more. He spent more time with them. Mostly only with them. He had many things to tell them. He hid, and when He went up to Jerusalem, to the Temple, He did it secretly, not openly. But not always. Other times He was preaching with no one stopping Him. That annoyed the religious authorities when the news reached them. "How hadn't you taken and brought Him in?" They asked the soldiers. And they answered: "Nobody had spoken like Him before".

Jesus gathered His own. He gathered them for dinner. It was going to be the last supper. Only the disciples were there. No women. Hence Mary was not there. She followed Him from afar, she followed Him with her heart when she listened to what people told her.

And she suffered immensely when she was told that He had been arrested. That a disciple, one from His own, had betrayed Him. That they had brought Him to the High Priest. We know about everything the Master had to suffer during those hours. Did Mary know? It was quite possible that she didn't know about all the things that her Son suffered while it was happening. But she was living without living. She knew they had caught Him. That they had taken Him away to have Him judged. That His enemies had Him. That the disciples had abandoned Him. That He was alone. And that shook Mary's heart. Nothing in life had made her suffer like what was happening then. She listened to what they were doing to her Son. She was thinking about how He was being treated.

She can't see what they were doing to Him, but she would eventually see the results of it.

And the women found out about the trial before Pilate. Maybe they were there to see what would happen and tell Mary everything. They saw how people rejected the One who had done so much good for them. They saw how Pilate presented Him; as everyone's laughingstock. But a painful laughingstock, bloodied, crowned with thorns, dressed in purple as an insult. Jesus was silent, quiet, humble, with his eyes looking at the ground. He faced death.

And so the road to the Calvary began. He was burdened with a cross. He was weak, He couldn't take it anymore. He fell one, two, three times. Women followed Him. And among them, his mother followed Him too. How could Mary not suffer when she saw the state her Son was in? It broke her heart. She walked as she could. The friendly women and Jesus' followers helped her. They had to hold her. And Mary was staring at her Son. She saw Him suffer. She suffered from watching Him suffer. She couldn't comprehend how they were capable of doing what she was seeing. For a moment, Jesus turned His head and looked at his mother. How must have they looked at each other! Their eyes met. There was pain in Jesus, which was what carried Him to do this out of love for those who do evil and for love of all men. And there was his mother's pain when she saw the state her Son was in.

They reached the top. And Mary saw something horrible. She saw them taking off His clothes, putting Him over a log and crucifying Him. Then they rose the log, put it on the standing log, and crucified His feet. What could this have meant for Mary? How could she stand this? She couldn't. She fainted and had to be supported by women. And there she saw her Son hanging on the cross. She stayed there all along. From the moment He was crucified until He died. She heard the few of the words He uttered. But she heard what was so significant about Him, that He even forgave what was being done to Him. "Father, forgive them . . ." And this was followed by an excuse, "because they don't know what they're doing." Mary recognized her Son again in these words. He was the same as always. The one who had always behaved well. The one who had never hurt anyone.

In the end, she heard the heart breaking cry of Jesus, and He breathed for one last time. He had died. And Mary's heart died right

there. She suffered during her stay in Jerusalem in a way she had never suffered. And especially on that day which she would never forget. The image of her suffering Son is stuck in her eyes.

He died at the end, and a spear was pierced into Him in his ribs. And blood and water came out. And since the Jewish holy day is going to begin, they have to bring Him from the cross. They did so. And they put His body on Mary's lap for a few moments. What a long way from that baby just over thirty years ago, to that lifeless body on her lap! Mary has no tears left to cry. They removed the corpse and took it away to bury it. She was helped by the women and returned to Jerusalem from the Calvary. Someone welcomed her into their home, Mary was devastated. But something inside told her that this was not the end. And as always, she waited. She knew how to say "yes" to that crucifixion again. She said "yes" again to the pain caused by everything she had gone through. And that "yes" kept her full of hope knowing that was not the end. She knew that her Son had to defeat evil, not out of revenge but out of love. And this was her experience. She was suffering, but remained waiting.

Holding Mary's Hand

Observing Mary's suffering makes us understand that all the suffering that we have been through is nothing in comparison. Suffering is what she endured. She suffered with her son and for her Son. We have to suffer because we want to follow Jesus, and we want our mother to help us and comfort us in the suffering we have, because Mary is also our mother. She is our mother because one of the words, of the few words that Jesus said while on the cross, was to give her to us as a mother in the person of John, the favorite disciple. And the gospels say that John took her home.

Physical suffering will appear in our life. It can be in many ways. Children suffer because they want things that cannot be given to them and then they cry, a manifestation of suffering. They cry when they fight another person, and also they suffers and makes people suffer. They cry when they don't get what they want or can't get people to listen to them in everything they wants.

The adolescent who does not get what he wants suffers; his dreams are broken and he does not achieve what he is looking for. They suffer if they fail in studies or in love. They suffer as adults for many

things. There is the physical illness of a fall, of an illness, of a contempt that has been done to him. Many suffer because they fail in their marriage and have to change their lives.

The physical pain of illness, falls, and grief is also present in the lives of us, religious men. Suffering is normal in humans. Nobody can take away our capability to suffer. Besides, physical suffering is often the catalyst of growth in someone.

We can review our life and remember that we all have suffered physically. Suffering is inherent in human nature and no one can escape this reality. Some suffer more, others seem to suffer less, or the suffering has not yet reached their lives. But just talk to an old man and ask him if he has ever suffered physically in his life. Some sufferings are extremely painful, others can be endured more easily, but no one is exempt of physical suffering. But in Mary we always have help in the sufferings we go through, because she understands what suffering is and will help us if we ask her with a heart that's ready to accept whatever comes our way.

There is mental suffering. Worse suffering. The anguish of many people; they live in perpetual anguish, perhaps from the time they get up until they go to bed. Many times they do not even know the reason, the anguish simply appears in their heart and that's what makes them suffer. Or depression, not finding meaning in your life. Many want death to come because they want everything they are going through to disappear. There are people who consider taking their own lives because of what happens to them seems unbearable.

Let's not even mention of those people who are disabled, in bed forever. Perhaps without being able to move almost, dependent on everything, because everything has to be done for them. They ask to be allowed to die. They would rather die than continue living as they live. And much has been discussed about this problem. We know what the believer says, but the truth is that we do not know what these people have to suffer. You have to be with them, you have to encourage them, you have to give them hope, because they do not understand that their life has meaning. And if it doesn't make sense, why keep living? We also have to entrust Mary in a special way.

There is the stress that is a suffering that has become fashionable in our time, and it is worth that to become fashionable. When a per-

son suffers it, it seems that they cannot take it anymore. Tired, not wanting anything, without seeing any meaning in their existence. This is a very acute pain in people who go through these situations.

And if any of these sufferings were to happen to us, we have to go to Mary, ask for her help because we won't be feeling well if we don't.

And there is moral pain. Not only the physical and the psychological, but also the moral one. We call it sin. It is true that there are people for whom sin means nothing. They neither speak of it, nor think of it. They have no notion of sin and therefore it does not make them suffer. But when you are a believer and think about your life of sin, you suffer! Why? Because when we consider what we have seen in the first part of this encounter, the death of Jesus and what he suffered, we realize what sin is. Sin can only be understood, if it can be understood, by looking at the Cross. He died for us. He was hanging from the Cross for us. Everything that happened has happened for us. For us, that is, for the bad behavior we have had in life, for the evil we have committed. May the Lord make us understand what sin is. Let us not trivialize it. Because it can be trivialized if one sins, confesses and everything is forgiven. Sometimes it costs so little to confess ... And again sin, and again forgiveness. And it turns out that God is less tired of forgiving than we are of sinning.

Faced with the pain of sin, let us ask Jesus to help us to love Him from the heart, and let us ask Mary not to let go of our hand so that we never again offend her Son hanging on the cross.

Prayer

I have a thousand difficulties: help me.

From the enemies of the soul: save me.

In my mistakes: enlighten me.

In my doubts and sorrows: comfort me.

In my illnesses: strengthen me.

When they despise me: encourage me.

Amidst temptations: defend me.

During difficult hours: console me.

With your maternal heart: love me.

With your immense power: protect me.

And in your arms, upon exhaling: receive me.

Virgin of Carmen, pray for us.

Amen.

Mary of Joy

Mary's Experience

She was alone. Still heartbroken. It is true that she was with a lot of hope. She didn't know what would happen. But she was convinced that evil can never win. She had been through many difficult moments. It seemed that they were going to win. But no. In the end, good had been victorious, it had been able to defeat evil. Yahweh had never left her in the lurch. That is how she must have spent all her time since her Son had died and she had held Him, as a corpse, in her lap.

She was thinking about her Son. She couldn't stop thinking about what she had seen. Everything that had happened in the climb towards the Calvary where she had accompanied Him. She suffered, yes, but now it was a different kind of suffering. Not because some time had passed since the death of her Son, but because she did not know how, but she still had hope in her heart. Yes, hope that she would see Him again. She did not know how. She knew it and she knew it very well, from her own experience, that Yahweh has ways that we do not understand, but in which He shows His love for us. And she knew she was loved by Yahweh. She remembered those words from the old Simeon when she went to the Temple with her Son for the purification. "A sword will pierce your heart." And indeed not one, but many swords had pierced his heart. But she also remembered how he had said that his eyes (Simeon's) would see the salvation of Israel. The first one had been fulfilled, the second would also be fulfilled.

Mary thought about it and waited. And behold, suddenly an immense light appeared in the middle of the small room. And there He was. She could hardly believe it. The One who had begotten, the One she had taken care of during her life, the One who had accompanied her for many years, the one who had left His home

to be baptized, the One who had done so much good for men, the One who had carried the cross and walked to the Calvary, the One who had died in her lap, He was there. Alive! Radiant with light and joy. With immense joy. With a smile that filled His face with joy and peace. He was right there. Nobody knew. In fact, no one had seen Him yet. Some doubted Him when they saw Him, others did not recognize Him, others waited for a word from Jesus to recognize Him, but others, the women, ran to announce to the disciples that the tomb was empty. Everyone reacted differently. She didn't. She knew that was her Son. She felt an immense joy. Hope was no longer only hope, it was a reality. She knew it. Evil could not win. He was there and not to take revenge for the evil suffered, but to show His love to everyone, even those who had treated Him the worst. That was her Son.

Therefore, the first thing she felt was admiration, joy and happiness. Her heart leapt with joy. She couldn't stop believing it. She had seen Him dead, and even more, she had held His dead body in her arms. And yet there he was, alive, full of light, full of vigor, strength, joy, love.

After the first moments, Jesus turned to His mother. What did He tell her? Did He have something to tell her? Didn't she feel it all in His heart with no words needed? They understood each other with their eyes. Their eyes said it all. The last time they had managed to look at each other was on the climb to the Calvary. Now they looked at things in a different way. Their eyes were full of happiness. Eyes that expressed the love that they have always had. But as it turned out, things had changed. How many times had they looked at each other throughout their lives, in Bethlehem, in Nazareth! But their way to see things was now different. They looked at each other with recognition, with peace.

What was Mary going through? Who could tell? Without doubt she was experiencing joy. That what filled her being completely. It wasn't that joy had disappeared from her heart, but it was hidden very deep, because suffering occupied everything. But now it was the other way around. What predominated was joy and the suffering had disappeared. She no longer had to cry, unless she shed tears of joy. Because love, joy and happiness sometimes also manifest themselves in tears. But they are so different!

Mary also felt joy. The joy of having Him again. If He had presented himself to her, she anticipated that He was no going to stay with her. He would have some mission to fulfill, that He would leave, but He would always be with her. It was a very different departure from when He left Nazareth to look for the famous prophet who baptized Him. And yes, He left again but He was going to remain in her heart and she would remain in His. Immense joy.

At the same time, she felt peace. An immense, unknown peace. She had never lacked peace, even in the midst of the sufferings she had been through. She couldn't say how those two realities had come together in her life, but it was true. Now there was no more suffering and everything was peaceful. Peace made her happy. Peace was the way to always be with Him. Peace was going to be the first thing her Son was going to wish for those who saw Him resurrected for the first time.

An unknown word by then: resurrected! So was her Son, resurrected. The Father of Heavens had kept Him alive because He was His Son, a Son who existed before the existence of the universe and who could not cease to exist. He had died, but somehow at the same time He was living. God had resurrected His own Son, He had preserved His life, He had kept Him with Him while those hours of confusion passed for everyone else.

Jesus spoke with His eyes to Mary and she also spoke with her eyes to her Son. Eyes that met, or rather looks that met and that carried love, joy, joy, happiness. The things they must have said to each other with their eyes! Jesus would tell her how much He loved her, how happy He was that she was His mother, how grateful He was for how she had taken care of Him during His life, for not leaving Him for a single moment, and how grateful He was because she had let him go to fulfill His mission. Mary would tell Him with her gaze that she loved Him, that she was His mother but at the same time a disciple, that she had always fulfilled the will of Yahweh and that she would always continue to fulfill it because in this way she was also with Him.

That was the meeting between the Mother and Son. And Jesus disappeared, He left his mother, He left her with His special presence that is what she now had, but He kept her close to His heart forever. From afar, but present. Being with others, but being especially with her. How happy He was!

Holding Mary's Hand

Joy also floods every Christian. Like Mary, all of us feel the happiness of knowing that Jesus has risen, that the Father has saved Him from death and that He is now enthroned by His right hand. Why are we happy? For the same reason that Mary was.

First, because when Jesus resurrected, He had declared that He had conquered death. He had killed death with His own death. He had conquered death with His own death. With his death, life is superior to death. Where is your power, oh death? Jesus the Lord has taken it from you. He gave his life and with His death He conquered death. This makes us Christians unafraid of death. Without a doubt, as human we can fear it because to die is to leave this world and this has a cost. But it is a momentary fear because we know that what is behind death is life, after death the Lord of life who awaits for us. And what an immense joy it is to know that the Lord awaits us, the One who died for us and in this way made us able to look at death without fear. We will die, but death will mean passing into eternal life, to live forever. So what does death have to say? What can death boast of? It wasn't able to defeat Jesus, and through Him it can't defeat any human. It is not strange that many saints longed for death, they wanted it to come to them because they knew that death was simply a step towards authentic life, that in which they would no longer cease to exist. To live forever. To live forever with the One who is Life. The sting of death can no longer harm anyone. Those who do not feel this way do not understand what happened on the Calvary and what was later reflected in the visit of Jesus to his Mother.

Second, Christians are happy because Jesus defeated sin. We know that the Master suffered a lot physically. We have seen Him scourged, crowned with thorns, made into the laughing stock of those who looked at Him and made fun of Him. And then they watched Him die. But even after those events, what Jesus had achieved was to defeat sin. He died for the sins of all men, yours and mine. We sin and sin many times, but our sin, even that every day sin, the one that we constantly commit, has been defeated by the death of Jesus. Therefore we feel immense joy because we know that despite our weakness and fragility we do not have reasons to fear anymore. We will fall a thousand times, but His forgiveness is greater than the many times we will fall. His forgiveness has no end. He is always ready to

forgive us. This, on the other hand, encourages us to try to behave better. We cannot take advantage of His love and forgiveness to ignore it and misbehave. He pays love with love. And His love is a love that has no end. Always ready to forgive us.

These two important realities in our life have been defeated by the Lord with His death. That is why the joy that Mary had when seeing her resurrected Son is the joy we feel when we know that He is alive, that He cares for us, that He looks at us with love.

And what has the Lord's resurrection brought us? It has brought us important realities in our life.

It has brought us peace. He gave peace to everyone He met after His resurrection. It was an usual greeting. It was what He noticed that those who met Him needed. Well, that peace is given to us. To have peace is to have the assurance of being loved by the Lord. His peace must flood us. We cannot live without peace, that's why He gives it to us. We can already live in peace because peace protects us. It is like the armor that we have against the evils that may befall us. They cannot affect us because we are defended by peace.

It has brought us joy. Without the resurrected Jesus, we would be in perpetual sadness because everything would be against us. And we wouldn't be able to defend ourselves. But now joy is the manifestation of His company. Joy because He lives, joy because He died for us, joy because in this way we have been freed from many evils, joy because He accompanies us in the midst of the ups and downs of life.

He has brought us joy. It is enough to see the joy of the disciples in the Gospels when, after their initial doubts, they realized that it was indeed Him, it is the Lord. And joy makes them jump with happiness. And they told Thomas. He didn't believe them. And Jesus, who was always attentive, and after eight days, was present again in the room where the other disciples were. And the way Jesus replied to Thomas' challenge. "Bring your finger touch my wounds, bring your hand and touch my side. Don't be incredulous, be faithful". And the cry of joy from Thomas: "You are my Lord and my God". And blessedness comes to us, blessed are those who believe without having seen. We are happy because we believe. It is true that faith is a gift that He gives us and therefore it is not owed to us, and here comes the great gift that amazes us. He gives us faith and calls

us blessed because we have it when He is the one giving it. What a wonderful Master we have!

He brings love amidst us. He has loved us and wants us to love each other. We have to live as brothers who are united by the same faith in the One who resurrected. If He does not take into account the evil that we do to Him and thus we offend Him, and instead He forgives us no matter what we have done, then we have to love others regardless of what they have done to us. Love for others was the hallmark of the first Christians and must also be the hallmark that will mark the followers of Jesus in our time.

He has brought us life. We live because He has loved us. We live because He constantly forgives us. We live because He takes care of each one of us every day. We live because we matter to Him. We live because He is attentive to the difficulties we go through and He reaches out to us so that we do not fall, and He helps us if we fall. How many things the Lord has given us! How can we not be content and happy if we live with the One who resurrected? Thank you Lord for how much you love us.

Prayer

*Mother, hold my hand and do not let go,
let me lean on You as I walk,
teach me the path that will only lead me
to your Son with whom I long to be one day.*

*Ask Him to forgive my faults,
my lack of patience, of mercy,
to give me strength to bear the weight
of the injustices that often make me cry.*

*Wipe away my tears with Your sweetness as always,
cover my sorrows and anxiety with Your mantle,
give me the peace that flows from Your eyes
and show me the traces of love and humility.*

Mary of Calasanz

Mary's Experience

Since he was little, Calasanz loved Mary. Brother Lorenzo Ferrari, who was his secretary for a long time, who loved him and served the saint, narrated “that from a young age he began to study, frequented devotions and always prayed the Little Office of the Blessed Virgin Mary, along with other practices, especially the Rosary” (Bau, BC = Critical Biography, 84). He always maintained that devotion throughout his life.

A short time before he arrived in Rome, an image had been discovered in a demolished church. It was called “La Madonna dei Monti”. The saint went to venerate her often. Specially when he had more time, and a little less when he started with the schools that occupied of his time, but always with great love. And we have the following testimony from Father Castelli about this Virgin. The saint was on his deathbed and Castelli recounts, “... I went to visit him and told him: Father, I am afraid you want to make us go through something painful; you want to leave us; I am very afraid of that. ‘ He answered me: I am in the hands of God; do as much S.D.M. as you please.’ And then I replied: In any case V.P. can only fall on its feet’, he replied quietly, confidentially: Yes, the Virgin has told me to be happy and do not doubt anything’. I was left in suspense before that statement, and for him to repeat it, so I said: How, Father, how is that?’ And he slowly repeated: The Virgin of the Mountains has told me to be happy, not to doubt anything.’ And I made him repeat it for another Father to hear it and he repeated it” (Bau, BC, 200).

When the Order was founded, he named it the “Order of Poor Clerics Regular of the Mother of God of the Pious Schools”. Again, Mary.

He took the habit on the day of the Virgin, March 25. And as a nickname in the taking of habit, he was called Joseph of the Mother of God. Mary was always present in his life.

Because he loved and venerated Mary, he wanted his children to do so too. In his letters to the religious men, he insisted on these aspects in regards to Mary:

- Devotion to her: “The Blessed Virgin is so gentle that she accepts all devotion, no matter how small, as long as it is done with great love and affection” (PE= Picanyol Epistolary, 3, 641). Or this other text: “Try to be a devotee of the Blessed Virgin and imitate, as much as possible, the passion of the Lord” (PE 5,2180).
- He wanted his religious brothers to pray the Rosary, a practice that he performed every day and that, as we have heard, he performed already as a child. “Tell Brother Paul to stop studying grammar and try to pray the Rosary properly with the mysteries that are usually meditated, and to care with all his soul for the love of God alone, with the things that are commanded to him” (PE, 2, 127).
- Another prayer that I wanted to be recited and that in fact has been preserved in the Order to this day is “Under your shelter and protection.” “Recite a devotion to the Blessed Virgin every afternoon, with a *Hail* and a *Under your shelter and protection*, so that with her intercession she may free us all from bad adversities” (PE, 4, 1459).
- He was happy when he learned that the Marian Congregation was created because Our Lady is at the center of this practice: “It pleases me and it will always please me to know of your spiritual and even corporal fervor and profit. It seems to me that the resolution to inaugurate the (Marian) Congregation has been good and holy. I hope that you visit it often and that you take advantage of it, living with modesty and fear of God, because you can trust from now on the letters with Him” (PE, 8, 4000).
- He reminded his religious brothers of the name of the Order so that they are consistent with the one they car-

ry: “Note that we are poor of the Mother of God and not of men. And so, the insistence is with our Mother, and not with men, because she never bothers with our importunations and men do” (PE, 2, 58).

- He asked for us to visit the Virgin frequently: “Live happily and try to overcome the disease before winter comes. To implore this grace from God, visit the Blessed Virgin many times” (PE, 2, 187). “There you have the Blessed Virgin who is the Mother of mercy and patron of graces. May you have one of these two granted to you: either health, to serve the Lord in all perfection, or his grace to appear in His presence” (PE, 2, 315).
- He also wanted the children to pray to the Virgin and on many occasions he asked the parents to make them pray for a specific situation the Order was going through: “Here we are, full of debts up to our eyes and we do not have and do not know how to satisfy the creditors. Let all the students and all those at home pray to the Blessed Virgin, so that she may find a remedy for us in this urgent need ” (PE, 4,1470). “I would like all the brothers to divest themselves of their particular interests, which do not allow us to clearly know the common good, and with devotion ask the Blessed Virgin to facilitate the construction of the place where she should be best praised and venerated” (EP, 2, 363).
- He had a special devotion to the Virgin of Frascati: “Whoever serves with devotion to that most holy image of the Blessed Virgin (of Frascati), will always be protected and favored by her” (PE, 4, 1463).
- He also asked for certain sacrifices out of devotion to Mary: “If they don’t want to go barefoot in the procession, they show little devotion to the Blessed Virgin. Who wants to be thankful must give signs of devotion. See that they go as devoutly as possible, without music, or shooting, or anything else, but with great simplicity and piety” (PE, 4, 1625).
- He was also convinced that Mary will take care of the Order and therefore asked and said: “I entrust myself and will always entrust the most holy Crucifix and the blessed Virgin, his Mother, so that they deign to protect this religion” (PE, 8, 3982).

- He did not like certain parties that could be made to honor the Virgin. We can see it in these words: "I have read about the great outdoor party that was have held in honor of the Blessed Virgin, and God knows if more has been lost than what has been gained. Because she likes devotion more than such parties" (PE, 3, 625).
- The reason to all that devotion to Mary was because deep down the Order was founded under her protection: "It is necessary that we ask for God's help and ask for the intercession of the Blessed Virgin, under whose protection the work was founded" (PE, 8, 4417).

Here is how Calasanz used to put everything in Mary's hands. How he wanted his children to have a great devotion for her, and how he hoped that the children's prayer to the Virgin would help them obtain all that they prayed for.

Holding Mary's Hand

It is true that the devotion to Mary has gone through different moments. After a long past in which love and devotion to the Mother of God was very present, there came a time when that devotion was decreasing. I do not know if it could be dated, but we can say it started since the Second Vatican Council. They stopped having certain parties. In the houses of the religious, certain practices that used to held had gradually disappeared. It is true that many religious preserved their devotion to Mary and continued with certain particular devotional practices that came from the past. But it was no longer the same. Perhaps now we are witnessing a new rebirth of love, devotion and the manifestation of such love and devotion to Mary.

When thinking about what Calasanz wanted for his children for Mary, we can cite some concrete ways to express devotion to the Virgin.

He wanted the devotion for her to be a tender, loving devotion, as the love of children for their mother should be. Mary is always our mother; she is the one who leads us to Jesus; she is the one who defends us against the adversities that may come to us; she is the one who helps us to get up every time we fall, she is the one who helps us to overcome the temptation many times so as not to succumb to it.

Our devotion to Mary must be constant. Not something temporary or last just for a few days. We have to behave as we did with our mothers with her. We didn't love them only every other day. Our love for them was always constant. It is also true that this love manifested itself in different ways, as small children who expected everything from her and came to her in any pain or difficulty. Later, as we got older, in general we keep our love for our mother, which does not mean that there have been children who have ignored their mothers and have even offended and hurt them. But those are the minority. That is why we have to be constantly loving with our Mother of Heavens. Everyone one must find her in their own certain way, but they must not stop loving the one who loves them so much. Mary is the one who comforts us, helps us and loves us more than the mother earth.

Our devotion must be sincere. It must be born from the heart. It must be something that we truly live, with all of our soul. If we have followed the different chapters that we have seen and we have paid attention to the way in which the Virgin lived, we have an example to know how Our love for her must also be directed to praying for others, so that she attends, cares for and protects other people, some of whom we are now citing.

We have to behave with her, and we have to go to her in so many moments of our lives.

We ask her to take care of children. They are so fragile... They can be deceived in so many ways and we are witnessing older people taking advantage of children. As educators, we have to teach how not to trust anyone, and how to obey what they are taught at home about their behavior with the elderly.

We have to pray to Mary for the sick. She can be the comfort for many sick people. Many of them go to Mary in the various advocacies that exist. Each one prays to a specific advocacy, perhaps because that is how they were taught when they were little, or perhaps because they have manifested it amidst their sickness. Be that as it may, Mary must always be a help in illness. We must help the sick to come with confidence and hope to Our Lady. May Mary help them in the way she thinks necessary. Either leading the person through human means to health or for them to be prepared, with confidence and hope for the moment when God shall await them when they close their eyes to this world.

Calasanz asked to pray for the multiple nations of the world. In his time, there were wars and the various religions clashed with each other. He asked for the overcoming of wars and given the time in which he lived, he asked for the victory of the Catholics. Today we pray for all nations, without distinction, because all men are children of the same Father who loves everyone. Ecumenism has done a lot to change the mentality of religions, and of those of us who practice them. Let us ask Mary, from deep within our hearts, for all the rulers to work for the good of their citizens.

And we must pray for the Pious brothers, that is, for all of us who make up the Order of the Pious Schools. For those who suffer, for those who are hesitant in their vocation, for those who have fallen into evil and are unable to get out of it, for those who find themselves confronted with others for various reasons, for superiors in their difficult task and for them to carry on with courage and bravery, for those who feel separated from their brothers, without realizing that this is not true. For all of them we heartily pray to the Lord.

Father, attend the prayers that we address to You for all men, take care of each one of them and give them the strength to remain in the faith they received as a gift from the Heavens. Do not let any of them perish because of indolence. Manifest your glory in everyone's salvation and may the life, passion and death of your Son, which ended in resurrection, be the great joy of our hearts.

Prayer

*Who can praise you so much
according to what you deserve;
who will know so well
that they don't miss knowing;
that for us you are worth it
you have so much worth,
give us remedies for our illnesses.*

*O Mother of God and men!
O concert of harmony!
You who are renowned
Mother of Mercy;
then to remove discord
you have so much worth,
give us remedies for our illnesses.*

*You who were already created
when the world was made;
you who were very guarded
for whom was born from you;
He met us because of you,
you are worth so much for us,
our evils will perish.*

*You who are the flower of flowers,
you who are a door from heaven,
you who are the fragrance of fragrances,
you who give true glory;
if death brings you little value
you are not worth that much,
there is no remedy for our ills.
Amen.*

***Under your shelter and protection,
we attend, Mother of God
do not ignore our prayers,
and all of our dangers,
Glorious and blessed Virgin,
always defend your children.***

**Marie accompagne
les Écoles Pies**

Contenu

Présentation	223
Marie du Oui	225
Marie de la rencontre	231
Marie de l'admiration	239
Marie de l'amour	247
Marie de l'enseignement	255
Marie du dépouillement	261
Marie de la solitude	269
Marie de la souffrance	277
Marie de la joie	283
Marie de Calasanz	289

Présentation

Le présent texte se veut la manifestation de ce qu'est Marie pour les piaristes. Nous avons sélectionné quelques moments de sa vie. Et en toute simplicité nous avons réfléchi à la manière dont Marie a vécu ces moments. Il est logique que ce qui est dit dépende de l'imagination de chacun, mais quoi que nous ayons présenté, l'amour personnel pour celle qui est la Mère de tous les hommes, qui accompagne toujours les Écoles Pies, a toujours été présent lors de l'élaboration du texte,

Marie a été présente et même très présente dans la vie et les actions du Fondateur José de Calasanz. Il l'a inculquée à ses enfants et aux enfants qu'il a éduqués. Rappelons qu'il passait de classe en classe et profitait de ces moments pour parler aux enfants. Ils ont tous, sans aucun doute, entendu plusieurs fois ce qu'il leur racontait sur la Mère des cieux.

Mais le saint homme n'a pas adressé ses mots en faveur de Marie uniquement aux enfants. Il voulait que ses enfants lui portent un grand amour, une profonde dévotion et qu'ils se tournent vers elle dans leurs moments difficiles. Il demanda, y compris sur son lit de mort, qu'on lui récite tous les jours le Saint Rosaire, pratique qu'il réalisait dès l'enfance. À côté du Rosaire, il leur demandait de prier le "Salve" et un refrain que l'on continue à prier encore aujourd'hui lors de nos prières à Marie, qui n'est autre que le "*Sous l'abri de ta miséricorde*".

En toute simplicité nous offrons ce texte à tous les piaristes pour leur rappeler que nous avons une Mère qui nous écoute, qui nous console dans les moments difficiles et qui intercède pour nous auprès du Seigneur.

Nous remercions Marie pour l'attention qu'elle a toujours portée aux Écoles Pies et nous sommes convaincus qu'elle a accompagné l'Ordre tout au long de son existence multiséculaire.

Saragosse, 2020

Marie du Oui

Le vécu de Marie

C'était un petit village. Habité par quelques familles. Toutes se connaissaient. Les personnes se connaissaient, mais également les histoires de chaque famille, les événements, les joies et les deuils. Des familles pauvres mais heureuses. Ceux qui souffraient pour une raison ou une autre et ceux qui allaient mieux. Tous communiquaient. Ils se racontaient leurs problèmes. Petits problèmes, mais problèmes quand même. Et ainsi, la joie d'une famille se reflétait dans la joie du petit village. Et la douleur des uns était réconfortée par les autres. Ils se connaissaient et en même temps se respectaient. Il y avait des choses qui restaient dans la famille. Parce que la joie et la douleur méritent aussi le respect. La vie se déroulait sans surprise. Ils étaient heureux malgré les problèmes. Et ils aimaient leur Dieu, Yahvé. Le samedi, les hommes allaient à la synagogue. Ils écoutaient la Parole. Ils écoutaient la Parole de Yahvé. Cela leur servait toute la semaine. Ils voulaient juste être agréables avec lui. Il avait créé et sauvé le Peuple. Ils le savaient bien. Les écritures le répétaient. Et ils se le transmettaient de pères en fils. Puis ils le commentaient à la maison, avec les femmes. En fin de compte, ce sont elles qui élevaient les enfants. Et dès la plus tendre enfance on leur enseignait ce que signifiait être du Peuple de Dieu. Le temps s'écoulait ainsi, jour après jour.

L'une des familles avait une fille qui était quelque peu spéciale. Cela ne se voyait pas de l'extérieur. Comme une de plus de ce que l'on appelle adolescente et qu'ils appelaient déjà femmes. Elle était bonne, obéissante, elle aimait ses parents et faisait ce qu'ils lui disaient. Elle avait un nom magnifique, elle s'appelait Miriam, Marie. Et elle était spéciale, même si cela ne se voyait pas, parce qu'en plus d'être bonne, pure et obéissante, elle était, et ils ne le savaient pas, imma-

culée. C'est-à-dire que le péché ne l'avait jamais ni même effleurée. Ses amies l'aimaient d'une manière spéciale. Car elle dégagait un bonheur peu commun. Parce qu'elle était attentive comme aucune autre. Parce qu'elle répondait aux besoins qu'elle voyait sans se soucier de qui il s'agissait. Parce qu'elle aimait tout le monde d'un amour pur. Marie faisait la joie de ses parents ; mais eux si, remarquaient que cette enfant avait quelque chose de spécial. Ils l'avaient conçue avec tant d'amour ! Ils l'éduquaient avec tant d'énergie ! Et ils remarquaient que Marie apprenait, était attentive à ce qu'ils disaient et elle ne leur a jamais donné le moindre mécontentement.

Marie était en âge de se marier. Elle avait vu cela chez ses amies. Ses parents lui en avaient peut-être parlé. Et cela lui semblait naturel. Elle voulait également être mère. Il est vrai qu'à l'intérieur elle sentait son cœur se serrer, mais elle mettait cela sur le compte du saut que représentait le fait de quitter ses chers parents pour fonder une nouvelle famille. Elle voyait que c'est ce que faisaient ses amies, que c'est ce qu'avaient fait ses parents, elle le voyait comme quelque chose de naturel, mais, comment dire, quelque chose à l'intérieur d'une certaine manière résistait. Non, c'était simplement le fait de quitter sa famille. Elle le ferait.

Il y avait dans une autre famille un jeune homme, en âge de se marier, qui lui plaisait ; ils se voyaient dans la rue. Ils se regardaient et se souriaient. C'était un sourire pur, d'affection, disons, qu'ils se plaisaient. Et tous les deux voyaient cela comme le commencement de ce qui pouvait être le début d'une relation qui mènerait au mariage. C'est ainsi qu'à la joie de leurs parents à tous les deux, ils se marièrent.

Ils devaient suivre ce que disait la loi. Le mariage était le premier pas, mais chacun continuait à vivre dans sa propre maison. Le moment de resserrer les liens arriverait. Le moment de vivre ensemble pour toujours arriverait. C'était ainsi.

Mais un beau matin que Marie était seule, elle sent un événement spécial. C'était un événement surnaturel. Et comme le surnaturel est difficile à exprimer, les évangélistes nous le racontent en parlant d'une rencontre, d'une apparition. Marie était peut-être en train de prier, peut-être seule en train de penser à son mariage, peut-être pensait-elle à son fiancé qui s'appelait Joseph, quand soudain un ange est apparu.

On peut imaginer la peur de Marie. Mais il y a quelque chose de spécial, d'une certaine manière elle a peur, mais au fond elle n'a pas peur. Cet ange lui transmet de la paix. Elle a l'intuition qu'il ne vient pas pour faire du mal, ce ne serait pas un ange. Qu'il doit lui apporter quelque chose de bon, même si c'est inconnu. Elle est en paix et elle attend. Ce n'est pas elle qui a provoqué la rencontre, elle n'a rien à dire, elle n'a qu'à attendre. Elle a attendu tant de fois, écoutant l'histoire de son Peuple et de ce que Yahvé a fait pour lui. Elle est submergée par la paix, mais cette visite est un certain choc pour elle. Les deux sentiments ne sont pas incompatibles. La paix l'ouvre comme une fleur spéciale, et le choc la tient dans l'attente.

Puis l'ange a parlé : «Réjouis-toi, comblée de grâce, le Seigneur est avec toi». Marie ne s'attendait pas à de telles paroles. Elle était simple, elle aimait Yahvé, elle ne se considérait en rien spéciale. Elle se demande alors ce qu'est ce salut, ce qu'il veut dire, ce qu'il signifie. Elle s'est donc sentie troublée. Elle n'a pas nié ce qu'elle entendait, mais son cœur battait plus fort. Alors l'ange la sort de son trouble avec ces mots : «Ne crains point, Marie, car tu as trouvé grâce devant Dieu. Et voici, tu deviendras enceinte, et tu enfanteras un fils, et tu lui donneras le nom de Jésus. Il sera grand et sera appelé Fils du Très Haut et le seigneur Dieu lui donnera le trône de David, son père. Il règnera sur la maison de Jacob éternellement et son règne n'aura point de fin».

Marie est impressionnée Elle comprend que tout cela a à voir avec Yahvé. Que de telles choses ne pourraient lui être dites si elles ne provenaient pas de yahvé. Tu vas être mère et la mère d'un être spécial. L'évangéliste Luc ne le dit pas avec ces mots, mais qu'est-ce que Marie avait pu comprendre de tout ceci à ce moment-là ? Les choses allaient s'éclaircir. Mais à ce moment-là elle se rend compte que oui, elle est mariée mais elle ne vit pas avec Joseph. D'où sa question qui n'est pas un doute mais une demande de précisions : «Comment cela se fera-t-il puisque je ne connais point d'homme ?». Elle ne vit pas avec un homme et elle va être mère. Elle comprend qu'il ne s'agit pas d'un futur et d'un enfant une fois qu'elle vivra avec Joseph, non, elle s'en rend compte, Yahvé lui fait comprendre qu'elle va être mère immédiatement. Qu'il n'attend que son acceptation. L'attente, sa vie va être une attente continuelle, elle attend maintenant des éclaircissements. Et l'ange lui donne en ces termes que nous conte à nou-

veau Luc : «Le Saint Esprit viendra sur toi, et la puissance du Très Haut te couvrira de son ombre. C'est pourquoi le saint enfant qui naîtra de toi sera appelé Fils de Dieu. Voici, Élisabeth, ta parente, a conçu, elle aussi, un fils en sa vieillesse, et celle qui était appelée stérile est dans son sixième mois. Car rien n'est impossible à Dieu».

De nouveau Marie comprend qu'on lui demande quelque chose de grand ; que Yahvé la veut pour réaliser quelque chose. On ignore ce que Marie avait compris à ce moment-là des paroles qui lui étaient dites. Mais elle sait, cela oui, elle sait et elle comprend que Yahvé attend son acceptation. Que ce qui va se passer ensuite dépend de ce qu'elle va dire. Saint Bernard dira que ce n'est pas seulement Dieu mais le monde entier qui attendent la réponse de Marie. Et elle qui était l'immaculée, la simple, l'obéissante, celle qui écoutait toujours Yahvé, celle qui aurait fait dans sa vie ce qu'elle comprenait que voulait Yahvé, elle va dire ce qui sera la grande chance du monde. Avec simplicité, avec la plus grande humilité du monde, Marie dit : «Je suis la servante du Seigneur ; qu'il me soit fait selon ta parole !».

Et le monde a changé. Dieu s'est incarné. Une jeune femme simple a dit «oui» à ce que Dieu lui demandait. Yahvé lui-même était dans l'attente. Le salut dépendait de cette jeune fille simple. Toute l'histoire va dépendre de ce «oui».

Merci, Marie, merci pour ton «oui» à Yahvé, merci car tu nous as montré le chemin à suivre, merci parce que le monde sera libéré par le fruit de tes entrailles. Marie est vraiment la Marie du «oui».

De la main de Marie

Ce que nous avons expliqué nous montre qui est Marie pour les Écoles Pies et pour chacun d'entre nous, les piaristes : un exemple, un réconfort, la manifestation du chemin de notre vie et l'accompagnement sur ce chemin.

Marie est un exemple pour les Écoles Pies dans le «oui» qu'elle donne à Dieu. Les Écoles Pies doivent toujours et en toute occasion qui se présente donner un «oui» à Dieu dans ce qu'il demande. Depuis l'origine de l'existence de l'Ordre et tout au long des siècles, il s'est passé de nombreuses choses dans la vie de l'Institution. Des difficultés, des problèmes, des situations difficiles, des tentations,

des situations de danger et à chacune de ces occasions, l'Ordre a dû dire «oui» à Dieu lorsque cela se présentait. Dieu veillait sur l'Ordre, comme le disait le Fondateur, et ce qui se passait à un moment donné n'était pas une absence d'intérêt de notre Dieu, mais une épreuve pour manifester l'amour que l'Ordre portait à Dieu. Et il doit en être de même à l'époque actuelle. Des situations de danger se présentent, et bien il faut dire «oui» à Dieu, puisque l'Ordre est prêt à affronter ces situations avec énergie et courage, toujours aidé par la grâce du Seigneur. Que l'on chasse d'un lieu ou que l'on ne nous laisse pas entrer dans un autre, il faut dire «oui» à Dieu, parce que ce qui se passe est entre les mains de Dieu et si cela se passe ainsi c'est parce que le Seigneur le permet et l'on ne peut que dire «oui», que l'Ordre est disposé à continuer quoi qu'il arrive. Que des moments de difficultés surviennent à cause des lois de pays qui semblent interdire notre ministère ou qui nous chassent d'un endroit, encore une fois et mille fois il faut dire «oui» car Dieu n'est pas étranger à ce qui se passe et il le permet pour tester l'Ordre et atteindre selon sa conception un plus grand bien, bien qu'à ce moment nous ne sachions pas comment cela peut être.

Marie enseigne ainsi à l'Ordre que Dieu peut se manifester lors de situations étranges, que l'Ordre ne comprend pas, comme cela est arrivé à Marie, mais comme elle, la seule manière d'agir est de dire je suis la servante du Seigneur, fais de l'Ordre ce que tu veux.

Mais pas seulement de l'Ordre, également de chacun d'entre nous les piaristes. Observe ta vie, ce que tu as été, ce qui t'est arrivé, les situations que tu as traversées, as-tu toujours dit «oui» à Dieu ? C'est la seule manière de se comporter comme le veut le Seigneur, en disant «oui». Je sais bien que parfois, ou même souvent, nous ne comprenons pas ce qui se passe, ce qui nous arrive, ce qui vient vers nous, les maux dont nous souffrons, mais dans tous ces cas, «je suis la servante du Seigneur, qu'il me soit fait selon ta parole».

La vie ne sera pas toujours facile. Nous devons passer par des situations de difficulté, par des épreuves que nous n'aurions jamais imaginées, et donc comment agir ? En s'opposant, en se plaignant, en fuyant devant les problèmes qui se présentent à nous ou plutôt comme le fit Marie ? Que fit-elle ? Elle a demandé une explication, non pas pour fuir ce qui se présentait à elle, mais pour mieux comprendre ce que le Seigneur attendait d'elle. C'est ainsi que nous de-

vons agir. Demander au Seigneur : pourquoi il m'arrive ceci, pourquoi il m'arrive cela, pourquoi cette douleur, ce chagrin ou cette épreuve ? Pourquoi Seigneur ? Je ne veux pas fuir, je te demande simplement de m'aider à comprendre ce que je peux comprendre, mais que je comprenne plus ou moins, ma réponse doit toujours être le «oui» que Dieu attend de chacun de nous.

Et c'est ainsi que nous devons vivre notre vie. Elle sera courte ou longue, nous serons dans un endroit ou un autre par obéissance, nous connaîtrons des joies et des victoires dans notre travail ou des luttes et des échecs dans ce que nous faisons, de nombreuses choses pourront se produire et se produiront, mais notre cœur doit être prêt à donner la réponse mariale au Seigneur. C'est pour cela que l'on doit constamment recourir à Marie pour qu'elle nous accompagne, pour qu'elle nous reconforte, pour qu'elle soit avec nous, pour qu'elle nous prenne par la main et nous conduise sur les chemins du Seigneur comme elle-même l'a toujours fait.

Marie est définitivement la Vierge du «oui», la Mère qui aide ses enfants à donner le «oui» à Dieu, qui nous montre avec sa propre vie comment procéder pour faire plaisir à Dieu. Soyons les hommes du «oui», disciples du «oui». Soyons aussi des personnes qui enseignent à ceux qui nous passent entre les mains à dire «oui» à Dieu, et aidons-les à comprendre dans la mesure du possible ce qui leur arrive et pour cela, menons-les à Marie, et arrêtons-nous sur le passage de l'évangile dans lequel Marie devient la Vierge du «oui». Ainsi ils apprendront que les choses peuvent devenir difficiles dans leur vie mais qu'ils doivent toujours avoir le cœur sur la main pour l'offrir à Dieu et lui dire toujours «oui», Seigneur, je suis ici, qu'il me soit fait selon ta parole.

Prière

Souvenez-vous, ô Très miséricordieuse Vierge Marie, qu'on n'a jamais entendu dire qu'aucun de ceux qui ont eu recours à votre protection, imploré votre assistance ou réclamé vos suffrages, ait été abandonné. Animé de cette confiance, ô Vierge des vierges, ô ma Mère, je viens vers Vous ! Et gémissant sous le poids de mes péchés, je me prosterne à vos pieds. Ô Mère du Verbe Incarné, ne méprisez pas mes prières, mais écoutez-les favorablement et daignez les exaucer. (Saint Bernard).

Marie de la rencontre

Le vécu de Marie

Dans ce village tout le monde se connaissait. Les jeunes filles étaient toutes amies les unes des autres. Peu à peu les adolescentes devenaient des femmes. Elles se mariaient. Elles formaient une nouvelle famille. Elles savaient toute qui était le favori de chacune. Qui allait épouser leur amie. Le moment était venu de se marier pour Marie. Et elle se maria. Mais Marie n'avait pas que des amies, elle avait aussi de la famille. Lorsque lui apparut l'ange, quelque chose attira son attention. Que sa cousine Élisabeth, déjà d'un certain âge, était enceinte. Et déjà de six mois. Personne ne le savait dans la famille. D'abord parce qu'ils vivaient loin. Et aussi parce qu'ils pensaient qu'elle était stérile puisqu'elle n'avait pas enfanté. Ce qui attire l'attention de Marie, c'est que l'ange lui dise qu'elle va accoucher. Il le lui dit pour réaffirmer ce qui va lui arriver.

Pourquoi ? Parce que pour Yahvé rien n'est impossible. Si Élisabeth va avoir un enfant, c'est que Yahvé est intervenu sur sa cousine. Plus tard c'est sur elle qu'il intervient. Ce qui lui était arrivé elle ne l'avait pas inventé. Marie a dû expliquer ce qui lui était arrivé. On ignore comment. Cela a dû être difficile. D'abord l'expliquer à ses parents. Comment leur expliquer l'épisode de l'ange ? Quant à eux, on ignore comment, mais ils l'acceptèrent. Ils connaissaient leur fille. Elle ne leur mentait pas. Elle était bonne. Elle ne les avait jamais déçus. Et elle leur vient avec quelque chose d'incompréhensible. Mais ils l'acceptent. Sans aucun doute Yahvé les a également aidés. Mais il était encore plus difficile de raconter cela à Joseph. Elle comprenait qu'elle devait le lui dire. Parce que le temps passait et ils devaient vivre ensemble. C'est vrai qu'elle avait encore le temps. Elle venait juste de concevoir. Elle avait plusieurs mois. Mais il n'y avait pas de temps avant de commencer à vivre ensemble. Elle rassembla son

courage. Elle demanda à Yahvé de l'aider. Et Yahvé, touché par la demande de Marie, l'aide à franchir le pas. Elle explique tout à Joseph. Celui-ci ne comprend pas. Il aime Marie. Il ne veut pas que lorsque la grossesse de Marie se verra, les gens disent du mal d'elle. Il n'a pas d'autre solution que de la quitter. Il rompra le mariage. Ainsi le mariage disparaîtra et ils n'auront pas à vivre ensemble. Mais Yahvé est aux aguets. Comment ne va-t-il pas aider la mère de son fils qu'elle porte déjà dans ses entrailles ! Et de nouveau un ange apparaît. Il apparaît à Joseph en songe. Il lui explique tout. Il ne doit pas avoir peur d'épouser Marie. Il verra qu'elle est enceinte, mais cela vient de Yahvé, dit le Saint-Esprit. Joseph ne comprend pas qui est ce Saint-Esprit, mais il accepte. Lui aussi est bon. Lui aussi obéit à Yahvé. Lui aussi est satisfait de tout ce que fait son Yahvé.

Puis il se produit un événement spécial, qui change le regard de Joseph. Il regarde Marie. Oui, il la regarde avec le même amour, mais sans aucune possession. Lui est son mari, mais elle n'est pas son épouse. Elle appartient à un autre. Il ne se sent pas trahi. Son épouse ne lui a pas été enlevée. Ce Saint-Esprit dont il ne sait rien l'a prise. Mais l'ange le lui a dit. Cela lui suffit. Marie a donc résolu les problèmes posés. Sa famille le sait. Joseph le sait. Et que fait-elle ?

Et bien elle souhaite être avec sa cousine. Il lui reste trois mois jusqu'à ce que celle-ci donne naissance à son fils. Elle se met en route. Elle ne part pas seule. Sans aucun doute elle se joint à un groupe qui allait passer ou séjourner dans le village d'Élisabeth. Elle y va sereine. C'est une femme, son époux est dans son village. Ils la confient à des connaissances. Elle y va en toute sécurité. Ils savent qu'elle sera accompagnée jusqu'à sa destination. Et enfin, après plusieurs jours que dure le voyage, elle arrive chez Élisabeth.

Quelle joie ! La jeune fille et la femme plus âgée Élisabeth. Que d'embrassades ! Que de rire ! Quel bonheur ! Cela faisait peut-être longtemps qu'elles ne s'étaient pas vues. Ainsi se déroule l'accueil. Mais est-ce le seul accueil ? Non !

Lorsqu'Élisabeth voit sa cousine Marie, l'enfant qu'elle porte en son sein sursaute de joie. Ce n'est pas seulement Élisabeth qui est heureuse. Mais également son fils. Le précurseur est devant celui qui annoncera : « C'est l'agneau de Dieu ». Élisabeth est sanctifiée par la présence de Marie, son fils est sanctifié par la présence de celui que

Marie porte dans ses entrailles. Ainsi se déroule la rencontre. C'est ce que désirait Marie. Elle avait rêvé de cette rencontre lorsqu'elle était dans son village. Lorsque l'idée lui vint d'aller lui rendre visite. Elle avait rêvé de la rencontre pendant le voyage. Lorsqu'on lui demandait où elle allait, elle répondait qu'elle allait voir sa cousine. Pourquoi ? Parce qu'elle allait enfanter, elle allait avoir un fils, un don de Yahvé parce qu'elle était âgée. Et finalement après en avoir tant rêvé, cela devient réalité. Marie est la Marie de la rencontre. Celle qui veut retrouver sa cousine de qui elle rêve depuis longtemps.

Elle était enfin là-bas et elle allait y rester trois mois. Elle avait fait le voyage, elle allait attendre et l'aider à accoucher. Pour elle, on ne voyait rien encore et elle n'avait donc pas à s'inquiéter devant les gens. Et elle serait également tranquille lors de son retour chez elle. Elle si, elle sentait que son fils grandissait. Elle sentait ce que sent toute femme. D'un côté la joie de savoir qu'elle était mère. D'un autre côté elle voyait son ventre gonfler un peu. Et en plus, au fil du temps, peut-être alors qu'elle se trouverait encore avec Élisabeth, elle sentirait les coups de pied de son fils dans son ventre. Et sinon, elle les sentirait lors du voyage de retour.

Incroyables, ces trois mois de rencontre entre les deux femmes ! Que pense Élisabeth de Marie ! Comme elle la voit ! Quelle joie de l'avoir chez elle ! Et quelle surprise en même temps, quelle admiration et allégresse lorsqu'elle a senti le sursaut du petit dans son ventre ! Sa cousine est bénie. Et Luc nous le dit avec ces mots prononcés par Élisabeth: «Tu es bénie entre toutes les femmes, et le fruit de tes entrailles est béni !». De plus, elle est étonnée qu'elle soit venue lui rendre visite et c'est pour cela qu'elle prononce ces mots : «D'où m'est-il donné que la mère de mon Seigneur vienne jusqu'à moi ? Car lorsque j'ai entendu tes paroles de salutation, l'enfant à tressailli de bonheur en moi. Heureuse celle qui a cru à l'accomplissement des paroles qui lui furent dites de la part du Seigneur». Luc indique qu'elle dit tout cela remplie du Saint-Esprit.

Trois mois passés entre l'allégresse de l'une et l'admiration de l'autre. Chacune vivait ce qu'elles avaient en elle avec une immense joie. Deux femmes bénies. L'une est la mère du fils de Yahvé. L'autre est la mère de celui qui allait être le précurseur et qui dans le futur allait donner sa vie pour défendre la vérité c'est-à-dire défendre le Fils de Dieu.

C'étaient des femmes, aussi bénies soient-elles. Elles étaient cousines et l'amour qu'elles ressentaient l'une pour l'autre était abondant. Que de conversations ! De quoi pouvaient-elles parler ? Marie a-t-elle expliqué à Élisabeth comment tout avait commencé ? Elle l'aimait beaucoup, mais ce qui lui était arrivé au début, elle le gardait dans son cœur car cela lui appartenait, c'était le grand trésor que lui avait offert Yahvé. Elle aimait beaucoup Élisabeth mais elle aimait encore plus Yahvé.

Puis le moment de se dire au revoir est arrivé. Dans la joie mais avec quelques larmes. Élisabeth laissait partir la mère de son Seigneur. Marie laissait celle qui portait en son sein celui qui serait l'annonceur de son fils. Elles s'embrassèrent, se prirent dans les bras l'une de l'autre et Marie partit. Son ventre lui pesait un peu plus. Elle sentait plus cet enfant qui grandissait en elle. Et ce voyage de retour, avec combien d'amour l'aura fait Marie. Qu'aura-t-elle dit à son fils, quels mots lui aura-t-elle adressés !

Elle était heureuse, elle était allée rendre visite à sa cousine, elle l'avait saluée, elle avait habité avec elle, elle lui avait donné une grande joie et elle rentrait. Marie avait réalisé une autre de ses vertus, savoir trouver ceux qui ont besoin de son aide. Oui, Marie, est la Marie de la rencontre.

De la main de Marie

Marie de la rencontre est également réconfort, aide et direction de notre vie. C'est pourquoi c'est à elle qu'il faut demander protection à tout moment.

Lorsque nous parlons de «rencontre» il peut s'agir de différentes possibilités puisqu'il existe différents types de rencontre. Il y a la «rencontre» qui consiste simplement au fait qu'une personne en croise une autre. Ainsi, en rentrant à la maison on va dire, par exemple, j'ai rencontré Untel. Et cela veut simplement dire qu'on est tombé sur lui dans la rue. Il y a la «rencontre» qui peut se produire entre deux amis, qui vont se promener et soudain ils se rencontrent. C'est une rencontre très différente de la précédente. Il y a la «rencontre» de deux personnes qui se retrouvent après une longue période sans s'être vues, c'est-à-dire qu'ils se rencontrent alors qu'ils ne se sont pas vus depuis longtemps, ce qui leur procure une immense joie. Ou il y a la «rencontre» entre deux personnes

ennemies, qui ne peuvent pas se voir et qui un jour tombent l'un sur l'autre dans la rue, ce qui cause un affront entre eux, du fait de se voir à nouveau. Je veux dire qu'il existe différentes rencontres.

Lorsque l'on parle de la «rencontre» de Marie que l'on doit intégrer en nous, on parle d'une rencontre qui possède certaines caractéristiques. Premièrement, il s'agit d'une rencontre qui produit de la joie car comme nous l'avons vu, il existe une véritable affection entre les deux personnes, Marie et Élisabeth. Deuxièmement, c'est une rencontre qui avait été rêvée de nombreuses fois, les personnes avaient pensé de nombreuses fois à se voir. Troisièmement, c'est une rencontre qui apporte quelque chose de bon pour les deux personnes, par exemple les nombreuses fois où elles avaient voulu communiquer mais elles n'avaient pas pu jusqu'à ce moment. Quatrièmement, c'est une rencontre qui dans la mesure du possible n'est pas momentanée, mais qui dure un certain temps car elles cherchaient à se voir depuis longtemps et elles ont enfin réussi. Cinquièmement, c'est une rencontre qui au moment de se séparer, produit d'un côté de la joie, de s'être vues et d'avoir parlé et de s'être raconté tant de choses, mais en même temps cette séparation cause une certaine tristesse car elles ne vont plus se voir et peut-être pour longtemps.

La «rencontre» doit être présente dans notre vie. Et en réalité avec de nombreuses personnes. D'une part avec nos frères avec qui nous avons peut-être vécu en communauté à une autre époque et que nous n'avons peut-être pas vus depuis longtemps. Notre «rencontre» avec eux doit nous procurer la joie de les voir à nouveau et de pouvoir parler et nous raconter des choses que l'on n'avait pas pu se dire. La «rencontre» avec des amis que nous ne voyions pas depuis longtemps et cette rencontre nous procure du bonheur, car les amis sont toujours heureux quand ils sont ensemble. La «rencontre» avec des personnes que nous aimons et qu'il est difficile de retrouver, soit parce qu'ils sont loin, ou pour toute autre raison. La «rencontre» avec nos parents que nous aimons vraiment et être avec eux nous procure un grand bonheur. La «rencontre» avec nos anciens élèves et nous voir et pouvoir commenter des choses du passé leur procurent une immense joie.

Souvent nous devons provoquer cette rencontre, soit en s'appelant pour se voir, soit parce que l'on sait qu'en allant dans un certain endroit on va les voir, soit parce que la vie nous amène à être au même endroit.

Il y a également la «rencontre» que nous recherchons car nous voulons faire du bien à une personne. On connaît sa vie, on sait ce dont elle a besoin, on voit que nous pouvons l'aider et l'affection qu'on lui porte nous fait aller vers elle. Il s'agit d'une véritable «rencontre» car elle est désintéressée et l'objectif est le bien.

Mais nous devons faire de notre mieux pour rencontrer tous ceux qui ont besoin de nous. Nous savons qu'ils nous cherchent, qu'il leur est peut-être difficile de nous voir et nous pouvons leur faciliter cette rencontre parce qu'ils ont quelque chose à nous dire ou parce qu'ils ont vraiment besoin de nous.

La véritable «rencontre» doit être, comme nous l'avons dit, désintéressée. Nous n'y allons pas avec des arrière-pensées, nous ne voulons pas profiter de l'autre personne, nous ne voulons pas la diriger, nous ne cherchons pas à en tirer profit. La véritable «rencontre» doit être gratuite, car nous ne souhaitons pas en tirer de bénéfice pour nous-mêmes, mais nous pensons plus à l'autre personne qu'à nous-mêmes. La «rencontre» comme celle de Marie doit chercher le bien de l'autre, lui venir en aide s'il a besoin de nous, si nous savons ce qu'il souhaite et qu'il l'attend. La véritable «rencontre» doit procurer de la joie à l'autre personne, ou peut-être de la surprise car elle n'aurait jamais pensé qu'on la cherchait pour être avec elle.

Il y a également la «rencontre» pour demander pardon si un jour nous avons échoué dans quelque chose ou si nous avons offensé quelqu'un. Ainsi nous nous réconcilions avec cette personne. Il y a la «rencontre» que l'on cherche pour dire à l'autre ce qu'on ne lui a jamais dit et peut-être a-t-on fui pour ne jamais exprimer ce que l'on avait à lui dire. Il y a la «rencontre» qui aide l'autre personne à se défouler avec nous, soit en parlant des deux, soit en nous racontant des choses qu'elle a besoin de nous dire et au sujet desquelles nous pouvons la guider, lui faisant ainsi du bien car nous pacifions sa vie et l'orientons dans ce qui lui arrive ou nous sommes capables de lui dire quelle est la vérité du fait qu'elle nous raconte.

Elles sont nombreuses les «rencontres» qui peuvent se produire dans notre vie, elles sont nombreuses les «rencontres» que nous devons favoriser, celles que nous devons réussir parfois pour le bien de l'autre personne, parfois pour notre propre bien. Dans toute «rencontre» Marie doit nous aider avec son exemple, elle doit nous

motiver à la réaliser comme elle l'a fait, elle doit nous montrer le chemin que ce soit pour le bien d'autres personnes ou pour notre propre bien. Marie de la rencontre, aide-nous dans la vie et fais que nos rencontres avec les différentes personnes servent pour leur bien et nous servent à nous aussi.

Prière

*Ma Mère : Depuis l'aube, bénis-moi ;
dans la dureté du travail, aide-moi ;
si je doute dans mes bonnes décisions, rends-moi plus fort ;
face à la tentation et aux dangers, défends-moi ;
si je tombe, sauve-moi et emmène-moi au ciel.
Amen.*

Marie de l'admiration

Le vécu de Marie

L'empereur était Auguste. Quirino le gouverneur de Syrie. L'empereur décida de faire un recensement. Les israélites n'aimaient pas cette idée du recensement. Ils se souvenaient lorsque David l'avait ordonné. Il avait ensuite demandé pardon, mais Yahvé l'avait puni. Pour le recensement d'Auguste, tout le monde devait se rendre dans sa ville et s'y inscrire. C'était un problème pour le couple de Joseph et Marie. Elle était très enceinte. Elle allait bientôt accoucher. Mais ils durent se rendre à Bethléem. Ils vivaient à Nazareth mais ils durent faire le voyage. Ce n'était pas recommandé. Mais ils obéirent à la loi. Et lorsqu'ils arrivèrent à Bethléem Marie a commencé à accoucher. Ils ne trouvent pas de logement. Tout était complet. Il y avait beaucoup de monde. Et ils n'ont pas eu d'autre choix que de s'abriter dans une grotte. Il y avait une étable car c'était une grotte pour les animaux. Et c'est là que Marie mit Jésus au monde.

Comme cela s'est passé ? Nous ne savons pas. Marie est restée intacte et pourtant l'enfant est né. Joseph et Marie étaient surpris. Ils avaient devant eux le fils de Marie. Comme la vierge le regardait ! Et comme Joseph était surpris ! L'admiration leur emplissait le cœur. C'était prodigieux. Personne autour ne sut rien. L'accouchement était un fait normal. Mais un tel accouchement... Marie enveloppe l'enfant dans des langes et le couche dans l'auge. Ils n'avaient pas trouvé d'auberge. Ils étaient seuls. Mais ils savaient que celui qui venait de naître était quelqu'un de spécial. Oui, il devait être spécial si l'on pensait à tout ce qui s'était passé autour de cet enfant.

Que firent-ils. Nous ne savons pas. Mais des choses spéciales commencèrent à se passer. Des bergers s'approchent d'eux. Ils étaient

près de l'endroit où Jésus était né. Et l'ange du Seigneur se présente à ces bergers. Quelle frayeur ! Comment cela s'est passé ? On peut seulement raconter ce que dit Luc. Que l'ange est apparu et leur a parlé. On ne sait pas exactement comment cela s'est passé. L'ange a voulu les rassurer et il leur a dit : «N'ayez pas peur, car je vous apporte une bonne nouvelle qui réjouira beaucoup tout le peuple ; aujourd'hui il vous est né un sauveur et voici le signe qui vous le fera reconnaître : vous trouverez un enfant enveloppé de langes et couché dans une crèche».

Et ces bergers commencèrent à arriver à la grotte. Ils regardent les trois personnes. Une femme, un homme et un bébé. Ils croient ce que l'ange leur a dit. Ils admirent ce qu'ils ont devant eux. Leurs cœurs s'emplissent d'une immense joie. Cet enfant est très important. Et eux, avec simplicité, lui manifeste leur affection. Ils sont durs mais ils sont bons. Et de la manière qui leur vient à l'esprit ils lui manifestent leur amour. Et ils se souviennent de ce qui leur était arrivé un peu avant de sortir de la garde de leurs brebis. Quand l'ange leur a parlé. Il se trouve qu'autour de l'ange est apparu une légion de l'armée céleste qui louait Yahvé en disant : «Gloire à Dieu au plus haut des cieux et paix sur la terre aux hommes qu'il aime». C'est ainsi que Luc exprime la grande admiration de ces bergers. La joie les submerge ; ils sentent qu'ils ne sont pas seuls ; ils savent qu'un événement important est en train de se produire ; ils se sentent accompagnés et protégés ; ils ne savent pas par qui ni comment, mais c'est ainsi. C'est la troupe d'anges dont parle Luc.

Comment Marie et Joseph ont-ils vécu cette situation, voyant ces pauvres bergers s'approcher pour rendre hommage à l'Enfant ? Eux aussi sont remplis d'admiration. Jamais ils n'auraient pensé que ce qui était en train de se produire allait arriver. Marie gardait dans son cœur tout ce qu'elle était en train de vivre. Elle ne l'oublierait jamais. Un jour elle pourrait le raconter, même si à ce moment-là elle ne le pensait pas.

Mais il se produit encore autre chose. Ils sont dans la grotte, ils ne sont toujours pas partis et ils ne savent pas quand ni où ils iront, quand arrivent de grands seigneurs. D'abord de pauvres bergers, et maintenant de grands seigneurs. Il semble qu'ils viennent de loin. Ce ne sont pas des rois, mais quelque chose comme ça dirait-on. Ils viennent parce que ce qui s'est passé dans un endroit

éloigné d'où ils vivaient leur a été révélé. Ils marchent en suivant une étoile. L'étoile disparaît soudainement à un moment. Ils sont à Jérusalem. Ils demandent. Lorsque le roi Hérode entend ce que disent ces messieurs il s'informe pour savoir où va naître le Messie. On lui dit à Bethléem, en Judée. Et il les y envoie. En demandant, qu'à leur retour ils passent de nouveau par Jérusalem et qu'ils lui racontent ce qu'ils ont vu. Lui aussi veut aller lui rendre hommage. Ces messieurs, appelés mages par Matthieu, arrivent à la grotte de Bethléem. Et ils offrent leur admiration, leur amour, leur joie à ce nouveau-né. Comme Joseph et Marie devaient être surpris ! L'admiration grandissait de plus en plus dans le cœur du jeune couple. Même s'ils le savaient déjà, ils réalisent peu à peu l'importance de l'Enfant né si humblement. Marie garde également cela dans son cœur. Elle ne l'oubliera pas non plus.

Mais ce n'est pas fini. Huit jours passent. Ils doivent respecter la loi et circoncire l'Enfant au Temple et lui donner le nom que l'ange leur avait dit avant la conception, «il s'appellera Jésus». Ils vont à Jérusalem, au Temple. Lorsqu'ils entrent deux personnes s'approchent, des personnes âgées, un homme et une femme. L'un s'appelle Siméon. Un homme juste qui vivait dans l'attente de la consolation d'Israël. Car il avait été prévenu qu'il ne mourrait pas avant d'avoir vu le Messie du Seigneur. Et quand Marie, Joseph et l'Enfant entre, il comprend qu'il a devant lui le Messie qu'on lui avait promis qu'il connaîtrait. Il explose d'admiration avec cette prière : «Maintenant Seigneur, tu laisses ton serviteur s'en aller en paix, selon ta parole ; car mes yeux ont vu ton Sauveur ; tu le destines à tous les peuples comme la lumière pour éclairer les nations, et la gloire d'Israël, ton peuple».

Qu'à alors pensé le jeune couple ! Une nouvelle fois l'admiration devant ce vieillard et les mots qu'il a prononcés inspiré par Yahvé. Une vieille femme s'approche également. C'était une prophète, Anne, fille de Phanuel. Elle était âgée. Elle avait été mariée jeune pendant sept ans et depuis elle était restée veuve jusqu'à ses quatre-vingt-quatre ans qu'elle avait à ce jour. Devant l'enfant elle rendit grâce à Dieu. Et elle parlait de l'enfant à tous ceux qui attendaient la libération de Jérusalem.

Les deux vieillards admiraient le jeune couple. Il s'était passé tant de choses en peu de temps depuis la naissance de l'Enfant ! Il naît dans une grotte ; des bergers rudes mais bons vont le voir en pre-

mier et ils racontent ce qui leur est arrivé. Ensuite arrivent des seigneurs importants qui racontent aussi les choses admirables qu'ils ont vécu jusqu'à leur arrivée à la grotte de Bethléem ; puis dans le Temple, les deux vieillards qui louent Dieu et l'Enfant. Pour eux l'Enfant s'appelle déjà Jésus. C'est ce qu'avait dit l'ange quand il était apparu à Marie avant de le concevoir.

Marie est alors la Vierge de l'admiration. Tout dans sa vie est admirable. Elle vit une vie pleine d'événements que l'on admire et tous en raison de cet Enfant qu'elle a porté en son sein et qui à sa naissance a causé tant d'événements.

Marie de l'admiration, priez pour nous afin que nous vivions l'expérience de l'admiration, de la joie et de l'amour que nous avons vu chez tous ceux qui sont arrivés jusqu'à votre fils Jésus.

De la main de Marie

L'admiration est une réalité importante dans notre vie. N'admirons-nous pas tant de choses au cours de notre existence ? La Genèse dit qu'après la création Dieu considéra tout ce qu'il avait créé et c'était très bon, très beau et merveilleux. Comment n'allons-nous pas admirer nous-mêmes la création de Yahvé alors que lui-même dit que c'est quelque chose de bon et de beau ? Pensons à certaines choses dont nous nous émerveillons.

N'admirons-nous pas notre Dieu ? Avoir un Dieu, qui est notre Père et qui est comme il est. Pouvons-nous penser à quelqu'un qui a fait pour nous ce que Dieu a fait ? Savons-nous ce que c'est qu'il ait offert son Fils, Dieu comme lui, qu'il l'ait donné pour nous ? Et qu'il l'ait offert pour qu'il vive avec nous et comme nous. En tout comme chacun de nous, sauf dans le péché. Que Dieu nous l'ait donné est quelque chose d'incompréhensible. Qu'il l'ait envoyé sur notre terre pour y vivre, y travailler pour en faire un monde meilleur, et qu'il nous l'ait donné jusqu'à la mort, est également incompréhensible. Peut-on croire à cela ? Bien sûr qu'on le croit ! Mais cela nous dépasse tellement que ça nous paraît impossible. Que Dieu se soit préoccupé pour chacun de nous, vraiment de chacun de nous, et que pour chacun il ait donné son Fils. Parce qu'il l'a donné pour chacun. Le pluriel «pour nous» n'est pas valable, il faut utiliser le singulier «pour moi». Paul l'avait très bien compris quand il disait «il m'a aimé

et il s'est donné pour moi». Existe-t-il une religion qui a un être suprême comme le nôtre ? Toutes les religions pensent à leur être suprême, peu importe comment elles l'appellent, mais aucune n'en a un comme le nôtre. On est stupéfait de penser à ce que Dieu le Père a fait pour chacun de nous qui ne sommes rien, et si nous sommes quelque chose c'est parce qu'il nous a aimés. C'est cela également que nous devons admirer, qu'il nous ait aimés, et même qu'il nous aime constamment et pour l'éternité. Oui, nous admirons Dieu le Père avec tout notre cœur, avec toute notre âme et nous lui rendons grâce. Comment n'allons-nous pas être en admiration devant Dieu ?

Nous admirons Jésus; Lui qui est Dieu, le fils de Dieu, Dieu comme le Père sauf qu'il est le Fils et non le Père mais en tout point identique au Père, il s'avère qu'il s'est incarné. Dire cela, c'est dire qu'il est devenu chair pour toujours. Ce «pour toujours» signifie que pour toute l'éternité il sera Jésus, c'est-à-dire le Verbe incarné. Comment a-t-il été capable d'arriver à une telle situation ? Par amour et obéissance au Père : «Me voici Seigneur, pour faire ta volonté». Est-ce que cela n'est pas admirable ? Réfléchissons : il s'est incarné, il a vécu avec les hommes de son temps. De l'extérieur c'était ainsi, pas de l'intérieur, c'est-à-dire à cause de ce qui lui venait de l'intérieur. De fait, qu'a-t-il fait de sa vie ? Adorer le Père, être en communication avec lui par la prière et se consacrer entièrement aux hommes. Il nous prêcha la Bonne Parole, c'est-à-dire que nous avions un Père qui n'était que bonté pour nous. Ce que fit Jésus fut soigner les malades, pardonner aux pécheurs, purifier les lépreux, ressusciter quelques morts, faire le bien pour tous ceux qui l'approchaient. Ceci ne suscite-t-il pas l'admiration ? Il s'est même laissé mener à la croix. Il est donc mort pour nous, pas pour nous, disons plutôt pour toi et pour moi. Pour chacun de nous en particulier car chacun de nous lui importait. Et de chacun de nous il voulait effacer le péché, ce qui déplaisait au Père car il voulait que nous soyons tous des enfants aimés du Père. N'est-ce pas admirable tout ce que Jésus a été et a fait ? Et notre joie maintenant c'est qu'il soit avec le Père pour toujours. Et nous croyons qu'il nous attend. Nous croyons qu'il nous recevra dans le sein de Dieu où il se trouve. Et il l'a dit, je vais me préparer une place afin que là où je suis vous y soyez aussi. Il disait cela à ses disciples, mais chacun de nous s'est senti représenté en eux. Ce Jésus est notre frère, car il est le Fils du Père et il a fait de nous les fils du Père également, bien que d'une

autre manière ; nous sommes des fils de Dieu, fils dans le Fils. Et nous espérons un jour être avec lui pour toujours, pour toute l'éternité. Nous ne pouvons pas dire que nous n'admirons pas cela ! Nous nous émerveillons tant qu'il nous semble impossible qu'il en soit ainsi. Et pourtant c'est ainsi. Merci Jésus pour tout ce que tu as fait et fais constamment pour nous.

Et nous sommes émerveillés également d'avoir le Saint-Esprit. Nous le connaissons mal. Nous savons que c'est Dieu, comme le Père et le Fils, bien que ce ne soit ni le Père ni le Fils. Ce sont trois personnes mais d'une même nature. Je sais qu'il nous est difficile de le comprendre, mieux vaut ne pas le comprendre mais l'accepter du fond du cœur. Le Saint-Esprit est l'amour entre le Père et le Fils. C'est la personne que Jésus, dans le sein du Père, nous a envoyée pour aider, accompagner et défendre l'église afin qu'elle devienne peu à peu ce que le Père voulait qu'elle soit. Et les chrétiens baptisés, confirmés et ceux qui ont reçu le ministère sacerdotal ont reçu le Saint-Esprit sacramentellement dans leur vie, dans leur cœur. C'est celui qui doit nous aider, tous, dans les moments difficiles de la vie, il doit nous aider à surmonter la tentation, à porter secours aux nécessiteux et aux pauvres, à aimer tous ceux qui croisent notre vie. Le Saint-Esprit est le grand don de notre vie. C'est pour cela que nous nous émerveillons qu'il soit avec nous, qu'il nous accompagne à chaque instant, qu'il soit la force dans notre faiblesse, la pureté dans notre péché, la joie qu'il nous donne dans les moments difficiles. Évidemment nous nous émerveillons de l'existence du Saint-Esprit ! Et nous nous sentons heureux qu'il existe et que l'on nous ait enseigné qu'il existe. Viens Saint-Esprit dans nos vies et fais que nous ne nous laissions pas séparer de l'amour de Dieu. Et encore plus, augmente cet amour chaque jour de notre existence.

Après ce que nous avons vu, comment ne pas nous sentir émerveillés d'avoir Marie dans notre vie ? Nous avons vu comment était le début de son existence quand elle a reçu l'annonce de la conception puis les premiers jours après la naissance de son fils. On ne peut que lui rendre grâce pour ce qu'a été sa vie et parce qu'elle nous a donné le Fils de Dieu par la force du Saint-Esprit. Marie de l'admiration, merci pour tout ce que tu as vécu et accepté et fais que nous vivions nous aussi cette admiration que tu as su vivre face à ce qui arrivait dans ta vie. Merci, Mère

Prière

*L'ange vint des Cieux
et annonça à Marie
le grand mystère de l'Homme-Dieu
qui admira les Cieux.*

*Vierge Mère, notre Dame
nous rappelant l'incarnation
nous, tes fils te chantons,
comme l'étoile du Salut.*

*Je suis servante du Seigneur, mon Dieu
dit la Vierge en réponse
qu'il me soit fait selon ta parole
qu'il me soit fait selon ta volonté*

*Vierge Mère, notre Dame
nous rappelant l'incarnation
nous, tes fils te chantons,
comme l'étoile du Salut.*

*Le Verbe, pour nous libérer
a pris ton sang virginal
s'est fait chair et a vécu parmi nous
nous délivrant du mal.*

*Vierge Mère, notre Dame
nous rappelant l'incarnation
nous, tes fils te chantons,
comme l'étoile du Salut.*

Marie de l'amour

Le vécu de Marie

L'enfant qui est né est un bébé, semblable à tous les nouveaux-nés. Et il restera bébé pendant longtemps. Comment Marie se comporte-t-elle avec lui ? Comme le font toutes les mères avec leurs nouveaux-nés. Elle le couvre de baisers parce qu'une mère aime tendrement son jeune enfant. Des baisers d'amour, des baisers d'affection, des baisers parce qu'elle sent que c'est la chair de sa chair. Pour toutes les mères, être mère est une joie. Et cette joie c'est le bébé qu'elle tient dans ses bras. Elle le caresse. Il n'y a qu'à voir comment les mères traitent leurs bébés, comment elles les caressent, comment elles les cajolent inlassablement. C'est ainsi que se comporte Marie avec le petit Jésus, qui est un bébé né il y a quelques semaines ou quelques mois. Elle fait aussi comme toutes les mères, elle lui dit des mots qui n'ont pas de sens pour ce petit qui regarde sa mère avec de grands yeux. Des yeux qui attendrissent sa mère. Des yeux dans lesquels elle voit l'amour que son fils lui porte. Qu'est-ce qu'elle devait être heureuse, Marie, devant son bébé !

Elle doit le bercer. J'ignore à quoi ressemblait le berceau dans lequel elle a mis l'enfant quand elle a pu se reposer des voyages qui l'ont fait aller d'un côté à l'autre. Elle le berce car parfois l'enfant pleure. Et Jésus comme tous les bébés pleure parfois. Marie veut qu'il se taise, elle veut qu'il se sente bien, elle veut qu'il n'ait aucun mal. Et elle doit le laver souvent. Toutes les mères doivent faire cela à leur petit. Marie aussi. De plus les mères cherchent des jouets pour leurs petits. Que cherchait Marie ? On l'ignore, mais sans aucun doute elle cherchait quelque chose. Les mères avec n'importe quelle petite chose font rire leurs enfants. Et un sourire de l'enfant procure à la mère une immense joie. Marie fait tout cela avec le petit Jésus

et bien d'autres choses que nous verrons plus tard. Et si l'on pense qu'elle fait cela avec le fils de Yahvé on est surpris et émerveillés.

Ensuite peu à peu elle doit lui apprendre à se déplacer. Tout d'abord en rampant, puis en s'appuyant sur les mains et les pieds. Il avance. La mère s'éloigne et l'enfant marche pour la rejoindre. Et quand il arrive dans les bras de sa mère il reçoit un énorme câlin et un gros bisou. Elle le reçoit et le serre près de son cœur. Ainsi le fait Marie. Elle voit peu à peu le petit se développer. Quel beau moment lorsque Marie donne le sein à Jésus pour le nourrir. Plusieurs peintres ont capturé ce fait dans leurs peintures car c'est un moment précieux de Marie avec l'enfant Jésus. Ensuite elle doit lui apprendre que petit à petit il faut arrêter de téter et elle veut qu'il apprenne à manger des petites choses, celles que mangent les petits enfants. Ainsi le fait Marie.

Tout ceci nous fait proclamer que Marie est la Marie de l'amour. La mère qui aime intensément son petit et qui fait tout ce qu'elle peut pour qu'il soit heureux. C'est la seule chose qu'elle veut, qu'il soit heureux. Qu'il se sente bien. Qu'il ne souffre pas. Et si parfois l'enfant pleure parce qu'il s'est fait mal, la mère court, le prend dans ses bras et l'embrasse, elle l'embrasse là où il s'est fait mal, elle lui chante une chanson, elle le berce, elle fait tout ce qu'elle peut jusqu'à ce que le petit cesse de pleurer. Et quel beau moment, celui où Marie, son fils dans les bras, le fait s'endormir peu à peu. L'enfant dort en paix parce qu'il est dans les bras de celle qu'il sent qu'elle l'aime.

Cela a certainement été une période de grande joie dans la vie de Marie, et aussi d'inquiétude car elle voulait que tout aille bien pour son fils.

Et à quoi ressemblait l'amour de Marie pour l'enfant Jésus ? C'était un amour délicat, avec la délicatesse que les mères ont pour leurs petits. Elles les aiment et c'est pour cela que la douceur est toujours présente dans la relation à leurs enfants. Elles savent leur montrer quand ils font quelque chose de bien et quand ils font quelque chose qui ne l'est pas, parce que les petits ne comprennent pas et l'enfant Jésus était un enfant qui pouvait faire ce que font les petits qui ne comprennent pas.

C'est un amour affectueux. L'affection est ce que les petits sentent le plus. Car l'affection d'une mère apparaît dans ses gestes, dans ses mots, dans ce qu'elle dit même si l'enfant ne comprend pas encore

le langage. Mais il comprend les gestes, les expressions du visage de la mère, le sourire sur ses lèvres. Comment l'enfant Jésus va-t-il comprendre ce que lui disait Marie !

C'est un amour toujours attentif aux besoins de l'enfant. Elle s'inquiète constamment pour lui, remarque ses besoins, se rend compte s'il lui arrive quelque chose d'étrange. Les mères ont une bonne intuition pour remarquer toutes ces choses et Marie l'avait. Et c'est pour cela qu'elle était attentive au moindre besoin qu'elle remarquait chez le petit qui marchait à quatre pattes à côté d'elle et à qui elle manquait quand elle était dans une autre pièce. Il criait, pleurait, pour demander de cette manière à sa mère à ce qu'ils soient ensemble. Et Marie allait voir l'enfant en courant.

C'est un amour qui s'inquiète toujours de ce qui peut arriver à son fils. Et Marie était ainsi, inquiète pour que rien de mal n'arrive à son fils. Avec quel contact le prenait-elle, avec quel amour le recevait-elle sur ses genoux. Cela devait être adorable de les voir s'embrasser tous les deux. Et comment l'enfant embrassait Marie. Et la joie que cela procurait à sa mère.

C'est un amour attentif à ce que l'enfant soit heureux. Elle fait tout ce qui est nécessaire à cette fin. En fin de compte c'est le plus important pour une mère qui a un petit enfant, qu'il soit heureux et que rien ne lui arrive car la mère ne s'en est pas occupée comme il se doit. Et c'était ainsi pour Marie. Elle était toujours attentive à son fils.

C'est un amour qui s'applique à ne pas laisser l'enfant seul. Les mères ont toujours leurs enfants auprès d'elles, soit à quatre pattes, soit dans leurs bras ou dans le berceau, peu importe, mais toujours avec elles, elles ne les laissent pas seuls, et encore moins si les laisser seuls risque de leur faire du mal.

C'est un amour qui soigne immédiatement le petit s'il s'est fait mal. Les petits ignorent certaines choses, ils peuvent ne pas se rendre compte de ce qui peut leur faire mal et parfois ils le font. Ils pleurent. Les mères accourent immédiatement, les caressent, les embrassent là où ils se sont fait «bobo», et c'était ainsi pour Marie et l'enfant Jésus.

Ainsi était l'amour de Marie pour Jésus, le petit enfant qui fut d'abord un bébé, mais qui grandissait peu à peu, mais ce n'est pas pour autant que sa mère l'aimait moins.

Nous n'avons rien dit de Joseph qui était également présent à la maison quand il ne travaillait pas. Et qui aimait également le petit. Et le petit l'aimait et aimait être avec lui et qu'il le prenne dans ses bras. Quelle joie cela procurait à Joseph ! Ainsi se déroula la vie pendant les premières années de l'enfant Jésus. Sentant l'amour de ses parents qui étaient constamment à son écoute et qui ne le laissaient pas livré à lui-même car ils se sentaient responsables de lui.

De la main de Marie

Marie de l'amour est également un exemple pour nous. Elle nous enseigne à aimer. Et que pouvons-nous dire de ce à quoi notre amour doit ressembler ? Indiquons quelques éléments de cet amour que Marie avait aussi avec le petit Jésus.

Nous devons aimer tout le monde. Dans la famille de Marie tout le monde s'aimait. Nous l'avons vu pour Marie avec Jésus, Joseph aimait également l'enfant, et bien sûr les deux époux s'aimaient, parce que Dieu respectait également l'amour et l'affection que Marie devait sentir pour Joseph. Nous ne pouvons exclure personne de notre amour. Le Père des cieux nous aime tous, Jésus a dit qu'il fait lever le soleil sur les méchants et sur les bons. Tous sont ses enfants et il les aime tous. Ainsi, nous devons l'imiter dans cet amour. Nous devons aimer tout le monde.

Notre amour envers les autres doit être délicat. Pas flatteur, il ne s'agit pas de chercher à être aimé ni d'essayer de tirer profit de notre amour pour les autres. Nous respectons les autres et nous leur faisons le bien que nous pouvons. La délicatesse magnifie l'amour. L'indélicatesse fait que l'amour n'est pas véritable, il lui manque quelque chose ou il a quelque chose en trop. Il doit être vraiment délicat.

Notre amour pour les autres doit être pacifique. C'est à dire qu'il doit produire la paix chez l'autre. Il ne doit pas être bruyant, il ne doit pas déranger l'autre, il doit lui apporter de la paix dans sa vie, dans son cœur et dans la relation que l'on entretient avec lui. C'est ainsi que Dieu nous aime, nous apportant de la paix. Je vous laisse ma paix, a dit Jésus, je vous donne ma paix, mais pas comme le monde la donne. Son amour emplit notre cœur et nous emplit de paix.

Nous devons aimer en pardonnant à ceux qui ont pu nous faire du mal. Si l'on ne pardonne pas c'est que l'on n'aime pas. Si nous ai-

mons, nous n'avons pas le droit d'être en colère pour quelque chose que l'on nous a fait. N'avons-nous pas péché tant de fois et pourtant Jésus nous a toujours pardonnés, encore et encore ? Quand l'amour est véritable il pardonne même si l'on a souffert. Comme le Seigneur s'est si souvent comporté avec nous, nous devons nous comporter avec les autres.

Nous devons aimer en étant à l'écoute des besoins des autres. Celui qui aime prend soin de l'autre. Souvenons-nous du samaritain. Il ne connaissait pas la personne qu'il rencontre sur le chemin, mais il l'aime vu qu'il fait tout ce qu'il peut pour elle. Il en prend soin, l'em-mène à l'auberge, paye ce qu'il doit payer et dit à l'aubergiste qu'à son retour il paiera la différence s'il a dépensé plus. Aimer c'est être attentif aux besoins des autres. Le véritable amour se manifeste ainsi. Et c'est ainsi que se manifeste l'amour de Dieu pour nous, il est attentif à nos besoins. Demandez et vous recevrez, cherchez et vous trouverez, frappez et l'on vous ouvrira. Le Seigneur a été très clair.

L'amour authentique ne fait de mal à personne. Offenser c'est ne pas aimer. Pardonner c'est aimer. Nous ne pouvons pas dire que nous aimons si cela offense quelqu'un. Le samaritain n'a pas fait cela. Et Jésus a loué son comportement. Si nous voulons qu'il loue le nôtre nous savons comment nous devons nous comporter.

Aimer c'est s'inquiéter pour les autres, pour leurs situations difficiles et leur venir en aide comme nous le pouvons comme le Seigneur nous vient en aide lorsque nous souffrons. L'inquiétude mise en pratique est une belle manière d'aimer, d'être auprès de l'autre, de ne pas lui tourner le dos quelle que soit la raison.

Aimer c'est également demander pardon à ceux que nous avons offensés tout au long de la vie. Celui qui demande pardon aime. Celui qui aime demande pardon. Pierre aimait Jésus et après l'avoir renié trois fois, il a demandé pardon parce qu'il pleurait amèrement. Il est vrai que cette demande de pardon nous vient avec l'aide de Dieu. Si Jésus n'avait pas regardé Pierre alors qu'il venait de le nier, il n'aurait pas pleuré amèrement, il n'aurait pas manifesté l'amour qu'il avait dans son cœur. Le premier est toujours l'amour que Dieu nous porte.

Aimer c'est ne faire de mal à personne. Quoi qu'il soit arrivé entre nous et une personne, nous ne devons pas répondre avec une offense. Offenser car on a été offensé c'est ne pas aimer. Ne pas faire

de mal à celui qui nous a offensé c'est aimer véritablement. C'est ainsi que nous le vivons dans notre vie chrétienne. Nous avons offensé de façon répétée notre Dieu, mais il ne nous a pas puni, il ne s'est pas plaint, ce qu'il a fait, c'est tout simplement pardonner. Nous le voyons dans l'évangile, par exemple, où la femme adultère est pardonnée par le Seigneur. Pardonnée par le pur amour du Seigneur. Pardonnée parce que c'est ce qui vient du cœur de Jésus.

Aimer c'est aider les autres autant que nous le pouvons et face à tous leurs besoins si nous pouvons leur donner un coup de main. L'aide est une manifestation de l'amour. Celui qui aide aime, celui qui aime aide. Nous l'avons appris de notre Seigneur. Nous avons péché mais il nous a aidés, il continue de nous aider et il n'arrêtera pas de nous aider même si nous nous comportons mal.

Aimer c'est faire ressortir le meilleur des autres. Avec nos paroles, avec nos comportements, avec notre façon d'agir avec l'autre, nous devons réussir à faire sortir le meilleur de son cœur. Quand nous aimons sans rien demander, quand nous aimons par pure dévotion sincère, l'autre peut se sentir encouragé à agir bien et à se comporter mieux qu'il ne l'avait fait jusqu'alors. Le meilleur de son cœur apparaît alors.

Aimer c'est ne pas oublier le bien que nous avons reçu. Il y en a eu tant ! Nous avons été aimés par Dieu comme jamais nous ne l'aurions cru possible. Aimés toujours, aimés alors que nous n'arrêtons pas de l'offenser. Nous l'avons offensé de façon répétée et il nous a pardonné de façon répétée.

Oui, il faut aimer tout le monde du fond du cœur et toujours, qu'ils soient amis ou ennemis, qu'ils nous aient fait du bien ou qu'ils nous aient offensés. Dieu fait lever son soleil sur les bons et les méchants, et nous devons aimer tous les autres, peu importe comment ils sont car ainsi nous imitons notre Père des cieux.

Prière

*Annonciation, je te salue,
glorieuse brune du prodige,
tu auras un enfant plus beau
que la brise est belle en ses tiges.*

*Je t'apporte le message de Dieu.
Il te salue, Marie,
Dieu s'est épris de toi,
Dieu est Dieu de joie.*

*Pleine de grâce je te nomme
car la grâce t'illumine
Si je pouvais te donner plus,
je te donnerais encore plus de grâce.*

*Le Seigneur est avec toi,
Encore plus que tu n'es avec Dieu ;
ta chair n'est plus ta chair,
ton sang est pour vous deux.*

*Tu seras bénie
entre toutes les femmes,
si tu es la mère de tous,
qui pourrait ne pas t'aimer ?*

Marie de l'enseignement

Le vécu de Marie

L'enfant n'était plus si petit. Il grandissait. Il devenait un homme. Et il était chez lui avec ses parents. À un moment, on en parlera plus loin, il a commencé également à travailler avec Joseph. Maintenant nous voulons nous intéresser à celle que nous avons appelée Marie de l'enseignement.

Tout le temps que Jésus grandissait et était à la maison puis plus tard au travail, qu'ont fait Marie et Joseph ? Et bien ils l'éduquaient. Voyons ce qu'ils lui enseignaient.

Marie de son côté enseignait à son fils des choses simples mais importantes, des vertus domestiques et des vertus extérieures. Intéressons-nous à quelques-unes d'entre elles.

Elle lui enseignait ce qu'est la délicatesse. Qu'il faut être délicat avec tout le monde. Que la délicatesse exalte la personne. Que la délicatesse est ce que méritent les autres. Que la délicatesse ne doit jamais être absente dans une vie. La délicatesse consiste à se comporter avec les autres comme on souhaiterait qu'ils se comportent avec nous. La délicatesse c'est la manière dont Yahvé nous traite. Il le fait avec cette délicatesse qui naît dans son cœur.

Elle lui enseignait le respect des autres, et en premier lieu de son père Joseph. Il faut respecter tout le monde. Il ne faut faire de mal à personne; Il ne faut offenser personne. Offenser une personne c'est offenser Yahvé car Yahvé est dans toutes les personnes. L'enfant comprenait qu'il devait respecter tout le monde et il le faisait chaque jour. Il regardait Joseph avec respect, ce qui n'est pas une absence d'amour. Au contraire, le respect est une autre forme d'amour.

Elle lui enseignait qu'il faut tendre la main lorsque l'on voit qu'une personne en a besoin et que l'on peut aider cette personne. Aider

les autres est une vertu importante. Aider c'est aimer, et l'amour se manifeste dans l'aide que l'on apporte. Et Marie enseignait à l'enfant que lorsqu'il voyait dans le village quelqu'un qui avait besoin d'aide, il l'aide, qu'il ne passe pas son chemin car ça ne plaisait pas à Yahvé.

Elle lui enseignait qu'il fallait être attentif aux autres. Être attentif aux autres quand ils viennent vers nous. Être attentif à quelqu'un est une manière de lui montrer qu'on l'aime, qu'on le respecte, qu'on le considère. L'attention accompagne toujours les bonnes personnes. Il faut être attentif à tout le monde, c'est ce que Marie enseignait à son fils. On ne peut pas se désintéresser des autres. Celui qui se désintéresse de l'autre l'offense, et c'est quelque chose que Yahvé ne veut pas.

Elle lui enseignait qu'il faut saluer lorsque l'on rencontre une autre personne. Saluer est la façon de montrer que l'autre t'importe. Ceux qui ne saluent pas parfois se croient plus importants que les autres ou alors c'est que les autres ne les intéressent pas. Et ce n'est pas bien. Une salutation chaleureuse, prévenante, inquiète, est un acte qui fait du bien à la personne saluée et qui resserre les liens entre les personnes.

Elle lui enseignait comment se comporter avec les amis. Les amis sont toujours une aide qui importe lorsque l'on a besoin d'eux et elle lui enseignait également qu'il faut aider ses amis lorsqu'ils en ont besoin. Les amis adoucissent la vie, ils la rendent plus agréable. Les amis nous divertissent une grande partie de la journée et avec eux on apprend ce qu'est l'aide, la camaraderie, la solidarité.

Elle lui enseignait qu'il ne faut profiter de personne. Celui qui profite de l'autre l'offense, le sous-estime alors que Yahvé nous a tous fait égaux et nous devons prendre soin les uns des autres. Celui qui profite ne prend pas soin de l'autre.

Elle lui enseignait qu'il ne faut abuser de personne, n'être cruel avec personne, et au contraire défendre une personne lorsque l'on voit que quelqu'un lui fait du mal. Pour cela il ne faut pas se plaindre lorsqu'on n'en a pas le droit, et même si on l'a, si possible, il ne faut pas se plaindre. Peut-être que cela fera réfléchir l'autre personne et lui servira de leçon dans sa vie et lui fera du bien.

Elle lui enseignait qu'il faut savoir pardonner. Oui pardonner, toujours pardonner. Même si on a été offensé, même si quelqu'un s'est mal comporté avec nous. Le pardon est ce qui nous rapproche de Yahvé d'une manière très spéciale. Et Jésus a bien appris cela de sa

Mère parce que dans sa vie il n'a fait que pardonner, même au moment suprême de sa mort: «Père, pardonne-leur».

Ce sont ces vertus et bien d'autres que Marie enseignait à son fils. Et l'enfant puis l'adolescent apprenait de la mère, il était attentif à ce qu'elle lui disait, et il observait aussi le comportement de sa mère et il apprenait autant de son comportement que des paroles qu'elle lui disait. Il a appris autant en la voyant agir qu'en écoutant ce qu'elle disait.

Puis dans la famille Joseph a également éduqué l'enfant quand il était plus grand. Joseph lui a enseigné ce qu'est le travail. Joseph était charpentier, on l'appelait le «bricoleur» du village, c'est-à-dire qu'il aidait toujours quand il y avait besoin parce qu'il savait tout faire. Il montra à Jésus le travail de charpentier qui était son occupation principale dans la vie, et ainsi Jésus apprit la menuiserie mais il apprit également à aider les autres avec les petites choses dont ils avaient besoin et pour lesquelles il était également habile.

Il lui enseignait l'honnêteté dans le travail. Qu'il ne faut pas profiter de ce dont les autres ont besoin lorsqu'ils demandent de l'aide. L'honnêteté dans le travail est très importante et c'est ce que Joseph enseigna à son fils.

Il lui a appris qu'il faut aider ceux qui en ont besoin, sans exception, et en tout cas aider plus ceux qui en ont le plus besoin et qui peut-être peuvent donner moins car ils ont très peu. C'est pour cela que Joseph, sans aucun doute, s'il voyait une personne qui ne pouvait pas le payer, la laissait tranquille car il savait que cette personne était dans le besoin et qu'elle avait la vie difficile.

Il lui a enseigné comment traiter les autres travailleurs du village. Bien s'entendre avec eux. Ne pas se disputer. Savoir respecter chacun dans son domaine et ne jamais enlever le travail de quelqu'un parce que c'est peut-être sa manière de gagner sa vie et subvenir aux besoins de sa famille. C'est pour cela qu'il ne faut pas entrer en conflit pour des choses relatives au travail. Être ami au travail est une grande vertu qui ne se réalise pas toujours mais pour laquelle il faut se battre

De la main de Marie

Cette façon d'être et de se comporter de Marie doit aussi nous servir d'enseignement pour nous-mêmes. Comment devons-nous nous comporter dans ce domaine dans notre vie de piaristes, d'hommes

qui se sont consacrés par profession à l'enseignement et que celui-ci doit être l'une des réalités qu'ils apprécient le plus et dans laquelle ils s'investissent le plus?

Il faut être travailleurs. Maintenant nous le disons de manière générale, travailleurs. C'est-à-dire que le travail est quelque chose qui doit être toujours présent dans notre vie. Travailler comme nous pouvons le voir chez notre Fondateur. Si l'on passe sa vie en revue, on s'aperçoit que sa vie a été remplie de travail. Faire avancer l'Ordre avec tous les problèmes qui y apparaissaient ; motiver ses enfants avec les milliers de lettres qu'il a écrites ; être attentif à ce qui se passait dans chaque maison ; s'inquiéter de chacun des religieux et des problèmes qu'ils avaient ; s'occuper des nouvelles fondations afin de répondre à la demande de ceux qui voulaient avoir un collège dans leur ville. Et il a fait tant d'autres choses dans sa vie. Et tout ce travail n'a pas altéré sa prière. C'était un homme de prière et de travail, de travail et de prière, qui se consacrait à Dieu et aux autres.

Cela signifie qu'il ne faut pas être «fainéants», c'est-à-dire des personnes qui s'intéressent peu au travail et ne s'inquiètent pas d'être utiles à la communauté dans lesquelles ils sont. On voit parfois des religieux qui ne participent pas aux besoins du collège ou de la communauté alors qu'ils ne veulent manquer de rien et cherchent à tout avoir.

Il faut être honnête dans le travail. Notre travail se fait avec des gens et dans ce domaine il faut être très délicats. Les personnes, et d'autant plus les enfants, ont besoin de toute l'attention possible. Il faut bien les traiter, qu'ils se souviennent toute leur vie qu'ils ont été bien traités tout le temps qu'ils ont été dans le collège piariste et qu'ils n'aient à se plaindre d'aucun religieux qui les aurait maltraités ou qui ne se serait pas inquiété de leurs besoins.

Il faut donner ce qu'ils attendent de nous. Les enfants attendent toujours beaucoup. Il ne faut pas les décevoir. Il faut répondre à leurs attentes. Mais il faut également leur enseigner à être prudents. Qu'ils rêvent beaucoup à ce qu'ils veulent pour le futur, mais qu'en même temps ils gardent les pieds sur terre pour ne pas se désespérer lorsqu'ils n'obtiennent pas ce dont ils ont rêvé.

Il faut leur enseigner à être honnêtes dans leur comportement, dans leurs attitudes, dans tout ce qu'ils font, pensent et veulent. Honnêteté, et nous ne faisons pas référence à un contexte sexuel, mais à un contexte humain parce que toutes ces choses sont nécessaires dans le domaine

humain. L'honnêteté fera d'eux de bonnes personnes et les aidera à obtenir ce qu'ils veulent. L'honnêteté avec les autres, avec leurs camarades pour ne jamais profiter de l'un d'entre eux. Qu'ils n'abusent pas des plus faibles ou de ceux qui ont des difficultés personnelles. Il n'y a rien de mieux que de trouver un ami qui aide celui qui en a besoin car ils se trouvent dans les pires conditions humaines, physiques ou psychiques.

Il faut leur enseigner comment doit être la relation entre eux. Ils doivent être attentifs, nobles, prêts à aider, et savoir défendre celui qui est laissé de côté par les autres. Toujours défendre ceux qui sont accusés par les autres sans raison, parce qu'ils sont plus faibles ou n'ont pas les qualités qui font que les autres les admirent.

Il faut leur enseigner à défendre les pauvres, ceux qui ont moins qu'eux, ceux qui traversent des épreuves qui les humilient ou qui ne leur permettent pas d'être comme les autres.

Il faut les éduquer avec les vertus humaines, religieuses et sociales. Qu'ils soient des hommes respectés et respectueux, qui veuillent être aidés lorsqu'ils en ont besoin et qui aident ceux qui en ont besoin. Qu'ils sachent aider les plus délaissés de la classe parce qu'ils ont moins de facultés intellectuelles ou parce qu'ils sont insultés par certains ou mis à l'écart par beaucoup de la classe

Il faut leur enseigner à ne pas faire confiance à certains adultes qui peuvent leur faire du mal ou essayer de les tromper et les emmener dans des endroits peu recommandables. Insister sur le fait que sur ce sujet ils doivent écouter ce que disent leurs parents et savoir dénoncer lorsqu'ils rencontrent des personnes qui présentent des aspects obscurs, malhonnêtes ou dangereux.

Il faut leur apprendre à savoir accepter l'affection, la tendresse et la sollicitude des religieux ou des enseignants qui leur font cours, mais en même temps que ces derniers fassent attention à la façon de se comporter avec eux et qu'ils ne permettent rien de scabreux ni quelque chose que les enfants n'oseraient pas dire à leurs parents parce que cela les mettrait dans l'embarras et parce qu'ils savent au fond que ce n'est pas bien.

S'il s'agit des professeurs, religieux ou laïcs, il faut bien préparer ce que l'on enseigne aux enfants ou aux élèves afin qu'il y ait un réel investissement dans la mission éducative qui est sans aucun doute l'une des plus précieuses.

Il faut se dédier à tous les élèves sans exception, mais surtout aux plus pauvres, à ceux qui en ont le plus besoin, à ceux dont personne ne veut dans leurs collèges car ce ne sont pas des élèves appliqués, ce sont des sortes de voyous ou parce qu'ils ne se comportent pas comme ils devraient et sont une source de préoccupation pour les éducateurs. Le véritable éducateur ne rejette personne parce que c'est une personne difficile dans la classe.

Il faut aimer tous les élèves quels qu'ils soient, ce qui ne veut pas dire qu'il ne faut pas les corriger quand c'est nécessaire et à certaines occasions il peut être nécessaire de les obliger à quitter le collège pour leur propre bien et pour le bien de leurs camarades. Il doit s'agir de cas très rares car justement éduquer c'est apprendre à bien se comporter, à prendre soin des choses et des personnes.

Prière

*Ô Vierge demoiselle
de ton nom si pur, Marie,
quand la blanche étoile
renaît avec le jour,
les oiseaux chanteront la litanie !*

*Tenant la promesse
ta douce intégrité a rayonné
et tout le ciel pèse
avec une grande indulgence
sur la fidèle salutation de l'«Ave Maria»*

*Si de ta simple vertu
La parfaite Trinité se réjouissait,
s'agenouillant,
l'archange démontrait
la grâce de l'Amour qu'on lui envoyait*

*Toi, Vierge fleurie,
tu as donné le miracle de ton arôme au vent,
et l'aura reconnaissante
qui a recueilli ta présence
a rempli la pièce d'une lumière joyeuse.*

*L'archange monte haut
restaurant la paix naissante,
et au doux sursaut
de sa montée élogieuse
les siècles t'appelleront l'élue.*

Marie du dépouillement

Le vécu de Marie

Ce bébé né à Bethléem avait grandi. Adolescent, il vivait dans la maison avec ses parents. Et Luc dit que peu à peu il grandissait en connaissances, en stature et dans la faveur de Dieu et des hommes. Le temps passait et l'adolescent est devenu un adulte. Il vivait toujours dans la maison de ses parents. Et il y vécu jusqu'à ce qu'il quitte la maison et sa mère. Au cours de cette période qui dura environ trente ans, il y eut deux événements qui marquèrent la vie de la famille. Le premier fut la mort de Joseph. Quand est-il mort ? On l'ignore. Mais il ne pouvait pas être bien vieux. S'il avait vécu jusqu'au moment où Jésus a quitté la maison, il n'aurait même pas eu cinquante ans. Et donc disons qu'il est mort quelques années avant, il n'était pas vieux, à cette époque la vie était plus courte.

On ignore comment, mais un jour Joseph s'est senti mal. C'était soudain ou alors c'était un mal qui avait grandi peu à peu en lui. Mais ils ont réalisé qu'il partait. On peut s'imaginer la douleur de Marie et Jésus. Marie se souvenait de toute sa vie avec son époux. Depuis le moment où elle l'avait vu sur ses terres et qu'il lui avait plu. Tellement qu'elle l'avait épousé. Et elle avait pensé à fonder une famille. Puis la précipitation pour lui raconter ce qui s'était passé avec l'ange. L'intervention de Yahvé pour qu'il ne laisse pas Marie. La naissance de l'enfant. Les voyages d'un endroit à un autre pour des raisons liées à l'enfant. Il fallait le défendre. Et Joseph était le père de la maison. Puis l'installation définitive dans un endroit. Puis vivre en travaillant, en gagnant sa vie pour subvenir aux besoins de la famille. Aimant les deux membres de la maison et enseignant à Jésus tant de choses comme on le lui avait enseigné. Et comme Jésus l'aimait ! Mère et fils sont au chevet de Joseph. Il y a

de la paix. Comment n'y en aurait-il pas avec une telle compagnie. Joseph part, mais il part en paix. La douleur est présente. Comment pourrait-il en être autrement alors que le père les quitte ! Mais ils savent que là où il va il va être heureux, mais c'est toujours douloureux lorsque quelqu'un qu'on aime nous quitte. Que se disaient-ils ces jours de maladie, où ils voyaient que tout était en train de se terminer ! Comment trouvaient-ils la force ! Que disait Marie à Joseph ! Elle le regardait et voyait dans les yeux de Joseph tout l'amour qu'il lui avait porté toutes ces années ! Ils avaient été une famille heureuse. Il n'y avait pas eu de conflits, ils avaient élevé leur fils qui était devenu un adulte et qu'ils n'aimaient pas moins pour autant ni ne lui donnaient moins d'amour. Marie a sans aucun doute aidé Joseph à partir en paix ; Jésus lui a certainement pris la main, l'a réconforté et lui a dit des mots qu'on ne peut imaginer, des paroles d'affection, de remerciement, d'espoir. Ils se reverraient.

Ceci n'était que la fin d'une étape. Ce n'était pas la fin de tout. Et peu à peu les yeux de Joseph se sont fermés. Peu à peu il a arrêté de respirer. Et la fin est arrivée. Comme ils ont dû embrasser ce corps qui leur avait fait tant de bien aux deux qui restaient, la mère et le fils ! Puis ils l'ont enterré selon la coutume juive. Nous ne saurons jamais où, mais c'est un détail. Il est mort comme personne, en présence de Marie et de Jésus. Accompagné par les deux. Aimé par les deux. Et les deux se sont retrouvés seuls. La maison semblait un peu plus grande car il manquait une personne qui la remplissait. La vie continuait et ils durent s'habituer à vivre sans la présence de Joseph, vivant la vie du mieux qu'ils pouvaient, s'habituant à poursuivre le travail et les tâches quotidiennes.

Marie continuait à faire son travail à la maison. Jésus son propre travail. Peut-être en avait-il un peu plus car il devait honorer les engagements que Joseph avait pris. La vie semblait normale. Mais Marie sentait une appréhension naître en elle. Jésus allait avoir trente ans. Elle trouvait étrange qu'il reste à la maison. Ils n'avaient sûrement jamais abordé le sujet. Marie savait que son fils était spécial. En dehors de la fois où il était resté au Temple lors de la visite qu'ils avaient faite quand il était adolescent et des mots qu'il leur avait adressés quand il semblait qu'ils le réprimandaient car il était resté sans rien leur dire, il n'y avait jamais rien eu d'étrange dans son comportement. Mais Marie se souvenait de l'ange, même si elle n'avait pas tout com-

pris ; l'ange avait dit «celui qui va naître sera saint, il sera appelé Fils de Dieu». Elle savait qu'il était très spécial. Il suffisait de voir tout ce qui avait été fait pour sauver la vie de l'enfant quand il était petit.

Puis un jour la mère et le fils discutèrent. Ils avaient dîné, c'était le crépuscule. Le silence s'installait dans les foyers. Et Jésus dit à sa mère qu'il avait quelque chose à lui dire. Il lui raconte qu'il a entendu parler d'un prophète qui baptise dans le Jourdain. Qu'il veut se faire baptiser et qu'il veut donc aller là-bas. Il ne dit pas qu'il allait revenir. On comprenait qu'il s'agissait d'un départ sans retour. Jésus ne savait pas ce qu'il ferait. Dans sa vie il faisait jour après jour ce que le Père des cieux lui indiquait. Il n'a rien dit, mais Marie l'a compris. Son fils parlait. Il avait partagé tous les deux beaucoup d'affection et d'attention depuis le départ de Joseph. Qu'est-ce que Jésus allait devenir ? Marie ne pouvait pas refuser. Elle était la femme du «oui». Combien de «oui» avait-il dit depuis le premier, celui de l'ange ! «Oui» à Joseph qui lui disait quelque chose, «oui» à Joseph à nouveau parce qu'ils devaient aller d'un endroit à un autre, «oui», toujours «oui». Et maintenant à nouveau un «oui» qui semblait lui briser le cœur. C'était un «oui» très conscient parce qu'elle comprenait ce que voulait Jésus, mais en même temps très douloureux parce qu'elle allait se retrouver seule. Elle ne s'est pas opposée. Elle n'a rien dit contre. Elle ne lui a pas mis de difficultés. Elle a dit «oui», pars mon fils si c'est ton destin. Comment allaient-ils s'imaginer tous les deux que le prophète qui baptisait dans le Jourdain n'était autre que l'enfant qui avait sursauté de joie dans le sein d'Élisabeth quand Marie lui avait rendu visite ! La mère lui aura donné quelques conseils ; des conseils de mère : qu'il fasse attention, qu'il ne lui arrive rien de mal, qu'il fasse tout le bien qu'il pouvait à ceux qui en ont besoin, qu'elle restait là et qu'elle aimerait avoir de ses nouvelles. Des conseils de mère à un adulte. C'était un adulte, mais c'était son fils. Elle en avait toujours pris soin et maintenant elle ne pouvait pas arrêter d'en prendre soin. Au moins avec les mots.

Cela a également dû être dur pour Jésus. Il commençait une nouvelle étape de sa vie. Il se rendait compte qu'il s'agissait de cela. Il sentait que les choses n'allaient pas être faciles. Il ne savait pas encore ce qui allait lui arriver, ni comment il allait se débrouiller. Mais il était prêt à être une personne de bien, et à faire tout le bien qu'il pourrait. Mais plus que tout il voulait être baptisé, il voulait que l'eau que le prophète versait lui coule aussi sur la tête comme

elle coulait sur la tête de nombreux juifs qui se présentaient à lui. Et beaucoup lui demandaient comment ils devaient se comporter. Jean leur répondait. Peut-être qu'il lui dirait quelque chose à lui aussi. Il ne savait pas que ça allait être le contraire, que c'est le prophète qui allait lui demander quelque chose. Il répondrait comme il comprendrait qu'il devait le faire.

Puis vint le moment du départ. Ils se serrent dans les bras l'un de l'autre, s'embrassent, se prennent les mains, avec une impression que la mère lui serre la main comme si elle ne voulait pas qu'il parte, mais ce n'est qu'une impression. Elle sait qu'il doit partir. Il sait qu'il doit partir. Il sortit de la maison. La porte se ferma. Il ne regarda pas derrière lui. Une fois parti il ne faut pas se retourner. Elle non plus n'a pas rouvert la porte pour le voir partir. C'était son destin. Et elle l'acceptait pleinement. C'est vrai qu'elle versa quelques larmes. Parce que l'amour se manifeste aussi dans les larmes. Son fils était parti. Elle se retrouvait seule. La vie continuait mais elle était différente. Ces deux événements déchirèrent le cœur de Marie. Elle a souffert du dépouillement à la mort de Joseph puis au départ de la maison de Jésus. Dépossédée de ce qu'elle aimait le plus, mais ouverte à la volonté du Père. Peut-être que dans ces moments elle s'est souvenue du «oui» à l'ange et elle a pensé que jamais elle ne se serait imaginé que ce «oui» allait avoir des conséquences aussi dures dans sa vie. Mais elle restait debout, continuait d'aimer Yahvé et acceptait sa volonté en disant «oui» à nouveau.

De la main de Marie

Dans notre vie le dépouillement apparaît également. Nous nous confessons disciples de Jésus. Nous avons adopté la vie religieuse. Le Seigneur dit que celui qui veut le suivre doit prendre sa croix. Et la croix signifie et implique le dépouillement. Voyons depuis cette perspective les voeux que nous avons faits dans notre vie religieuse.

Le Seigneur s'est dépouillé de sa richesse, il était Dieu et il a accepté la pauvreté d'être un homme. Nous acceptons volontairement la pauvreté pour le Christ pauvre. Ainsi nous témoignons du fait que nous avons placé notre confiance dans le Seigneur. Nous abandonnons les biens matériels de la façon que chacun sait. C'est que le dépouillement qu'implique la pauvreté est différent pour chacun. Chacun ressent un appel à vivre la pauvreté d'une certaine manière.

Nous devons tous respecter les Constitutions. Mais elles indiquent un minimum que nous devons vivre. Ensuite, chacun ressent un appel à vivre la pauvreté d'une manière plus intense ou simplement comme l'indique les Constitutions.

Pour les piariste la pauvreté est qualifiée de «vénérable» car le Fondateur en a décidé ainsi. C'est-à-dire que nous la vénérons. Que nous ne la fuyons pas. Que nous l'acceptons avec le cœur. Que nous devons être prêts à la vivre comme le Seigneur nous le demande. Que nous devons avoir le cœur ouvert pour suivre sa volonté dans ce domaine.

C'est pour cela que nous devons manifester la pauvreté de nombreuses manières. Dans l'austérité de la vie que nous menons sans nous permettre des choses qui la contredisent, nous ne devons pas non plus vivre mieux que nos proches qui n'ont pas fait vœu de pauvreté. Nous la manifestons en nous soumettant à la loi commune du travail. Nous ne pouvons pas fuir du travail, c'est notre mode de vie et nous devons l'accepter de bon cœur, en pensant aux nombreuses personnes qui, sans avoir fait vœu de pauvreté, se tuent au travail, ce que peut-être nous ne faisons pas.

Nous nous dépouillons de la possibilité d'acquérir et de posséder. Cela doit être une évidence dans nos vies. Et nous devons examiner cette réalité pour voir si nous la respectons. Dans ce sens nous ne devons pas nous autoriser à posséder tout ce qui apparaît sur le marché, même si l'on se donne l'excuse que cela nous sert pour notre ministère. Il faut examiner cette affirmation dans chaque cas pour voir si elle vraie.

Souvenons-nous que le Saint-Père disait que la pauvreté était la meilleure défense de l'Ordre. C'est pourquoi il faut la conserver dans son intégralité. Et même au-delà, nous devons être capables de chercher et de trouver d'autres formes de pauvreté. Chacun dans son cœur, dans sa vie et face à Dieu.

Le Fondateur disait dans ses Constitutions que les biens meubles ne doivent pas être superflus ; qu'ils doivent témoigner de la pauvreté. Il ne serait pas mauvais que nous examinions de temps en temps comment nous vivons la pauvreté et dans quelle mesure nous avons besoin de tout ce que nous possédons. Et encore plus avant d'acheter ou de se procurer quelque chose, nous devrions nous demander si nous en avons vraiment besoin ou si c'est plutôt un caprice, quelque chose qui nous aimons bien.

Nous vivons également un dépouillement au sujet de la chasteté. Nous avons renoncé à avoir une famille, à avoir quelqu'un qui vive avec nous en couple, comme partenaire de vie. Peut-être que cela ne nous a pas été difficile lorsque nous étions jeunes. Ou peut-être que si. Mais au fil des années, lorsqu'on arrive à un âge mûr, on ressent le besoin d'une affection féminine. On ressent le désir de vivre ce que vivent nos frères de notre famille. C'est le dépouillement. Nous sommes du Seigneur. C'est-à-dire que nous appartenons au Seigneur.

Il ne s'agit pas de la question de la sexualité, comme certains le pensent, mais plutôt de la question de l'appartenance. On peut respecter tout ce qui concerne la question sexuelle mais que le cœur appartienne à une autre personne. Nous ne sommes pas chastes simplement en respectant la question sexuelle, mais essentiellement si l'on respecte l'appartenance. Autrement dit, l'appartenance c'est le fait d'appartenir à quelqu'un. Nous sommes du Seigneur. Tout notre être lui appartient. Les Constitutions disent que la chasteté pour le Royaume est un don éminent de l'amour du Père.

Tout au long de la vie nous devons examiner s'il est vrai que nous appartenons au Seigneur. Si notre cœur se repose en lui. Si notre amour lui appartient. Ceci ne nous empêche pas d'aimer des gens, mais cela se vit sur un plan différent. Pensons à Jésus : il aimait, évidemment, ses disciples ; il les aimait et il leur a dit en diverses occasions ; mais il appartenait au Père. Il aimait ses disciples mais il ne leur appartenait pas. Il a même donné sa vie jusqu'à sa mort sur la croix pour eux et pour tous les hommes, mais son cœur appartenait au Père. Il lui appartenait seulement à lui. C'est un aspect que nous devons également examiner dans notre vie.

Ce don de chasteté, nous dit-on aussi dans les Constitutions, doit être découvert, acquis et préservé. Nous avons là matière à examiner. Souvent nous aurons l'impression que notre cœur se brise car des réalités auxquelles nous avons renoncé nous attirent. Et bien souvenons-nous que la chasteté implique un dépouillement que nous faisons par amour de Dieu. Il est notre héritage, notre appartenance, notre tout.

Le dépouillement doit aussi se manifester en ce qui concerne le voeu d'obéissance. Nous aimerions si souvent faire ce dont nous avons envie ou ce que nous aimons. Nous aimerions que personne n'essaie de nous dire ce que l'on doit faire. Nous nous sen-

tons adultes et en tant que tels nous pensons que souvent on ne devrait nous traiter ainsi. Les Constitutions nous disent ceci : «Par le voeu d'obéissance nous nous soumettons à ce que les Supérieurs ordonnent conformément aux Constitutions». Il n'est pas toujours facile d'observer tout cela. Nous pensons que notre autonomie est au-dessus de beaucoup de choses qui nous dirigent. Et nous devons examiner, le regard fixé sur la Croix, si ce que nous pensons ou faisons en certaines occasions est bien.

Il est d'une grande importance de lire fréquemment et d'examiner nos vies à la lumière du chapitre sur l'obéissance écrit par Calasanz. Bien qu'il y ait des choses du passé, il nous en a écrites bien d'autres. Je me permets d'en copier certaines : «Quel que soit le Supérieur, respectez-le comme un père ; donnez-lui une obéissance totale, courageuse, dans la disponibilité et l'humilité, sans excuse légitime ni protestation.

Vous y parviendrez sans difficulté si vous vous efforcez à découvrir le Christ Seigneur dans tout Supérieur, même si ce qui est demandé peut sembler ardu ou contraire à vos goûts. C'est le Seigneur qui a dit aux Supérieurs : Celui qui vous écoute, m'écoute ; celui qui vous rejette, me rejette'».

Il ne fait aucun doute que le dépouillement apparaît souvent dans notre vie de religieux. Nous devons le vivre comme nous l'avons vu pour Marie. Elle doit nous amener à le vivre avec un cœur qui aime véritablement le Seigneur. Puisse-t-elle nous encourager à tout moment. Que lorsque nous avons du mal à nous dépouiller ou à ce que l'on nous dépouille, nous nous tournions vers Marie, nous rappelions ce qu'elle a vécu et lui demandions avec toute notre âme qu'elle nous aide à l'imiter et à appartenir au Seigneur.

Prière

En la suivant, vous ne vous égarez pas.

En la priant, vous ne désespérez pas.

En pensant à elle vous ne faites pas fausse route.

Si elle vous soutient, vous ne tombez pas.

Sous sa conduite vous ne redoutez pas la fatigue.

Si elle vous protège, vous ne craignez rien.

Sa protection vous mènera au but.

Marie de la solitude

Le vécu de Marie

Marie est chez elle. Seule. Comme la maison lui paraît grande alors qu'elle est en fait petite ! Mais il manque ceux qui la remplissaient, Joseph et Jésus. Joseph est parti il y a maintenant quelques années et elle sait qu'il est heureux, qu'il est dans un lieu où il n'y a pas de larmes et où tout est bon. Mais Jésus... Comment va-t-il ? Comment ça se passe pour lui ? Elle ne fait que penser. Elle a peu de travail dans la maison. Que va-t-elle nettoyer si personne ne salit ? Pour qui va-t-elle cuisiner ? Il se trouve qu'elle a presque perdu l'appétit. Elle n'a rien à faire. Elle a bien quelques amies, mais ces amies ne combleront pas le vide qu'elle ressent. Le vide est interne malgré les amies. On peut être avec quelqu'un et se sentir seul. Mais le vide est aussi externe, il lui manque ce qu'elle aimait le plus. Elle ne sait pas comment se distraire. C'est la solitude. Une solitude plus pressante que jamais. Être seule, inquiète de ce qui peut se passer dans un autre lieu. Ne rien savoir. N'avoir aucune nouvelle.

Elle sait juste que son fils a fait ce qu'il pensait qu'il devait faire et que cela est une bonne chose. D'une certaine manière cela la reconforte, mais c'est un réconfort fragile lorsqu'il n'y a pas la présence. Comme elle lui manque ! Cette présence qui la rendait heureuse. Cette présence qui remplissait tout. Cette présence tangible, même si Jésus était à l'extérieur pour travailler. Elle savait qu'il allait revenir. Déjeuner, dîner. Qu'il allait rester avec elle. Ils discutaient, commentaient leur journée. Mais ce qui était important c'était d'être avec lui. Et maintenant, plus rien.

Ses amies lui demandent souvent des nouvelles de son fils. Il s'était fait remarqué pour être resté si longtemps dans la maison de ses pa-

rents. Il était âgé. Il ne s'était pas marié. Les autres ne faisaient pas cela. Les amies demandaient à Marie s'il se passait quelque chose. Marie disait que non. Qu'ils étaient heureux, que son fils avait du travail et qu'il préférait vivre ainsi. Elle avait souvent dû prendre sa défense. Mais maintenant, même plus. Car quand il était parti, les murmures des gens s'étaient éteints. C'était comme s'il n'existait pas. Si quelqu'un demandait de ses nouvelles, c'était juste de la curiosité. Une chose de femmes. Ou de mères qui pensent à la manière dont vivent leurs fils.

Marie savait livrer ses petites batailles. Elle souriait, disait que tout allait bien et se taisait. Son cœur souffrait. Mais elle n'allait pas laisser couler une seule larme. Pourquoi pleurerait-elle si elle savait que son fils avait agi correctement ? Si elle savait qu'il était parti pour faire quelque chose de bien ? S'était-il fait baptiser ? Était-il arrivé dans le Jourdain, là où se trouvait le prophète ? L'absence de nouvelles lui faisait mal. Non pas qu'elle s'attendait à ce que son fils lui donne signe de vie. Ce n'était pas sa façon d'être. Elle le sentait au fond de son cœur et elle savait qu'elle était dans le sien.

Les jours passaient et malgré tout elle était en paix. Ses amies avaient peur qu'elle soit malheureuse. Elle n'avait personne pour la consoler. Et même si elles lui parlaient, cela ne la reconfortait certainement pas. À l'extérieur elle paraissait très attentive et parlait avec les autres femmes ; à l'intérieur elle portait sa peine. Elle avait de la peine même si elle était sûre que son fils allait bien. Comment n'allait-elle pas en être sûre, sachant comment il était ? Qui pourrait lui faire du mal alors qu'il était la bonté en personne ?

Marie passait de longs moments à se remémorer le passé. Cela la reconfortait. Elle se souvenait des paroles que lui disait Jésus. Elle se souvenait de conversations qu'ils avaient eues. Elle se souvenait lorsqu'ils parlaient de l'histoire du Peuple, de comment Yahvé avait sauvé le peuple, de ce qu'il avait fait pour lui, des prophètes qu'il avait envoyés, des nombreuses fois où le peuple avait mal répondu à Yahvé. Et Jésus qui allait à la synagogue le samedi racontait ensuite à sa mère ce qu'il y avait entendu. Et leurs deux cœurs brûlaient d'amour pour Yahvé. Combien elle avait appris de son fils ! Quel bien il lui avait fait ! Il aurait été intéressant d'écouter leurs conversations à tous les deux. Et lorsque Joseph était là, les trois parlaient de cela, avec la même ferveur, avec le même amour à Yahvé. Marie passait de longs moments ainsi.

Peut-être que parfois la nostalgie la gagnait. La nostalgie car son fils lui manquait. Parce qu'en fin de compte elle était mère et elle avait vécu pour son fils. Si les mères vivent pour leurs enfants, c'est sûr que c'était le cas de Marie. Elle l'avait accepté par son «oui» au début puis elle l'avait suivi pas à pas au fur et à mesure qu'il grandissait. Jésus aimait sa mère, il la respectait, il lui disait les choses qu'il avait à lui dire et tous les deux se comprenaient très bien.

Mais cette solitude qu'elle ressentait... Elle ne parvenait pas à vaincre cette solitude. C'était une solitude pleine du désir de le revoir. Comme elle aimerait le voir apparaître à la porte. Mais non, elle ne voulait pas qu'il abandonne ce qu'il avait à faire. Elle respectait la décision qu'il avait prise car elle savait que son fils n'était pas irresponsable. S'il avait décidé de partir, c'est qu'il devait le faire. Mais cela n'éliminait pas la nostalgie. Elle la supportait jour après jour, depuis l'aube jusqu'au moment où elle parvenait à s'endormir. Et elle devait tellement faire semblant devant les autres femmes ! Si elles allaient chez elles pour bavarder cela la dérangeait, mais elle ne disait rien. Au contraire elle s'assurait qu'elles se sentent toutes bien et qu'elles passent un bon moment. Elles discutaient de choses qui se passaient dans le village et dont Marie s'informait uniquement en les écoutant. Je ne pense pas qu'elle sortait beaucoup. Mais elle ne faisait pas non plus la solitaire. Cela n'aurait pas été bien, ça aurait beaucoup attiré l'attention. C'était une mère de plus, mais à qui son fils manquait. Peut-être y avait-il d'autres femmes qui vivaient la même chose ; enfin dire qu'elles vivaient la même chose est une façon de parler. La même chose vue de l'extérieur, c'est-à-dire le fait d'être seules. Mais elle vivait quelque chose à l'intérieur qu'aucune autre ne pouvait vivre.

Et les jours passaient ainsi, et les semaines. Sans nouvelle. Peut-être savait-on que le prophète continuait à baptiser, mais on ne savait rien de ceux qu'il baptisait ni de ce qu'ils faisaient après avoir été baptisés. On disait qu'il apprenait à ceux qui avaient été baptisés comment ils devaient vivre. Beaucoup lui demandaient ce qu'ils devaient faire et il le leur disait. Ce sont les informations qui leur parvenaient, mais sans aucun nom. Quand un fils manque à sa mère parce qu'il est parti ailleurs, elle attend qu'on lui parle de lui si l'on sait quelque chose. Peut-être Marie aussi espérait-elle entendre quelque chose de Jésus. Mais personne ne disait rien.

Marie a vécu la solitude avec le cœur ouvert, avec une acceptation totale, avec une disponibilité qui était la manière d'être avec son fils. Peut-être se demandait-elle s'il allait toujours en être ainsi. Si un jour elle le reverrait. Si un jour elle aurait la chance d'être à nouveau avec lui ou au moins de le voir. Cela lui donnait espoir. Avec cette idée elle se réconfortait. La solitude est quelque chose que Marie a dû endurer et elle l'a fait de tout son cœur en pensant au bien de son fils.

De la main de Marie

Avons-nous expérimenté la solitude ? Oui, sans aucun doute. De nombreuses fois la solitude est apparue dans notre vie. Cela arrive à tout le monde. Cela dépend de la façon d'être de chacun, des circonstances qui font que cela arrive, des événements qui se produisent.

Parfois certaines personnes ont dû supporter la solitude dès l'enfance. Ils n'ont pas reçu l'amour qu'ils auraient dû recevoir de leurs parents. Ils ont grandi très seuls. Peut-être avaient-ils tout, mais il leur manquait l'amour de leurs parents. Combien d'enfants grandissent ainsi ! Et nous connaissons les résultats que cette solitude entraîne. Parfois même tragiques. Dans notre expérience d'éducateurs il est possible que nous ayons connu certains de ces enfants. La solitude les fait être seuls ; c'est quelque chose qui les accompagne et qui rend leur vie triste. Si nous avons connu de tels cas, notre obligation a été de les soutenir, de les aider à surmonter cette dure épreuve de leur enfance.

Il y a aussi la solitude de l'autiste. Il s'agit d'une maladie, mais c'est quand même de la solitude. Enfermés en eux-mêmes, sans rien ni personne pour les sortir de cette situation. Il est plus improbable que nous ayons connu de telles personnes. Si on les a connues on s'est heurté plusieurs fois à l'impossibilité de les aider. Cela relève des médecins et des spécialistes.

Il y a la solitude de l'adolescent qui se croit au-dessus des autres. Qui fait le «caïd», qui se croit au-dessus des autres, qui peut tout faire et contre tout le monde. Mais dans leur cœur, tout cela n'est que le résultat d'une solitude qu'ils veulent supporter et surmonter en se plaçant au-dessus des autres. À eux, il faut leur apprendre comment il faut vivre et les encourager à réfléchir à ce qu'ils vivent et à ce qu'ils font Et à ce qu'ils doivent faire pour être vraiment heureux.

Il y a aussi la solitude de celui qui n'est pas accepté par les autres. Personne ne lui manifeste de l'affection, ni de l'intérêt. Il ne trouve pas d'amis qui veulent être avec lui. Ce sont des personnes qui sentent une solitude qui leur fait mal au cœur. Une solitude qui peut les amener à des solutions tragiques et qu'il faut essayer de guérir. Il n'est pas difficile de trouver de telles personnes. Et le véritable éducateur doit être attentif à ces cas pour essayer de chercher une solution.

Il y a la solitude de l'homme d'âge mûr qui ne trouve pas la personne avec qui partager sa vie, car il a déjà essayé, et ça s'est toujours mal terminé. Cela est dû à son caractère et à son comportement dans la vie.

Il y a la solitude du séparé. Il a vécu un certain temps heureux avec sa famille, quelque chose s'est produit. Peut-être est-ce l'infidélité dans le mariage qui l'a amené à se retrouver seul. Et il s'est alors retrouvé sans épouse ni amante. Il essayait de surmonter la solitude en la masquant avec des distractions qui ne faisaient qu'augmenter cette solitude. Et souvent cela fait d'eux des épaves humaines. Isolés de tous, sans amis, sans famille et peut-être même ont-ils perdu leur travail. Quelle solitude douloureuse !

Nous avons parlé des solitudes appartenant à d'autres personnes, mais nous devons nous interroger sur nos propres solitudes. En connaissons-nous ? Nous en sommes-nous rendu compte ?

La solitude du religieux qui a mauvais caractère, qui a de mauvaises relations avec les autres, qui remet en cause tout ce qui arrive aux autres, et voit que personne ne s'approche de lui, il se retrouve seul.

La solitude de celui qui reste dans son coin, qui ne partage pas une vie commune tranquille, attentive et prévenante. Il vit peut-être en marge de la vie commune ou ne partage presque rien de la vie avec les autres. Oui, bien sûr, il va manger, mais il ne parle presque pas. Il manque souvent la prière car il ne se sent pas à l'aise dans ces actes et ne sait pas quoi faire. Il s'enferme dans sa chambre et personne ne sait ce qu'il y fait ; personne n'entre ou n'est jamais entré dans sa chambre. Donc personne ne sait comment il vit en réalité. Celui-là est vraiment seul.

La solitude de celui qui parle avec les autres, partage la vie commune, mais a le cœur vide. Il n'appartient pas à Dieu. Dieu n'est pas

le centre de sa vie. Il n'est pas à l'aise lors de la prière et ne sait pas quoi faire lors des moments de prière. À l'extérieur, c'est une personne accompagnée, mais seule à l'intérieur.

La solitude de celui qui ne sait pas profiter de la joie de la communauté, des moments heureux qui s'y vivent, de la joie d'un frère qui a obtenu quelque chose qu'il voulait, des louanges d'un autre frère pour ce qu'il fait ou pour sa façon de vivre. La solitude se trouve dans le cœur de ce frère. Mais c'est une mauvaise solitude, une solitude qui lui fait du mal, qui le sépare des autres, qui le rend incapable d'être heureux avec les autres frères, car la jalousie lui ronge le cœur.

La solitude de celui qui blesse un autre frère, ou qui l'envie ou ne se réjouit pas de ses triomphes, mais tout cela est en fait la cause de la mauvaise humeur, du fait de se retrouver seul, de ne pas participer à ce que vivent les autres frères de la communauté. Celui-là aussi vit dans la solitude, et cette solitude marque son cœur, elle le rend incapable d'être avec les autres et de vivre avec eux cette vie religieuse qu'il a choisi et qui devait être la vie qui devait le guider à chaque instant. Ce qui devrait causer de la joie est alors fait avec réticence, ce qui devrait causer du bonheur devient une sorte d'enfer intérieur car il n'en profite pas, il n'est pas content, il ne se sent pas heureux. Il y a aussi des personnes qui se trouvent dans cette situation. C'est la solitude des envieux.

Ainsi, il y a deux catégories de solitude. La solitude avec Dieu, comme celle de Marie, la solitude qui remplit le cœur de joie, la solitude qui n'éloigne pas de Dieu mais qui en rapproche : c'est la bonne solitude. Et la mauvaise solitude, celle qui nous éloigne des autres, celle qui est cause de contrariété, de séparation et motif de mécontentement, c'est la solitude de celui qui ne sera jamais heureux car sa solitude l'éloigne de Dieu qui comble la solitude de ceux qui l'aiment.

Prière

*Mère, prête-moi tes yeux
Pour voir à travers eux
car si je regarde avec eux
je ne pécherai plus.*

*Mère, prête-moi tes lèvres
pour prier avec elles
car si je prie avec elles
Jésus pourra m'entendre.*

*Mère, prête-moi ta langue
pour pouvoir communier
car c'est ta langue maternelle
d'amour et de sainteté.*

*Mère, prête-moi tes bras
pour pouvoir travailler
ainsi mon travail sera amélioré
mille fois.*

*Mère, prête-moi ton voile
pour couvrir ma méchanceté
si je la couvre de ton voile
j'arriverai au ciel.*

*Mère, prête-moi ton fils
pour que je puisse l'aimer
car si tu me donnes Jésus
que pourrais-je vouloir de plus ?*

Marie de la souffrance

Le vécu de Marie

Enfin elle put le voir. Bien qu'un peu de loin, mais son fils était là. Et elle entend que lorsqu'on lui dit que sa mère et ses frères sont dehors et le cherchent, il répond que sa mère et ses frères sont ceux qui accomplissent la volonté de Yahvé. Marie ne se sent pas abandonnée. Elle accomplit la volonté de Yahvé, c'est ce qu'elle a fait toute sa vie ! Donc elle se sent doublement mère. D'un côté parce qu'elle l'a mis au monde ; d'un autre côté parce qu'elle a toujours accompli la volonté de Yahvé.

À plusieurs reprises elle a l'occasion de le voir de loin, mais rien de plus. Mais elle est inquiète de ce qu'elle entend. Les grands prêtres, les scribes et les pharisiens sont contre lui. Mais comment est-ce possible ? C'est qu'ils ne connaissent pas vraiment son fils. S'ils le connaissaient ils ne seraient pas contre. Mais cela lui fait encore plus mal lorsque cette opposition s'avère tragique, ils veulent le tuer. Ils veulent qu'il disparaisse. Ils disent qu'il soulève les foules et sème le trouble. Alors qu'il ne fait que le bien. Les gens l'aiment, le suivent. Ce sont juste les pouvoirs politiques et religieux qui sont contre lui. Les gens simples sont avec lui et le suivent. Il faut voir ce qui se passe un jour. Elle le voit assis sur un âne, avec ses disciples et une foule qui l'acclame. Comment vont-ils vouloir tuer quelqu'un tellement suivi par les gens ? Ne se rendent-ils pas compte comme il est acclamé et n'entendent-ils pas le «Hosanna» de toutes parts ? Un double sentiment habite son cœur de mère. D'un côté la joie de voir comme il est aimé et suivi. Elle a beaucoup entendu parler du bien qu'il faisait tout le temps où elle vivait encore à Nazareth. Mais d'un autre côté, une immense inquiétude s'installe en elle. Est-ce que les autorités parviendront à faire ce qu'elles souhaitent, c'est-à-dire le tuer ? Ce fait terrible ne peut se produire.

Les femmes qui le suivent partout ont des nouvelles. Elles ne peuvent plus le suivre comme avant. Cela leur est interdit. D'un autre côté Jé-

sus ne se montre plus ouvertement comme avant. Il semble qu'il prend de la distance, comme s'il était lui-même convaincu que les choses n'allaient pas dans le bon sens. Et les femmes, appelons-les disciples, entendent ce qui se dit de part et d'autre. Elles le racontent à Marie qui reste à l'écart. Elles ne veulent pas raconter l'extrême gravité de la situation pour ne pas la faire souffrir. Mais Marie se rend compte qu'on lui cache quelque chose et elle se doute de ce que c'est. Et cela lui fait de la peine. Elle souffre pour son fils. Elle souffre en pensant à ce qu'ils peuvent lui faire. Elle souffre parce qu'elle voit qu'ils ne le comprennent pas. Elle souffre car malgré la foule qui le suivait le jour où il était sur le poulain, peu à peu il semble que les gens s'éloignent de lui.

Jésus se consacre à ses disciples. Il passe plus de temps avec eux. Presque uniquement avec eux. Il a beaucoup de choses à leur dire. Il se cache et quand il monte à Jérusalem, au Temple, il le fait en cachette, pas ouvertement. Mais pas toujours. Parfois il prêche sans que personne ne lui dise quoi que ce soit. Ce qui énerve les autorités religieuses quand elles apprennent la nouvelle. Pourquoi ne l'avez-vous pas capturé et amené, demandent-elles aux soldats ? Et ces derniers répondent : c'est que personne n'a jamais parlé comme lui.

Jésus réunit les siens. Pour dîner. Ce sera le dernier dîner, la Cène. Il n'y a que les disciples. Il n'y a aucune femme. Donc Marie n'est pas là. Elle le suit de loin, elle le suit avec le cœur quand elle écoute ce qu'on lui raconte.

Et elle souffre énormément quand on lui dit qu'il a été arrêté. Qu'un disciple, un de son entourage, l'a trahi. Qu'on l'a emmené devant le Grand Prêtre. Nous savons combien le maître a souffert à ce moment-là. Est-ce que Marie l'a su ? Il est fort possible qu'elle ne savait pas tout ce que subissait son fils du moins au moment où ça se produisait. Mais elle est dans un état où elle vit sans vraiment vivre. Elle sait qu'il a été arrêté. Qu'ils l'ont emmené pour le juger. Qu'il est entre les mains de ses ennemis. Que les disciples l'ont abandonné. Qu'il est seul. Et cette idée fait trembler le cœur de Marie. Rien dans la vie ne l'avait fait souffrir comme ce qui est en train de se passer. Écouter ce qu'ils font à son fils. Imaginer comment ils peuvent le traiter. Elle ne voit pas ce qu'ils lui font, mais elle va voir les résultats.

Et les femmes apprennent sa comparution devant Pilate. Peut-être y étaient-elles pour voir ce qui se passe et tout raconter à Marie. Elles voient comment les gens rejettent celui qui ne leur a fait que

du bien. Elle voit comment Pilate le présente : la risée de tous. Mais une risée douloureuse, ensanglantée, avec une couronne d'épines et un manteau pourpre pour l'insulter. Jésus est silencieux, il se tait, humble, les yeux regardant le sol. Il fait face à la mort.

Et il commence le chemin du Calvaire. Il avance portant un bois de la croix. Il est faible, il n'en peut plus. Il tombe une fois, deux fois, trois fois. Les femmes le suivent. Et parmi elles, sa mère. Comment Marie aurait pu ne point souffrir en voyant ainsi son fils ? Elle a le cœur brisé. Elle marche comme elle peut. Ses amies et les femmes disciples de Jésus l'aident. Elles doivent la soutenir. Et Marie a le regard fixé sur son fils. Elle voit comme il souffre. Elle souffre tout ce qu'il souffre. Elle ne comprend pas que l'on puisse faire ce qu'elle voit. Jésus à un moment lève la tête et regarde sa mère. Quel regard entre les deux ! Leurs yeux se croisent. Il y a la douleur de Jésus qui le porte par amour pour ceux qui lui font du mal et par amour pour tous les hommes, et la douleur de sa mère de voir l'état dans lequel est son fils.

Ils arrivent à la cime. Et Marie voit quelque chose d'horrible. Elle voit comment ils lui enlèvent ses vêtements, le mettent sur le bois de la croix et le crucifient. Puis ils hissent le bois, le mettent sur le pieu vertical et crucifient ses pieds. Qu'est-ce que cela a pu signifier pour Marie ? Comment a-t-elle pu y résister ? Elle n'en peut plus. Elle s'évanouit et doit être soutenue par les femmes. Elle voit son fils accroché à la croix. Elle va être présente tout le temps. Depuis le moment où il est crucifié jusqu'à sa mort. Elle entend les peu de mots qu'il dit. Mais elle entend ce qui est si important chez lui : qu'il pardonne, même ce qu'ils sont en train de lui faire. «Père, pardonne-leur» Suivi d'une excuse, «car ils ne savent pas ce qu'ils font». Marie reconnaît à nouveau son fils dans ces mots. Il est toujours le même. Celui qui s'était toujours bien comporté. Celui qui n'avait jamais fait de mal à personne.

Finalement il émet un cri déchirant puis expire. Il est mort. Le cœur de Marie est mort aussi. Elle a souffert lors de son séjour à Jérusalem comme jamais elle n'avait souffert. Et surtout ce jour qu'elle n'oubliera jamais. Sa rétine est imprégnée du visage de souffrance et de douleur de son fils.

Il est finalement mort et on lui perce le côté avec une lance. Du sang et de l'eau coulent. Et comme le jour saint juif va commencer ils doivent le descendre de la croix. Et c'est ce qu'ils font. Et ils déposent son corps quelques instants sur les genoux de Marie. Quel long chemin depuis

ce bébé il y a un plus de trente ans jusqu'à ce corps sans vie sur ses genoux ! Marie n'a pas de larmes pour pleurer. On lui reprend le corps et on l'enterre. Elle est aidée par les femmes et elle retourne du Calvaire à Jérusalem. Quelqu'un l'accueille dans sa maison, Marie était dévastée. Mais quelque chose au fond d'elle lui disait que ce n'était pas la fin. Et comme toujours elle attendait. De nouveau elle avait su dire «oui» à cette crucifixion. Elle avait de nouveau dit «oui» à la douleur que lui avait occasionnée tout ce qu'elle avait vécu. Et ce «oui» lui fit garder l'espoir que la fin n'était pas encore arrivée. Elle savait, comme son fils, qu'il fallait vaincre le mal, non par la vengeance mais par l'amour. Et nous laissons ainsi Marie, qui souffre, mais qui attend.

De la main de Marie

Voir la souffrance de Marie nous fait comprendre que toute la douleur que nous avons pu connaître n'est rien. La souffrance, c'est ce qu'elle a vécu. Elle a souffert avec son fils et pour son fils. Nous devons souffrir car nous voulons suivre Jésus et nous voulons que dans notre souffrance notre mère nous aide et nous console, car Marie est aussi notre mère. Elle est notre mère car une des paroles, des peu de paroles prononcées par Jésus sur la croix, a été de nous la donner comme mère par la personne de Jean, le disciple favori. Les évangiles disent que Jean l'a emmenée chez lui.

Dans notre vie nous connaissons la souffrance physique. Cela peut être de différentes manières. On souffre dès le plus jeune âge car un enfant veut des choses qu'on ne peut lui donner et donc il pleure, manifestation de la souffrance. Il pleure quand il se bat avec une autre personne, car là encore il souffre et fait souffrir. Il pleure quand on ne lui donne pas ce qu'il veut ou quand il n'arrive pas à recevoir l'attention qu'il souhaite.

L'adolescent souffre lorsqu'il n'obtient pas ce qu'il souhaite ; lorsque ses rêves sont brisés, qu'il n'obtient pas ce qu'il recherche. Il souffre s'il échoue dans ses études ou dans l'amour naissant. Il souffre une fois adulte pour de nombreuses raisons. Il y a le mal physique d'une chute, d'une maladie, d'un affront qu'on lui a fait. Les adultes souffrent beaucoup parce qu'ils échouent dans leur mariage et doivent changer de vie.

La douleur physique de la maladie, des chutes, du chagrin est également présente dans nos vies de religieux. La souffrance est nor-

male chez les Hommes. Personne ne peut nous enlever la possibilité de souffrir et de plus, la souffrance physique, souvent permet à la personne de grandir.

Nous pouvons repenser à notre vie et nous rappeler de toutes nos souffrances physiques. Souffrir est propre à la nature humaine et personne ne peut échapper à cette réalité. Certains souffrent plus, d'autres semblent souffrir moins ou c'est peut-être que la souffrance n'est pas encore arrivée dans leurs vies. Mais il suffit de parler avec une personne âgée et de lui demander s'il a souffert physiquement dans sa vie. Certaines souffrances sont extrêmement douloureuses, d'autres sont plus facilement supportables, mais personne n'échappe à la souffrance physique. Marie sera toujours une aide dans les souffrances que nous traversons car elle comprend ce qu'est la souffrance et elle nous aidera si on le lui demande le cœur disposé à accepter ce qui nous arrive.

Il y a la souffrance psychique. C'est la pire souffrance. Les angoisses de nombreuses personnes ; elles vivent dans une angoisse permanente, peut-être du réveil jusqu'à ce qu'elles se couchent. Souvent elles en ignorent même la cause, l'angoisse apparaît simplement dans leur cœur et les fait souffrir. Ou c'est la dépression, le fait de ne pas trouver de sens à sa vie. Beaucoup veulent mourir car elles souhaitent que tout disparaisse à cause de ce qu'elles traversent. Des personnes qui pensent à se quitter la vie parce que ce qui leur arrive leur semble insupportable.

Nous ne parlons pas de ces personnes handicapées, qui se retrouvent alitées pour toujours. Qui ne peuvent peut-être presque pas bouger, qui dépendent pour tout, car il faut tout leur faire. Elles demandent qu'on les laisse mourir. Elles préfèrent mourir plutôt que de continuer à vivre ainsi. Et cette question a été beaucoup débattue. Nous savons ce que dit le croyant, mais la vérité est que nous ne savons pas la souffrance que vivent ces personnes. Il faut les accompagner, il faut les encourager, leur donner espoir, car elles ne comprennent pas que leur vie a un sens. Et si leur vie n'a pas de sens, pourquoi vivre ? Nous devons également confier ces personnes à Marie de façon spéciale.

Il y a le stress qui est une souffrance qui est devenue à la mode à notre époque, et qui vaut la peine que l'on se mette à la mode. Lorsqu'une personne en souffre, il semble qu'elle n'en peut plus. Elle est fatiguée, sans envie de rien, elle ne voit aucun sens à son existence. C'est une douleur très forte pour les personnes qui traversent ces situations.

Et si nous connaissons l'une de ces souffrances, nous devons nous tourner vers Marie, lui demander son aide sinon nous irons très mal.

Et il y a la douleur morale. Il n'y a pas que la douleur physique et psychologique, mais également morale. Nous l'appelons le péché. Il est vrai qu'il y a des personnes pour qui le péché ne signifie rien. Elles n'en parlent pas, n'y pensent pas. Elles n'ont aucune notion de ce qu'est le péché et donc elles n'en souffrent pas. Mais lorsqu'une personne est croyante et pense à sa vie de péché, comme elle souffre ! Pourquoi ? Parce que si l'on considère ce que l'on a vu dans la première partie de cette rencontre, la mort de Jésus et sa souffrance, on se rend compte de ce qu'est le péché. Le péché se comprend seulement, si l'on peut le comprendre, en regardant la Croix. Il est mort pour nous. Il est sur la croix à cause de nous. Il a enduré tout ce qui lui est arrivé à cause de nous. À cause de nous, c'est-à-dire à cause du mauvais comportement que nous avons eu dans la vie, à cause du mal que nous avons fait. Que le Seigneur nous fasse comprendre ce qu'est le péché. Que nous ne le banalisions pas. Parce qu'il peut se banaliser puisque lorsque l'on pêche, on se confesse et tout est pardonné. Il est parfois si simple de se confesser... Et de nouveau pécher, et de nouveau être pardonné. Et il se trouve que Dieu se fatigue moins de pardonner que nous de pécher.

Face à la douleur du péché demandons à Jésus qu'il nous aide à l'aimer de tout notre cœur, et demandons à Marie qu'elle ne nous abandonne pas pour que nous n'offensions plus jamais son fils sur la croix.

Prière

J'ai mille difficultés : aide-moi.

Des ennemis de l'âme : sauve-moi.

Dans mes incertitudes : illumine-moi

Dans mes doutes et mes peines : réconforte-moi.

Dans mes maladies : guéris-moi.

Quand on me déprécie : donne-moi confiance.

De la tentation : défends-moi.

Dans les heures difficiles : console-moi.

Avec ton cœur de mère : aime-moi.

Avec ton immense puissance : protège-moi.

Dans tes bras à ma mort : accueille-moi.

Vierge du Carmel, prie pour nous.

Amen.

Marie de la joie

Le vécu de Marie

Elle était seule. Toujours avec le cœur brisé. Mais c'est vrai aussi avec un immense espoir. Elle ne savait pas ce qui allait se passer. Mais elle était convaincue que le mal ne pouvait pas vaincre. Elle était passée par de nombreux moments difficiles. Il semblait qu'ils allaient sortir vainqueurs. Mais, non. À la fin, le bien gagnait, il vainquait le mal. Yahvé ne l'avait jamais laissé tomber. C'est ainsi qu'elle a dû passer tout son temps depuis que son fils était mort et qu'elle avait eu son corps sur les genoux.

Elle pensait à son fils. Elle ne pouvait empêcher les images qu'elles avaient vu de lui revenir à l'esprit. Toute la montée au Calvaire dans laquelle elle l'avait accompagné. Elle souffrait, oui, mais maintenant c'était une souffrance différente. Pas parce que le temps avait passé depuis la mort de son fils, mais parce qu'elle ne savait comment mais son cœur battait d'espoir. Oui, l'espoir qu'elle le reverrait. Elle ne savait pas comment. Mais elle le savait et elle le savait très bien, par expérience, que Yahvé a des voies que nous ne connaissons pas mais par lesquelles il nous montre son amour pour nous. Et elle savait que Yahvé l'aimait. Elle se souvenait des mots du vieillard Siméon quand elle était allée au Temple avec son fils pour la purification. Une épée te transpercera le cœur. Et effectivement pas une, mais plusieurs épées lui avaient transpercé le cœur. Mais elle se souvenait comment il avait dit que ses yeux (ceux de Siméon) verraient le salut d'Israël. Le premier point s'était réalisé, le deuxième se réaliserait aussi.

Marie pensait et espérait. Et soudain une immense lumière apparut au milieu de la petite pièce. Et il était là. Elle ne pouvait pratiquement pas y croire. Celui qu'elle avait mis au monde, celui dont elle s'était occupée durant toute sa vie, celui qui l'avait accompagnée

durant de nombreuses années, celui qui avait quitté la maison pour se faire baptiser, celui qui avait fait tant de bien aux hommes, celui qui avait porté sa croix sur le chemin du Calvaire, celui qu'elle avait tenu mort sur ses genoux, c'était lui, il était là. Vivant ! Rayonnant de lumière et de joie. Avec une immense joie. Avec un sourire qui illuminait son visage de joie et de paix. Il était là. Personne ne le savait. En fait personne ne l'avait vu encore. Les autres quand ils le verront douteront, d'autres ne le reconnaîtront pas, d'autres attendront un mot de Jésus pour le reconnaître, mais d'autres, les femmes, courront pour annoncer aux disciples que le sépulcre est vide. Chacun aura sa propre manière de réagir. Mais elle, non. Elle sait que c'est son fils. Elle ressent une joie immense. Maintenant l'espoir n'est plus un espoir mais une réalité. Elle le savait. Le mal ne peut pas gagner. Il était là et non pas pour se venger des souffrances qu'il avait subies mais pour montrer son amour pour tous, y compris pour ceux qui l'avaient traité le plus mal. C'était son fils.

Ainsi, la première chose qu'elle ressent est l'admiration, la joie, le bonheur. Son cœur bondissait de joie. Elle n'arrivait pas à le croire. Elle l'avait vu mort, même plus, elle l'avait tenu mort dans ses bras, et pourtant, à cet instant, il est là, vivant, resplendissant, plein de vigueur, de force, de joie, d'amour.

Au bout de quelques instants, Jésus se dirige vers sa mère. Que lui dit-il ? Devait-il lui dire quelque chose ? Ne sentait-elle pas tout dans son cœur sans qu'un mot ne sorte de sa bouche ? Ils se comprenaient avec le regard. Leurs yeux à tous les deux disaient tout. La dernière fois qu'ils avaient réussi à se regarder était lors de la montée au Calvaire. Maintenant leurs regards sont différents. Des regards plein de bonheur. Des regards qui expriment l'amour qu'ils se sont toujours porté. Mais maintenant c'est différent. Combien de fois s'étaient-ils regardés tout au long de la vie, à Bethléem, à Nazareth ! Mais le regard qu'ils échangent à ce moment-là est différent, c'est un regard de reconnaissance, de paix.

Que vit Marie ? Qui pourrait le dire ? Sans aucun doute elle vit le bonheur. C'est ce qui la remplit complètement. Le bonheur n'avait pas disparu de son cœur, mais il était totalement occulté car la souffrance occupait tout l'espace. Maintenant c'était l'inverse. Le bonheur prédominait et la souffrance avait disparu. Elle ne devait plus pleurer, à moins qu'elle ne verse des larmes de bonheur. Car

l'amour, la joie et le bonheur peuvent aussi parfois s'exprimer avec des larmes. Mais elles sont si différentes !

Marie ressentit aussi de la joie. La joie de l'avoir à nouveau. Il était devant elle et elle se doutait que ce n'était pas pour rester avec elle, qu'il aurait une mission à accomplir, qu'il partirait, mais que ce serait un départ où il resterait avec elle en même temps. C'était un départ très différent de lorsqu'il avait quitté Nazareth pour rejoindre le fameux prophète qui baptisait. Maintenant, oui, il allait partir mais il allait rester dans son cœur et elle dans le cœur de son fils. Immense joie.

En même temps elle ressentait de la paix. Une paix immense, inconnue. Elle n'avait jamais manqué de paix, même au milieu des souffrances qu'elle avait endurées. Il est difficile de dire comment ces deux réalités avaient coexisté dans sa vie, mais c'était pourtant vrai. Mais maintenant il n'y avait plus la souffrance et tout n'était que paix. La paix la rendait heureuse. La paix était la manière d'être avec lui toujours. La paix allait être la première chose que son fils allait souhaiter à ceux qui le verraient ressuscité pour la première fois.

Ce mot était inconnu : ressuscité ! C'est ainsi que son fils était : ressuscité. Le Père des cieux l'avait maintenu en vie parce que c'était son Fils, un Fils qui existait avant l'existence de l'univers et qui ne pouvait cesser d'exister. Il était mort, mais d'une certaine façon, en même temps il était vivant. Dieu avait ressuscité son fils, il lui avait laissé la vie, il l'avait gardé avec lui tandis que le peuple traversait des heures de confusion.

Jésus parlait à Marie avec son regard et elle aussi parlait à son fils avec son regard. Des regards qui se rencontraient, ou même mieux, des regards qui se rencontraient et échangeaient de l'amour, de la joie, du bonheur. Et que se disaient-ils avec leurs regards échangés ! Jésus lui disait sûrement combien il l'aimait, combien il était content qu'elle soit sa mère, combien il était content de la manière dont elle s'était occupée de lui toute sa vie, sans le laisser un seul instant, et combien il était reconnaissant qu'elle l'ait laissé partir pour accomplir sa mission. Marie lui aura dit avec son regard qu'elle l'aimait, qu'elle était sa mère mais aussi sa disciple, qu'elle avait toujours accompli la volonté de Yahvé et qu'elle continuerait à l'accomplir car de cette manière elle était aussi avec lui.

Ainsi fut la rencontre entre la Mère et le Fils. Et Jésus disparut, il laissa sa mère, il la laissa avec sa présence spéciale qu'il avait maintenant, mais il la gardait près de son cœur pour toujours. Loin, mais

présent. Il était avec d'autres personnes, mais en même temps il était tout spécialement avec elle. Comme elle se sentait heureuse !

De la main de Marie

Le bonheur inonde également tous les chrétiens. Nous aussi ressentons tous, comme Marie, la joie de savoir que Jésus est ressuscité, que le Père l'a sauvé de la mort et qu'il est désormais intronisé à sa droite. Pourquoi sommes-nous contents ? Pour les mêmes raisons que Marie.

Premièrement parce que Jésus ressuscité avait manifesté qu'il avait vaincu la mort. Par sa mort il a tué la mort. Par sa mort il a vaincu la mort. Par sa mort la vie est supérieure à la mort. Où est ton pouvoir, ô mort ? Jésus, le Seigneur, te l'a ôté. Il a donné sa vie et par sa mort il a vaincu la mort. C'est pour cela que le chrétien n'a pas peur face à la mort. Bien sûr, humainement il peut la craindre car mourir c'est laisser ce monde et cela peut être dur pour tout être humain. Mais c'est une peur passagère car il sait qu'après la mort il y a la vie, après la mort le Seigneur de la vie l'attend. Et quelle immense joie de savoir que le Seigneur nous attend, celui qui est mort pour nous et qui ainsi a réussi à ce que nous puissions regarder la mort sans crainte. Nous mourrons, mais la mort sera un passage à la vie éternelle, la vie pour toujours. Que peut dire la mort ? De quoi peut-elle se vanter ? Elle n'a pas réussi face à Jésus et grâce à lui elle n'a réussi avec aucun humain. Il n'est pas étrange que de nombreux saints soupiraient pour la mort, ils voulaient qu'elle arrive car ils savaient que la mort n'était qu'un simple passage vers la vie authentique, celle qui n'allait plus arrêter de vivre. Vivre pour toujours. Vivre pour toujours avec celui qui est la vie. Le dard de la mort ne peut plus faire de mal à personne. Celui qui ne ressent pas cela n'a pas compris ce qui s'est passé sur le Calvaire et qui s'est ensuite reflété dans la visite de Jésus à sa Mère.

Deuxièmement, le chrétien est content parce que Jésus a vaincu le péché. Nous savons que le Maître a beaucoup souffert physiquement. Nous avons vu qu'il s'était fait flagellé, couronné d'épines, qu'il était la risée de ceux qui le regardaient et se moquaient de lui. Plus tard ils l'ont regardé mourir. Mais avec ces faits, Jésus avait réussi à vaincre le péché. Il est mort pour les péchés de tous les hommes, pour les tiens et pour les miens. Nous péchons et nous péchons souvent, mais notre péché, celui de tous les jours, celui que nous commettons constamment, a été vaincu par la mort de

Jésus. Et donc nous sentons une immense joie car nous savons que malgré notre faiblesse et notre fragilité nous n'avons pas à craindre. Nous tomberons mille fois, mais son pardon est plus grand que les nombreuses fois où nous tomberons. Son pardon est sans limite. Il est toujours disposé à nous pardonner. Et cela d'un autre côté nous encourage à essayer de mieux nous comporter. Nous ne pouvons pas profiter de son amour et de son pardon pour l'ignorer et mal nous comporter. L'amour se paie avec de l'amour. Et son amour est un amour sans limite. Il est toujours disposé à nous pardonner.

Ces deux réalités importantes dans notre vie, le Seigneur les a vaincues avec sa mort. C'est pour cela que la joie que Marie a ressenti en voyant son fils ressuscité est la joie que nous ressentons tous de savoir qu'il est vivant, qu'il se préoccupe de nous, qu'il nous regarde avec amour.

Et que nous a apporté la résurrection du Seigneur ? Elle nous a apporté des réalités importantes dans notre vie.

Elle nous a apporté la paix. Il donnait la paix à tous ceux qu'il croisait après sa résurrection. C'était son salut habituel. Il voyait que c'était ce dont les personnes qu'il croisait avaient besoin. Et cette paix il nous la donne. Avoir de la paix c'est être sûr d'être aimés par le Seigneur. Sa paix doit nous submerger. Nous ne pouvons pas vivre sans paix, c'est pour ça qu'il nous la donne. Et nous pouvons alors vivre sereins car la paix nous protège. C'est comme une armure pour faire face aux maux qui peuvent nous arriver. Ils ne peuvent pas nous atteindre car nous sommes défendus par la paix.

Elle nous a apporté la joie. Sans Jésus ressuscité nous serions constamment tristes car tout serait contre nous. Et on ne pourrait pas se défendre. Mais maintenant la joie est la manifestation de sa compagnie. La joie parce qu'il est vivant, joie parce qu'il est mort pour nous, joie parce qu'ainsi nous avons été libérés de nombreux maux, joie parce qu'il nous accompagne dans les vicissitudes de la vie.

Elle nous a apporté le bonheur. Il n'y a qu'à voir dans les évangiles le bonheur des disciples quand après les premiers doutes ils se rendent compte que c'est bien lui, que c'est le Seigneur. Le bonheur les fait sauter de joie. Et ils le disent à Thomas. Qui ne les croit pas. Et Jésus, toujours attentif, huit jours plus tard est à nouveau dans la pièce où se trouvent les disciples. Et face au défi lancé par Thomas ils prononcent ces mots : Avance ton doigt ici et touche mes blessures, avance ta main et touche mon côté. Ne sois pas incrédule, mais crois. Et Tho-

mas a poussé une exclamation de joie : «Mon Seigneur, mon Dieu». Puis la béatitude vient à nous, bienheureux ceux qui, sans avoir vu, ont cru. Nous sommes heureux car nous croyons. Il est vrai que la foi est un don qu'il nous a fait et donc elle n'est pas vraiment de notre fait, et donc voici ce grand don qui nous émerveille, il nous donne la foi et nous appelle bienheureux parce que nous l'avons alors que c'est lui qui nous l'a donnée. Quel maître merveilleux nous avons !

Il nous apporte de l'amour entre nous. Il nous a aimés et veut que nous nous aimions. Nous devons vivre comme des frères unis par une même foi dans le Ressuscité. S'il ne prend pas en compte le mal que nous lui faisons et le fait que nous l'offendons, mais qu'il nous pardonne, quoi que nous ayons fait, nous devons également aimer les autres ainsi sans tenir compte de ce qu'ils nous ont fait. L'amour pour les autres était le signe distinctif des premiers chrétiens et doit être également le signe qui nous caractérise, nous, les disciples de Jésus à notre époque.

Il nous a apporté la vie. Nous vivons parce qu'il nous a aimés. Nous vivons parce qu'il nous pardonne constamment. Nous vivons parce qu'il s'occupe chaque jour de chacun de nous. Nous vivons parce que nous sommes importants pour lui. Nous vivons parce qu'il est attentif aux difficultés que nous rencontrons et il nous tend la main pour que nous ne tombions pas et si nous tombons pour nous aider à nous relever. Combien de choses nous a apporté le Seigneur ! Comment ne va-t-on pas être contents et heureux alors que l'on vit avec le Ressuscité ? Merci, Seigneur pour tout ton amour pour nous.

Prière

*Mère, donne-moi la main et ne me lâche pas,
laisse-moi m'appuyer sur toi pour marcher,
montre-moi le chemin qui me conduira
à ton Fils que je souhaite rejoindre un jour.*

*Demande-lui qu'il me pardonne mes erreurs,
mon manque de patience, et de piété,
qu'il me donne la force de supporter le poids
des injustices qui souvent me font pleurer.*

*Essuie mes larmes avec ta douceur de toujours,
couvre mes peines et mon angoisse de ton voile,
donne-moi la paix qui émane de ton regard
et montre-moi les marques d'amour et l'humilité.*

Marie de Calasanz

Le vécu de Marie

Dès son plus jeune âge Calasanz aimait Marie. Le frère Lorenzo Ferrari qui a longtemps été son secrétaire, qui aimait et servait le saint a raconté «qu'il a commencé à étudier dès son plus jeune âge, il fréquentait les dévotions et priait toujours l'Office de Notre Dame, avec d'autres pratiques, en particulier le Rosaire» (Bau, BC = Biographie critique, 84). Dévotion dont il a toujours fait preuve tout au long de sa vie.

Il arrive à Rome et peu de temps avant une image avait été découverte dans une église en ruine. C'est celle qui s'appelle «La Madonna dei Monti». Le saint s'y rendait souvent pour la vénérer. Il y allait plus quand il avait plus de temps, et moins lorsqu'il a commencé les écoles qui l'occupaient une grande partie de la journée et de la nuit, mais toujours avec un grand amour. Et de cette Vierge nous avons le témoignage suivant du P. Castelli. Alors que le saint est sur son lit de mort, Castelli raconte, «...je lui rendis visite et je lui dis : Père, j'ai peur que vous vouliez nous jouer un mauvais tour ; vous voulez nous laisser ; cela me fait très peur'. Il me répondit : Je suis entre les mains de Dieu ; que Sa Divine Majesté fasse comme bon lui semble. Et je lui répondis à mon tour : Dans tous les cas Votre Paternité ne peut retomber que sur ses pieds', il me répondit à voix basse, en confidence : Oui, la Vierge me l'a dit, d'être content et de ne douter de rien'. Surpris par cette déclaration, et afin qu'il la répète je lui dis : Comment, mon Père, comment ça ?'. Et il a répété lentement : La Vierge des Monts m'a dit d'être content, de ne douter de rien'. Et je lui ai fait répéter pour qu'un autre Père l'entende et il l'a répété» (Bau, BC, 200).

Quand il fonde l'Ordre il lui donne le nom de «Congrégation des Pauvres de la Mère de Dieu des Écoles Pies». De nouveau, Marie. Il prend l'habit

le jour de la Vierge, le 25 mars. Et lors de la prise d'habit il se nommera José de la Mère de Dieu. Marie toujours présente dans sa vie.

Comme il aimait et vénérât Marie il voulait que ses fils fassent de même. Dans ses lettres aux religieux il insiste sur ces aspects à propos de Marie :

- La dévotion envers elle : «La Sainte Vierge est si douce qu'elle accepte toute dévotion, aussi petite soit-elle, à condition qu'elle soit faite avec beaucoup d'amour et d'affection» (EP = Epistolario Picanyol, 3, 641) Ou dans cet autre texte : «Essayez d'être dévot à la Sainte Vierge et imitez, autant que possible, la passion du Seigneur» (EP 5, 2180)
- Il voulait que ses religieux prient le Rosaire, pratique qu'il faisait tous les jours et, comme on l'a entendu, il le faisait depuis l'enfance. «Dites à frère Paul d'arrêter d'étudier la grammaire et de tâcher de bien prier le Rosaire avec les mystères qui sont habituellement médités, et d'occuper toute son âme, par amour de Dieu, avec les choses qui lui sont demandées» (EP, 2 , 127).
- Une autre prière qu'il voulait que l'on récite et qui est toujours utilisée dans l'Ordre jusqu'à l'époque actuelle est «Pour ton soutien et ta protection». «Faites chaque soir une dévotion à la Sainte Vierge, avec un *Salve* et un *Pour ton soutien et ta protection*, afin que par son intercession elle nous libère de l'adversité» (EP, 4, 1459).
- Il est heureux lorsqu'il apprend la fondation d'une Congrégation mariale car La Vierge est au centre de cette pratique : «Je suis content et serai toujours content de connaître votre ferveur et profit spirituel et même corporel. Il me semble que la résolution d'inaugurer la Congrégation (Mariale) a été bonne et sainte. Je souhaite que vous la fréquentiez et que vous en profitiez, en vivant dans la modestie et la crainte de Dieu, car avec Lui, vous pouvez être sûr de progresser dans les lettres» (EP, 8, 4000)
- Il rappelle à ses religieux le nom de l'Ordre afin qu'ils soient cohérents avec celui qu'ils portent : «Préviens que nous sommes les pauvres de la Mère de Dieu et non des

hommes. Et ainsi, l'insistance est avec notre Mère, et non avec les hommes, car elle ne se soucie jamais de nos importunités, or les hommes le font» (EP, 2, 58).

- Il demande à ce qu'il soit souvent rendu visite à la Vierge : «Vivez heureux et tâchez de surmonter la maladie avant que ne vienne l'hiver. Pour obtenir de Dieu cette grâce, visitez souvent la Sainte Vierge» (EP, 2, 187). «Voici la Vierge Marie, Mère de la Miséricorde et patronne des grâces. Faites qu'elle vous concède l'une des deux choses : soit la santé, pour servir le Seigneur en toute perfection, soit sa grâce pour comparaître devant lui» (EP, 2, 315).
- Il voulait aussi que les enfants prient la Vierge et à de nombreuses reprises il demanda aux pères de les faire prier pour chaque situation concrète que traversait l'Ordre : «Nous sommes submergés par les dettes et nous n'avons pas les moyens ni ne savons pas comment satisfaire les créanciers. Faites prier la Vierge Marie à tous les élèves et tous ceux de la maison, pour qu'elle trouve une solution, à ce besoin urgent» (EP, 4, 1470). «Je voudrais que tous les frères se dépouillent de leurs intérêts particuliers, qui ne permettent pas de connaître clairement le bien commun, et demandent avec dévotion à la Sainte Vierge de faciliter la construction du lieu où elle doit être mieux louée et vénérée » (EP, 2, 363).
- Il avait une dévotion particulière pour la Vierge de Frascati : «Quiconque sert avec dévotion la très Sainte image de la Sainte Vierge (de Frascati) sera toujours protégé et favorisé par elle» (EP, 4, 1463).
- Il demandait certains sacrifices par dévotion à Marie : «Si vous ne voulez pas aller pieds nus à la procession, vous montrez peu de dévotion à la Sainte Vierge. Celui qui veut la grâce doit montrer des signes de dévotion. Tâchez d'y aller le plus dévotement possible, sans musique, ni pétards, ni rien d'autre, juste avec une grande simplicité et piété» (EP, 4, 1625).
- Il est également convaincu que Marie veillera sur l'Ordre et pour cela il demande et dit : «Je me confie et je me confierai toujours au très saint Crucifix et à la Sainte Vierge, sa Mère, afin qu'ils protègent cette Religion» (EP, 8, 3982).

- Il n'aimait pas beaucoup certaines fêtes qui se faisaient pour la Vierge. On le voit dans ces paroles : «J'ai lu la grande fête extérieure qu'ils ont fait en l'honneur de la Sainte Vierge et Dieu sait si cela n'a pas été plus perdu que gagné. Parce qu'elle aime plus la dévotion que de telles fêtes» (EP, 3, 625).
- Toute cette dévotion à Marie était parce que dans le fonds, l'Ordre avait été créé sous sa protection. Il est nécessaire que nous nous tournions vers le secours de Dieu et vers l'intercession de la Sainte Vierge, sous la protection de laquelle l'œuvre a été fondée» (EP, 8, 4417).

Ainsi Calasanz remettait tout entre les mains de Marie. Comme il souhaitait que ses enfants lui portent une grande dévotion et comme il espérait que la prière des enfants à la Vierge obtienne tout ce pourquoi ils priaient.

De la main de Marie

Il est vrai que la dévotion à Marie a connu différents moments. Après un long passé où l'amour et la dévotion à la Mère de Dieu étaient très présents, vint un moment où cette dévotion diminua. Je ne sais pas si pour mettre une date, on pourrait dire à partir du Concile Vatican II. Certaines fêtes ont cessé d'être célébrées. Chez les religieux certaines pratiques ont commencé à disparaître. Il est vrai que de nombreux religieux aient conservé leur dévotion à Marie et aient en particulier continué avec certaines pratiques de dévotion du passé Mais ce n'était plus pareil. Peut-être assistons-nous maintenant à une nouvelle renaissance de l'amour, de la dévotion et de la manifestation de cet amour et cette dévotion à Marie.

En nous rappelant ce que Calasanz voulait pour ses fils devant Marie, nous pouvons citer quelques manières concrètes de manifester sa dévotion à la Vierge.

Il voulait que ce soit une dévotion douce, aimante, comme doit être l'amour des enfants pour leur mère. Marie est toujours notre mère ; elle est celle qui nous mène à Jésus ; celle qui nous défend contre les adversités qui peuvent survenir ; celle qui nous aide à nous relever de nos chutes, celle qui nous aide souvent à vaincre la tentation pour ne pas y succomber.

La dévotion à Marie doit être constante. Pas un fait temporaire ou de quelques jours. Avec elle nous devons nous comporter comme nous le faisons avec nos mères. On ne les aimait pas un jour sur deux. Notre amour pour elles était toujours constant. Il est vrai que cet amour se manifestait différemment avec l'âge. Lorsque nous étions des petits enfants, nous attendions tout d'elle et elle accourait à chaque douleur ou difficulté. Puis, au fur et à mesure que nous grandissons, en général nous avons gardé cet amour pour notre mère, ce qui ne veut pas dire qu'il n'y a pas d'enfants qui n'ont pas prêté attention à leurs mères et même qui les ont offensées ou leur ont fait du mal. Mais ils sont peu. C'est pour cela que nous devons nous comporter avec notre Mère des cieux avec un amour constant. La manière concrète, c'est à chacun de la trouver dans sa vie, mais il ne faut cesser d'aimer celle qui nous porte tant d'amour. Marie est celle qui nous console, nous aide, nous aime plus que la mère sur terre.

Notre dévotion doit être sincère. Doit nous venir du cœur. Doit être quelque chose que nous vivons véritablement avec toute notre âme. Si nous avons suivi les différents chapitres que nous avons vus et avons assisté à la vie de la Vierge, nous avons un exemple pour savoir comment nous devons nous comporter avec elle et nous tourner vers elle à tant de moments de la vie.

Notre amour pour elle doit aussi être orienté vers une demande pour les autres, pour qu'elle s'occupe, prenne soin et protège d'autres personnes, dont nous allons citer quelques-unes.

Nous demandons qu'elle prenne soin des enfants. Ils sont si fragiles... Ils peuvent être trompés de tant de façons et nous voyons de nombreux adultes profiter des enfants. En tant qu'éducateurs, nous devons apprendre à ne pas faire confiance à n'importe qui, à obéir à ce qu'on leur apprend à la maison sur leur comportement avec les personnes adultes.

Nous devons demander à Marie pour les malades. Elle peut être le réconfort de nombreux malades. Nombreux sont ceux qui se tournent vers Marie dans les différentes invocations qui existent. Chacun prie une invocation concrète, peut-être parce qu'on lui a enseigné ainsi dans l'enfance, ou peut-être parce qu'on lui a manifesté ainsi alors qu'il était dans la maladie. Dans tous les cas, Marie doit toujours aider dans la maladie. Nous devons aider les malades

à se tourner avec confiance et espoir vers la Vierge. Marie les aidera de la manière qu'elle considère nécessaire. Soit en menant la personne à la santé par les moyens humains ou en la préparant avec confiance et espoir au moment où Dieu l'attend quand elle fermera les yeux à ce monde.

Calasanz demandait à ce que l'on prie pour les différentes nations. À son époque, il y avait des guerres et les différentes religions s'affrontaient durement. Il demandait le dépassement des guerres et, vu l'époque où il vivait, il demandait la victoire des catholiques. Aujourd'hui nous prions pour toutes les nations, sans distinction, car tous les hommes sont les fils du même Père qui nous aime tous. L'œcuménisme a fait beaucoup pour le changement des mentalités dans les religions et chez ceux qui les pratiquent. Demandons à Marie du fond du cœur que tous les dirigeants travaillent pour le bien de leurs citoyens.

Et nous devons demander pour les frères piaristes, c'est-à-dire nous tous qui composons l'Ordre des Écoles Pies. Pour ceux qui souffrent, pour ceux qui hésitent dans leur vocation, pour ceux qui sont tombés dans le mal et ne peuvent en sortir, pour ceux qui se trouvent en conflit avec les autres pour diverses raisons, pour les supérieurs dans leur tâche difficile et qu'ils accomplissent avec enthousiasme et courage, pour ceux qui se sentent séparés de leurs frères, sans se rendre compte que ce n'est pas vrai. Pour tous nous prions de tout cœur le Seigneur.

Père, écoute les prières que nous t'adressons pour tous les hommes, prends soin de chacun d'eux et donne-leur la force de rester dans la foi qu'ils ont reçue comme un don du ciel. Ne laisse aucun d'eux périr par indolence. Manifeste ta gloire dans le salut de tous et que la vie, passion et mort de ton Fils, qui a fini en résurrection, soit la plus grande joie du cœur de chacun d'entre nous.

Prière

*Qui pourra te louer
à la hauteur de ton mérite ;
Qui saura si bien te louer
qu'il ne manquera pas de savoir ;
puisque pour nous rendre meilleure
tu es si bonne,
Remédie à nos maux.*

Ô Mère de l'homme Dieu !
Ô concert d'harmonie !
Toi que l'on nomme
Mère de Miséricorde ;
pour faire cesser la discorde
tu es si bonne,
Remédie à nos maux.

Toi qui étais déjà grande
quand le monde a grandi ;
toi qui étais destinée
à celui que tu as mis au monde ;
grâce à toi il nous a connus,
si tu nous aides
nos maux disparaîtront.

Toi qui es la fleur des fleurs,
toi qui es la porte du ciel,
toi qui es la senteur des senteurs,
toi qui assures la gloire ;
si dans la mort
tu nous abandonnes
il n'y a pas de remède à nos maux
Amen.

**Sous ta protection,
nous cherchons refuge Sainte Mère de Dieu,
Ne refuse pas nos prières,
et de tous les dangers,
Vierge glorieuse et bénie,
défends toujours tes fils.**

